



EL ROSTRO DE LAS TERMITAS

EL THRILLER PSICOLÓGICO QUE TE
ATRAPARÁ DESDE LA PRIMERA PÁGINA

A. J. FUENTES

EL ROSTRO
DE
LAS TERMITAS

A. J. FUENTES

Título: El rostro de las termitas

Autor: Antonio Jesús Fuentes García

Revisor: Pedro Castillo

Diseño de Portada: Cristina Gutiérrez Sagredo (grupo Criser)

ASIN: B07B75XN2D

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

[El Secreto del Wadi Rum](#)

[Huellas de Tinta](#)

[Diario de Sangre](#)

[Relatos de Madrugada](#)

Facebook: <https://www.facebook.com/relatosdemadrugada/?ref=bookmarks>

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Álvaro, que siempre es, (y será) mi inspiración.

Índice

Prólogo

VUELTA A CASA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

SECRETOS ENTERRADOS

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

EL DIABLO Y LAS TERMITAS

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Epílogo

Agradecimientos

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

No hay ciencia que descubra los artificios de la mente
por la apariencia del rostro.

William Shakespeare

Prólogo

La Gran Vía se encontraba atestada de vehículos, y en las amplias aceras, la gente caminaba tan apiñada que parecían formar una enorme procesión de peregrinos. Los escaparates de las tiendas más exclusivas brillaban con tentadoras ofertas de la nueva temporada de primavera, y una multitud de ávidos compradores se agolpaban contra los cristales, deseosos de poder permitirse alguna de aquellas “gangas”. A pesar de encontrarse en el templado mes de abril, los termómetros situados en grandes pantallas rodeadas de publicidad, ya indicaban que ese día se llegaría con facilidad a los cuarenta grados, y pese a ello, la muchedumbre seguía portando sus cazadoras, americanas de confección y chaquetillas de punto con el orgullo propio de una exclusiva pasarela de Milán.

En mitad de la concurrida avenida se erigía, como un monstruoso animal marino salido de alguna caverna prehistórica, el centro comercial Sol de Mares. Sus puertas dobles se abrían y cerraban sin cesar al paso de los clientes, que buscaban en su interior los rebajados productos de marca, o simplemente el reconfortante aire acondicionado. En la primera planta, un gigantesco cartel publicitario anunciaba descuentos en material de oficina y papelería y, junto a las ofertas, con grandes letras en negrita, se informaba de la firma de libros aquel mismo día de Roberto García, autor del afamado thriller “*Con veneno desaparece*”, que se había convertido en superventas y encabezaba las listas de todo el país. Roberto volvía a su ciudad para presentar el libro tras un par de meses de conferencias y charlas por toda la península, y aquello había despertado un gran revuelo. A pesar de que aún faltaban varias horas para que diese comienzo el evento, una estrecha cola ya cruzaba el vestíbulo de la sala de coloquios, a la espera de que el gran hombre comenzase la firma.

Verónica había salido al balcón a hurtadillas para intentar dar unas caladas al cigarrillo, cuando escuchó ruido y lanzó el “Lucky”—casi intacto— a la calle. Había vuelto a fumar hacía un mes, y se sentía como una niña escondiéndose por cualquier rincón e intentando disimular el olor y el aliento, pero no podía evitarlo. Era aquello o perder los nervios por completo.

—Has vuelto a fumar— en su voz no había reproche, pero tampoco inflexiones que dieran lugar a excusas.

Verónica miró a su marido con fingida sorpresa, que luego mudó a la más furiosa irritación.

—¡Pues sí, he fumado!—contestó encarándose—¡Denúnciame!

Roberto la observó sin decir ni una palabra durante unos eternos segundos, y a continuación se giró y se metió en la habitación. Ella corrió detrás de él con la más que firme intención de iniciar una acalorada discusión.

—No soy una cría, ¡no puedes prohibírmelo!— gritó a la espalda de su marido.

—Yo no te prohíbo nada—contestó él sin mirarla, quitándose la camisa—. Solo que ya sabes que no me gusta.

—A mí tampoco me gusta seguirte por todo el país y aún así lo hago.

Ya estaba dicho. Habían evitado aquella conversación durante semanas, pero estaba claro que la burbuja tenía que estallar en un momento u otro.

—¿Qué?— Roberto se acercó desconcertado—. Este es mi trabajo ahora. Es lo que siempre habíamos deseado.

—¡Es lo que habías deseado tú!—escupió ella rabiosa—. ¡A mí me está destrozando los nervios!

—Cariño...

—¡Ni cariño ni hostias!—bufó—. Llevo meses asistiendo durante horas a estas firmas, sonriendo como una imbécil, plantada detrás de ti, tragándome todas esas charlas, coloquios, tertulias de frikis y esas fiestas interminables donde no conozco a nadie y me limito a sonreír como la mujer florero en la que me has convertido...

—¿Prefieres la asesoría?—contraatacó él—. ¿Prefieres no llegar a fin de mes, los días de fiesta sola porque yo tengo que ir trabajar, o las facturas sin pagar acumulándose en la mesita de la cocina?

Ella intentó replicar, pero las palabras se le acumularon en la garganta y decidió tragárselas.

—Cariño, me estaba pudriendo en ese trabajo—suplicó—. Fuiste tú la que me animaste a que publicara el libro.

—Lo sé—se volvió, salió de nuevo al balcón, sacó la cajetilla del hueco de donde la había escondido, y se enajó un cigarrillo entre los labios—. También fuiste tú el que me animaste a dejar de fumar.

La cola ya alcanzaba la puerta principal del centro comercial, atravesando todo el vestíbulo y acabando en la sala de conferencias media hora antes de que diera comienzo el evento. Los organizadores daban saltos de alegría—literalmente—, pues una expectación de aquella magnitud por un escritor no era nada frecuente. Si se hubiese tratado de una estrella del rock, o de un jugador de fútbol, tal vez, pero de un escritor ya se consideraba un éxito si aparecían media docena de personas que hubiesen comprado algún ejemplar del libro.

El acto comenzó a la hora acordada, y el sonriente autor del best-seller repartió firmas, conversaciones, y dio las gracias a sus lectores durante dos horas. A su espalda se encontraban Mario González—organizador del evento para el centro comercial—, y Verónica, la preciosa esposa del escritor.

Se anunció un pequeño descanso de quince minutos para que el autor pudiese ir al baño, tras el cual se continuaría con la firma durante otra media hora, para terminar con otra media hora de preguntas y una breve exposición de la obra.

—¿Por Dios, pero qué quieres de mí?—exclamó Roberto.

Ambos estaban en el baño que el centro comercial había dispuesto para ellos en exclusiva, con el fin de evitar encuentros incómodos con los fans. Roberto había encontrado a su mujer de nuevo fumando, y la discusión había surgido como una chispa al tocar un ovillo de estopa.

—¿Qué quiero?—contestó la mujer con una sonrisa sardónica—. ¡Recuperar mi vida, eso es lo que quiero!

Lanzó la colilla al retrete y pulsó el mecanismo de la cadena; cuando se encaró con su marido, él dio un paso atrás.

—Quiero volver a mi trabajo, quiero cocinar en mi casa y dejar de cenar en restaurantes sintiendo la mirada de los demás clientes, quiero, no, ¡necesito! sentirme normal de nuevo.

Roberto abrió la boca varias veces para decir algo, pero las palabras no acudieron. Su mujer hizo lo mismo, y justo cuando comenzaba una frase, unos golpes en la puerta les informaron de que la firma debía continuar.

—Roberto, lo que de verdad quiero...

El escritor salió del baño, dejando a su mujer con la boca abierta y la frase a medias.

—...es el divorcio—dijo al tocador vacío, en el que únicamente su reflejo escuchó aquellas palabras.

Quedaban apenas unos pocos minutos para que la firma acabase, y ya se habían abierto las puertas de la sala anexa, donde los asistentes comenzaban ordenadamente a buscar asientos en las butacas de la primera fila para hacer las preguntas que habían preparado a su escritor favorito. Roberto comenzaba a notar la mano entumecida, y se le estaban acabando las frases ocurrentes con las que agradecía a sus lectores en las contraportadas de sus libros. Ojeó la fila y suspiró de alivio al ver que solo quedaban una docena de personas, y que tras la rápida ronda de preguntas podría marcharse y dar por concluidos los compromisos con su editorial durante ese año, que había sido especialmente duro. Pensaba hacer un viaje al extranjero—quizá a las Maldivas—, y luego buscar algún lugar recóndito y tranquilo donde comenzar a escribir su próxima novela.

—¡Marisa!—chirrió una voz delante de él.

—¿Qué?—respondió ensimismado.

—Que me llamo Marisa—canturreó la joven, que le alargaba con entusiasmo un ejemplar de *Con veneno desaparece*—. Me encantó, ¡adoro su libro señor García!

—Oh, vaya, gracias—tomó el ejemplar y garabateó otra dedicatoria de su repertorio. Cuando le entregó el libro junto con una sonrisa, ella le guiñó un ojo—. Es un honor.

El escritor se volvió durante una décima de segundo para intentar ver a su mujer, pero otro chico avanzó en la cola y le plantó la portada del libro en las narices.

—¿Me lo firma?—preguntó ansioso.

—Claro, a eso ha venido, ¿no?

—Eh, sí... puede—titubeó—. Aunque en realidad lo que deseaba era conocerlo.

Roberto levantó la mirada y se fijó en su rostro, un perfil proporcionado y apuesto y, sin embargo, inquietante. El azul de sus ojos era desvaído, como si hubiese pasado mucho tiempo mirando al sol, y el flequillo rubio se le apelmazaba a la frente debido al sudor. Un desconcertante tic, casi imperceptible en el párpado derecho, le confería una mueca de eterna burla.

—Es un honor, pero no creo que...

—¿Está basada en hechos reales?—lanzó, casi de forma atropellada.

—¿Cómo?

—Su libro—aclaró—. Que si se basó usted en alguna historia real, ya sabe, de esas que aparecen en los periódicos.

Su tez olivácea había comenzado a tornarse pálida, y un sudor espeso le bañaba la frente. Roberto observó que se retorció las manos con nerviosismo, pero era un gesto muy común entre la gente que conocía de frente a una celebridad.

—No, no me basé en ninguna historia real—se inquietó el escritor—. Pero por si acaso coincidiese con algún dato real, indiqué que cualquier parecido con la...

—Porque a mí sí que me parece muy real—atajó el chico, que parecía estar inmerso en su propio monólogo interior—. A ver, no digo que sea imposible que ocurra en la vida real.

—Sí, claro—contestó el autor, que le devolvió el libro sin firmarlo. Solo quería, por algún motivo que no llegaba a comprender del todo, que aquel chico se esfumase, que se largara de allí inmediatamente—. Mucho gusto de...

—Porque en este mundo hay de todo—continuó divagando—. Pero si me lo permite, he encontrado un fallo en su novela.

Roberto concluyó que estaba una vez más ante uno de esos tipos que revisan de forma casi enfermiza cualquier cosa que caía en sus manos, desde películas hasta cómics. Intentó girarse buscando ayuda, pero el chico se adelantó unos centímetros y apoyó sus manos sobre la mesa, acercando su rostro al del escritor.

—Es normal que usted no se diera cuenta—gotitas de saliva blanca se le acumulaban en las comisuras de los labios, y su cara era una máscara bañada en sudor aceitoso—. Ya que escribir sobre abusos no es lo mismo que vivirlos.

Roberto se puso rígido y buscó con la mirada la ayuda de los guardias de seguridad, pero una mano húmeda le sujetó la cara por la barbilla.

—Pero lo que me parece muy asqueroso por su parte, señor García—los acuosos ojos del chico estaban ahora a escasos cinco centímetros de los suyos—. Es que encima culpe usted a la víctima.

—¡Es solo un libro, por Dios!—vociferó, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón—. ¡No es algo real!

—Para mí sí lo es—contestó con una indiferencia aterradora. En sus ojos

ya no había desesperación, sino la más fría paz.

En solo un instante, justo antes de que dos guardias llegasen hasta la mesa, el chico sacó un pequeño cuchillo de hoja corta y muy fina y, sosteniendo el rostro de Roberto se lo clavó en la cabeza. Gracias al movimiento instintivo del escritor, la daga no llegó a impactar de lleno, provocándole una profunda brecha en el cuero cabelludo y hundiéndose unos cuatro centímetros a la derecha de la sien. En aquel instante todo pareció ralentizarse, pero un parpadeo después, se encontraba tendido sobre el mostrador. Intentó con todas sus fuerzas buscar a su mujer, pero lo único que conseguía ver era la superficie brillante de madera de la mesa, y aquellos dos surcos a escasos metros de sus ojos. Las marcas que las manos húmedas de su agresor habían dejado allí cuando las tenía apoyadas aún perduraban, como si de una huella en la superficie lunar se tratase. Aquellas dos huellas de humedad fue lo último que Roberto García vio cuando su mundo se sumió en la oscuridad.

VUELTA A CASA

1

La autovía se encontraba prácticamente desierta desde que habían tomado la salida hacia el noroeste de la región. Quedaban menos de diez kilómetros hasta su destino, pero el indicador de gasolina les advirtió que estaban a punto de agotar la reserva. Ambos estaban deseosos de llegar a casa cuanto antes, pero hicieron de tripas corazón y entraron en una pequeña estación de servicio que se encontraba desierta. Verónica dio gracias a Dios por los pequeños milagros, pues lo que menos le apetecía después de cinco horas al volante era meterse en conversaciones triviales. Un simpático chico le llenó el depósito y le cobró allí mismo, sin que ninguno de los dos tuviera que salir del coche. Hubo un amago por parte del empleado de iniciar una conversación, pero fue más por cordialidad profesional que por deseo, y viendo la escasa disponibilidad de Verónica, desistió sin malas caras.

Cuando rebasaron el cartel de la población, Roberto se removió en su asiento y clavó la mirada en el letrero que se alejaba. Aquel fue el primer y único movimiento que había hecho en todo el viaje. El navegador les indicó con un molesto pitido que se encontraban a menos de un kilómetro de su destino, y Verónica encaminó el Audi por la senda plagada de hojas de pino y flanqueada de mojones de piedra con el punto kilométrico tallado en la superficie.

La finca estaba rodeada de unos amplios jardines de rododendros y rosales, plegándose en círculos concéntricos alrededor de la majestuosa casa de construcción neoclásica. Una franja de gravilla de color arenoso enmarcaba un camino de hormigón impreso con forma de adoquines, que acababa en la puerta principal de la edificación. Verónica acercó el coche hasta la entrada y esperó tras el volante unos segundos, respirando con fuerza para intentar insuflarse valor a sí misma.

—¿Es preciosa verdad?— preguntó animada.

No obtuvo respuesta, así que pulsó el botón del maletero y salió al persistente sol invernal, que parecía no ceder en aquella parte del mundo ni un solo día del año. Rebuscó en el bolsillo lateral de su bolso de viaje, y

encontró la espina de pez que hacía de llavero y que le habían entregado en la inmobiliaria. Volvió a tomar aliento y se encaminó con paso decidido hasta la puerta de la vivienda. La cerradura cedió sin problema alguno, y Verónica se encontró en la entrada de un enorme salón, en el que las monumentales cristalerías dotaban a la estancia de una luz dorada que se vertía por cada rincón como si se tratase de un manto divino. Impresionada, soltó el bolso y dio un par de pasos dentro de la residencia. Ya la había visto en multitud de fotos, pero en aquel momento, de pie en medio del suelo de madera, no podía parecerle más perfecta de lo que se le antojaba en aquel instante. Se giró de golpe para salir excitada a por su marido, pero al darse la vuelta, se encontró con el rostro de Roberto a escasos milímetros del suyo. Verónica dio un respingo, y el grito ahogado que surgió de su garganta se escapó correteando por las rendijas de la vivienda. Roberto continuaba allí de pie, sin apartar los ojos del rostro de su mujer. En las manos cargaba con las dos pesadas maletas que Verónica le había preparado con su ropa y sus enseres.

—¿A que es una maravilla?— repuso ella retomando el aliento.

Su marido agarró las maletas y, sin decir una palabra, subió por la escalera hasta el piso superior. Verónica sintió unas irrefrenables ganas de llorar, pero se contuvo; como llevaba haciendo tantos años.

A escasos treinta kilómetros de la capital murciana, Malón era básicamente un pueblo de los que suele denominarse “dormitorio”. Las pocas empresas importantes que no habían cerrado sus puertas habían emigrado a latitudes más rentables, buscando las facilidades de un polígono industrial en mejores condiciones, que además contase con el metro cuadrado de suelo más económico; Malón era una de esas poblaciones importantes, con multitud de pedanías en su comarca de una belleza casi inusual, pero con un índice de pobreza paralelo a su encanto. Los casi quince mil habitantes del lugar se vanagloriaban de ser uno de los pueblos más bellos de Murcia, pero lo cierto es que todos conocían la precaria situación económica del municipio. La conservera Frutas del Mediterráneo era la única gran empresa del pueblo, —y la que mantenía a la mitad de las familias de la localidad, aunque solo dispusieran de trabajo continuado unos meses al año—, y por eso la mayoría de jóvenes que necesitaban trabajar lo hacían en la capital, o en alguno de sus pueblos colindantes.

Aquel día, Malón bullía de efervescencia, ya que la Navidad se acercaba y los operarios se afanaban en colocar las luces, los adornos y la decoración típica de la fecha. Como cada año, se había cortado uno de los accesos a la plaza del ayuntamiento, dejando otro de los laterales como calle únicamente peatonal para poder montar el enorme belén que abriría sus puertas el día antes de Nochebuena. A pesar de encontrarse ya avanzado el invierno, en las calles de Malón brillaba el sol, y la temperatura era tibia y agradable. Los bares habían sacado mesas y sillas a la calle para aprovechar el buen tiempo, y las terrazas se aproximaban más a la época estival que al crudo invierno.

Cristóbal estaba acodado en el mismo lugar de la barra desde que entrara en el bar dos horas antes. Aquel era *su rincón*, y a pesar de que muchos lo conocían desde que eran niños, tan solo unas pocas personas le devolvían el saludo. En un pueblo pequeño, muy familiar como Malón, los parias lo eran de por vida. Levantó el brazo una vez más, sin decir una sola palabra, y dejó un billete de cinco euros sobre el mostrador sucio y pegajoso. El camarero compuso un gesto de circunstancias, pero se le acercó con un litro de cerveza *Estrella* y lo dejó frente al hombre, al mismo tiempo que recogía el billete y lo estiraba para guardárselo en el bolsillo del mandil.

La fábrica de conservas había anunciado que durante la semana de

Navidad se reducirían los turnos de trabajo a media jornada. La alegría había corrido por barrios, pues mientras los trabajadores fijos disfrutarían de las tardes libres, a los eventuales les tocaba cubrir esos ciclos. La conservera no paraba nunca sus máquinas, y a pesar de que se jactaba de conceder permisos para la comodidad de sus empleados, lo cierto es que solo cumplían con la mitad del trato y, siempre de cara a la galería.

Aquella mañana los bares de la plaza del ayuntamiento estaban a rebosar, pues por la tarde se iba a celebrar un acto del año jubilar que había atraído a unos cientos de fieles, y que se habían entremezclado con los trabajadores que entrarían a mediodía a cubrir los turnos de la conservera. A eso de la 13.30 comenzaron a sumarse los empleados que ya habían acabado su turno, y todos se acercaron a tomar una cerveza antes de ir a casa.

Aunque el bar *Bocana* se encontraba atestado, Cristóbal Espejo había conseguido hacerse con un hueco en su sitio habitual. Era posible que él ya estuviese allí cuando el bar aún estaba vacío, aunque de no haber sido así, ese sitio hubiera permanecido libre igualmente para él. Aquella era una norma no escrita, pero por algún motivo, nadie más que Cristóbal ocupaba su lugar en la barra.

El olor a fritura inundaba el local, y por la puerta batiente de la cocina no dejaban de salir platos y aperitivos. Antonio, el dueño del local ya había previsto que sería un día movido, por lo que había llamado a dos amigos de su hijo para ayudar de camareros; su cuñada se había sumado también a su mujer en la cocina. Había bastante gente, pero no tanta como para que el local resultase un espacio agobiante hasta que apareció la cuadrilla de la mañana, con Agustín al frente. Agustín era un hombre que medía casi lo mismo de altura que de anchura, pero mucho menos de lo que le podía medir la estupidez, y casi equiparable a su fanfarronería. Entró en el local el primero, soltando una carcajada que sonó como un trueno, abriéndose paso con su descomunal corpachón entre la multitud de turistas. Tras él se agruparon “la camarilla de día” de la conservera, como se les conocía en el pueblo a Agustín y sus amigos. Antes de que nadie pudiera abrir la boca para quejarse, ya se habían abierto un hueco en la parte principal de la barra y pedían a gritos unas jarras de cerveza. Un par de turistas mayores pusieron cara de disgusto ante los empujones disimulados de Agustín y sus compañeros, pero ninguno en todo el bar hizo ademán de protestar. Antonio dejó las mesas a cargo de su hijo y se ocupó personalmente del ruidoso grupo. Por lo general no creaban problemas, y el dueño del *Bocana* había atesorado una dilatada

experiencia detrás de la barra como para saber manejar a tipos como aquellos en cada momento, pero con Agustín siempre había que poner un cuidado especial.

—¿Hace una de chopitos, Agustín?—preguntó jovial.

—¡Por supuesto!—contestó el aludido—. Y pon también una de pulpo, ¡que hemos cobrado la *extra*!

El local se llenó de gritos de júbilo del resto de la cuadrilla, que destacaban entre los demás por los uniformes de trabajo verde esmeralda que aún llevaban puestos.

Poco a poco, mientras el establecimiento se vaciaba y Agustín y su cuadrilla ensanchaban más sus “dominios” en la barra, crecían exponencialmente las jarras de cerveza vacías sobre el mostrador de formica. A medida que Antonio se afanaba en retirarlas, los cánticos aumentaban de tono. Para la *camarilla de día* había comenzado ya la Navidad.

Una hora más tarde, casi la totalidad de personas del local se habían marchado, o bien porque había pasado la hora de la comida, o por el creciente estado de exaltación del grupo de Agustín. A medida que la cerveza corría, los cánticos habían aumentado de nivel hasta convertirse en un coro ruidoso y desafinado de borrachos. Agustín entonó a voz en grito el estribillo de una canción popular del pueblo, y comenzó a bailar a lo largo de la barra haciendo aspavientos enérgicos mientras que sus compañeros lo coreaban. Cuando inició un giro especialmente complicado, perdió el equilibrio y dio varios traspiés hasta que consiguió sujetarse a la barra en el último instante. Un sonido de cristal al romperse llamó la atención de los asistentes, y durante un instante—que se convirtió en eternidad—, el silencio se adueñó del establecimiento. Agustín recuperó el equilibrio con la gracilidad de los borrachos, y observó los cristales que se habían convertido en miles de pequeñas islas en el suelo. En medio, como si de un mar espumoso se tratase, la cerveza creaba burbujas que se extinguían tras el maremoto inicial. Agustín observó los restos de lo que había sido una botella, sin comprender muy bien lo que estaba mirando. Parpadeó varias veces y buscó la explicación en el resto de su camarilla, que se habían quedado mudos.

—Cómprame otra—susurró alguien detrás de él. El tono era átono, aunque inflexible.

—¿Qué?—Agustín trastabilló y se dio la vuelta, siempre aferrado a la barra—. ¿Qué demonios...?

Cristóbal Espejo había dejado su rincón en la barra y se había puesto de

pie. El pelo greñado le caía en mechones por la frente, y le ocultaba la mitad superior del rostro. Avanzó un paso hacia Agustín.

—El litro era mío—susurró—. Cómprame otro.

—Tranquilito borrachispas—bromeó Agustín—. Ha sido un accidente.

Cristóbal avanzó otro paso más y se colocó a escasos centímetros de Agustín. Ambos quedaron frente a frente, y aunque parecía un duelo desigual (Agustín debía de pesar al menos cincuenta kilos más), Cristóbal no cedió ni un milímetro de terreno.

—El litro era mío—insistió pétreo—. Cómprame otro.

La modulación seguía siendo neutra y cortante.

—No me estarás amenazando borracho de mierda—Agustín había adquirido un color entre el rojo y el morado—. Porque si es así...

Cristóbal dio un nuevo paso, corto y sin vacilación. El rostro vuelto hacia el suelo no dejaba ver sus ojos, y los hombros encorvados lo convertían en una parodia de una marioneta de tamaño natural.

—Cómprame...

Agustín plantó una mano gruesa y callosa en el pecho escuálido del hombre, deteniendo su incesante avance. Cristóbal se detuvo sin hacer esfuerzo por liberarse de la presa que le retenía por el pecho y levantó la mirada. Durante unos segundos, los dos hombres quedaron frente a frente, observándose, hasta que Agustín se volvió hacia el resto del grupo y esbozó una sonrisa bobalicona. Cualquiera que no hubiese conocido de antemano al líder de la cuadrilla hubiese jurado que parecía asustado.

—¡Eh, sin ningún problema amigo!—levantó el brazo que le quedaba libre para llamar al dueño del bar—. ¡Antonio, le pones a Cristóbal lo que quiera, que pago yo!

Sin esperar respuesta, quitó la mano del pecho de Espejo y volvió a su lugar con el resto de sus amigos. Cristóbal hizo lo propio con su rincón en la barra. Durante el resto de la tarde, Agustín no volvió a mirar en aquella dirección del bar. Una semana después, Agustín se convertiría en el primer asesino conocido en Malón en más de un siglo.

La empresa que había contratado Verónica había seguido sus instrucciones al pie de la letra, lo cual la tranquilizó de buen grado. Hasta el último producto de la lista de la compra que había confeccionado se encontraba guardado en los armarios de forma ordenada, y la vajilla que había mandado comprar se hallaba colocada en su lugar correspondiente, perfectamente dispuesta para usar. La casa estaba reluciente, y ni una sola mota de polvo se podía entrever en los muebles o los amplios ventanales. El resto de la ropa que no habían llevado consigo en las maletas, aparecía colgada e impecablemente planchada en los guardarropas. Incluso algunos detalles personales, como cuadros y retratos, habían sido repartidos por la vivienda de forma pulcra y expeditiva, donde se suponía que debían estar. Verónica estaba encantada con toda aquella efectividad, pero para él, cada rincón de aquella casa le resultaba enormemente turbador. Se suponía que estaba viviendo en un lugar que él mismo había comprado, limpiado y ordenado. Se suponía que había recogido su ropa y luego la había colgado, e incluso se suponía que había elegido qué cuadros le gustaban y los había colgado junto con los retratos de momentos especiales de su vida, pero nada de todo aquello lo había hecho él, sino una empresa dedicada a que las mudanzas resultasen lo menos traumáticas posibles. Curioso que en una persona como él, hubiesen conseguido exactamente todo lo contrario.

Desde que había entrado en aquella casa se encontraba aún más descolocado que de costumbre, y es que en los últimos dos años, cualquier mínimo cambio en su automatismo habitual se convertía en una nueva cumbre que coronar. Decidió mitigar su inquietud volviendo a sus rutinas, y a pesar de que Verónica le había desaconsejado comenzar tan pronto, se ajustó sus pantalones deportivos, las zapatillas Nike, y con su inseparable Ipod se lanzó a correr sus ocho kilómetros diarios. El ejercicio le hacía sentirse bien, y a pesar de que jamás había sido muy amante del deporte, desde su “accidente” era una de las cosas de las que no podía prescindir.

La hacienda que habían comprado se componía de la finca propiamente dicha—que poseía el terreno donde se ubicaba la vivienda—, y otras tres hectáreas combinadas de zonas ajardinadas, un reducido huerto, y una parte del bosque de abetos, chopos y encinas, colindante a un camino que bordeaba el terreno y que conducía a la sierra que coronaba la región. Roberto no

conocía con exactitud los rincones, pero se acordaba de aquel camino rural plagado de hojas de pino que se perdía entre recovecos y curvas hasta la cima de Sierra Espuña. Cruzó a buen ritmo la franja de hormigón que delimitaba la zona de la piscina y la barbacoa, y se internó en la parte boscosa, rodeando el huerto. La temperatura era agradable —pese a ser pleno invierno—, y pronto comenzó a notar finos hilos de sudor bajar por su espalda. Poco a poco su cuerpo comenzó a reaccionar ante los días de inactividad, y la reticencia inicial se transformó en energía. Cuando abandonó el sendero del diminuto bosque y se alejó de su propiedad por el camino de la sierra, en los altavoces de su Ipod sonaba a todo volumen “*Layla*”, de Eric Clapton—su canción favorita—, y aquel nuevo incentivo lo reactivó aún más. Avivó el trote para intentar llevar a su cuerpo al extremo, y se regocijó cuando este le respondió. Nada en su nueva vida le reconfortaba más que salir a correr solo, en lugares como aquel, en el que lo más vivo que podía encontrar eran pequeños conejos o árboles. Sentía una libertad que solo conseguía alcanzar escribiendo, y aquello había pasado a un segundo plano desde aquella mañana en el centro comercial, dos años atrás.

El Ipod cambió bruscamente de *Losing my Religion* de REM, a una más que estridente *Highway To Hell*. Le gustaba meter modificaciones bruscas en su lista de canciones para reavivar la marcha y que no se hiciera tan monótona.

La pendiente comenzó a volverse más empinada a medida que se internaba en la zona boscosa de la sierra, y las pantorrillas comenzaron a protestarle levemente por el esfuerzo. En breve clamarían de dolor y le regalarían unas bonitas agujetas al día siguiente, como resarcimiento por su desconsideración.

Enfiló jadeante los últimos metros de subida, y de repente se encontró con un llano que parecía haber sido sacado de la página de un cuento infantil. El camino estaba sepultado totalmente por las hojas de pino que habían caído el pasado otoño, y el color del trigo pajizo que habían adquirido le recordó a Roberto el camino de baldosas amarillas de Oz. Un cartel de madera astillado informaba que aquel paraje había sido en otra época una residencia para militares, y Roberto se detuvo unos segundos para leerlo. Recordaba algo de aquel lugar, pero de forma muy vaga. El verde del cartel se había transformado en un gris-azulado desvaído, y muchas de sus letras se habían borrado, pero se podía adivinar con facilidad que aquel complejo se había llamado en otro tiempo “Las Casas de la Marina”.

Roberto continuó con su trotar suave entre los restos de bancos de madera destrozados y arrojados de cualquier manera y, repentinamente, entró en un sendero donde los árboles se cerraban y creaban un pasillo natural. La temperatura allí dentro descendió varios grados, pues las tupidas ramas entretejidas en la bóveda del pasillo no dejaban traslucir nada más que unos finos y débiles rayos solares. Apretó el paso, a pesar de que se encontraba embelesado por la belleza de semejante corredor silvestre. Comenzó a sentir frío a través de la fina camiseta elástica deportiva que se había puesto para correr; pensó en dar la vuelta, pero algo, una fuerza invisible que no conseguía explicar le conminaba a descubrir el final del sendero. Aceleró un poco más, y sus pantorrillas se quejaron, esta vez más amargamente. Las silenció subiendo el volumen del Ipod —que en aquel momento escupía frenéticamente *Unforgiven* por los cascos—, y recorrió los últimos quinientos metros asombrándose de aquella maravilla. Le parecía estar entrando en una catedral ancestral, en la que la naturaleza había sido la encargada de llevar a cabo tan magistral obra, sin necesidad de cemento ni ladrillos.

El sendero terminaba en una explanada cubierta de matorrales silvestres que crecían de forma desordenada y, entre los cuales habían quedado atrapados restos de basura, como si de una cruel telaraña se tratase. Continuó trotando por el sendero que atravesaba el patio, fijándose en las pistas deportivas —que hacía mucho tiempo que nadie utilizaba—, y en una zona de juego infantil donde un solitario columpio se mecía con la suave brisa, anclado sobre un enorme cajón donde la arena se había endurecido, formando una especie de cadena montañosa con innumerables deltas en miniatura. Al fondo, se recortaba contra el cielo cada vez más anaranjado, una colosal construcción de dos pisos que parecía una residencia victoriana; el color de la fachada había sido en otro tiempo de color verde aceituna, pero en los lugares donde la pintura no había resistido a las inclemencias de los elementos, había tornado a un gris sucio, deslustrado. Los postigos de las numerosas ventanas se encontraban todos rotos y descolgados, menos dos del último piso, que parecían haber aguantado por medio de alguna especie de conjuro mágico protector.

Roberto se acercó fascinado y tropezó con un bote de conservas herrumbroso y olvidado en medio del camino. Dejó de correr cuando llegó a la entrada, y desconectó el Ipod; la puerta parecía haber sido arrancada de sus goznes a golpes, y colgaba de una de las bisagras de forma precaria. Se acercó y subió uno de los tres escalones que llevaban al porche elevado por el

que se accedía al interior de la vivienda. No tenía intención de entrar en aquel caserío en ruinas, pero estaba fascinado con el pórtico en forma de arco de la entrada, en el que había grabada una especie de leyenda sobre la piedra de granito marrón que dominaba el umbral. Pasó al segundo escalón y examinó con interés la frase, que desde aquella distancia era prácticamente ilegible. Las pintadas de los vándalos y el paso del tiempo habían difuminado demasiado el relieve de las palabras sobre la piedra para poder ser vistas desde allí. Dio el siguiente paso y se plantó en el porche de hormigón de la residencia. Una ráfaga de aire helado escapó de entre el hueco de madera astillada de la puerta, y le golpeó en el rostro, traspasándole el cuerpo como un cuchillo caliente lo hace con la mantequilla. Un escalofrío se instaló en su espalda y decidió quedarse allí unos segundos más de lo necesario, hasta que Roberto se lo sacudió con un temblor. Cuando se dio la vuelta para marcharse de aquel lugar que le infundía temor y fascinación al mismo tiempo, su mirada se cruzó con algo que se le metió en la cabeza con una especie de embrujo subliminal. Empujado por la curiosidad —y un hipnotismo digno de un hechizo atávico—, volvió sobre sus pasos y llegó hasta el umbral de la vivienda. De la jamba colgaban trozos de madera que semejabán a estalactitas empobrecidas, y que a Roberto le recordaron los dientes de un monstruo de su infancia. De nuevo aquel brillo fugaz. Con cuidado, traspasó el dintel y se encontró ante una descomunal estancia en la que el polvo era el invitado estrella. Curiosamente, un orden puntilloso reinaba en el salón, donde varios muebles seguían en su lugar, intactos, cubiertos de suciedad unos, y protegidos por sábanas otros. Una opresiva atmósfera flotaba en el ambiente, como si las partículas de polvo se hubieran mezclado con algo más primitivo, como el moho y la descomposición, e hicieran más densa y difícil la tarea de respirar. Las ventanas rotas traían consigo unas rachas ventosas que refrescaban el ambiente, pero que arrastraban efluvios de algo pesado, ominoso.

Roberto se acercó con rapidez hacía el lugar donde había visto el objeto que le había llamado la atención, y lo distinguió entre dos butacas que podían haberse encontrado perfectamente en un museo —a excepción de que estas estaban desgarradas y el relleno se hallaba fuera, como si se tratase de una pieza de caza que hubiera sido destripada por un perdiguero rabioso—, de historia clásica. Recogió el elemento y lo contempló extrañado. Se trataba de una de aquellas medallas en las que aparecía el nombre y el grupo sanguíneo de su propietario. Él mismo tuvo una de aquellas cuando era niño, pero hacía

mucho tiempo de eso y no recordaba haber visto una igual desde hacía muchos años. Junto al colgante, una immaculada huella de zapato parecía haber sido colocada como *attrezzo* de una película, pues el manto de polvo fino se hallaba perfectamente uniforme en torno a ella. Giró sobre sí mismo y pudo ver el desorden que sus propias pisadas habían dejado en la firme estela del polvo; se preguntó cómo podía haber llegado aquella solitaria huella hasta allí. Sintiendo una infantil aprensión se encaminó hacia la salida; entonces se fijó en la colosal escalera que ascendía hasta el piso superior. Una excepcional elevación en forma de S con un armazón dorado y escalones de un mármol color perla brillante, que parecían haber sido encerados tan solo unos meses atrás. El manto de partículas que dominaba cualquier rincón de la vivienda parecía haber hecho un pacto con aquellos escalones para no quebrantar su belleza, que brillaban de forma radiante. Al pie de la magnífica escalinata se hizo claramente visible otra huella, solitaria y mortecina, como si se estuviese extinguiendo a cada segundo que se encontraba expuesta a los elementos. Roberto examinó de nuevo el suelo, pero la perfecta alfombra cenicienta no estaba de ningún modo fragmentada; solo existía aquella huella. Apretó el puño y la medalla que había encontrado se le antojó demasiado fría en su palma. De repente escuchó un grito. Estaba seguro que había sido un grito, más concretamente, un grito de mujer. Abandonó cualquier remilgo y atravesó la estancia a toda velocidad. Sus zapatillas deportivas levantaban nubes detrás de él a medida que rompía la pulcritud del manto de inmundicia. Resbaló al subir el primer escalón, pero agarrado a la barandilla evitó romperse los dientes. Siguió el camino hasta donde creyó escuchar el lamento, y llegó hasta la segunda planta. Un pasillo enormemente largo se extendía a lo lejos, flanqueado de puertas a ambos lados; solo una de ellas permanecía abierta, y Roberto se lanzó hacia allí en una desafortunada carrera en la que su mente únicamente le permitía pensar en ese desgarrador grito. Cuando llegó a la habitación abierta, se encontró una estancia vacía y con una ventana sin marco ni postigos. El aire entraba en rachas gélidas que formaban pequeños remolinos con el polvo en suspensión. Lo que había sido una estrecha cocina se encontraba reducida a astillas, y el suelo estaba cubierto por minúsculos fragmentos de maderos esparcidos por todos los rincones. Escuchó un nuevo lamento, este mucho más apagado, y el corazón le volvió a galopar en el pecho. Salió a la carrera de nuevo por el largo pasillo, y fue probando con los pomos de las puertas. Algunos habían desaparecido, y en su lugar solo quedaba un agujero vacío. A medida que iba probando, se daba

cuenta de que las habitaciones parecían ser viviendas independientes en espacio reducido, pero en ese instante su cerebro se negaba a recopilar más datos y se afanaba en mantener la razón para encontrar a la portadora de aquel gemido. Cuando hubo acabado de registrar todas las habitaciones, se giró desconcertado, y el corredor le dio la impresión de ser más largo que la primera vez que lo había visto. Volvió sobre sus pasos, sin dejar de mirar a un lado y otro de los vanos —que había ido dejando abiertos—, pero allí no había nadie. Bajó de nuevo a la planta baja, y rodeó la inmensa escalera, encontrando otra habitación al fondo que era de la dimensión de un campo de deportes. Se fijó en que no había huella alguna sobre la fina capa de polvo, y decidió buscar en otra dirección. Diez minutos después, había revisado la residencia habitación por habitación, sin encontrar a nadie.

Más sereno, pensó en alguna ráfaga de viento que se había colado por alguno de los pórticos y le había jugado una mala pasada, haciéndole creer que había escuchado gritos cuando no había sido más que el aire. Salió de la casa y se dispuso para el camino de vuelta. Conectó de nuevo el Ipod, y bajó del porche con dos saltitos. Ya estaba cruzando la explanada de juegos cuando se volvió a mirar una vez más la casa. Creyó ver algo en una de las ventanas superiores, pero de nuevo se dijo que debía ser su imaginación, y abandonó el recinto con un trote suave.

El gimnasio era una mezcla de boutique con productos deportivos y suplementos alimenticios, además de la zona estrictamente destinada para el ejercicio. El pabellón de entrenamiento estaba compuesto de dos plantas; la sala superior estaba comprendida por una habitación para las máquinas de musculación, y de otra más pequeña que disponía de colchonetas y balones enormes para los ejercicios de *fitness*. En la planta inferior se encontraba la piscina climatizada, la sauna, el *jacuzzi* y las duchas de contraste de frío y calor. Verónica se hallaba en la etapa final de su entrenamiento del día, que constaba de diez minutos de sauna y un paso rápido por las duchas de contraste. A pesar de llevar solo unos días allí, le encantaba aquel lugar. Ella había acudido cuatro días a la semana durante los últimos dos años a otro gimnasio en la ciudad, pero aquel era un mastodóntico edificio repleto de salas, a cada cual más compleja y atestada. Carecía de cualquier encanto, y ella no había conseguido acercarse a ninguna de aquellas jovencitas con los pechos en la barbilla y ropa deportiva de colores estridentes salvo para pedir la hora. En el coqueto gimnasio de Malón ya había hecho dos amigas con las que había quedado al finalizar las duchas, para desayunar en la cercana cafetería de la esquina. Además, el monitor de Verónica era un muchacho encantador, de apenas veintidós años con músculos hasta en las amígdalas que la miraba como si fuese un helado de vainilla. En definitiva, se encontraba cómoda en aquel lugar.

Cuando abandonó las cabinas de las duchas, el vapor era tan penetrante que apenas podía ver nada, y casi se dio de bruces con el hombre que entraba en aquel momento. No había nadie más, pues normalmente a aquellas horas el gimnasio estaba enteramente compuesto por amas de casa.

—¡Huy, perdón!—exclamó Verónica—. Es que con tanto vapor...

El tipo se la quedó mirando, con unos penetrantes ojos que no dejaban traslucir emoción alguna, y se apartó a un lado sin pronunciar palabra. Verónica sintió aquellos ojos de hielo traspasarla, como si estuviera hecha de aire; quiso decir algo, pero el hombre desapareció entre la nube de vapor. Desconcertada, no acertó a pronunciar las palabras que se atropellaban en su garganta debido a..., esos ojos fríos e inexpresivos. De repente volvió a cruzar ante ella, y pudo notar su olor corporal, mezcla de sudor y algún tipo de crema con aroma a eucalipto. Paradójicamente, lejos de resultarle

desagradable, se excitó. El hombre se había apartado para que ella saliese, pero no lo suficiente para que no quedasen lo bastante cerca como para tocarse. Verónica notó cómo sus senos rozaban el pecho desnudo de aquel tipo, y no pudo evitar que los pezones se le erizaran. Él ni siquiera esbozó una mueca que denotase incomodidad o acaloramiento, simplemente, se limitó a cruzar dentro y meterse en el *jacuzzi*. Verónica subió a toda prisa a la planta superior y, entró en los vestuarios. Por algún motivo que no supo describir, el breve encuentro le proporcionó más placer del que había sentido en los últimos dos años. Se puso sus vaqueros, el jersey de lana fino y fue a la cafetería, al encuentro de sus nuevas amigas.

El mercado de la plaza se encontraba completamente atestado, ya que la gente estaba realizando las últimas compras para la cena de Nochebuena. Verónica nunca había estado en aquel lugar, pues le parecía sucio y antihigiénico, pero se encontraba turbada, y necesitaba distraer su mente.

Caminaba entre los numerosos puestos de comida sin reparar siquiera en el género, hasta que se detuvo ante el escaparate de una marisquería. Compró dos enormes bogavantes junto con un amplio surtido de almejas, gambas y calamar. Por primera vez en años, estaba dispuesta a regalarle a su marido una bonita cena de Nochebuena.

Esa tarde—la víspera de Nochebuena—, solo un suceso turbó la increíble quietud del pueblo, como si aquella paz hubiese sido la proverbial calma que precede a la tempestad. La única patrulla de la policía que estaba ejerciendo la vigilancia dentro del casco urbano, recibió una llamada avisando de una disputa en uno de los céntricos barrios adyacentes a la fábrica de conservas. Veinte minutos más tarde, Agustín Guerrero, líder de la “*camarilla de día*” era detenido por agredir a su mujer. Al día siguiente, los vecinos jurarían que Agustín gritaba como un loco que todo aquello era una trampa, que él no había puesto una mano encima de “*esa maldita zorra*”.

Antonio había decidido que cerraría temprano aquel día. Por experiencia, sabía que estar al frente de un negocio como un bar, podía resultar lo más esclavo de esta vida si no te tomabas las cosas con calma. Años atrás había abierto hasta avanzada la tarde, pero solo le había servido para gastar más de lo que ganaba y para llevarse la reprimenda de su mujer. Por lo general, la gente entendía que debía pasar la tarde de Nochebuena con su familia antes que en el bar.

Acabó de secar unos vasos, y dispuso las bandejas de comida para intentar que se acabasen a lo largo de aquella mañana. Las que no se vendiesen acabarían en la basura, pues no pensaba guardarlas en la nevera y servir el producto al día siguiente, en Navidad.

En ese momento entró Cristóbal y, para sorpresa de Antonio, pidió un café. Posiblemente era la primera vez que lo veía hacerlo, al menos que él recordara.

—¿Mala noche?—bromeó Antonio.

—¿No lo son todas?—contestó agitando la mano—. Pero no es eso, hoy llega mi madre y no quiero que me vea como una cuba. Puedo beber hasta perder la consciencia cualquier día del año, pero no en Nochebuena.

—Buena norma, ¡sí señor!

Antonio accionó los mandos de la mastodóntica cafetera de cuatro brazos y preparó el café para Cristóbal.

—Oye, ¿has oído lo de Agustín?

Por norma general, Antonio no seguía las reglas de los bármanes de inmiscuirse en todos los asuntos que se comentaban en el bar, pero aquel día lo de Agustín era la comidilla de Malón, y además, estaban solos allí.

—Algo he escuchado— contestó lacónico Cristóbal.

—¿Y qué, tú qué piensas?

—Antonio, olvidas que soy el borracho del pueblo, yo no pienso.

—¡A mí no me la das!—el dueño ondeaba un paño al aire como si se tratase de una bandera—. Podrás tener afición a... ¡pero de tonto no tienes ni el apellido!

Cristóbal y Antonio estallaron en una carcajada conjunta, breve pero intensa.

—Ya sabes lo que pienso de Agustín—se sinceró Cristóbal—. Si ya lo hizo una vez, ¿Por qué no iba a hacerlo de nuevo?

—Eso no quedó demostrado, ya lo sabes.

Cristóbal apuró la taza de café y clavó la mirada en Antonio. El momento camaradería había concluido. El dueño sabía cuándo debía dar por concluido un tema y cerrar el pico para dedicarse a sus quehaceres.

—¡Vaya mierda esto del café!—apartó el vaso vacío, y contempló el grifo de cerveza con anhelo—. Venga Antonio, ponme una caña, que no creo que me vaya a sentar mal.

—Cristóbal, tu madre...

—¡Venga coño!—masculló—. No me voy a emborrachar con una caña.

En aquel instante entró el segundo cliente del día en el bar. Aunque ya hacía rato que había salido el sol, el local continuaba en penumbra, porque el dueño no había abierto los postigos de las ventanas. Nunca lo hacía hasta que el mediodía estuviese más próximo. A veces, a los borrachos les gusta beber a oscuras.

—Antonio—musitó una voz desde la otra esquina—. Un White Label cola.

Ambos reconocieron al tipo que acababa de entrar, y ambos se sintieron incómodos por si los había escuchado. Agustín tenía una pinta horrible, con grandes ojeras y el pelo sucio y alborotado. Su cara porcina estaba amarilla, y sus ojos parecían querer saltar de las cuencas y marcharse de su rostro.

—No me queda White Label, Agustín—notificó el dueño.

—Pues pon lo que quieras—el tono seguía siendo lastimero, para nada el habitual de aquel hombre—. Mientras sea whisky me da igual.

—JB, ¿te parece bien?

Agustín asintió y agachó la cabeza. Se le notaba cansado. A la media hora, tanto Cristóbal como Agustín estaban completamente borrachos.

—Así que te han soltado—expresó Cristóbal con desdén—. Vaya mierda de justicia.

—Calla borracho.

—Hazte para allá que me tiznas, le dijo la sartén a la olla—recitó con voz pastosa desde su esquina—. Al menos yo solo soy un borracho, no voy por ahí partiendo la crisma a las mujeres.

Parecía que Agustín llevara esperando aquel comentario mucho tiempo, acumulando energías y resentimiento para aquel que le diese un motivo. Sin pensarlo, lanzó hacia atrás el taburete y embistió como un toro desde su

rincón. Cristóbal, que lo vio venir, se preparó. A pesar de que Antonio estaba pendiente de la situación, no llegó a tiempo. Los dos hombres se enzarzaron en una pelea de borrachos, la cual, si alguien la hubiese visto desde fuera, habría resultado más cómica que preocupante. A pesar de eso, Agustín era como un tanque; golpeó con fuerza varias veces y alcanzó a Cristóbal una vez en la mandíbula, derribándolo contra el suelo. Antonio llegó justo en aquel instante y lo sujetó por los brazos, antes de que pudiera rematar el trabajo.

—¡A tomar por culo de mi bar!—bufó—. ¡A pelear a la puta calle!

Antonio sacó a empujones a Agustín, que parecía haberse calmado. Cuando se vio libre de la presa del camarero, se miró las manos sin comprender muy bien qué había pasado. Poco después, Cristóbal salió también.

El café de la mañana era de los pocos placeres que aún disfrutaba como el primer día. Con cada uso, las cosas que aprecias van perdiendo algo de ese placer, hasta que al final se convierten en parte de una rutina que damos por hecho que debe suceder. Ocurre con el sexo, el tabaco o el alcohol, por ejemplo. Cada uso desvirtúa una milésima del placer que causa, hasta que casi se convierte en algo anodino y que conforma nuestro automatismo, que asumimos más como una costumbre que como un gozo. Sin embargo, para Javier el café no había perdido un ápice de ese bienestar, aunque aquel día le estaba sabiendo a rayos.

Siempre se levantaba muy temprano, aunque no le tocara turno hasta por la noche; se preparaba el café como a él le gustaba, en la soledad y la quietud del alba. Disfrutaba ese momento como ningún otro, ese oasis de paz en medio de la alocada carrera de la vida, con un café en la mano y el crepúsculo matutino. Era un hombre sencillo.

Aquella mañana había vuelto de patrullar un poco antes de que despuntara el sol por el horizonte, y tras una noche movida, solo le apetecía tomarse ese café y acostarse antes de que los niños convirtiesen la casa en una jungla de gritos. Se preparó una cafetera —como a él le gustaba—, con un grano de cardamomo en la base (lo había aprendido en un viaje a Marruecos) y una pizca de canela, y justo en ese momento, ¡su momento!, recibió una llamada al móvil del trabajo. Quince minutos después estaba de vuelta en la comisaría. Malón disponía de una dotación de veinticinco policías locales que trabajaban en turnos rotatorios, más el subinspector, que no abandonaba la comisaría durante su turno, pues según él, ya se encontraba mayor para lidiar con los jóvenes. Durante un turno normal, eran tres las patrullas activas. Una que se encargaba de la sección de la seguridad vial, la otra de la seguridad ciudadana y una tercera que recorría las pedanías cercanas. Javier era el oficial de mayor antigüedad (sin contar con el subinspector), y el encargado de asignar las patrullas. En Malón nunca sucedía nada especialmente grave, pero si algo ocurría, se llamaba a Javier antes que a ningún otro, incluyendo al subinspector.

—¿Qué pasa, papá?—saludó malhumorado Javier al entrar en la comisaria —. ¿Ni dormir me vais a dejar?

—Haber estudiado—replicó el anciano.

Tomás Moreno era el subinspector de la policía local de Malón, y también padre de Javier. Tomás había presionado arduamente a su hijo para que hiciese la oposición a subinspector, aduciendo que en un par de años le otorgarían el cargo de inspector por antigüedad selectiva y podría abandonar ese “cochambroso pueblo”, pero Javier siempre argumentaba que no podía dejar solo a un carcamal como él al mando. En realidad, le gustaba Malón, aunque sería capaz de masticar clavos antes que reconocerlo.

Javier no hizo caso de su padre, y fue directamente a la sala de reuniones. La comisaría era tan diminuta que la sala de asambleas, la de descanso y la del café eran la misma. Entró y se encontró con Martín y Paula, dos de los policías más jóvenes, transferidos de la comisaría de Yesta.

—¿Qué sucede?—lanzó Javier nada más entrar. No estaba de muy buen humor después de haberse perdido su momento de la mañana.

—Hemos recibido una llamada de Antonio, el dueño del Bocana—informó Martín—. Dice que Agustín y ese tal...

—Cristóbal—apuntó Paula.

—Ese—continuó—. Dice que han tenido una pelea en el bar.

Javier se les quedó mirando con cara de no comprender. Alternó entre uno y otro, esperando más información.

—Antonio dice que los ha echado del local—Martín hablaba rápido, presa del nerviosismo al darse cuenta de que a cada palabra que pronunciaba, su jefe parecía enfadarse más—. Nos dijo que Agustín le dio una buena a ese tipo, eh...

—Cristóbal—volvió a apuntillar su compañera.

Javier no dijo una palabra. Se acercó hasta la cafetera —que habían comprado la navidad anterior por petición suya—, y se sirvió un café que le supo a meados de gato. Se dio cuenta de que aquel día, cualquier café que tomase le sabría a lo mismo.

—A ver, para que yo lo entienda—dijo lentamente alternando la mirada entre los dos policías—. ¿Me habéis llamado tras mi noche de guardia para decirme que el gilipollas de Agustín le ha pegado al borracho del pueblo?

Martín, que había comenzado a estrujarse las manos (un tic de cuando se ponía verdaderamente nervioso), intentó decir algo, pero tras abrir la boca, decidió cerrarla de nuevo. Fue Paula la que cogió el relevo.

—No, señor, le hemos llamado porque Antonio dice que los dos salieron del local y se fueron en la misma dirección. Hemos pasado por casa del tal

Agustín, ya sabe, por el tema de anoche con su mujer, pero ella insiste que no ha vuelto por allí.

—También pasamos por el domicilio de Cristóbal—se animó Martín—. Pero no contestó nadie.

Javier dejó el vaso de plástico sobre la mesa, y contempló el líquido negro que contenía durante largo rato. Al final, como si le hubiera llegado la inspiración de repente, golpeó la mesa con fuerza.

—¡Ese imbécil de Agustín ya me está tocando los cojones!

Abandonó la sala sin dirigirles la palabra a sus subordinados, y se alejó a toda prisa.

—Viejo—espetó brusco a su padre—. Encárgate de que hoy no me llame ningún idiota más.

El Nissan se había comprado para la unidad móvil, pero lo había acaparado Javier casi en exclusiva. Él poseía un estupendo BMW, pero apenas lo tocaba, pues prefería llevar el coche oficial.

Recorrió las calles de Malón sin buscar nada en concreto, solo por conducir. Conducir le ayudaba a pensar. Tenía que hacer algo con aquel estúpido de Agustín o al final se le acabaría enquistando el asunto. Había perdido el rumbo, y en Malón aquellas cosas acababan exagerándose de muy mala manera. Necesitaba hacerle entender que no estaba escogiendo un camino adecuado, y que debía cambiar el rumbo, centrarse en su mujer y en los retrasados de sus hijos. Gruñó y se saltó la norma de fumar en el coche, al fin y al cabo, ¿Quién le iba a regañar?

Enfiló el Nissan en la única dirección donde sabía que podía encontrar a Agustín, un lugar que solo conocían tres personas, además de él mismo.

Roberto llegó a su casa, empapado y con unos dolores terribles en las piernas. No había considerado que al llevar un tiempo apartado de los recorridos rurales, con subidas y desniveles en el terreno, le costaría bastante más trabajo que su cómoda cinta de correr *Sleepwest*. Le ardían las rodillas y los gemelos, y en las plantas de los pies se le habían producido pequeñas heridas por la inmensa cantidad de piedras que había pisado por el camino de sierra. Sus zapatillas deportivas ultra flexibles y de suela ligera, no eran las más adecuadas para “excursiones” por la montaña.

La casa estaba vacía, y se le antojó demasiado grande y silenciosa. Por alguna razón no le apetecía estar allí en aquel momento, a solas, pero la opción alternativa, si cabe, era mucho peor.

Se acercó hasta la immaculada sección del salón que Verónica había dispuesto como bar, y se sirvió un generoso vaso de Bourbon escocés con un par de cubitos de hielo del tamaño de pelotas de golf. Por lo general, Roberto no bebía, ni siquiera en eventos sociales, pero se encontraba turbado por los extraños incidentes que habían sucedido en aquella casona abandonada. Deseó que Verónica estuviese allí, aunque lo único para lo que serviría sería para discutir o tratarse como extraños, pero al menos no estaría solo en aquella descomunal residencia que se le antojaba ajena. Probó el licor y sintió una profunda arcada mientras que el líquido bajaba ardiendo por su garganta. Dejó el vaso casi intacto, y se dirigió a uno de los tres baños de que disponía la vivienda. Después de una buena ducha seguro que su perspectiva cambiaba radicalmente, y todo aquello le parecería un suceso del cual incluso podría reírse.

Cuando alcanzó el primer escalón de la suntuosa escalera, una extraña música resonó atronadora, aumentada por el eco de la enorme mansión vacía. Roberto reconoció la empalagosa melodía del timbre que Verónica había escogido para la puerta de entrada, más propia de un *jingle* navideño que de un tono de llamada. Se quedó clavado, con la pierna izquierda alzada para dar un paso que no se decidía a completar. Habían pasado más de dos años desde que había contestado por última vez al timbre de una puerta. La musiquita volvió a sonar, insistente, y eso rompió la parálisis del hombre.

La niña seguía clavada en el portal como un remache oxidado en la traviesa de una vía férrea. Aunque Roberto jamás abría la puerta cuando estaba solo, la insistencia y aquella odiosa melodía del timbre acabaron por decantar la situación.

—¿Está loco?—preguntó de nuevo.

—Clínicamente no—contestó Roberto, que había optado por mirarse las zapatillas—. O al menos eso dicen los médicos.

—Pues entonces es que es tonto—certificó decidida.

—En eso creo que puedo darte la razón.

Roberto permanecía centrado en el suelo para no tener que volver a mirar la cara de la niña.

—¿Pero entonces me va a comprar la lotería o no?—insistió ella—. Es para el *cole*.

Pensó que estaría dispuesto a pagar cualquier cantidad, si eso hacía desaparecer a la dichosa niña de allí, pero no llevaba dinero en los pantalones deportivos, y tener que ir a por su cartera equivalía a que ese bicho con coletas entrase sin permiso en la casa.

—¿Por qué no vuelves más tarde?—propuso entrecortado—. Mi mujer...

—No sea tacaño—atacó de nuevo la princesa con vestido de algodón fucsia— ¡Es para el *cole*!

—Mira niña...

En aquel instante Roberto levantó la mirada de los zapatitos de charol rosas, y se encontró con el rostro de la muchacha. Normalmente, debido a la prosopagnosia, no era capaz de reconocer rostros aunque los hubiera visto cinco minutos antes, pero en ciertas ocasiones, debido al estrés, se producían “variaciones”, como en aquella ocasión; en el rostro de la chica era imposible escrutar nada, pues no existía rostro alguno. En el lugar donde deberían haber estado los ojos, la nariz y la boca, Roberto solo pudo discernir un manchurrón informe de carne.

—¡Márchate, lárgate de mi casa!

La chiquilla salió de allí como alma que lleva el diablo, entre un mar de llantos y balanceos de trenzas.

Malón rebosaba de alegría en sus calles principales. A pesar de ser una mañana atípica en cuanto a la climatología, las familias habían salido a ver los belenes, a tomar unos aperitivos con los amigos o los familiares, y a pasear admirando el excelente trabajo que había realizado aquel año el ayuntamiento en cuanto a decoración de las calles. Todo el mundo comentaba que el nuevo partido había comenzado con fuerza su mandato, y que con ello se beneficiaba al desarrollo de Malón de cara al turismo.

Claudia Romero había montado un puesto de tortas de Navidad, Alfonso Alemán uno de adornos navideños y Antonio había agregado una barra en la fachada de su bar. La plaza bullía de actividad en torno al gigantesco belén y los puestos de artesanía, y los niños correteaban en la zona de juegos instalada por la empresa local Cultura de Calle, que colaboraba con un pequeño parque de atracciones con motivos navideños. Incluso el nuevo alcalde había pronunciado unas palabras desde el balcón del ayuntamiento, que se alzaba cual torreta sobre la bulliciosa plaza.

Olga y Micaela habían acudido juntas y bromeaban apostadas en una de las mesas con vistas a la glorieta sobre tal o cual chisme a medida que se sucedían ante ellas los vecinos del pueblo. Ambas habían comenzado a beber temprano (o tal vez tarde, según se mirase), y no trataban de ocultar en ningún momento a los destinatarios de sus pullas, que para ellos estaban dedicados tales honores. En un momento dado, a Olga se le ocurrió que allí les faltaba alguien y decidieron llamar a su nueva amiga. Verónica descolgó al segundo tono.

—¡Vero, cariño!—saludó efusiva—. ¡Vente para la plaza, que hay un ambiente que no veas!

—Hola Olga—en la voz de Verónica se intuía la incomodidad—. No sé si voy a poder.

Detrás de ella surgió la figura de Roberto, que enfundado con unos pantalones de pijama un poco demasiado holgados, y una camiseta sin mangas, le hacía gestos vehementes. Era la primera vez que abandonaba el estudio desde que ella llegara a casa, una hora antes.

—Espera Olga, espera un segundo—cubrió el altavoz con la mano y se giró hacia su marido—. ¿Qué quieres cariño?

—Nada, es que me picaba la espalda y necesitaba que me rascases—ella

compuso un gesto hosco, que desapareció al instante al ver que estaba bromeando—. ¡Ve, corre!

—¿Qué dices?

—Que vayas—repitió sonriente—. Yo voy a ducharme y a intentar trabajar un poco, y no es justo que tú debas quedarte en casa porque yo sea un inadaptable social.

Ella volvió a componer aquel gesto ceñudo, pero lo suavizó de inmediato. No estaba acostumbrada a que su marido bromease de aquella manera.

—En serio, cariño—insistió—. Ve y diviértete. Se nota que te apetece y, de todas formas, necesito concentrarme; contigo aquí, seguro que no podré hacerlo.

—¿Lo dices en serio?—él asintió. Quitó la mano del auricular—. ¿Olga?, en diez minutos estoy allí, sí, vale, ¡anda déjate de tonterías!, nos vemos.

Colgó y se quedó mirando a su marido, que le dedicaba una sonrisa irónica. Se acercó a él y lo besó. Fue un beso cálido, de los que se dan al principio de las relaciones.

—Gracias mi vida—dijo ella.

—De gracias nada, ¡esta noche quiero mi compensación!

Ella le lanzó una sonrisa pícaro, y corrió escaleras arriba para cambiarse de ropa. Poco imaginaban que la próxima vez que se vieran, Roberto iría sentado en la parte trasera de un coche policial.

A medida que los rayos solares vencían a las testarudas nubes y filtraban sus dedos dorados sobre la plaza, también aumentaba la confluencia y el ambiente festivo. En los puestos distribuidos alrededor del belén se agolpaban los clientes, y Antonio necesitó traer más mesas y sillas de su almacén para dar cabida a los numerosos parroquianos que aparecían, deseosos de celebrar el día de Navidad.

Para cuando asomó Verónica, Olga y Micaela ya habían tomado dos jarras más de sangría y un par de cervezas, mientras despotricaban como locas y entre risas de los chismes del pueblo.

—¡Hola Vero, ven, siéntate!—invitó Micaela a gritos—. ¡Te hemos guardado una silla!

Ella obedeció y, las observó con diversión ante la efusividad de sus amigas.

—¡Vosotras estáis borrachas!

—Que va—interpeló Olga—. Estaremos borrachas en una hora más o menos, ahora solo estamos “alegres”

Las tres rieron de buena gana, y cuando se acercó Antonio pidieron una nueva jarra de sangría y un vaso para la recién llegada.

—¿Y qué celebráis?—preguntó Verónica.

—La Navidad—Olga parecía incapaz de contener la risa—. ¿Acaso no tienes espíritu navideño, Vero?

—Pues...

—Seguro que te contagias del fantasma de la Navidad con algo de esto—sirvió un vaso hasta el borde—. Y con un par de jarras apuesto que hasta acabas cantando *Jingle bells*.

Volvieron a estallar en carcajadas ante la mirada atónita de Verónica, como si aquello fuese el chiste más gracioso jamás contado en toda la historia.

—Pues vamos allá—contestó, bebiendo la mitad del vaso de un solo trago—. A ver si cuando logre estar tan borracha como vosotras acabo pillando vuestros chistes.

Roberto se encontraba más fuerte que nunca. En los últimos días parecía haber “renacido” de sus cenizas cual ave fénix, y empezaba a ver que al final del túnel sí que podía haber una luz. La buena relación con su mujer le había servido como motivación, ya que ponía un interrogante positivo en su vida. Si había sido capaz de recordar su rostro aquella mañana, quizá significaba que su “enfermedad” estaba remitiendo, y los buenos augurios de su neurólogo quizá no fuesen meras frases hechas para tranquilizar a un paciente desahuciado. Nunca había conseguido creer que volvería a hacer una vida normal, y después de los últimos dos años, esa rémora, que había mutado en profunda depresión, había acabado por derribar sus escasas ilusiones como un castillo de naipes mal edificado por un niño. La nula relación que mantenía con el mundo en general, lo había mantenido excluido y protegido, y el tesón de su esposa había sido lo único que le había hecho desistir de tomar una decisión drástica, pero ese hilo era tan fino, que a veces, sentado en la oscuridad y observando con un odio profundo el teclado que era incapaz de utilizar, la boca de un arma o quizá una cuchilla bien afilada se le habían antojado de lo más atractivos.

En aquel instante, mientras apretaba el paso entre senderos cubiertos por hojas de pino, todos aquellos “quizás” se habían venido abajo, proverbialmente; había derribado uno de aquellos muros que atenazaban su mente, y una puerta había franqueado el paso para una nueva ilusión. Sentía que podía volver a conseguir que su matrimonio funcionase, podía volver a escribir (algo que había descartado por completo), y sentía con toda su alma, con una fuerza que no parecía de este mundo y que palpitaba dentro de su corazón agigantándose como la masa de un bizcocho, que podría volver a recorrer las calles, conversar con la gente, e incluso granjearse unas cuantas amistades sinceras.

Escogió el sendero de la derecha (por nada del mundo volvería a escoger el de la izquierda), y comenzó con la empinada ascensión a la cima del monte. Los músculos de las piernas se le tensaron un poco —aunque ni mucho menos se acercaban a los calambres que sufriera el primer día—, y de repente desaparecieron.

Roberto subió el volumen del Ipod para dar rienda suelta a *Tears in Heaven*, de Clapton. El gran “*Mano Lenta*” era su artista fetiche, y nada

podía salir mal cuando él cogía su guitarra y entonaba aquellas maravillosas notas. Aquella canción siempre hacía que se le escapasen unas lágrimas, pero en ese momento le insuflaron una energía descomunal. Apretó aún más el ritmo, al son de Clapton suspirando por esas lágrimas del cielo, y coronó la cima de La Perdiz. Decidió no hacer el acostumbrado descanso, y enfiló hacia la senda que bajaba por la ladera sur, la que derivaba en el merendero, y más abajo, en San Rafael. Aquello fue lo último que pensó antes de sufrir un fuerte golpe y perder el conocimiento.

Las campanas repicaron en la torre de San Miguel, que dominaba la plaza desde lo alto. Algunas de las personas congregadas alrededor de los puestos contemplaron el majestuoso batintín del chapitel, aunque sabían de sobra que este era un mero adorno. El auténtico sonido lo proporcionaban unos discretos altavoces camuflados en el interior del campanario. El toque provocó justamente el efecto que deseaba, y algunas mesas quedaron vacías tras pedir la cuenta. En algunos puestos también había disminuido la confluencia. La misa de las doce del día de Navidad seguía teniendo mucho tirón entre los vecinos de Malón.

Verónica y sus amigas continuaron sentadas a la mesa, donde las jarras vacías ya comenzaban a amontonarse. A pesar de que Olga y Micaela no bajaban el ritmo (y de que además llevaban ventaja), Verónica se encontraba mucho peor que sus amigas. Ella nunca había tolerado bien el alcohol, y a eso se le sumaba que la última vez que había bebido todavía conservaba una talla 36, y todo el pelo de su color original. Se sirvió otro vaso de cerveza artesanal (ya habían dejado atrás la sangría), y a punto estuvo de volcar la jarra cuando intentó dejarla de nuevo sobre la mesa atestada de platos y vasos. Ante aquello, las tres volvieron a estallar en carcajadas hasta que se les saltaron las lágrimas. Verónica no recordaba habérselo pasado tan bien desde hacía muchos años y, durante un segundo, tan solo una milésima que cruza a la velocidad del rayo por las sinapsis de nuestras neuronas, deseó que Roberto estuviese allí también. Después, se olvidó de su marido tan rápido como si no hubiese existido jamás. De hecho, no volvió a acordarse de él en todo el día.

Cuando Javier vio a Rosario se encontraba en el espacio abierto para la diversión de los más pequeños. No era gran cosa, pero contribuía a tener a los chiquillos entretenidos entre todo aquel caos de gente adulta. Nada más verla, apartó los ojos de su hijo menor, que cabalgaba a lomos de un poni de mentira anclado a un muelle, como si se tratase de un toro mecánico. No supo el motivo de inmediato, pero intuyó que algo no iba bien. Rosario llevaba el pelo revuelto y se tambaleaba como si hubiese bebido. Javier escuchó (a pesar de encontrarse al otro lado de la plaza), cómo Rosario increpaba a la muchedumbre a gritos, y cómo estos se apartaban igual que si estuvieran viendo a una enferma de lepra. Antes de llegar hasta ella, Javier vio horrorizado que la mujer se abalanzaba contra unas chicas que estaban sentadas en una de las mesas.

Las carcajadas se apagaron de golpe y, como si un gigante invisible hubiera dejado caer un fanal insonorizado encima de ellas, el mundo quedó en silencio. Hasta que Olga comenzó a burlarse en voz alta, como llevaba haciendo toda la mañana.

—¿Y esta?—señaló con el mentón a la mujer que acababa de aparecer en la esquina de la plaza, y que increpaba a quien saliera a su paso—. Parece que ha pasado una mala noche.

Micaela la secundó con las bromas, aunque más comedida. Verónica no podía ni abrir la boca. Cuando la mujer llegó hasta su altura, se las quedó mirando con extrañeza, pero sin decir ni una palabra. Olga aprovechó el momento y se envalentonó.

—Eh, Rosario—llamó.

La mujer se volvió y dio un paso hacia ellas. Verónica sintió auténtico pavor cuando vio que llevaba los ojos irritados y muy hinchados, y que del labio inferior le goteaba un poco de sangre.

—Chistss, Rosario—Olga alzó su copa—. ¡Ven a brindar con nosotras y olvídate del picha brava de tu marido!

Ante aquella mención, algo brilló en los ojos de la mujer que hizo que Verónica quisiese escapar de allí a cualquier precio. Incluso antes del ataque, ella ya se había puesto en pie para alejarse todo lo posible.

Rosario se abalanzó sobre la mesa, derribando los vasos y las jarras vacías; con la rapidez de un rayo, agarró a Olga por el pelo y la atrajo hacia ella. En los labios, la sangre le creaba espumarajos junto con la saliva seca.

—¡Qué tienes tú que decir de mi marido eh, so zorra!— rugió.

Agarró un vaso, que milagrosamente había quedado en pie como un naufrago en medio de la superficie esmerilada de la mesa, e intentó romperlo. Tras varios golpes, el vaso seguía intacto, así que lo dejó caer al suelo, donde sí se rompió. Tras verse liberada de la copa, afianzó su presa con las dos manos, zarandeándola como a una muñeca de trapo.

—¿Dónde está?—bramó—. ¿Ha pasado la noche contigo?

Javier llegó justo en el instante en que la mujer cerraba el puño sobre el rostro de Olga para golpearla. La sujetó con fuerza por la cintura y le atenazó el brazo con el que pensaba golpear, pero la mujer se escabulló y acabó lanzando el golpe.

—¡Rosa, cojones!—Javier sudaba a mares, a pesar de que el sol lucía débil entre las nubes algodonosas—. ¡Tranquilízate!

A pesar de tener treinta kilos más que ella, le costó horrores inmovilizarla. Cuando se vio reducida, toda aquella enajenación se evaporó, como el humo de una fogata en un día ventoso. En aquel momento, con toda la multitud pendiente de ella y el abrazo de Javier, se hundió en un mar de lágrimas. Ya no había rabia, sino una mujer terriblemente desdichada.

—No apareció— susurró—. Anoche no vino a casa.

—Rosa—Javier hablaba con tono paternal, pero sin aflojar su presa—. Cálmate ¿quieres?

—Es imposible—parecía hablar únicamente para sí misma—. Jamás se perdería la cena de Nochebuena.

—Te refieres a Agustín ¿verdad?—él sabía que sí, pero quería que ella le hablase, que se comunicase con él—. ¿Quieres venir conmigo y lo buscamos?

Ella lo miró a los ojos por primera vez, como si no comprendiera qué estaba sucediendo, pero al no encontrar consuelo en ellos, aquel fuego de locura volvió a iluminarla como a una antorcha empapada en queroseno.

—¡Tú!—se removi6 y a punto estuvo de escapar de la opresión de Javier—. ¡Tú sabes que él no hizo nada!

Por aquel entonces ya había llegado hasta la plaza el coche policial, y ambos agentes (los dos más jóvenes del cuerpo) aguardaban a que su jefe les hiciese cualquier tipo de indicación. En aquel momento, Javier se volvió y reparó en ellos. El rostro se le transformó en una máscara de pura rabia, y los llamó a gritos.

—¡Él jamás me ha pegado, embustero!—berreaba la mujer desecha en lágrimas—. ¡Nunca me ha puesto la mano encima y os lo llevasteis!

Javier la metió dentro del coche con un enérgico empujón, y se encaró con uno de los agentes.

—Llevala a comisaría—y añadió—. Y ya hablaré más tarde con vosotros.

La ventanilla del coche bajó unos centímetros, y los gritos de Rosa volvieron a inundar la plaza, por lo demás, en el más absoluto silencio. Hasta las campanas parecían haberse silenciado.

—¡Os lo llevasteis y no ha vuelto!

Los agentes se apresuraron a salir de allí, y Javier volvió con su familia, que como todo el mundo en la plaza, se encontraba arremolinada alrededor de las mesas del Bocana, mudos de asombro.

Ese fue el suceso que pareció dar por concluidas las celebraciones de la mañana, como si la empatía con su vecina hubiese caído sobre cada uno de los presentes a modo de losa invisible. La mayoría de los congregados se trasladaron a la iglesia para la misa, y la plaza quedó reducida de multitud, a leve concurrencia. Rosa era una mujer muy querida por los vecinos de Malón, y aquel comportamiento pesaba como una nube negra entre todos los que se preguntaban qué estaría sucediendo en la vida de la muchacha.

Micaela y Verónica llevaron a Olga al centro de salud para realizarle un chequeo y presentar un parte de lesiones, y tras dejarla en casa, cada una se marchó por separado. Verónica necesitó pedir un taxi, pues se encontraba bastante mal, y cuando llegó a casa, se fue directamente al dormitorio.

Cuando abrió los ojos, esperaba que los rayos solares lo cegasen momentáneamente, pero eso no ocurrió. En parte, porque ya no era de día, y en parte porque no se encontraba a la intemperie. Desde la posición en la que se hallaba no podía saber dónde estaba, solo que en el lugar donde debían estar las estrellas o las ramas de los frondosos pinos, solo había una placa de metal acanalado. Intentó levantarse, pero un dolor lacerante le atravesó la cabeza desde la frente hasta la nuca, como si le hubiesen atravesado el cráneo con una larguísima aguja de tricotar al rojo vivo. Procurando no hacer movimientos bruscos, giró el cuello lo justo para poder ver que se encontraba en alguna especie de sotechado para aparcar vehículos al aire libre. Palpó con las manos el suelo y, certificó el porqué del dolor de su espalda; no se encontraba sobre una cómoda alfombra de hojas de pino y musgo, sino sobre un rígido piso de cemento. La angustia por estar en aquella posición le ganó la batalla al dolor o al miedo de confirmar que tenía algo roto, y se incorporó a medias. Sintió náuseas, pero estas desaparecieron enseguida y el dolor quedó relegado a un sordo pulso en su frente. Una vez erguido, se dio cuenta de que no era tan tarde como había creído, solo que el tejado de chapa y la bóveda natural creada por las ramas de los árboles provocaban ese efecto de oscuridad. El sol estaba ya decayendo por el horizonte, lo que suponía que llevaba inconsciente más de cinco o seis horas. Se tocó la frente con prudencia y percibió un bulto enorme, que estalló en miles de puntitos de luz y dolor en sus retinas. A su lado, una gruesa rama partida reposaba como el brazo muerto de algún monstruo milenario.

—Roberto 1, árbol 0—susurró mientras soltaba una carcajada seca.

Aquel ínfimo esfuerzo le creó dolorosos espasmos en la garganta, que se le había convertido en un trozo seco de esparto. A pesar de la protección del techado, debía de haberle dado bastante el sol durante las horas que había pasado allí, con el buen amigo Morfeo. Trató de levantarse, pero extremando la precaución, por si le sobrevenia algún mareo y volvía a caerse. Debía tenerlo en cuenta, pues al parecer estaba teniendo unos días de bastante torpeza. Cuando consiguió mantenerse de pie y estable, comprobó que podía caminar y que no tenía ningún hueso roto. Paseó la vista a su alrededor y no reconoció el lugar, ni pudo recordar cómo había llegado hasta allí. Se acordaba de *Tears in Heaven*, de alcanzar el paso al sendero sur de la Perdiz,

y después... nada. Debía de haberse golpeado con una rama baja al entrar en el sendero, pero ¿Por qué estaba allí y no en medio del camino de la sierra? ¿Cómo habían ido él (y la rama) a parar a... donde quiera que se encontrase en ese momento? Sacudió la cabeza para aclararse, pero un leve mareo asomó a lo lejos, así que decidió no hacer más gestos bruscos. El sol ya estaba acabando su trayectoria diaria por la bóveda celeste y se retiraba a lugares más lejanos, y las sombras empezaban a despertar de su letargo para iniciar su reinado de aquella noche. Roberto no era un hombre que temiese a la oscuridad, pero no le apetecía lo más mínimo encontrarse en ese lugar cuando cayera el crepúsculo, y menos el día de Navidad. Verónica debía estar preocupadísima, quizá incluso le había preparado algo especial.

Avanzó entre la maleza y los arbustos que rompían desordenados el yugo del cemento, y distinguió la estructura de un edificio detrás de una hilera de encinas que delimitaban un camino. Paseó la mirada alrededor, y se dio cuenta de que se encontraba en una especie de patio de recreo. El esqueleto de lo que en otro tiempo habían sido unas porterías de fútbol se encontraban apartadas en una esquina y olvidadas. Las redes habían desaparecido tiempo atrás, y la estructura de metal estaba retorcida y herrumbrosa. Unos metros más allá, en el centro de una zona ajardinada, un monstruoso castillo de juegos para niños se escoraba en un amasijo de tablones y cuerdas enredadas que parecía a punto de caer. A su lado, unos columpios que aguantaban estoicamente el paso del tiempo se balanceaban al son de la corriente del atardecer de invierno, y parecían desafiar a las leyes de la naturaleza. Realmente, aquel patio parecía el escenario de una película distópica o el resultado del paso de un huracán.

Se esforzó en caminar para salir de allí, pues por algún motivo que no lograba adivinar, aquel lugar le provocaba una sensación de inquietud que podía sentir hasta en lo más hondo de sus huesos.

A medida que iba dejando atrás el patio, se dio cuenta de que se encontraba en la parte posterior del edificio, en lo que muchos años atrás había sido la zona interior del complejo. Una vez más se preguntó cómo era posible que hubiera llegado hasta allí si se había golpeado la cabeza en el sendero sur, en la parte opuesta de la cima de La Perdiz. Prefirió dejar las preguntas para cuando se encontrase delante de la chimenea, ya en casa, y se arriesgó a trotar de forma suave. Cruzó un sendero de grava flanqueado de naranjos enanos, y dejó atrás el caótico patio interior. Cada vez más recuperado, aumentó el paso de un trote suave a una ligera carrera. El

complejo era mucho más grande de lo que aparentaba desde el camino principal, y necesitó varios minutos para atravesar una explanada y algunos patios igual de caóticos hasta llegar a la médula de la villa. Un corazón que no era otro que la mansión de estilo victoriano en la que ya había estado en un par de ocasiones. Todo el enclave parecía estar construido alrededor de aquel edificio de color aceituna, como las ciudades que se erigían a pies de un castillo.

Javier debía comenzar su turno la mañana siguiente, pues por antigüedad le había correspondido libre el día de Navidad, pero llevaba encerrado en comisaría desde las cuatro de la tarde, cuando terminó la comida en casa de sus suegros. Marisa, su mujer, se había quejado amargamente de que Javier tuviera que marcharse, aduciendo que había hecho planes para ir con los niños al centro comercial de la capital, pero él le respondió únicamente plantándole un beso en la comisura de los labios. No se encontraba con fuerzas para discutir con ella, y menos en la casa de sus suegros.

En Malón no era habitual que ocurriesen escándalos de aquel tipo. De vez en cuando se veían obligados a intervenir en algún altercado entre jóvenes que le habían dado en exceso a la botella, o los llamaban por alguna desavenencia entre vecinos, nada grave por lo general, pero en dos días a Javier se le había acumulado el trabajo. Primero la denuncia sobre malos tratos de Agustín sobre su mujer, la pelea entre este y Cristóbal, y ahora Rosa aparecía pegando y gritando como una loca el día de Navidad, declarando que su marido no había vuelto a casa la noche anterior. Para un tipo como Javier, que estaba acostumbrado a tener el control sobre todo, (y en los últimos años sobre todos), esto no era un bocado dulce de tragar. Era cierto que todo aquello terminaría con la evidencia de que existía algún malentendido, unos apretones de manos, unas disculpas y a otra cosa, pero por algún motivo que no supo señalar, a Javier no le hacía ninguna gracia la situación. En principio, se había pasado parte del día anterior buscando a Agustín y a Cristóbal sin encontrar ni el más mínimo rastro de ellos. Agustín podía estar en cualquier rincón de la capital, bebiéndose el agua de todos los floreros de los puticlubs, pero Cristóbal, eso era harina de otro costal. El bueno de Cristóbal no había perdonado un día en el bar de Antonio desde... bueno desde hacía mucho tiempo.

Cuando entró en la sala donde habían dejado a Rosa la encontró inerte, con los brazos a ambos lados y la mirada perdida. Parecía una marioneta de trapo a la que habían cortado los hilos. Se acercó hasta ella y la saludó, pero la mujer continuó con la expresión vacua e inexpresiva de los que no se encuentran en "casa". Su cuerpo podía estar allí, pero su mente se hallaba muy lejos. Javier suspiró, y salió en busca de un café, que sospechaba que buena falta le iba a hacer.

Roberto evitó tener que pasar por delante de la puerta principal, pero aquel lugar estaba diseñado para que eso resultase imposible. Unos altos muros, (medio derruidos, pero lo suficientemente enteros como para renunciar a la idea de traspasarlos) rodeaban el perímetro del jardín delantero, y desembocaban en el sendero principal que conducía directamente a la vivienda de estilo colonial en una dirección, y a la enorme puerta de forja de la salida. Jadeando, enfiló por el sendero donde los árboles habían formado un pasillo natural propio de una ciudadela medieval, esforzándose por no girar la cabeza hacia la casa. Caminaba a buen ritmo, pero aunque lo deseara, no podía permitirse el lujo de correr en ese camino. La luz del sol estaba ya tan menguada que solo una delgada uña de claridad morada asomaba por encima de la sierra. La bóveda forestal no dejaba filtrar ninguno de esos débiles rayos, y Roberto recordaba que el camino estaba plagado de piedras, raíces y desperdicios, que podían resultar bastante traicioneros. Por nada del mundo pensaba torcerse un tobillo en el camino, con la noche a punto de asomar sus garras. Cuando estaba a punto de adentrarse en el sendero de salida, suspiró de alivio y lanzó una última mirada, como un acto reflejo. Lo hizo sin pensar, pero una vez distinguió la fachada de la casa no pudo apartar la mirada. En una de las ventanas superiores brillaba claramente una luz. Era posible que ya estuviera allí antes, pero las sombras que habían acabado por instaurarse en el jardín la hacían destacar como un faro en medio de un mar en tinieblas. Sin pensar en lo que hacía, dio media vuelta y caminó en dirección a la luz. En su mente cruzó una loca idea; *“Como las termitas” o ¿eran las polillas las que morían por ir en busca de la luz?*

Sintió frío al dejar atrás el amparo del muro que circundaba la propiedad, y una idea cayó con una fuerza descomunal dentro de su cabeza, inundándola por completo con un peso casi físico. Volver a esa casa era un error, un error que le costaría caro; incluso demasiado caro, pero por mucho que se dijo a sí mismo que debía marcharse, que Verónica le estaría esperando muy preocupada, su cuerpo parecía estar manejado por un mecanismo remoto que manipulaba alguien externo a su mente. Suponía que aquello era lo que llamaban “conflicto interno”; su cabeza decía una cosa y el corazón dictaba otra, excepto por una salvedad, su cuerpo entero gritaba que se marchase. No había conflicto interno, solo una especie de atracción por conocer el origen de

la misteriosa luz.

Llegó hasta la entrada —que una vez más volvía a tener puerta—, y rezó por que los goznes no crujieran. No lo hicieron, pero una vez dentro, todas aquellas ideas en conflicto, sus ganas de marcharse y la fuerza invisible que lo empujaba hacia delante convergieron en una determinación que jamás había imaginado que existiera dentro de él. Avanzó con grandes zancadas por el polvoriento suelo y, sin dudarle un instante, alcanzó la gigantesca escalera, propia de las mansiones de las películas de los sesenta. Ya sabía que arriba encontraría un pasillo enorme con habitaciones a ambos lados, lo que nunca había imaginado es que el pasillo se encontraría plagado de insectos. La última vez que estuvo allí no encontró ni siquiera una detestable mosca en todo el caserón. Escuchó un gemido apagado, proveniente de una de las habitaciones próximas, la segunda a su derecha. Hizo un cálculo rápido y decidió que era muy probable que de allí viniese la luz que lo había llevado hasta esa maldita situación. La puerta estaba entreabierta, pero para llegar hasta ella necesitaba pasar a través de aquella asquerosa alfombra de bichos que parecían emitir algún tipo de siseo que le ponía los pelos de punta. Sintió una náusea, y se dijo a sí mismo que si vomitaba encima de esa moqueta viviente, jamás lograría conservar la cordura. Apartando los insectos con la punta de sus zapatillas deportivas, avanzó apenas unos pasos, justo cuando volvía a escuchar otro gemido, esta vez más fuerte. Cerró los ojos y barrió la estera de insectos a su paso con ambos pies. Notó cómo algunos de ellos se prendían a sus pantalones deportivos, pero no se permitió mirar hacia abajo. Su mente estaba centrada en aquella puerta. A tan solo un metro, adivinó entre la rendija que había quedado abierta la titilante luz de lo que podía ser una vela o una lámpara de gas, con la potencia al mínimo. Ahora los gemidos eran más continuados, como si a alguien le costase respirar. Sintió crujir bajo las suelas los cuerpos invertebrados al reventar, y suplicó al gran Dios de los bichos asquerosos que lo que quiera que gimiera en esa habitación no escuchase los chasquidos. Se acercó hasta la rendija y, de repente dejó de respirar. No supo cuánto tiempo estuvo así, pero más tarde se dio cuenta de que si la escena que se desarrollaba dentro no hubiera acabado tan rápido, habría muerto de asfixia al ser incapaz de inspirar. Su cuerpo había dejado de ser suyo nuevamente, y ya no decidía cuándo debía realizar algo tan simple como abrir la boca y tomar una bocanada de aire.

En la habitación (que hubiera jurado sobre todas las biblias del universo católico) que la última vez había estado desnuda, desprovista de cualquier

mueble por muy viejo o carcomido que fuese, ahora había una enorme cama, de esas que en alguna época anterior había contado con dosel. Sobre ella, una joven tendida boca arriba jadeaba y se retorció. Su pelo, del color del trigo maduro, ondeaba a medida que su cabeza giraba hacia uno y otro lado. Sobre ella, a horcajadas, se encontraba un hombre que apretaba con sus manos alrededor del cuello de la joven. Roberto creyó que estaba observando la escena de algún libro macabro, pues a pesar de los gemidos y los movimientos espasmódicos de la cabeza de la joven, el acto se desarrollaba con una lentitud tan opresiva que podía tratarse de una escena de teatro congelada en un reproductor de video. Cuando la muchacha dejó de moverse, el hombre realizó un último apretón con fuerza, y se alejó del cuerpo, ahora sin vida y petrificado en una belleza mortal que dotaba de una irrealidad dramática al horrible incidente. El hombre pareció admirar el cuerpo, como el artista que evalúa si su obra está perfectamente acabada o necesita algún retoque, y tras dar el visto bueno, la amortajó con las sábanas. En el justo momento en que el rostro (que por algún extraño capricho del mago de las enfermedades, Roberto pudo contemplar en toda su extensa belleza) fue cubierto por la colcha, el aire volvió a penetrar en sus pulmones. El sollozo se abrió paso a través del espeso manto de aire, y abandonó su cuerpo sin permiso. El hombre soltó el cadáver y se giró con sorprendente rapidez. A veces, la mejor gasolina para que el cuerpo reaccione y vuelva a ser tuyo, para que obedezca ciegamente tus órdenes puede ser el miedo, y el que Roberto sintió en ese instante fue el más puro; ese tipo de terror que nace desde las mismas entrañas y puede matarte. El rostro de aquel hombre había desaparecido, y en su lugar había una especie de máscara de insecto, solo que aquella máscara se movía. Roberto no esperó para cerciorarse si lo que estaba viendo era realidad o había perdido definitivamente la cabeza. Se dio la vuelta y atravesó el pasillo plagado de insectos en una carrera frenética, en la que su único objetivo era salir de esa casa. No quería morir, ni que aquel tipo lo atrapase y le estrujara el cuello como a un pavo, pero de hacerlo, rogaba que fuera en el jardín y no en aquella residencia de pesadilla. Saltó los escalones tan rápido como pudo, y cuando la helada brisa le golpeó el rostro, comenzó a reír a carcajadas, como un preso que al fin encuentra la salida en su huida de la cárcel. A medida que atravesaba el jardín a toda prisa, golpeándose continuamente en las piernas con los restos de basura y escombros, la carcajada aumentaba de nivel, y cuando enfiló el sendero de la sierra en dirección a Malón, le dolían los pulmones y la mandíbula de tanto

reír.

La comisaría estaba desierta, a excepción del joven que le había tomado los datos y le había hecho pasar a una sala especialmente pequeña y repleta de estanterías y máquinas expendedoras. En el centro, la alargada mesa ocupaba el poco espacio vital disponible, así que Roberto tomó asiento en una de las ocho sillas vacías. A pesar de haber cruzado medio pueblo por primera vez desde que había vuelto a Malón, no se había encontrado con ningún vecino de cerca (cosa que había agradecido enormemente), pero sí había tenido que superar el trance del policía de la entrada. Hasta aquel momento no había pensado en todo aquel asunto, pues cualquier cosa que no fuese correr como un poseso y denunciar el asesinato que acababa de presenciar no pasaba por su mente, pero en ese preciso instante, sentado allí solo en aquella salita de la comisaría, esperando a que llegase algún policía para tomarle una declaración, pensó en que posiblemente habría un juicio en el que tendría que comparecer en una sala repleta de gente, y mirar a la cara de cada miembro del jurado...

Se puso en pie y comenzó a recorrer la diminuta sala. Notó que le faltaba el aire y comenzaba a transpirar por las axilas, y sin saber por qué, abandonó la salita. Necesitaba respirar algo de aire fresco, pero antes de que pudiera marcharse, escuchó unas voces que se acercaban y volvió a dejarse caer de nuevo sobre la silla.

Cuando llegó Javier, el día de Navidad casi había acabado ya. Se encontraba malhumorado y no tenía muy buena cara. Roberto pudo distinguir en el rostro del oficial la boca, de labios perfectamente perfilados y la nariz algo estrecha y puntiaguda. Las orejas también estaban en su lugar correcto, pero por obra y gracia de su enfermedad no pudo distinguir los ojos con claridad. Roberto se había esforzado en intentar comprender la prosopagnosia, incluso había asistido a reuniones con algunos de los mejores neurólogos del país, pero aunque debía convivir con ella, no conseguía entenderla. Aquella afección, podía (citando uno de los chistes más famosos entre neurólogos) presentar muchas caras, y él no acertaba a percibir las con la destreza y determinación que se suponía debía hacerlo.

—Buenas noches—se presentó el policía—. Soy Javier Moreno, el oficial de policía al mando.

Tras los oportunos preámbulos, Roberto describió con la mayor nitidez que

podía recordar los incidentes que había visto en aquella mansión de la sierra. A medida que avanzaba en el relato, Roberto observaba los rostros que le rodeaban, y se maravillaba de las increíbles confabulaciones que era capaz de trazar su cerebro enfermo. A cada palabra que salía de su boca, intentaba retener los detalles de aquellos asombrados rostros que le observaban, pero cuando desviaba la mirada de uno a otro, se preguntaba una y otra vez cuál de ellos era el oficial al mando.

—¿Y dice que vio a ese tipo estrangulando a varias mujeres?—interrogó incrédulo el policía—. ¿Y que usted lo vio todas esas veces?

—No—respondió tajante una vez más—. Solo lo vi estrangulando a aquella chica ¡UNA! de las veces.

—Pero a ver—Javier hizo un gesto de incompreensión—. Usted ha dicho que vio sangre la primera vez que estuvo...

—No me está escuchando—respondió irritado—. La primera vez escuché gritos, la segunda vi a ese... tipo, y hoy he visto cómo mataban a esa chica.

—Ayer.

—¿Qué?

—Que fue ayer—apuntó el oficial—. Ya son más de las doce, el día de Navidad ha pasado.

Roberto observó aquel rostro, y durante un segundo se preguntó el motivo por el cual la expresión del policía se había quedado fija. Ya no había cambios, solo un rostro que no podía recordar.

—Oficial—empezó—. Lo que quiero decir es que en esa casa está ocurriendo algo, y yo solo...

—Usted solo me está diciendo que cree haber visto a un asesino estrangulando a una chica, y que ya lo había visto en dos ocasiones anteriores pero no dijo nada porque es incapaz de reconocer un rostro aunque lo tenga a menos de un metro.

Javier se inclinó hacia adelante y se encaró con Roberto.

—¿Lo reconocería ahora que según usted, lo ha visto asesinar de cerca?

—Yo, yo no...

—Pues bien, eso decía yo—el oficial se puso en pie, dando por concluida la conversación—. Iremos hasta las Casas de la Marina y echaremos un vistazo...

—¡Escúcheme, pedazo de imbécil!—explotó Roberto—. ¡Han asesinado a alguien allí arriba!

El silencio se hizo en la pequeña salita, y Roberto pudo ver fluctuar el rostro del policía.

—Ahora van a llevarlo a casa señor García—informó Javier intentando mantener un tono calmado—. Y le prometo que voy a ir ahora mismo personalmente a ver cualquier cosa que me indique que allí se ha cometido un delito, pero si vuelve a levantar la voz, le juro que yo mismo le encerraré en una celda hasta que termine la Navidad.

Roberto quiso decir algo, pero lo pensó mejor y se puso en pie, temblando de frustración.

—Entendido— aseguró—. Solo estoy cansado, hoy ha sido un día duro.

Javier observó al hombre y asintió. Diez minutos después, uno de los Nissan de la policía se encargó de llevarlo a su casa.

Verónica escuchó el timbre como si estuviese amortiguado bajo un millón de almohadas, y pensó que había sido fruto de algún sueño. La tercera vez que sonó, tuvo que convencerse de que no era ninguna alucinación y que alguien llamaba a la puerta. El cuarto timbrado resonó en su cabeza como la salva de cañonazos de una fragata al entrar en combate, y cuando, tambaleante cruzó el salón, la musiquita residual se le había clavado en el cerebro como una aguja candente. Allí, plantado en el ancho zaguán de la entrada se encontraba un policía. Dudó unos segundos, pero al instante abrió la puerta con gesto interrogante.

—¿Señora García?—inquirió el hombre—. ¿Es usted la esposa del señor Roberto...?

—¿Qué le ha pasado a mi marido?

—No se preocupe—calmó—. Está fuera, en el coche. Ha venido a la comisaría...

Ella no esperó a escuchar la explicación y apartó al policía con brusquedad. Los faros del vehículo le hirieron los ojos, y durante un segundo se encontró desorientada. Avanzó a tientas hasta el Nissan con el distintivo policial, y abrió la puerta trasera.

—¡Roberto!

Un segundo policía apareció junto a ella y trató de ayudarla, pero Verónica le propinó un manotazo, alterada.

—Señora, cálmese—se apresuró a decir—. Su marido está bien, solo lo hemos traído...

—¡Roberto!—repitió de nuevo, desoyendo la explicación del agente—. Cariño, sal de ese coche.

Sin pronunciar una palabra, Roberto García aceptó la ayuda de su esposa y se dirigió a su casa. Se quedó dormido en el sofá antes de que Verónica tuviera tiempo de averiguar qué había sucedido.

Los días posteriores al encuentro con la policía, Roberto apenas abandonó su estudio. Verónica trató de todas las maneras posibles averiguar qué le estaba sucediendo a su marido, pero este se cerraba en banda cada vez que ella le dirigía la palabra. Roberto ya había pasado por momentos así desde que sufriera la agresión, pero en aquella ocasión, Verónica intuía algo más, algo que no se debía únicamente a los síntomas de su enfermedad.

El día después de Navidad, un agente se presentó en casa para informar que habían acudido al lugar que su marido había denunciado como escenario de un crimen, pero que no habían hallado nada fuera de lo normal, a excepción de polvo y arañas. Roberto escuchó la explicación del policía desde el rellano del piso superior y, después de eso, su estado empeoró. Apenas tocaba la comida, no hablaba con nadie, y cuando su esposa intentaba mantener una conversación, él se escabullía sin abrir la boca hasta su estudio, donde ella escuchaba el inconfundible tableteo de las teclas del ordenador Macintosh de su marido. Una de esas raras ocasiones en las que él abandonaba la habitación para ir al baño, Verónica pudo ver por la puerta entreabierta una colección de botellas de licor vacías de distintas clases. Cuando interrogó a su marido al respecto, él la miró fijamente con unos ojos desvaídos y acuosos, y se encerró un día y una noche completos en el estudio. El permanente sonido de las teclas no cesaba durante horas, inagotable, interrumpido únicamente por algún que otro exabrupto de su marido, y a Verónica ese murmullo comenzó a clavársele como pequeñas agujas en el cerebro. Necesitaba salir de la casa, respirar y sentirse de nuevo libre. Tras preparar una fugaz comida —que sabía que su marido no tocaría—, cogió el coche en dirección a Malón, aunque sin un rumbo específico.

El gimnasio estaba completamente vacío, con la única excepción de un par de ancianos que utilizaban la piscina climatizada y los tres monitores encargados de las instalaciones. Al encontrarse inmersos en plena semana de las fiestas, la gente andaba enfrascada en otros menesteres, como los preparativos de las cenas o de ultimar las compras de los regalos navideños. La verdad es que ella tampoco había pensado mucho en el gimnasio en los últimos días, pero una vez que había llegado a Malón no se le había ocurrido un sitio mejor al que acudir.

Pasó una hora machacándose en silencio, con dureza, como para intentar alejar sus preocupaciones por mediación del dolor físico, pero ni con eso consiguió el resultado que buscaba. El estado de su marido no hacía más que acudir a su mente, y casi se odió por dejarlo volver a recaer. Desde que habían llegado a Malón había observado en Roberto una mejoría más que evidente —al margen de que habían vuelto a hacer el amor y él había retomado su trabajo tras dos años sin escribir una sola palabra—; su vitalidad, la esencia de lo que había sido su marido antes del ataque, parecían estar volviendo poco a poco, pero después de aquella noche de Navidad, el infierno había vuelto con una fuerza devastadora.

Se bajó de la cinta enjugándose el sudor con la toalla, y decidió que ya había tenido de sobra por aquel día. Se relajó en el *jacuzzi*, y con los músculos aún tensos por el esfuerzo, se metió en una de las cabinas de contraste. Accionó el agua fría, y notó la tensión desaparecer a medida que el agua bañaba todos los rincones de su cuerpo. En aquel instante, el débil sonido de la puerta de cristal hizo que se volviera. Ante ella estaba él, traspasándola con aquellos ojos que no conocía. Verónica no hizo gesto alguno, y él tampoco parecía querer moverse. Ambos estaban desnudos, y el agua helada corría entre ellos intentando aplacar el ardor. Sin pronunciar una sola palabra, ella le posó la mano en la nuca y lo besó con firmeza. Él respondió de forma suave, recorriendo las curvas de la mujer con sus manos enormes, para acabar consumido por la pasión sin remedio. Le dio la vuelta y la apoyó contra la pared resbaladiza de la ducha con delicadeza, besándole la espalda. Ella le buscó con ansia, y él la penetró sujetándola por las caderas. Ambos sabían que cualquiera que entrase en los baños en aquel momento podría verlos, ya que las cabinas eran de cristal, pero eso los excitó aún más

si cabe. Cuando Verónica exhaló un suspiro prolongado seguido de varias sacudidas, el hombre le plantó un beso suave en el cuello y se marchó. Su esencia a eucalipto perduró mientras Verónica volvía a ducharse de nuevo. Aquel juego había comenzado a inquietarla.

A pesar de que Roberto había insistido hasta aburrirse de que solo se trataba de un simple mareo, Verónica no estaba dispuesta a ceder en ese punto. En cuanto su marido le contó el desvanecimiento que había sufrido, ella se lanzó hacia el teléfono y concertó una cita con su neurólogo. El doctor Robelló había sido el encargado del seguimiento de Roberto desde la agresión y su posterior tratamiento una vez abandonó el hospital.

Juan Robelló era uno de los mejores neurólogos del país; natural de Cornellá, pero afincado en Murcia desde su matrimonio, Roberto y él se habían hecho grandes amigos desde que el escritor asistiese a una de sus conferencias y le abordase después para hacerle algunas preguntas relacionadas con un caso de su novela. Al médico le impactó tanto la espontaneidad y el entusiasmo de aquel joven escritor, que se involucró de lleno en la historia.

—No te preocupes Verónica—tranquilizó el neurólogo—. Vente mañana mismo a mi consulta y le hacemos unas pruebas.

—Lo siento, Juan, pero es que me tiene muy preocupada—se disculpó de nuevo—. Lleva unos días muy raros, con los mareos, las...

Se interrumpió y carraspeó, indecisa sobre contárselo todo o no.

—¿Ha ocurrido algo más?—un débil gemido a través del altavoz confirmó que así era— Verónica, si sucede algo, cualquier cosa, debes contármelo. Ya sabes que el caso de Roberto es bastante... peculiar.

—El caso es que sí están sucediendo cosas—a pesar de la amistad que la unía al médico, todavía se encontraba insegura al mencionar el tema—. Seguro que pensarás que soy una tonta, pero es que...

—Si te vas a encontrar más cómoda, puedes venir antes a la consulta y hablar directamente conmigo—ofreció.

—Gracias, Juan, creo que eso será lo mejor.

Acordaron la hora, y ella se sintió mucho mejor cuando colgó. En cierto modo, sentía que estaba traicionando a su marido al tratar sus “episodios” como algo malo o perverso. A su mente acudió el encuentro de la sauna, y pareció oler la esencia a eucalipto desde allí. Se excitó terriblemente, y aquel instante experimentó por primera vez lo que significaba sentirse amoral y mala persona, aunque eso careciese por completo de sentido.

Aunque no le agradaba para nada la idea de ir hasta la capital para someterse a un interrogatorio estúpido por parte de su médico, Verónica le había prometido visitar más tarde una tienda de antigüedades, donde había visto por internet una máquina de escribir Underwood 3 de los años veinte con el teclado en español, y que funcionaba a la perfección. Había deseado encontrar una de esas desde que comenzó a escribir, y si para conseguirla debía soportar un par de horas de absurdos test y preguntas aún más absurdas, que así fuese.

Durante la hora que duró el viaje en coche, Roberto trató de conversar con su mujer, de animar el ambiente entre los dos y relajar la tensión, pero Verónica contestaba abstraída, con monosílabos y sin apartar la vista de la carretera. Se dijo a sí mismo que su mujer estaba concentrada en conducir, pero en el fondo sabía que no era eso lo que ocurría. Antes de convertirse en novelista a tiempo completo, él y su mujer habían viajado a menudo en coche para asistir a pequeñas tertulias literarias y algún que otro certamen, donde Roberto había participado con relatos cortos o artículos. Aquellos viajes por carretera se habían convertido en algo de lo que ambos disfrutaban intensamente, y que manifestaban la enorme complicidad que existía entre ellos.

La clínica contaba con un aparcamiento subterráneo para los clientes, cosa que Roberto agradeció, pues encontrar aparcamiento en el centro a esas horas podía convertirse en un auténtico calvario. Quería tener el menor contacto posible con cualquier tipo de multitud. Juan Robelló acudió en persona a la puerta, obviando a su secretaria y haciéndoles pasar directamente a su consulta. Las salas eran amplias y decoradas de forma minimalista, donde predominaba el color blanco y negro. La enorme cantidad de luz solar que se filtraba por las ventanas vestidas con preciosos estores de bambú y paneles japoneses, creaba una sensación de equilibrio y armonía propia de un *spa* más que de una clínica de neurología. Aquella diáfana serenidad siempre le había parecido a Roberto un truco barato, porque había algo que ni todos los muebles caros ni el hilo musical cursi podía ocultar, y era el olor a clínica. Ese olor a desinfectante y productos químicos que se adhería a las paredes y no se podía enmascarar, como el de un alcohólico que sigue emanando oleadas étlicas por mucho que se ponga un traje y se enjuague la boca diez

veces al día. Hay olores que no solo se incrustan en la ropa o en los muebles, sino en la esencia misma de un lugar o una persona. ¡Pero eh!, puestos a que te hurguen en el cerebro, mejor en aquel ambiente que no en un estercolero rodeado de ventiladores con moscas pululando a su alrededor.

—¡Roberto, qué alegría verte!—saludó Robelló, agarrando con ambas manos las del escritor—. ¡Verónica, por Dios, cada vez estás más guapa!

—Tú sin embargo, te estás quedando calvo—replicó el escritor en un tono que pretendía parecer amistoso, pero que claramente no consiguió—. ¡Pero al menos no estás loco como yo!

Tanto Juan como Verónica decidieron rehuir el comentario y caminaron juntos hasta la consulta del neurólogo, entre risas y bromas. Por algún motivo que no supo descifrar, le molestó bastante la afinidad que mostraban ambos.

La consulta del médico mantenía la línea del estilo exiguo y de contornos definidos del resto de la clínica, pero en esta ocasión, también se adivinaba el toque personal de Robelló en ciertos detalles. Roberto admiró el buen gusto de su amigo, e inexplicablemente, le odió un poco más. Entendía muy bien que aquella reacción era propia de un niño con un ataque de envidia, para nada sensata, pero le dio igual.

—Cuéntame Roberto—empezó sin preámbulos—. Me ha comentado Verónica que has sufrido ciertos... episodios.

—De eso nada.

—Desmayos, cambios de...

—Estoy perfectamente.

—Cierta tipo de crisis...

—Un toro—insistió con terquedad—. ¡Estoy hecho un chaval!

Juan soltó una carcajada que retumbó en el espacio abierto de la consulta y desapareció detrás de uno de los paneles japoneses con dibujos de cañas de bambú. A pesar de que Roberto le tenía en gran estima, tuvo que reprimir el impulso de golpearle por ejercer de adulto en aquella conversación.

—Roberto, me gustaría que realizaras una prueba...

—No quiero más tests, Juan—atajó.

—Créeme que lo entiendo, amigo—aseguró el médico poniendo una mano en tono paternal sobre la rodilla de Roberto—. Pero esto no se trata de esos tediosos cuestionarios a los que te sometiste después del... accidente.

—Me da igual, estoy perfectamente.

—No lo estás—aseveró Verónica—. Y vas a hacer esas pruebas te guste o

no.

Roberto observó la expresión adusta de su mujer y decidió claudicar.

—He preparado personalmente estas pruebas—continuó Robelló—. Es una variación del test de Benton que ya conoces, solo que contiene ciertas mejoras que me indicarán tu nivel tanto cualitativa como cuantitativamente.

Extendió una serie de cuartillas del mismo tamaño, ordenadas en montones perfectamente igualados. Como por arte de magia, Robelló hizo aparecer un cronómetro que dejó frente a Roberto con una amplia sonrisa.

—Me temo, amigo, que conociéndote como te conozco, esta prueba te va a gustar—pulsó un botón en la parte superior del reloj, y unos números digitales rojos parpadearon y se quedaron fijos—. Supondrá un reto para tu inteligencia.

Roberto observó los montones perfectamente simétricos de las cuartillas, y tuvo que admitir que sentía cierta curiosidad.

—Como recordarás, los anteriores exámenes a los que te hemos sometido consistían en memorizar unos dibujos o reproducciones en unos pocos segundos. Lo que he preparado es una variación de ese test de Benton pero con una “peculiaridad”.

A medida que hablaba el neurólogo, su entusiasmo se iba acrecentando, conjuntamente con el de Roberto.

—En esta ocasión no limitaremos tu percepción—esbozó su sonrisa de actor de cine—. Sino que la potenciaremos.

Verónica sintió cierto temor con aquellas palabras, pero confiaba demasiado en Robelló como para pensar en que este pudiera perjudicar de algún modo a su marido.

—Te voy a colocar unos electrodos totalmente inocuos e indoloros, a fin de monitorizar tus ondas cerebrales—ante la mención de aquello, Roberto se puso en guardia—. Pero tranquilo amigo, que esta prueba no es para determinar si has empeorado, sino para todo lo contrario.

Sin dar tiempo a réplica, sacó una caja de metacrilato con forma de cubo, y extrajo de su interior una especie de manta acolchada de algodón. A medida que la desenrollaba, iba dejando al descubierto unas ventosas con forma de tazas de las que salían unos finísimos cables de color azul.

—En esencia, se trata del mismo fundamento que en el test de Benton; te mostraré una serie de dibujos y deberás memorizarlos, pero ahí se acaban las semejanzas—Robelló hablaba al mismo tiempo que untaba una especie de

gel en la base de las ventosas, y las iba colocando con una delicadeza infinita en distintas partes del cráneo de Roberto—. Necesito que te esfuerces y te concentres al máximo, ya que el resultado se cotejará en base a tu CI, tu edad y el tiempo que hayas necesitado para resolver los dibujos.

Cuando acabó de colocar los electrodos, conectó los cables a un aparato parecido a un tensiómetro casero, y se alejó hacia la puerta. Le hizo una seña a Verónica de que le siguiera.

—Otra de las “peculiaridades” de la prueba, es que a diferencia de las otras, aquí estarás solo. Tú mismo elegirás la cuartilla que quieras resolver, el tiempo utilizado y si deseas dejar alguna en blanco—volvió a sonreír—. Nos vemos dentro de un rato.

Roberto sentía retumbar el corazón dentro de su pecho y, por extraño que pudiera parecerle, estaba ansioso por comenzar aquella dichosa prueba.

—¿Estás seguro de que va mejorando?—preguntó Verónica esperanzada en cuanto dejaron la habitación—. Oh Dios, ojalá...

—Me temo que he mentido—confesó poniéndose muy serio—. Estoy bastante preocupado por su evolución.

Verónica perdió el color de sus mejillas al escuchar las palabras del médico.

—Le he contado todas esas cosas a Roberto para que colabore en la prueba —la cogió por el codo y la condujo hacia otra sala, esta más pequeña—. Me quedé muy preocupado cuando me llamaste ayer, pero hoy, nada más ver a tu marido, me ha confirmado que algo no marcha como debería.

—Juan, yo...

—Cuéntame, ¿qué está ocurriendo?

Ella le contó lo de las visiones, los desmayos en plena sierra, los cambios de humor y la nueva afición de su marido a la bebida.

—También ha vuelto a escribir—dijo ella con los labios fruncidos, a punto de echarse a llorar—. Y no lo había hecho desde, bueno... ya sabes desde cuándo.

—Eso no es necesariamente malo.

Acercó dos sillas de cuero negro hasta una de las paredes, y dejó al descubierto una pantalla como las de los cines pero en tamaño reducido. Accionó varios controles de una consola cercana, y la pantalla se retroiluminó desde atrás, mostrando el dibujo de un cerebro y varios colores fluorescentes que lo surcaban de un lado al otro.

—Verónica, lo que quiero que entiendas es que lo que vas a observar no va a ser un trago dulce, pero debemos hacerlo.

Presionó un mando, y una persiana subió de forma automática con una lentitud exasperante. Al otro lado estaba su marido y la habitación que acababan de dejar.

—Juan, ¿qué significa esto?—preguntó alarmada—. ¿Qué está ocurriendo?

—Vamos a descubrir qué le sucede a Roberto—ella creyó ver un esbozo de sonrisa en los labios del médico—. Aunque para ello debemos llevar el cerebro de tu marido al extremo de su resistencia.

La frustración le hizo gritar de nuevo, pero fuera de aquella sala solo se escuchó un débil susurro. Verónica se abalanzó contra la mampara que dividía ambas habitaciones y observó cómo su marido se llevaba las manos a la frente y se alisaba el pelo hacia atrás, en un gesto muy característico suyo.

—Juan, sácalo de ahí por Dios—suplicó una vez más.

—Tenemos que aguantar, ya queda muy poco.

—¡Está sufriendo!

El médico se acercó hasta ella y la agarró con delicadeza por detrás, posándole ambas manos sobre los hombros.

—Verónica—la voz del neurólogo era calmada y segura, lo que tranquilizó en cierto modo a la mujer—. Sé lo que hago.

Ella se giró y se encaró con aquel hombre, una eminencia en su campo, pero al que ella había acostado una vez borracho en su habitación de invitados tras una cena que se les había ido de las manos.

—Juan, por favor, detén esto—le pidió en el tono en que solo los amigos se profesan—. No soporto verlo de esa manera.

El médico observó a su paciente a través del cristal y meneó la cabeza varias veces, como necesitando aclarar las ideas.

—Cariño, la prosopagnosia es un trastorno que se encuentra en una fase muy temprana de investigación —explicó—; como agnosia visual es imposible determinar...

—¡Me da igual!—explotó la mujer—. Está sufriendo.

Se acercó hasta la ventana y se situó junto al neurólogo. Roberto seguía conectado a una especie de máquina que parecía un trono, y tenía la cabeza surcada de finos cables que se perdían en todas direcciones hacia la parte trasera de aquel extraño asiento del futuro. Delante de él, varios dibujos estaban esparcidos sobre una mesa de formica de color blanco. Roberto trataba de identificar las parejas iguales mientras se frotaba con la mano izquierda la frente, con un evidente gesto de agotamiento.

—No voy a hacerlo—murmuró con decisión—. Llevo siguiendo la evolución de Roberto desde que sufrió la agresión.

Se alejó de la ventana y tomó asiento de nuevo en la silla que quedaba libre; intentó no mirar a la mujer que tenía enfrente mientras hablaba y

anotaba una serie de conclusiones en su cuaderno, con la letra ilegible que solo un médico es capaz de permitirse.

—Tu marido es un caso único—se dio cuenta del matiz de entusiasmo en su voz, y cambió bruscamente la tonalidad—. Hasta ahora sabíamos que los aquejados de esta enfermedad eran incapaces de reconocer rostros en mayor o menor grado, o si se trataban de pacientes con una agnosia congénita o adquirida.

Verónica se removió inquieta en la silla, y contempló a su marido en aquella sala, estrujándose las neuronas para asociar unos simples dibujos. No le interesaba lo más mínimo la diatriba que el neurólogo le estaba contando, pues ya la había escuchado muchas veces en los últimos dos años.

—También conocemos la habilidad que desarrollan algunos afectados para reconocer las personas mediante señales concretas, como el pelo, la forma de caminar y otras características que nos hace especiales a cada uno, pero el caso de Roberto...

Se detuvo al observar lo que estaba sucediendo en la sala contigua, abalanzándose contra el cristal que separaba ambas habitaciones. Verónica se le unió al instante; ambos semejaban a un par de chavales golosos ante el escaparate de una pastelería. En el otro lado, Roberto parecía estar devolviéndoles la mirada a través del cristal—a pesar de que eso era imposible—, con una enorme sonrisa en el rostro. Frente a él, perfectamente ordenadas, las cuartillas con los dibujos estaban repartidas por parejas. No había ni un solo fallo.

—Juan, ¿esto qué quiere decir?—preguntó Verónica con los ojos arrasados en lágrimas—. ¿Se ha curado mi marido?, ¿ha superado la enfermedad?

—Desgraciadamente, la prosopagnosia es irreversible—confesó sonriente—. Lo que está haciendo Roberto es aprender a controlarla.

Debía admitir que la finalidad de la decoración en tonos claros y armoniosos realmente cumplía su cometido, pues al acabar la prueba se había sentido irritado y agitado, pero en aquel momento, instalado plácidamente en el cómodo sofá y con el excelente café que le había traído la recepcionista entre las manos, se encontraba realmente sosegado. Llevaba en la habitación casi una hora, en la que solo había entrado en dos ocasiones la secretaria del médico para ofrecerle agua primero, y un café más tarde. Estaba deseando salir de aquella prisión con ínfulas, cuando se abrió la puerta y apareció su amigo Juan, sonriente y con una gruesa carpeta de color avellana en las manos.

—¿Cómo estás colega?—saludó—. Espero que no te hayas aburrido mucho

—¡Qué va, amigo!—contestó sarcástico—. Con un mojito y un collar de flores hubiera jurado que estaba en el Caribe.

—Ya—le hizo un gesto para que le acompañase—. Pues ya casi se ha terminado tu estancia en el gran complejo hotelero del doctor Robelló.

—Suenan a falso tónico reconstituyente—bromeó sin mucho ánimo—. Crece pelo doctor Robelló.

La nueva habitación era distinta de las demás, y Roberto se preguntó de cuántas salas dispondría aquel piso. Verónica ya se encontraba sentada en una butaca de cuero, y parecía haber envejecido al menos dos años desde la última vez que la había visto. Robelló le indicó a Roberto que tomase asiento en la butaca junto a su mujer, y él se instaló en la que quedaba libre, al otro lado de la redondeada mesa de cristal templado.

—Bueno, antes que nada, disculpadme por la tardanza, pero quería tener las pruebas esta misma mañana y comentar los resultados antes de que os marchaseis—comenzó abriendo la carpeta de color avellana.

Roberto esbozó una sonrisa acre, recordando la multitud de test y pruebas a las que había sido sometido durante horas, pero cuando buscó un gesto de connivencia de su mujer, se dio cuenta de que ella evitaba mirarlo.

—El caso es, que cuando Verónica me contó lo de tus desmayos y alucinaciones me preocupé por tu estado—continuó el médico—. Y esta mañana, cuando me has saludado, has notado que me estoy quedando calvo.

El médico se llevó una diminuta mano a la cabeza y se peinó de forma

teatral.

—Lo que quiero hacerte entender amigo, es que debido a tu enfermedad, puedes acceder a recuerdos pasados sobre qué aspecto tenía la gente de tu entorno, incluso asociar esos detalles para reconocer a ciertas personas, aunque no puedas distinguir su rostro, pero distinguir esos fragmentos de recuerdos en presente...—desplazó su peso sobre ambos codos—. Ya puestos, no deberías ni reconocermé a mí.

Roberto se quedó pensativo, y cuando abrió la boca para decir algo escuchó la voz de su mujer, aunque camuflada, Roberto pudo distinguir una nota de angustia en su tono.

—Pero eso es bueno, ¿verdad?

—Pues hace cuatro horas no tenía ni idea de qué podía significar, si era una buena o mala señal—desplegó una especie de radiografía y la colocó sobre un panel. Pulsó varios botones y la pantalla se retroiluminó, dejando a la vista el dibujo de un cerebro plagado de un mosaico de colores—. No os voy a explicar de nuevo en qué consiste la prosopagnosia, pues ya lo sabéis de sobra, pero sí quiero hacer hincapié en los distintos tipos en la que se nos presenta esta dolencia.

Roberto hizo el ademán de ponerse en pie, pues ya estaba bastante cansado de escuchar las mismas explicaciones una y otra vez, pero su mujer le apoyó una mano sobre el muslo.

—La tuya, querido amigo, es como ya sabes, un estado de ceguera facial adquirida—explicó junto a la pantalla. El brillo le incidía en un lateral del rostro, y Roberto sintió una desagradable sensación al darse cuenta de que no podía acordarse de ningún detalle en la cara de su amigo, aunque sabía de sobra que era él quien estaba sentado delante—. Las hay también congénitas o de nacimiento, pero no es tu caso. Hasta hoy no sabíamos cómo clasificar tu estado, si aperceptiva o asociativa. En la aperceptiva no se pueden asociar las caras ni hacer un juicio de igual/diferente, pero en cambio sí se pueden reconocer a las personas por rasgos distintivos, como por ejemplo el pelo o la ropa. En la fase asociativa sí es posible reconocer dos fotografías iguales, o dos rostros que tengan la misma edad o género de la cara, pero no pueden identificar a la persona a la que corresponde ni saber si han interactuado con esas personas en alguna ocasión.

—No entiendo a dónde quieres llegar—replicó incómodo Roberto, que no le gustaba el cariz hacia el que estaba derivando la conversación.

—Tranquilo, déjame disfrutar de mi momento—esbozó una amplia sonrisa

—. El caso es que la prosopagnosia, aunque no está considerada una enfermedad rara, se encuentra en fase de desarrollo. Los que la padecen de forma congénita, a veces ni siquiera saben que la tienen, pues nacieron con ella y han adaptado sus deficiencias para cubrirlas de otra manera. La forma de caminar, la voz, el pelo de cierta persona, pero los que la padecen como parte de algún golpe o daño cerebral, son una verdadera incógnita.

Cambió la placa de la pantalla luminosa, y colocó otra que mostraba algo parecido a un tubérculo coloreado de verde. Sacó una fina varilla metálica y señaló un punto de la fotografía.

—Este es el lóbulo temporal—recitó con aires de profesor dando una clase—. En esta región del cerebro se desarrollan varias funciones muy importantes, entre ellas las del procesamiento auditivo, el equilibrio y la regularización de las emociones y motivaciones—se volvió, pulsó otro botón de un pequeño mando, y la imagen mostró el mismo dibujo pero con un giro de 45 grados. En aquella ocasión, un minúsculo punto rojo destacaba sobre el verde predominante—. Este ínfimo punto de color rojo es el llamado lóbulo temporal medial.

Cambió su postura para que pudieran observar bien lo que estaba a punto de enseñarles, y se detuvo un instante para tomar algo de aire. Clavó la punta de la varilla en el centro de la extraña masa roja para hacer hincapié y, con la mano que le quedaba libre volvió a apretar uno de los controles. Ahora apareció aquella región del cerebro coloreada de rojo de forma ampliada, llenando la pantalla por completo. En el centro, un imperceptible punto de color oscuro destellaba.

—En el lóbulo medial se desarrollan las funciones de memoria a corto y largo plazo, los recuerdos asociativos y los de familiaridad—se aclaró la garganta—. Lo que quiero decir, es que en estas regiones, junto con el área fusiforme del lóbulo temporal, existen unas redes cerebrales que se activan ante la presencia de los rostros y la codificación de la estructura facial...

—Juan—interrumpió Roberto—. Me duele mucho la cabeza, así que, si pudieras abreviar.

Verónica lo fulminó con la mirada.

—De acuerdo—el médico cogió el reducido mando, y apretó de nuevo uno de los diales. La primera imagen con forma de tubérculo volvió a llenar la pantalla—. Imaginad una de esas Matrioskas, esas muñecas rusas que tienen dentro varias muñecas más pequeñas; pues bien, proyectaos en el cerebro como una de esas muñecas. Si vas quitando capas, como el lóbulo parietal, el

frontal o el occipital, nos queda el temporal, pero sigues sacando muñecas, y dentro de este todavía quedan varias de esas muñecas diminutas. Cada una de esas miniaturas conforma el cerebro, y si pierdes una, la muñeca podrá seguir adornando un estante, pero no estará completa. Tu cerebro sigue funcionando a la perfección Roberto, pero la punta de ese cuchillo afectó una diminuta parte del área fusiforme del lóbulo temporal, así que no está del todo completo.

—Eso no es nada nuevo, Juan—terció Roberto malhumorado—. Ya nos explicaron hace mucho tiempo qué es lo que no funciona en mi cabeza.

—Esto solo era una introducción—esbozó otra de aquellas sonrisas tuyas, y cambió de postura—. Hoy te he sometido a todas las técnicas conocidas, y a otras de mi propia cosecha, relacionadas con el lóbulo temporal—pulsó el botón—. En la resonancia magnética funcional (fMRI) me di cuenta de que algo estaba sucediendo, así que te conecté a un tomógrafo de positrones para monitorizar la función cerebral mediante neuroimagen. A medida que forzábamos tu cerebro con los test de Benton, el de Cambridge o el de reconocimiento de caras de Warrington, aparecieron estas lecturas.

Otra imagen cambió en la pantalla, y un dibujo con varias secciones pintadas de diferentes colores inundó la sala. El médico se movía visiblemente excitado.

—A medida que tu cerebro se veía forzado, la red neuronal del área fusiforme cambiaba hasta el punto de tomar el control por completo. Si observas la pantalla, comprenderás de qué te hablo— rasgó rápidamente unos controles, y una sucesión de diapositivas desfilaron por la pantalla, mostrando la misma zona del cerebro pero variando de color en cada una de ellas. El rojo predominaba sobre la región en verde, y a cada click del mando, se agrandaba hasta acabar ganando la batalla por completo, hasta que de repente, el verde coloreaba la imagen en su totalidad—. Roberto, tu cerebro está intentando combatir a tu enfermedad con armas hasta ahora desconocidas para mí. A simple vista, solo con las radiografías en la mano, afirmarí que son de dos personas distintas.

Verónica aferró una de las manos de su marido con delicadeza, sin dejar de mirar las imágenes que cambiaban de color en la pantalla, pero no tuvo la fortaleza suficiente para preguntar. Ante la inmovilidad de Roberto, el neurólogo decidió continuar.

—Pero antes de que te puedas crear una falsa ilusión, debo advertirte algo—el semblante del médico ya no reflejaba aquella efervescencia de unos

segundos antes—. La agnosia visual que padeces seguirá estando ahí para siempre, solo que tu cerebro detecta que algo no marcha bien, e intentará compensarla a riesgo de sufrir otras “consecuencias”.

—¿Qué quieres decir?—Roberto apenas podía articular palabra—. ¿Estoy mejorando o no?

—Para que lo entiendas—explicó el médico—. Imagina que tenemos un solo enchufe en casa, y que conectamos un frigorífico y un horno. Si decidiéramos poner un adaptador para poder enlazar más electrodomésticos, conectaríamos el microondas y un ventilador. Después, ponemos otro adaptador más grande, y conectamos un ordenador y una televisión—cuando tuvo claro que habían entendido el concepto, toqueteó de nuevo el mando y una nueva imagen llenó la pantalla retroiluminada. En ella, el tubérculo aparecía por completo de color rojo sangre—. Teniendo en cuenta que el enchufe es el lóbulo temporal, y la red neuronal los electrodomésticos, cuantos más conectes, más potencia exigirás a tu cerebro.

—Juan, me estás asustando—comunicó Verónica.

—Lo que quiero decir, es que la red neuronal de tu cerebro se encuentra sumida en una completa confusión. En circunstancias normales, tu enfermedad seguirá su curso y continuarás sin poder reconocer los rostros de las personas que te rodean, pero cuando se activen las regiones que controlan las emociones del lóbulo temporal, otras dejarán de funcionar para suplir la carencia del área fusiforme. En definitiva, cuando te encuentres en una situación extrema de excitación, placer, ira o miedo, es muy posible que sufras vértigos, desmayos, o que ni siquiera sepas a ciencia cierta si estás viviendo una situación presente o del pasado. Podrás llegar a reconocer rostros o asociar imágenes de caras conocidas, pero tanto tus emociones como la realidad en que te encuentras se verán afectadas.

El neurólogo dejó unos minutos de silencio para que la noticia que les acababa de contar a sus amigos hiciera su efecto, y se dedicó a desconectar la pantalla y meter las radiografías de vuelta en el sobre.

—Roberto, esto es algo nuevo. Jamás me había encontrado con una cosa igual—expresó, cogiendo a su amigo por los hombros—. Me gustaría seguir haciéndote pruebas, pero hasta que sepamos algo de manera más convincente, te recomiendo tranquilidad absoluta; en serio, no me puedo ni imaginar los derroteros que tu cerebro puede tomar si acaba colapsando.

La pesada Underwood 3 refulgía al lado del Mac plateado, en un claro desafío de lo viejo contra lo nuevo, del progreso contra la retrocesión, pero también, muestra de la insulsa modernidad contra la melancólica belleza de lo tradicional.

Roberto paseó la vista de una a otra, y se sintió satisfecho de no haber hecho caso de su esposa. Al principio, ella había intentado persuadirle de que no comprase “aquella monstruosidad”, pero un deseo casi animal le había llevado a pagar por ella el precio marcado, desistiendo de cualquier conato de regateo. Poseer aquella máquina se le antojaba esencial, prácticamente imprescindible. De vuelta, con ella encima de las piernas, se había repetido una y mil veces que aquel aparato era un sueño cumplido, una etapa quemada que podía tachar de su lista, pero en su fuero interno, era claramente consciente de que al salir de la consulta del médico la vieja Underwood se había convertido en una victoria que necesitaba casi tanto como la acción de respirar.

Mientras que su esposa trasteaba en la cocina mirando por los armarios para confeccionar la lista de la compra, él decidió que era hora de probar que las musas que recientemente habían vuelto a su vida no se habían marchado de nuevo, y se colocó al frente de la máquina de escribir. Media hora más tarde, Verónica le comunicó desde el salón que se marchaba para hacer la compra, y él le respondió con un monosílabo apagado. La página que había colocado en el rodillo continuaba impoluta y, decidió que algo no funcionaba como debía. Limpió las teclas con agua y jabón, eliminó el óxido de las claves con esmalte, y utilizó después un cepillo de dientes para las zonas más inaccesibles del interior. Desmontó el deflector, la tarjeta y los rollos, moviendo la cinta mientras que aplicaba con delicado esmero unas gotitas de alcohol isopropílico que había comprado en la tienda junto con la Underwood. Se empleó a fondo con la lengüeta de bloqueo, y con aceite de la máquina de coser de Verónica remató la faena lubricando las barras y las teclas al completo. Cuarenta y cinco minutos después, la preciosa Underwood parecía recién sacada de la mesa de montaje de un artesano. Resoplando, decidió salir a pasear un rato, pues estaba más que claro que aquel día no iba a poder escribir ni una sola palabra.

Recogió el periódico regional—al que Verónica se había empeñado en

suscribirse—, y se lo colocó debajo del brazo como un anciano que se prepara para su paseo matinal. El sol se mantenía en lo alto del cielo, estoico, sin la más mínima intención de dejarse avasallar por las nubes invernales, y Roberto se dijo que en aquella parte del mundo las estaciones parecían encontrarse en una eterna batalla por la hegemonía del clima.

El jardín trasero tenía aproximadamente la extensión de un campo de fútbol mediano, donde los setos y los rosales perfectamente podados protegían un camino de piedra que conducía hasta una pérgola de madera; los abultados cojines blancos sobre los asientos de roble combinaban a la perfección con unas cortinas de gasa color hueso, que conferían al lugar el aspecto de una carpa de circo en miniatura. Mientras extendía el periódico en la mesa con la base acristalada, le apeteció más que nada en el mundo poder fumarse un cigarro. Aquello le sorprendió, pues incluso creyó notar el sabor acre del tabaco en el paladar. Sin prestarle mucha atención, leyó las noticias de los pueblos de la comarca mientras un sopor se apoderaba de su cuerpo; le costaba mantener los párpados abiertos, y dejó a medias una noticia relacionada con Malón, algo sobre la marcha del párroco local.

Cristóbal ya se encontraba medio borracho cuando notó que alguien se acercaba y tomaba asiento en la barra, junto a él.

—¿Un mal día?—preguntó un hombre sentándose en el taburete junto a Cristóbal y echándole un ojo a la cerveza.

—¿Qué, por esto?—esbozó una sonrisa y señaló la botella—. Al contrario, hoy tengo dinero para beber, así que yo diría que es un día cojonudo.

El hombre soltó una carcajada, que sonó demasiado fuerte, y varias cabezas se volvieron hacia ellos.

—Pues en ese caso, pidamos otra ronda y bebamos juntos— exclamó—. ¡Pago yo!

—Señor, no se ofenda pero bebo mejor solo.

—No me ofendo—llamó al camarero y solicitó dos botellas—. Pero soy nuevo en el pueblo y nadie más parece estar bebiendo solo.

Extendió la mano, y Cristóbal se la estrechó con desgana.

—Encantado, me llamo Sebastián Melero, soy el nuevo párroco.

—Cristóbal Espejo, borracho oficial de Malón.

El hombre estuvo a punto de echarse a reír de nuevo, pero viendo que Cristóbal no había dicho aquello en broma, se contuvo.

—No me gusta beber solo—añadió Sebastián cuando el silencio se hizo incómodo.

—A mí, sin embargo, es lo que más me gusta en este mundo

Viendo que Cristóbal volvía a centrar la atención en la botella y no se molestaba en intentar seguir con la conversación, Sebastián se puso en pie y se alejó. Cuando estaba ya a varios metros, Cristóbal le llamó.

—Padre, muy agradecido por la birra, pero no vuelva a sentarse a mi lado cuando estoy bebiendo.

Algo en los acuosos ojos del hombre y en su tensa expresión convencieron a Sebastián de que aquello no era una frívola advertencia, y decidió seguir aquel consejo en el futuro.

La pequeña iglesia se parecía más al almacén de un bazar chino que a una parroquia. El oratorio estaba repleto de cajas con diferentes etiquetas, entre las que destacaban los motivos navideños. Los bancos de madera habían sido retirados y desplazados hasta un rincón—como si se tratasen de niños castigados—, para dejar sitio a los enseres del belén que se montaría en uno de los ábsides más espaciosos del baptisterio. La cruceta del pasillo principal se encontraba atestada de pequeñas figurillas de arcilla, que parecían haber sido pintadas por una legión de ancianos sobre-excitados de azúcar, y a las que una mujer mayor y entrada en carnes quitaba el polvo con esmero, mientras canturreaba un salmo regocijada en su tarea. Sebastián se acercó sin hacer ruido desde la sacristía, y observó cómo la mujer recitaba el verso final a voz en grito. Con la rapidez de un carterista hizo aparecer en su mano una petaca de metal, y alzando la vista hacia la cúpula que dominaba la iglesia, dio un trago rápido y corto. Desapareció igual de rápido que había aparecido. En lo alto de la esfera, el arcángel Miguel continuaba en su eterna lucha contra la serpiente del mal. Sebastián clavó la mirada en el guardián de la iglesia, inmortalizado con su armadura romana y su lanza, y le pareció notar un cierto tono de reproche. Suspiró.

—Eh, yo no te juzgo por tus movidas allá arriba, así que no lo hagas tú con las mías de aquí abajo—susurró.

La mujer, sobresaltada por el eco de la voz de Sebastián dio un respingo y se puso de pie. Desde hacía unos días, la noticia de que Luis Talavera—el párroco de San Rafael durante más de veinticinco años—, se marchaba para ejercer un cargo como Vicario general en el obispado de la comunidad, mantenía en tensión a los parroquianos, que aún no habían recibido noticias de quién sería su sustituto. Desde el superior provincial habían pedido a don Luis que se hiciese cargo de las festividades de Navidad hasta que el obispo diocesal designase a un sustituto propuesto por el arcipreste, para que el elegido tuviese tiempo de tomar contacto con la congregación y emitir la profesión de fe para tomar la posesión. El párroco había aceptado de buen grado, y unos días después, Sebastián Melero había llegado al pueblo.

—Don Melero— se apresuró, entrecortada—. No sabía que estaba usted...

—¿Eso era el salmo 23?

—¿Cómo?

—Lo que estaba cantando, ¿era el salmo 23?

—Emmm, sí—contestó la mujer avergonzada—. Es que este domingo me toca el salmo responsorial...

—“*Aunque pase por un valle tenebroso...*”—recitó él.

La mujer, envalentonada por el ofrecimiento del párroco, entonó los siguientes versos con la emoción de la fe.

—“*...perfumas con unguento mi cabeza*”...

—“*Y mi copa rebosa*”—atajó Sebastián evocando algún recuerdo—. Mi copa rebosa.

Se dio la vuelta y volvió hacia la sacristía.

—Señor Melero—llamó la mujer—. Necesitamos llevar estas cajas para montar el belén de...

—Ocúpese usted, doña Adela—el hombre parecía sumido en algún pensamiento lejano—. ¿Quiere?, necesito hacer algo urgente.

Sin dar tiempo a la réplica de la mujer, desapareció por la avejentada puerta de la sacristía.

El silencio de la vivienda se había transformado en un peso físico del que le costaba desprenderse. Se había dormido sobre la pulida mesa de cristal de la pérgola y, por algún motivo —al igual que antes le había ocurrido con el tabaco—, sentía unos deseos tremendos de beber algo. Adormilado todavía, buscó en los estantes del mueble-bar, y ante sus ojos apareció una botella con un licor del color de la miel; no muy convencido había tomado al fin un vaso de Bourbon, y luego, otro más, hasta que sus sentidos se encontraron obnubilados por los efluvios etílicos del alcohol. Sentía una opresión en el pecho que necesitaba expulsar, como un hueso de pollo que se te quedaba atrapado en la garganta. Le costaba respirar, y cuando estaba a la mitad del tercer vaso de Bourbon una idea se abrió paso en su cerebro, desterrando cualquier otra. Estaba sufriendo un infarto, sí, estaba seguro de que eso era lo que le ocurría. Se palpó el brazo izquierdo, esperando quizá un dolor insoportable y, luego la negrura de la muerte, pero no sucedió ninguna de aquellas cosas. Terminó el vaso y la cabeza le dio un pequeño vuelco, como si estuviera bajando una pendiente a mucha velocidad. Una náusea le ascendió garganta arriba, pero se extinguió antes de convertirse en un problema mayor. Roberto se dio cuenta de que estaba borracho y comenzó a reír. Al principio solo era una risita nerviosa, pero al cabo de unos segundos estaba tirado en el suelo retorciéndose con unos calambres terribles en el estómago, provocados por una carcajada que no conseguía extinguir. ¡Por Dios, se había emborrachado! Continuó riendo como un loco hasta que las lágrimas le resbalaron por las mejillas. ¡Si no se había emborrachado ni en su propia boda! Aquel pensamiento dio paso a una nueva carcajada, que duró menos que las otras pero que casi hizo que se atragantase. Roberto deseó que apareciese Verónica en ese momento, lo deseó de veras. Hacía más de dos años desde que ambos habían reído juntos y, por supuesto, muchos más desde que pillaron aquella cogorza en una fiesta y se enrollaron por primera vez. El deseo de ver a su mujer se hizo tan intenso que casi se convirtió en algo doloroso, y de no haber tenido tal pavor a su enfermedad, habría salido a buscarla. Por el contrario, fue tambaleándose hasta su estudio para servirse una nueva ración de alcohol, y en ese momento fijó su vista en algo que brillaba encima del escritorio. El Mac plateado parecía centellear con luz propia, como si una galaxia en miniatura se hubiese instalado allí sin permiso

de nadie. Abrió la reluciente tapa y conectó el portátil. Se vio a sí mismo tecleando la contraseña y conectándose al programa que utilizaba para escribir. De inmediato apareció una página en blanco sobre un fondo azul que Roberto conocía de sobra. El cursor parpadeaba en la parte superior de la izquierda, suplicante, rogándole que no le hiciese esperar. Sin ser consciente de lo que hacía, apagó el monitor y se puso delante de la Underwood; sus dedos comenzaron a moverse furiosos golpeando las teclas, que restallaban como látigos en la quietud del estudio. La hoja que había colocado en el rodillo se fue llenando de palabras, frases, párrafos. Observaba sus brazos, pero se encontraban a una distancia de su cuerpo que no parecía posible, casi como si no estuvieran en la dimensión correcta y los estuviera viendo a través de un prisma acuoso y envuelto en vapor. Aquella simple acción le sorprendió infinitamente más que la borrachera, pues habían pasado más de dos años desde la última vez que había escrito una sola palabra. Al menos algo que mereciera la pena leer.

Rozaba el medio día cuando Verónica llegó a su casa. Había sido una mañana divertida, en la que había vuelto a sentir que encajaba con otras personas. Tras la intensa sesión en el gimnasio, había pasado toda la mañana con Olga y Micaela, sus dos nuevas amigas. Habían coqueteado con el camarero de la cafetería y, entre risas y bromas obscenas se habían pasado la mañana de compras. No es que en Malón hubiese un surtido enorme de tiendas y boutiques, pero eso no le había importado lo más mínimo. No recordaba haber reído tanto en muchos años. Cuando vivía con Roberto en la ciudad, asistían a muchas fiestas, participaban en multitud de eventos y se relacionaban con tantas personas que a Verónica se le hacía imposible recordar sus nombres, pero en ninguna de esas ocasiones había sentido una conexión con nadie más allá de las educadas apariencias. Aquella mañana, Verónica había sido aceptada como una verdadera amiga y no como una mujer florero en una fiesta dedicada a su marido.

—¿Roberto?

Aunque sabía de sobra que encontraría a su marido allí, se había convertido en costumbre llamarlo cuando entraba. En esa ocasión no recibió la acostumbrada respuesta.

—Roberto, cariño— intentó de nuevo—. ¿Estás ahí?

Esperaba verlo aparecer, como siempre, con su cara de circunstancias y esa sonrisa bobalicona. Verónica había llegado a compararlo con un perrito que aguarda en casa durante todo el día a que vuelvan sus dueños, y cuando lo hacen, asoma meneando la colita y con cara de reproche por no haber dejado suficiente comida en el cuenco. Roberto siempre conseguía que ella se sintiese mal por intentar vivir su vida mientras que él no conseguía llenarse el cuenco de comida solito.

—¿Roberto?—llamó esta vez con inquietud—. ¿Cariño?

Dejó el abrigo en uno de los butacones de la entrada y, avanzó con temor hacia el salón. En ese momento escuchó un tableteo furioso, apagado y lejano, pero de igual manera, inconfundible. Verónica había escuchado aquel sonido infinidad de veces, pero no en los últimos dos años. Se desprendió de la bufanda,—que dejó de cualquier manera sobre uno de los minimalistas muebles del comedor—, y temerosa de que su mente le estuviese jugando una mala pasada, se adentró en las entrañas de la vivienda.

—Eh, mi amor—saludó Roberto cuando levantó la mirada del teclado de la inconcebible monstruosidad de su máquina—. ¡Has vuelto!

Verónica observó a su marido desde el quicio de la puerta, como si estuviera mirando a un extraño hombrecillo verde del espacio exterior y no al hombre con el que se había casado. Bizqueó para hacer desaparecer aquella ilusión, pero no ocurrió nada nuevo. El único que se encontraba en el estudio era su marido.

—¡Pasa, mi vida!

A pesar de los ojos enrojecidos a punto de saltar de sus órbitas, el pelo revuelto y los labios resecos y mordisqueados, Verónica no había visto a su marido con tan buen aspecto desde hacía... bueno, en mucho tiempo. Roberto se levantó de la silla y, estirándose levemente se acercó a ella con brío. En un primer momento, Verónica lo rechazó de forma inconsciente, en un acto reflejo de su propio cuerpo, pero se rehízo al instante.

—Verónica, cariño—susurró, estrechándola en un abrazo—. ¡He vuelto a escribir! Al principio probé con el Mac y no funcionó, pero con la Underwood...

La besó en el cuello, afianzando el abrazo un poco más, acercándola lo suficiente como para besarla en los labios. Ella olió el sudor de su marido bajo la ropa deportiva, y el recuerdo de las duchas del gimnasio la invadió por completo. Recordó sus ojos, su pecho firme y el olor, ese olor. Sujetó la nuca de su marido con fuerza, y lo besó con pasión. Roberto le correspondió con más entusiasmo, a lo que Verónica respondió arrancándose de forma violenta la camisa. Aquel olor, esos ojos. Hicieron el amor encima del escritorio, ansiosos, buscándose y dejando atrás los tapujos. Al acabar, subieron a la ducha del piso superior, y Verónica buscó la segunda ronda, ésta vez más comedidos, pero con una pasión y un ardor que no recordaban haber tenido jamás

Se calzó de nuevo las “Nike” y tomó nota mental de enviar a Verónica a comprarle unas nuevas de suela más gruesa cuando regresase. De nuevo conectó el Ipod con los temas elegidos de Clapton y Scorpions y abandonó su propiedad por el mismo camino de la mañana anterior. Tuvo un leve momento de vacilación al recordar los extraños sucesos del día precedente, pero por algún motivo, se encontraba de excelente humor. Quizá era el hecho de haber vuelto a escribir, o la maravillosa noche que había pasado con Verónica, el caso es que no le importaba lo más mínimo que su mente de novelista se hubiera tornado un poco... fantasiosa en aquella casa abandonada.

Recorrió el sendero que se adentraba en plena sierra, y el aire frío le golpeó en el rostro, creando una sensación que para nada le resultó desagradable. A ritmo de *Summer of sixty nine* de Bryan Adams aceleró hasta coronar la empinada cima que desembocaba en el llano de “La Perdiz”, como se conocía a ese rincón de Sierra Espuña. De nuevo, se encontró con el cartel medio derribado que anunciaba que allí se ubicaba el complejo de Las casas de la Marina, pero lo pasó de largo. Su estado de forma, tanto física como mental había mejorado, pero para nada pensaba adentrarse de nuevo en el complejo. Seguiría hasta el bonito paraje de El rincón de la Portuguesa —situado a un par de kilómetros—, y descendería por el camino rural de la Vía Verde hasta su casa. Había visto la tarde anterior el mapa geográfico de la sierra con Google Maps y se había decantado por ese recorrido. Incluso había pensado en detenerse a medio camino en un merendero situado a un kilómetro del paraje para tomar una cerveza.

Penetró en el sendero natural compuesto por pinos y enormes encinas y sintió el descenso de la temperatura. Apretó el paso y notó que un calambre comenzaba a formarse en uno de sus gemelos. Intentó estirar sin dejar de trotar, pero el dolor se hizo cada vez más fuerte, hasta convertirse en un latido sordo en medio del músculo. Con rapidez se dejó caer en una de las rocas que bordeaban el sendero, y se agarró la punta del pie, haciendo fuerza hacia arriba para destensar el tendón. Allí sentado poseía una vista panorámica inmejorable del complejo de La Marina, y mientras la tensión en la pierna desaparecía, una nueva comenzó a atenazarle el estómago. ¿No había dos postigos nuevos en la planta superior ayer? Creyó recordar que así era, pero

en ese momento no había postigo alguno en la fachada color verde aceituna. “¿Qué más da? Se dijo, tú a lo tuyo”. Se puso en pie y completó los estiramientos contra el tronco resinoso de un árbol. Ni rastro del calambre. Cuando se disponía a continuar el recorrido, escuchó (creyó) un grito de auxilio. Apagó el Ipod que había mantenido a volumen mínimo, y aguzó el oído. Nada, allí solo aullaba el viento que bajaba de las colinas. En aquel instante se cruzó ante él un hermoso zorro, olisqueando y rebuscando entre los matorrales plagados de basura. Roberto se detuvo y admiró al precioso animal, que brincaba grácil de un arbusto a otro, buscando sin duda cualquier cosa que llevarse a la boca. En un momento dado, el zorro se acercó hasta Roberto con el hocico pegado al suelo, y alzó la cabeza cuando se encontraba a menos de un metro del hombre. Durante unos segundos ambos se miraron, Roberto maravillado de poder observar un rostro bello como el del animal, y el zorro mostrando la insolencia propia del que no tiene miedo. El momento se rompió cuando un gemido espantoso les llegó a través de una ráfaga de viento desde el complejo de ladrillo verdoso. El animal erizó las puntiagudas orejas y se puso tenso. Cuando constató que Roberto no suponía amenaza alguna, le dio la espalda y se situó de frente hacia el patio, en el cual los columpios se mecían con la suave brisa. Un segundo gemido hizo que el vulpino abandonase el jardín con dos elegantes zancadas y, se internase entre la maraña de árboles que ascendía hasta la cima de la sierra. Roberto estaba petrificado, observando el lugar por donde había desaparecido el zorro y deseando hacer lo mismo. Deseaba que ese gemido solo fuese parte de su carcomida imaginación, pero si el animal lo había escuchado debía ser real. Intentó hacer caso omiso, desaparecer por el camino y continuar con su marcha, llegar al merendero y tomarse la merecida cerveza, pero en vez de eso se encontró caminando por el desolado patio hacia la parte delantera del edificio. Como el día anterior, no se sentía responsable de sus miembros, que parecían guiarlo hacia las tinieblas de la casona en contra de su voluntad. Desde fuera divisó el salón enorme (¿no había puerta?), y se fijó en que el suelo estaba cubierto de una inmaculada capa de polvo. No era posible, pues él mismo había estado allí el día anterior y recordaba las huellas que habían dejado sus zapatillas. Escuchó con atención, pero no le llegaron ni gemidos, ni gritos, ni siquiera el suave susurro de la brisa colándose entre las ventanas destrozadas. Decidió que debía salir de allí, abandonar a toda prisa el recinto, pero en aquel instante el reflejo de un vestido rojo cruzó su campo de visión al fondo de la sala. Se dijo que eran imaginaciones, pero sabía de sobra que

no era así. Sus piernas se habían convertido en pilares de hormigón, y en el pecho el corazón le bombeaba con la fuerza de un martillo hidráulico. Escuchó voces, pero no pudo precisar si se trataba de una o de varias. Tampoco supo decir si eran de hombre o mujer. Llegaban hasta él como envueltas en seda, arrulladas por la brisa y desde un lugar muy lejano. De repente, se abrió una puerta al fondo de la sala, una puerta que por la posición debía ser la de algún sótano o planta baja, y apareció por ella un hombre. Roberto no sabía el motivo, pero la figura le pareció lo más terrorífico que había visto en su vida. El hombre avanzó un paso, luego otro y, se detuvo. Roberto pudo ver a través de los débiles rayos de sol que penetraban por la puerta destrozada (¿había puerta hace un instante?), que el desconocido llevaba unos pantalones vaqueros y una llamativa chaqueta de cuero negra. Dio otro paso más y, esta vez Roberto distinguió con claridad que el inquietante individuo portaba una careta que le ocultaba el rostro. Un paso más, y otro. El hombre con máscara se encontraba a menos de diez metros de Roberto, que seguía inmóvil en el dintel de la puerta en el momento en que una de las ventanas rotas dejó caer toda la claridad del día sobre el extraño. En ese instante fue cuando Roberto rompió su parálisis y salió corriendo como un loco, berreando y golpeándose con todo lo que se ponía en su camino. Una rama le golpeó en la frente, haciéndole perder el equilibrio, pero no por ello detuvo su avance. No podía dejar de gritar, como tampoco podía dejar de repetir en su memoria lo que acababa de ver en el rostro de aquel extraño.

Despertó empapado junto a su mujer y, de repente se le hizo imposible continuar en la cama. Aquella pesadilla le había dejado un mal sabor de boca que necesitaba eliminar. Salió de debajo de las abultadas mantas, y se vistió sin hacer ni el más mínimo ruido. Solo cuando sintió la hierba fresca en la planta de sus pies se dio cuenta de que se le había olvidado ponerse las zapatillas, y de que se encontraba en mitad de una planicie con una cuidada alfombra de césped que brillaba con tonos violetas a la luz de la luna. Desorientado, se preguntó si estaría soñando de nuevo, hasta que alguien le posó una mano sobre el hombro.

—¿Quién demonios eres tú?—gruñó la voz detrás de él—¿Y qué haces en mi jardín a estas horas?

Roberto dio un brinco, sobresaltado, y el instinto casi le hizo salir corriendo. Al principio le costó enfocar, pero después de agitar la cabeza un par de veces, distinguió la fachada trasera de una vivienda y unos pequeños

columpios para niños

—Oh, no te asustes chaval— tranquilizó la figura envuelta en tinieblas—. A no ser que vengas a robarme, en cuyo caso...

El hombre se acercó un paso más y, la pírrica luz de una bombilla desnuda le incidió sobre la coronilla, iluminándole el rostro a medias. Roberto pudo percibir que el tipo llevaba un pijama de franela, más propio de un anciano que de una persona de su edad (aunque en realidad no podía precisar la edad que tenía), y que le observaba extrañado, esperando una explicación.

—Lo... lo siento—le tendió una mano—. Me llamo Roberto García. Vivo —se giró desorientado, pero dejó la frase a medias—. Estaba... he salido a pasear.

El tipo se acercó otro paso y cubrió la distancia que los separaba. Seguía con la mirada clavada en Roberto, y reparó en los pies descalzos del escritor.

—Ya nos conocemos, señor García—estrechó la mano, que aún seguía extendida—. Me llamo Javier Moreno, soy el oficial de policía que...

Una sacudida recorrió el cuerpo de Roberto que, de forma inconsciente se retiró un paso hacia atrás. Escrutó el rostro del policía hasta que se le arrugó la frente por el esfuerzo, pero no encontró absolutamente nada en aquella cara que le indicara que ya había visto a ese hombre en algún momento de su vida. El policía se dio cuenta de la turbación del hombre que había aparecido en su jardín, descalzo y golpeándose con sus muebles, y le agarró el codo de forma suave, como había cogido la costumbre de hacer con las personas afectadas por algún trauma.

—Qué le parece si le invito a un café y me cuenta qué está buscando— abrió una puerta corredera de cristal, y lo condujo de forma tranquilizadora hasta la cocina—. Además, no es por presumir, pero hago el mejor café que va a probar usted en su vida.

—Prosopagnosia—repitió—. Es básicamente una agnosia visual.

Javier encogió los hombros, invitándole a continuar.

—En definitiva, no soy capaz de reconocer los rostros de la gente que me rodea— bajó la cabeza apesadumbrado—. Aunque sí reconozco otras cosas.

Ambos estaban sentados en dos taburetes altos que el policía había traído de la sala de estar. Después de que Roberto se tranquilizase, Javier había dejado un par de tazas anchas de café sobre la encimera y le había explicado la forma de prepararlo para relajar la tensión. Ambos tazones seguían sin tocar, humeando entre ellos.

—¿Ni siquiera reconoces el tuyo?—preguntó intrigado.

—El mío sí—Roberto parecía mucho más animado—. La mía no es una agnosia congénita, sino adquirida, y en general bastante leve.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que reconozco “elementos” en las caras—dio un sorbo, y paladeó el caliente líquido pardo—. Puedo reconocer a la gente por olores, formas de caminar, de hablar, de vestir, e incluso reconozco a la perfección algunos rostros de familiares muy directos y con los que pasaba mucho tiempo antes de la... ya sabes.

—De la agresión—acabó.

—Sí.

El policía tomó su vaso, y vació la mitad en pequeños sorbos mientras soplab a cada uno de ellos.

—¿Y no sabes por qué estabas en mi jardín?—preguntó en un tono que para nada parecía acusatorio—. ¿También eres sonámbulo?

—Que yo sepa no—aseguró—, aunque a partir de ahora tendré que planteármelo.

Ambos apuraron el café en silencio tras las palabras de Roberto.

—Oye, siento lo de la otra noche—dijo Roberto compungido—, ya sabes, en la comisaría.

—¿De eso sí te acuerdas?

—Tengo una memoria excelente—informó—. Recuerdo detalles en los que casi nadie se fijaría, ya sabes, por eso de que desarrollamos mucho más

otros sentidos cuando carecemos de... bueno de algún otro.

—¿Y decías en serio aquello de que viste a alguien estrangular a una chica?—Javier estaba completamente absorto en las palabras de Roberto—. Bueno, es que yo mismo fui a Las Casas de la Marina, y allí no había nada que demostrase...

—Olvidalo, ¿quieres?—el rostro de Roberto había vuelto a ensombrecerse, y Javier supo que se había precipitado—. Estoy pasando, digamos que algo de tensión con el asunto del traslado. Para la gente como yo, cualquier cambio de rutina es bastante difícil.

—Bueno, pues olvidado queda—contestó el policía alegremente—. A partir de ahora ya cuentas con un amigo en el pueblo. ¡No todo el mundo puede alardear de haber probado mi café!

Ambos rieron en silencio, para no despertar al resto de habitantes de la casa, y con ello relajaron por completo la mínima reticencia que aún conservaba el escritor.

Le hubiera encantado seguir charlando con el policía, pero Javier tenía que prepararse para el turno de la mañana, pues debía comenzar bastante temprano. El hombre le había ofrecido varias veces acercarlo hasta su casa, pero declinó la invitación aduciendo que caminar le sentaría bien. Ahora, mientras volvía paseando por el sendero que conducía hasta su propiedad, sonreía al darse cuenta de los avances que había conseguido en los últimos días. Había vuelto a correr, había vuelto a escribir, y su relación con Verónica parecía estar siguiendo una buena dirección. Rodeó un tronco podrido que había caído en mitad del sendero, y aceleró el ritmo. Se encontraba con fuerzas, alegre, y con la sensación de que todo mejoraría. Realmente tendría que darle las gracias a su mujer por obligarlo a volver a Malón, ya que parecía estar surtiendo el efecto que había previsto su neurólogo. La calma, la tranquilidad de aquel pueblo había calmado su estresado cerebro, y parecía estar confiriéndole una segunda oportunidad. Además de eso, había hecho un amigo después de tanto tiempo. Aceleró un poco más, deseoso de llegar a casa y contarle a Verónica las buenas noticias. Incluso pensó que podría llevarla al dormitorio y celebrarlo de una manera especial. Sintió que comenzaba a tener una erección.

Se encontraba intranquila desde que escuchó como Roberto se escabullía por la noche emitiendo sollozos sofocados. Su primera reacción había sido la de acudir de inmediato en su ayuda, pero convino que debía concederle su espacio. Sin embargo, cuando el horizonte comenzó a teñirse de un intenso violeta anticipando la llegada de un nuevo día, decidió bajar a buscarlo. Su ansiedad creció al no encontrarlo en el estudio (donde pasaba la mayoría de las horas), y tampoco en la cocina. Tras buscarlo por todas las habitaciones y darse cuenta de que su marido no se encontraba en casa, supo que necesitaba salir de allí. Sentía una opresión en el pecho acompañada de la falta de aire que debía ser muy parecida a la claustrofobia, por lo que tomó las llaves del Audi y se marchó a toda prisa. Ocupó una hora entera recorriendo los pasillos del supermercado con expresión ausente, hasta que el nudo que sentía en el estómago acabó por disiparse. Estaba segura de que su marido se encontraba bien, y en su mente comenzó a gestarse una nueva idea. Cuando volvió le sorprendió no encontrar a su marido aún, por lo que comenzó a colocar las compras para la cena. En otra ocasión le habría preocupado no ver a Roberto en bata y quejándose por cualquier cosa, pero llevaba unos días distinto. Para empezar, había vuelto a salir a correr, y eso, ya era un paso enorme. Era cierto que lo hacía por el monte, donde no había peligro de encontrarse con mucha gente, pero ya era un comienzo. Y luego estaba lo otro. Había vuelto a escribir, y bueno, ya no recordaba cuando fue la última vez que habían hecho el amor. Observó el reloj de la pared y se dio cuenta de que su marido llevaba varias horas fuera, al menos desde poco antes del amanecer, cuando se levantó gimiendo de la cama. Se preocupó un poco, pero recordó que le había comentado algo sobre un recorrido nuevo y más largo, y un merendero por el que le apetecía pasar. Quizá hasta hubiera hecho algún amigo.

Revolvió las ollas y los enseres de cocina alegremente, canturreando más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo, aunque notaba aquel dichoso fantasma de la incertidumbre aguardando su oportunidad, agazapado en alguno de los rincones de su cerebro. Quizá Roberto volviera a ser el de antes, o mejor aún, a lo mejor volvía a ser el de antes, pero más humano.

La mayoría de comercios continuaban abiertos a pesar de la escasa afluencia de clientes, y solo las tiendas de ultramarinos parecían estar teniendo una buena tarde. La gente se afanaba en conseguir los postreros ingredientes para la última cena del año y, llenaba los carros en previsión de visitas inesperadas.

A pesar de encontrarse en pleno invierno, en Malón reinaban unos más que agradables veintidós grados, y el ambiente festivo se respiraba en cada esquina del pueblo. En la plaza del ayuntamiento se había dispuesto una pequeña tarima de madera junto al emplazamiento del belén, donde estaba previsto un discurso de Navidad de Pedro Alcázar, dueño de la fábrica de Conservas del Mediterráneo. Aquella noche era la única del año en la que la conservera detenía sus máquinas para que todo el mundo pudiera disfrutar de su familia, aunque un nuevo turno comenzaba a las dos de la madrugada, por lo que algunos no dispondrían de tiempo ni para digerir las uvas. El alcalde era un gran amigo del señor Alcázar, por lo que le había pedido que el discurso de aquel año corriese de su cuenta. Cuando el dueño de la conservera se subió al estrado, todos los congregados en el bar Bocana se giraron en sus asientos y permanecieron a la espera. En la plaza se hizo el silencio, y cualquiera que no fuese de Malón hubiera reconocido al instante el respeto que infundía aquel personaje, el cual había conseguido obrar el silencio en una bulliciosa plaza sin pronunciar palabra alguna. La diatriba apenas duró cinco minutos, en los que el señor Alcázar alabó las cualidades de Malón y su gente, y en la que todos los asistentes colmaron de aplausos el final del discurso. Cuando se disponía a bajar del atril, un asistente continuaba aplaudiendo y silbando con vehemencia, soltando vítores y palabras de ánimo hacia el empresario. Los más cercanos retrocedieron un paso de forma involuntaria, dejando al hombre que silbaba y aplaudía de forma frenética, aislado, como una isla en mitad de un archipiélago. El alcalde y Pedro Alcázar se fijaron en el hombre desde lo alto de la tarima, y ambos fruncieron el entrecejo. Cristóbal Espejo —claramente ebrio—, continuaba aplaudiendo, exaltado.

—¡Muy bien!—silbó—, así se habla.

Avanzó unos pasos en dirección al pequeño estrado batiendo palmas, efusivo.

—¡Sí señor!—los ojos ensangrentados destellaban como los dos faros traseros de un vehículo en la noche—. ¿Qué sería de éste pueblo sin usted?

Cuando se encontraba a menos de dos metros del escenario, lanzó un profundo silbido que retumbó en los oídos de los asistentes, y se perdió en la lejanía de las calles adyacentes.

—Desde luego, ¿Cómo podría existir Malón sin su ayuda?—se le quebró la voz—Sin esos negocios suyos que tan bien encubrimos los privilegiados residentes de este maravilloso municipio.

Pedro Alcázar se volvió con rapidez y pronunció unas rápidas palabras al oído del alcalde, que se giró a su vez y lanzó una mirada asesina hacia Javier Moreno, el oficial de policía que aguardaba bajo la sombra del tablado. En menos de un minuto, Cristóbal había desaparecido del brazo de Javier, y la gente de Malón se había dispersado hacia otras actividades más festivas.

Malón se encontraba prácticamente desierto. El enorme belén que se había instalado en la plaza del ayuntamiento y, que habían protegido con barandillas metálicas y una carpa de tela para enmascararlas continuaba funcionando. Las pequeñas farolas seguían iluminando, y el motor diminuto que hacía girar la noria del agua y movía el río con lecho de papel de plata emitía el único sonido que se escuchaba en el recinto. Un guardia de seguridad (en los años anteriores se habían sucedido pequeños hurtos de figuritas) aguardaba en la entrada con cara de hastío mientras. Adela, la encargada, se paseaba inquieta retocando detalles que solo ella conseguía detectar.

Sebastián Melero se acercó con sigilosa parsimonia desde la calle superior a la plaza, y se escabulló antes de que la mujer pudiera verlo. Era su deber estar allí, pero la cabeza le zumbaba y algo dentro de ella parecía querer escapar y marcharse a través de sus orejas. Volvió entre las sombras de la penumbra a la iglesia y se atrincheró en la sacristía. A pesar de que solo llevaba unos pocos días en Malón, aclimatarse al pueblo se le estaba convirtiendo en una tarea que no había creído tan ardua. No conseguía centrarse, conectar con sus feligreses, y mucho menos sentirse cómodo entre ellos. Al principio, la idea de aceptar ocuparse de la parroquia le había parecido liberadora, una huida de todo lo que necesitaba dejar atrás, pero en cuanto había puesto un pie en aquel pueblo sintió que aquello no acabaría sucediendo. No se puede escapar de los recuerdos, por mucho que te escondas.

Rebuscó entre los cajones de su mesa y no consiguió encontrar lo que buscaba, no, ¡lo que necesitaba!, y de inmediato un sudor frío comenzó a recorrerle la espalda. Como si le hubiesen arrojado un puñado de harina en la boca, sintió que su tráquea se empequeñecía y se reseca. Agarró un voluminoso abrigo que colgaba del perchero, y abandonó la sacristía sin acordarse siquiera de cerrar con llave.

El primer trago le supo amargo, pero los sucesivos consiguieron arrancarle el regusto de... ¿de qué? Se dijo a sí mismo que la palabra correcta era remordimientos. Antonio le comunicó que pensaba cerrar en una media hora, comentario que fue recibido con gruñidos por los dos únicos parroquianos que aún quedaban en el bar. Sebastián observó con cautela al otro cliente, pero declinó hacer cualquier comentario. Centró la mirada en el vaso (que había menguado mucho desde la última vez que lo miró), y sintió unas ganas tremendas de llorar. En aquel instante advirtió una mano sobre su hombro, y dio un respingo sobresaltado. Cristóbal se había acercado desde su rincón y se hallaba de pie junto a él. A pesar de que tenía los ojos rojos y entornados, no se apreciaba en ellos signo alguno de confusión.

—¿Qué pasa páter, una mala noche?—preguntó con una voz profunda.

—¿Acaso alguna no lo es?

Por toda respuesta, Cristóbal se encogió de hombros y tomó asiento en el taburete junto a él. Levantó una mano, y Antonio le sirvió una botella de cerveza con mala cara.

—¿Lleva aquí todo el día?—preguntó, y nada más haberlo hecho se arrepintió— Disculpe, es esta manía de confesión que me persigue.

Cristóbal dio un generoso trago directamente de la botella y, mirando fijamente a los ojos del sacerdote, se encogió de hombros nuevamente.

—No es que tenga mejor lugar a donde ir.

—¿No tiene usted familia?

Algo en el rostro de Cristóbal cambió. Su semblante se ensombreció y gruñó por toda respuesta.

—De nuevo, le ruego me disculpe—pidió Sebastián—. Me paso todo el día escuchando pecados y acabo creyendo que todos me buscan para contarme sus vidas.

—Pues si ese es el caso, venga aquí páter, que le voy a contar una historia —acercó el taburete—. Se trata de una historia de confesiones y mentiras.

El cuerpo apareció el día de Año Nuevo, en un collado de la cima de La Perdiz. Un grupo de senderistas alemanes que estaban visitando Sierra Espuña alertaron al servicio de emergencias en torno a las ocho de la mañana. Lo que parecía ser el cadáver de un animal grande, quizá un arruí, se encontraba en el fondo de un desfiladero, junto al cauce seco del río de Malón. Tras la llegada de los servicios forestales —que se encontraban en el mismo valle—, dos agentes descendieron hasta el fondo de la sima con el fin de certificar qué tipo de animal era y si aún se encontraba con vida, pero lo que realmente hallaron fue algo que jamás olvidaría ninguno de ellos. Se procedió a la preservación de la escena y a la espera de una patrulla de seguridad ciudadana de la Guardia Civil, que fue la encargada de avisar a los servicios judiciales y mantener a raya cualquier agente contaminante, dentro de lo posible. Dos horas más tarde, cuando los diferentes equipos hubieron acabado de fotografiar y marcar los detalles significativos, el equipo policial que se había trasladado desde Caravaca, y el equipo especial forense llegado de Murcia se hicieron cargo del cadáver. A medio día, la noticia ya corría como la pólvora entre los vecinos del pueblo.

La pequeña jefatura era un hervidero como Javier no había visto en todos sus años de policía. Se habían visto obligados a facilitar una de las salas a los dos enviados de la policía científica de Murcia, otra a la policía nacional, y la disposición total de los equipos —antediluvianos— de que disponían en Malón. Aunque el cuerpo ya había sido enviado a las instalaciones de la policía judicial de la Guardia Civil en la capital, algunos agentes habían permanecido en el pueblo con el fin de recopilar información que más tarde pudieran aportar a una posible investigación.

—Van a terminar por echarnos de nuestra propia casa—refunfuñó Tomás Moreno, subinspector y padre de Javier—. Estos de la capital se creen con derechos sobre cualquier cosa cuando aparece un fiambre.

—Deja de quejarte ya, viejo—espetó malhumorado Javier.

—¡Por supuesto!—se marchó hacia la puerta con andar cansino—. Claro que voy a dejar de quejarme, ¡como que me voy de aquí!

—¿Dónde vas?—Javier observó asombrado cómo su padre agarraba el pomo y abría la puerta—. ¡Eres el subinspector por el amor de Dios!

—Me duele la pierna—adujo—. Además, toda esta mierda ya no va conmigo; yo solo quiero jubilarme de una maldita vez.

Dicho aquello se marchó, y dejó a su hijo boquiabierto. Su padre una vez había sido un buen agente, uno de pueblo, sin casos brillantes ni mucho menos escandalosos en su haber, pero con el cumplimiento de su deber siempre por delante. Ahora era uno de esos viejos dinosaurios que solo esperan a ser sustituidos, como un mueble pasado de moda. Javier esperaba que a él nunca acabara por ocurrirle aquello.

—¿Subinspector Moreno?—preguntó una voz detrás de él.

—Eh, sí, dígame—no se molestó en aclarar el error.

—Soy Mariano Guillén, de la judicial.

Era apenas un adolescente, y Javier se preguntó a qué edad dejaban estos pipiolos ahora la academia.

—¿Han averiguado algo?

—Pues la verdad es que hay un par de cosas que me gustaría comentar con usted—le pasó una carpeta.

—¿Qué quiere decir?

—De momento no existe una versión oficial, pero desde la judicial me han pedido que le facilite algunos datos para intentar... ¿tiene usted un lugar más, digamos, tranquilo?

—Venga conmigo.

Javier lo condujo hasta la única habitación que no había sido ocupada por la pléyade de agentes que pululaban por la diminuta comisaría: el almacén.

El pequeño almacén solo disponía de una mesa alargada de metal, que parecía llevar allí desde que pusieron la primera piedra en el edificio. La superficie estaba llena de arañazos que parecían zarpazos, y que recorrían su contorno en líneas desiguales. El joven extendió sobre ella la carpeta, y dejó al descubierto unas fotografías que parecían haber sido realizadas con una de esas máquinas Polaroid instantáneas. Javier reconoció lo que claramente era una hilera de mesas de una sala de tanatopraxia, en la que se intuía un bulto del color de la leche sucia en la del medio. En la siguiente imagen, el “bulto” aparecía en primer plano, y Javier sintió un pinchazo en el estómago cuando el agente de la científica colocó otra de aquellas macabras imágenes sobre el montón anterior, sin el más mínimo asomo de pudor. La piel blanquecina y desprovista de brillo le recordó a la barriga de un pez muerto, y sintió ganas de vomitar.

—¿Qué es lo que necesitaba que viera?—comentó intentando contener las arcadas—. Yo no soy forense ni entiendo de todo ese rollo peliculero de las señales en los cadáveres.

—Lo sé—apuntó secamente el joven—. Pero conoce a la gente de éste pueblo ¿verdad?

—Sí.

Añadió sin desazón alguna una nueva fotografía, y lo que parecía el esbozo de un cuerpo quedó expuesto bajo la cruda luz azulada de los fluorescentes. Javier apartó la mirada casi al instante.

—La razón por la que le muestro estas imágenes es puramente en calidad de consultor —Javier se quedó mirándolo, y sintió unas ganas enormes de darle un puñetazo en su remilgada cara—. Hemos determinado que la víctima es una chica de aproximadamente unos diecisiete años, y que la causa de la muerte fue por asfixia.

—¿Y qué tiene eso de peculiar?—Javier continuaba sin poder mirar la masa informe que el tipo afirmaba que era una joven.

—En sí mismo, nada. Es la fecha del asesinato y este pequeño detalle el que me llama la atención.

Viendo que el policía se negaba a mirar las siguientes instantáneas, carraspeó con impaciencia. Javier entendió la indirecta y se volvió despacio. Observó lo que quedaba de piel macilenta y cuarteada; los labios habían

desaparecido, por lo una horrible expresión de burla marcaba el rostro, exhibiendo unos dientes ennegrecidos y descarnados. Los huecos en el pelo — que en otro tiempo podrían haber sido del color de la miel—, dejaban al descubierto partes blanquecinas en el cráneo. Estaba totalmente desnuda y con las manos juntas y apretadas —en posición piadosa—, a la altura del pubis. Entre ellas sobresalía un trozo de papel que Javier no podía ver con claridad, pero que el agente de la científica le señalaba una y otra vez con premura.

—¿La conoce?—interrogó.

—No, ¿debería?

—Puede ser— cogió una especie de lupa circular, y la situó en un punto exacto de la fotografía—. Ya que debe ser de su “generación”.

Javier se quedó mirándolo, sin comprender. Aquella chica no podía tener más de dieciocho años, a lo sumo, y él ya contaba con unos nada desdeñables treinta y cinco.

—¿Qué está usted diciendo?

—Pues que, de momento solo se ha practicado un examen superficial que nos indica que los huesos pélvicos y los coxales se encontraban destrozados, lo que nos lleva a pensar en una o múltiples violaciones. Además, suponemos que murió estrangulada debido a la fractura del hueso hioides y el hundimiento de la glotis, pero lo que nos tiene más perplejos es la datación del hueso.

—No entiendo que me quiere decir con...

—Pues que según el primer análisis, esta chica lleva muerta más de quince años—aseguró—. Pero necesito que vea otra cosa.

Javier abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar. El joven lanzó algo sobre el grupo de fotografías, y cubrió parcialmente la escabrosa imagen del cadáver que les observaba con sus cuencas vacías desde su lámina eterna; el agente clavó los ojos en los del policía, esperando a que se recompusiese. Este se acercó con reticencia y comprobó que se trataba de algo que la chica apretaba entre los huesos descarnados de sus manos inermes desde mucho tiempo atrás, como si la muerte no hubiera podido arrebatarse ese objeto en su último pulso. En ella se mostraba una fotografía de una chica de la misma edad que la del cadáver, con una venda en la boca y los ojos aterrorizados. Las lágrimas bañaban su precioso rostro, y una expresión de súplica parecía escapar de la imagen misma. Entrelazados entre sus dedos brillaba un colgante de oro con una chapa, de esas que informaban del grupo sanguíneo.

A Javier le sonó de algo el rostro de aquella muchacha, aunque no supo precisar dónde podría haberla visto.

—Además, eso no es todo—susurró el agente. Le dio la vuelta a la imagen, y Javier pudo leer lo que ponía en el reverso—. Llevaba escrito un mensaje.

“Crees que no te veo, pero te veo. Crees que no te siento, pero te siento. Soy tú, aunque no lo sea.”

—¿Me está diciendo que esa chica lleva muerta más de quince años?

— Sí. Lo que nos tiene desconcertados—constató asintiendo—, es que según nuestros expertos, la estructura ósea coincide.

—O sea, ¿que la foto es de la víctima?—preguntó incrédulo.

—Eso mismo—sentenció—. Además de la otra cuestión.

Revolvió la pila de fotografías, y dejó al descubierto una en la que se veía con claridad la piel macilenta y apergaminada del cadáver.

—¿Usted diría que este cadáver tiene quince años de antigüedad?—apostilló golpeando la superficie porosa de la Polaroid de forma repetida—. Porque a mí me parece que se encuentra perfectamente conservado para...

—¿Por qué no me dice usted de una vez qué es lo que quiere de mí?—atajó el policía, que empezaba a encontrarse realmente mal—. Porque supongo que no ha venido solo para hacerme vomitar el desayuno ¿verdad?

El agente escogió una de aquellas imágenes y se la plantó a Javier a escasos diez centímetros de la nariz.

—Esto es lo que quiero—expuso de mal humor—. Que la encuentre, que nos diga quién es. Tenemos una fotografía que nos muestra quien era antes de ser asesinada, y ese colgante que llevaba entre las manos contiene un nombre grabado, pero no hemos hallado coincidencias con nadie que aparezca en nuestra base de datos; aunque igual alguien del pueblo...

Javier se llevó la mano al estómago —intentando reprimir una sacudida que amenazaba con transformarse en algo peor—, y retiró la mirada de una instantánea que había quedado boca arriba, sobre la mesa arañada. Jirones de piel oscura y rasgada —de la que asomaba un hueso tan blanco que parecía haber sido brillantado con alguna especie de lija—, sobresalía de forma macabra como si se tratase una estaca clavada en la tierra húmeda. Agarró la foto que le entregaba el agente, y salió de la sala a toda velocidad, una sala

que parecía ser mucho más pequeña que cuando había llegado, y que parecía seguir estrechándose con el paso de los segundos.

Ramón Buendía terminó de cerrar el sobre y lo dejó sobre la pila de papeles de su mesa mientras recogía la chaqueta del respaldo de la silla. Abandonó el ayuntamiento sin pasar por la planta baja, donde se ubicaban la mayoría de sus compañeros trabajando en las distintas secciones de las que se encargaba el concejo. Tenía por norma pasar a saludar cuando acababa sus ocupaciones, pero aquel día no estaba de humor.

Su móvil volvió a vibrar, y lo guardó de nuevo en el bolsillo de su chaqueta tras echar un rápido vistazo a la pantalla. Se apresuró a sacar su coche del aparcamiento reservado a los miembros, y silenció el aparato, que estaba sonando de nuevo. Conectó el aire acondicionado del coche —a pesar de que se encontraban en pleno invierno—, y suspiró aliviado por el momentáneo instante de soledad. Condujo premeditadamente lento, e incluso decidió dar un pequeño rodeo por la parte sur del pueblo, donde el tráfico era más fluido y rápido. Se fijó en los servicios de limpieza, que soplaban en formación de a tres las hojas y los restos de basura del césped del parque, como un perfecto escuadrón de cazas que se disponen para la batalla. Malón funcionaba bien, con un buen servicio de recogida de residuos, un presupuesto favorable, sin deudas con proveedores, y un equipo concienciado con los problemas sociales de sus habitantes. En solo una legislatura había inaugurado el centro deportivo, con la espectacular piscina climatizada, el museo de arte prehispánico, y el nuevo centro de salud. Además de todo eso, el asfaltado de las principales calles ya era una realidad, y el proyecto para una nueva depuradora ya estaba en marcha. Sin duda, Ramón Buendía era el mejor alcalde que había tenido Malón, y sin embargo, podía acabar su mandato con una enorme mancha a sus espaldas, que no solo conseguiría que no volviese a salir reelegido, sino también ensuciar su propio nombre de por vida y mandarlo a la cárcel.

Cambió de carril y se dirigió hacia la salida norte del pueblo, donde estaba situado el polígono en desuso de Malón. De nuevo, a Ramón se le formó un nudo en el estómago, como cada vez que pasaba por aquel desértico laberinto fantasma de naves derruidas. Algunos de los inmuebles —los que se habían construido con materiales de mejor calidad—, aún resistían estoicos, como si hubiesen sido utilizados el día anterior, pero los que se encontraban en la orilla del río, en la parte más oriental del polígono, presentaban grandes

manchas de humedad en las fachadas, la totalidad de las ventanas rotas y, en algunos casos incluso se había venido abajo el tejado. Ramón aceleró y se sintió sucio, una vez más.

La vieja fábrica de tejas parecía un gigantesco buque que había quedado varado en mitad de una terrible tormenta. Las tres gigantescas chimeneas se asemejaban a las de aquellos mastodónticos barcos de vapor, y la oficina principal, que se ubicaba a la entrada del enorme recinto, era idéntica a un puente de mando acristalado con forma de bóveda. Algunos contaban entre bromas, que los días en los que se formaba una espesa niebla a su alrededor, la vieja fábrica parecía un barco fantasma surgido de las profundidades de algún océano maldito.

Ramón dejó atrás el camino de acceso y encaminó su vehículo a la parte trasera, donde un invisible sendero de grava sucia y salpicada de un viscoso aceite de motor se adentraba en las entrañas de la fábrica a través de una verja rota. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca y los brazos, y desconectó el sistema de aire acondicionado. En la extensa explanada, la luz del atardecer invernal ya se había extinguido, y los faros traseros de otro vehículo eran claramente visibles desde el camino. Se colocó en paralelo y bajó la ventanilla. Un rostro familiar asomó desde el otro vehículo.

—Ramón, tenemos que hacer algo—susurró su interlocutor desde el otro vehículo—. Han encontrado el cadáver.

Javier había acudido directamente a la comisaría y se había encerrado en su despacho. Al ser el oficial de mayor rango —con excepción de su padre—, era el único que disponía de uno propio. Al cruzar la sala principal, sus compañeros se habían lanzado hacia él con una salva de preguntas, pero Javier ni siquiera había reparado en ellos. Lo que acababa de ver en el almacén contiguo lo tenía totalmente desarmado y fuera de juego. Sabía de sobra que aquel caso iba a situar al pueblo de Malón en medio de una tempestad de la que le costaría salir indemne, pero su mente no era capaz de procesar de forma razonable lo que estaba sucediendo. ¿Cómo era posible que el cadáver de la chica se encontrase conservado de esa manera?, y ya puestos, ¿Cuál podía ser el motivo de que apareciese tantos años después? ¿Quién lo había colocado allí?, ¿y por que llevaba aquella fotografía entre las manos?. Sintió un súbito mareo y se aferró con fuerza al borde del escritorio. De momento solo había una cosa que podía hacer, y necesitaba serenarse para realizarla. Conectó el viejo ordenador y esperó a que se pusiera en marcha. Mientras escuchaba los ruidosos ventiladores de la CPU, una idea cruzó de forma fugaz por su cabeza, y se aferró a ella como a un salvavidas en medio de un naufragio. Le costó más de diez minutos encontrar lo que había estado buscando, pero una vez lo hubo hecho, mandó el archivo a la dirección de su impresora. Casi sin darle tiempo a terminar, agarró la hoja que la vieja máquina escupía de forma parsimoniosa, y abandonó la jefatura en medio del caos reinante.

Aunque había sido el primero en recibir el comunicado la noche anterior, Javier no había vuelto a la comisaría en toda la mañana. Si los de la Judicial esperaban que él les preparase una alfombra roja y café para todos, estaban pero que muy equivocados. Javier conocía la ley, y sabía de sobra que estaba obligado a proporcionar cualquier cosa que el equipo necesitase, e incluso, a trabajar para ellos si así lo precisaban, pero también conocía el pueblo mejor que nadie y, antes de que esos capullos lo pusiesen todo patas arriba, necesitaba hacer su trabajo y evitar de esa forma que algunos de sus vecinos tuvieran que pasar por un trago para nada deseable.

Condujo el Nissan con cuidado y aparcó frente a un vado. Normalmente no se hubiera adentrado entre las sinuosas y estrechas calles del casco antiguo de Malón con el espacioso y nuevo coche patrulla, pero no tenía tiempo de esperar a que llegasen sus compañeros con las dos motos de que disponían, y que eran la mejor opción de subir hasta allí. Como cada vez que iba hasta aquella parte del pueblo, a Javier le embargó una sensación de añoranza por la infancia pasada entre las calles de estrechos muros. Antes de que llegase a golpear la puerta, un hombre alto y con una barba espesa apareció y abrazó a Javier.

—¡Dichosos los ojos!—exclamó el gigantón.

—¿Qué hay, Claudio? —correspondió el policía—. Veo que la vida te trata bien.

—Para que nos vamos a quejar, total, va a dar lo mismo—se hizo a un lado y le indicó que entrase en la casa—. ¡Pasa hombre pasa, que Gregoria tendrá ganas de verte también!

En la pequeña vivienda predominaba el aroma del café y los pasteles recién hechos, y Javier regresó en un instante a los buenos recuerdos de los fines de semana en casa de su abuela. Tras los saludos con la esposa de su amigo, ambos tomaron asiento en un estrecho y destartalado sofá, frente a una mesa donde Gregoria ya había preparado dos tazas de café y una bandeja de dulces.

—Y cuéntame, ¿Qué te trae por aquí, amigo?—inquirió curioso el hombretón cuando su mujer abandonó la habitación—. Porque imagino que no has venido a comerte mis pasteles.

—Así es. Claudio, nadie conoce tan bien como tú los diferentes puntos de esta comarca, por eso necesito tu ayuda—el policía se retorció las manos en

un claro gesto de ansiedad que no pasó desapercibido para su amigo—. Seguro que ya habrás escuchado algo acerca del cadáver que encontramos en Año Nuevo en La Perdiz.

—Sí, algo he oído, pero solo sé que lo descubrieron unos alemanes—clavó los ojos en los del policía—. ¿Qué ocurre, Javier?

—En unas horas esto se va a convertir en un circo, y preciso tener a las fieras encerradas para entonces—cogió la taza de café y se bebió todo el contenido de un trago—. El caso es que necesito que me cuentes algo de ese collado donde encontraron el cadáver. Necesito conocer si existen sendas ocultas en esa cima, caminos rurales poco conocidos y hasta dónde conducen.

—¡Javier, en esa sierra hay miles de sendas y caminos naturales!— contestó alzando la voz—. Solo entre la unión del collado de La Perdiz y la umbría de Malón existen tantas que ni yo mismo las conozco todas.

—Lo sé, Claudio—Javier estaba empezando a sudar—. Solo necesito una pista, algo que me indique por dónde comenzar.

El hombretón se dio cuenta de la ansiedad de su amigo y decidió cooperar en todo lo que pudiera.

—¿Tienes alguna idea de dónde pudo ser asesinada esa joven?

—No, lo único que está claro es que no fue en el lugar en el que la encontraron.

—Si yo tuviera que deshacerme de un cuerpo—levantó ambas manos en señal de que solo era una suposición—. Lo llevaría en coche y lo dejaría caer desde uno de los barrancos de Gabos, pero eso me obligaría a pasar por delante del centro de visitantes de Cordón, y por lo tanto, por delante de la patrulla de los forestales. Esos tíos no se andan con juegos, y anotan cada matrícula que circula por ese lugar fuera de las horas de turismo, ya sabes, por lo de los recientes incendios.

Javier asintió, conminándole a continuar.

—Suponiendo que ese tío no deseara que le vieran dejando su “cargamento”, solo le queda llegar hasta allí por una de las sendas creadas por los jabalís o los muflones, y que conectan desde los Pozos de la Nieve, el Cerro de la Garita o Las Casas de la Marina.

Javier hizo un gesto para que su amigo se detuviese. Durante varios segundos permaneció en silencio con la mirada perdida, hasta que volvió a centrar la atención en el hombre.

—Claudio, si tuvieras que cargar con un cuerpo desde las Casas de la

Marina hasta el collado de La Perdiz, ¿por dónde irías?

El gigante necesitó tan solo de unos segundos para responder.

—Fácil, por el collado Bermeja.

—¿Crees que es posible?

—Javi, esa sierra comprende más de veinticinco mil hectáreas repartidas entre cuatro municipios—continuó—. Algunas de esas sendas son tan estrechas y se encuentran tan camufladas que ni siquiera para alguien como yo resultan accesibles.

—Ya, ya lo sé, pero digamos que si tuvieras que hacerlo...

—Escogería el camino del Morrón—concluyó con decisión—. En aquel lugar hay una ruta muy utilizada por los senderistas, que transcurre desde los Pozos de la Nieve, y conduce por la parte baja del collado de Bermeja hasta La Perdiz.

Ante el brillo que había surgido en los ojos del policía, Claudio necesitó explicarse de nuevo.

—Amigo, yo mismo he cazado en aquel lugar miles de veces, y te aseguro que cargar con algún que otro conejo y un par de piquituertos o algunas codornices por un camino plagado de coscoja o rosales silvestres arañándote las piernas no es nada agradable—se frotó involuntariamente las espinillas—, por no hablar de los malditos pinos laricios, que se te clavan hasta...

—¿Pero se podría hacer?—insistió el policía.

—Siendo un hombre fuerte, y conociendo bien los caminos...

Javier se puso en pie de un salto. Ya tenía lo que había venido a buscar.

—Pero amigo—lo detuvo el gigante—. No entiendo por qué alguien mataría a una chica en las Casas de la Marina, y correría el riesgo de transportarla hasta La Perdiz, y eso, sin tener en cuenta el esfuerzo que supone.

—Yo tampoco lo sé—admitió el policía, que mostraba una sonrisa mucho más amplia que cuando había llegado—. Pero para eso me pagan, para averiguarlo.

Tras despedirse de su amigo y su mujer, agradeciéndoles de nuevo por la ayuda y el delicioso desayuno, se marchó con una dirección en la cabeza. Ya era hora de tomarse en serio a ese escritor chalado, y tener una conversación con él.

Ramón Buendía recibió la notificación a primera hora de aquel lunes 3 de enero y, de inmediato sintió que se le revolvía el estómago. Volvió a leerlo una vez más—aunque ya casi se lo sabía de memoria—, para estar seguro de que aquello era real.

Artículo 547 de la Ley Orgánica del Poder Judicial

La función de la Policía Judicial comprende el auxilio a los juzgados y tribunales y al Ministerio Fiscal en la averiguación de delitos y en el descubrimiento y aseguramiento de los delincuentes.

Continuó leyendo, con el corazón en un puño mientras que se aflojaba el nudo de la corbata.

Esta función competirá, cuando fueren requeridos para prestarla, a todos los miembros de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad, bien sean del Estado de las Comunidades Autónomas o de la Policía Local.

Ramón sabía lo que aquel comunicado le estaba notificando, que no era otra cosa que advertirle que a partir de la llegada de la Policía Judicial, todos los servicios, incluidos el Ayuntamiento y la comisaría de policía estarían a su completa disposición. Algo que corroboró en el siguiente párrafo.

*De acuerdo con lo establecido en el **Artículo 238** de la Ley de Enjuiciamiento Criminal, toda demanda será satisfecha, quedando obligados a seguir las instrucciones que de aquellas autoridades reciban: los empleados o subalternos de la policía de seguridad ciudadana, alcaldes, tenientes de alcaldes y oficiales, así como los cuerpos de Guardia Civil y Guardas de Montes...*

Arrugó el comunicado y lo arrojó a la papelera. A pesar de encontrarse en pleno corazón del invierno, sudaba profusamente y le faltaba la respiración. Él siempre había sido un hombre honesto, decente, y en aquel momento estaba sudando como una colegiala por la llegada de una brigada criminal, ¡como si él fuese un delincuente!

Abandonó su despacho, y se dirigió a la oficina técnica de la policía, donde

el sargento dormitaba entre pilas enormes de documentos. Sin querer, golpeó con la cadera uno de los montones, que fue a parar al suelo haciendo un ruido sordo y despertando al sargento entre un revuelo de papeles. El policía se quedó mirando a Ramón, sin comprender a qué se debía aquella entrada.

—Alfredo, necesito que te pongas en contacto con Javier y le digas que me espere en la comisaría—ordenó, sin molestarse en saludar al adormilado hombre—. Dile que voy para allá.

—¿Javier?

—Javier Moreno—apuntó de malos modos—. Tu oficial.

—¡Ah coño, Javi!— señaló, aunque siguió sin moverse.

El alcalde se dio la vuelta para marcharse, pero cuando se giró vio que el sargento seguía sin hacer nada.

—¿Funciona esa radio tuya?—señaló un pequeño aparato que llevaba adosado un walkie—. ¡Pues úsala de una maldita vez y haz lo que te he dicho, joder!

Antes de que el hombre pudiera contestar, Ramón Buendía abandonó la oficina a grandes zancadas; bajó la escalinata con tres enérgicos saltitos. No se detuvo a saludar a ninguna de las chicas que trabajaban en las distintas secciones de la planta baja del ayuntamiento. Tenía cosas mucho más importantes de las que ocuparse. Mucho más.

La Underwood funcionaba como la seda y, al parecer, su adoración por el aparato había hecho regresar a las musas. Tras su conversación con el policía y el posterior café de la noche anterior, se encontraba reverdecido y animado de nuevo. Las ideas se agolpaban en su mente, forzando, oprimiendo contra su frente para intentar escapar; se sentía obligado a facilitarles el camino de huida, y la única escapatoria para ellas era mediante la escritura.

Tecleó furiosamente sobre las ruidosas teclas de la máquina, que emitían su tableteo rítmicamente contra el rollo. Aunque nunca había escrito más que unas pocas palabras en uno de esos artefactos, se encontraba cómodo con el cacharro de claves pulidas y olor a tinta y aceite. No escuchó a su mujer salir de la casa; ni siquiera se fijó cuando ella le llevó una taza de café caliente y dos tostadas, simplemente se las comió sin hacerse preguntas de dónde habían salido. Cuando se encontraba envuelto en el desarrollo de una nueva novela, podría decirse que entraba en trance; un frenesí en el que abandonaba este mundo durante muchas horas para introducirse de lleno en la realidad de su ficción. Por eso, cuando los golpes en la puerta subieron de intensidad, Roberto no los escuchó, pues ya no se encontraba allí.

Las pequeñas nubes de polvo se arremolinaban en torno a los talones de sus botas al pisar con firmeza en el suelo sucio, y el tacón de madera retumbaba en las baldosas del suelo como un tambor mal apretado. Desde su atalaya podía contemplar las huellas que delataban el camino seguido por aquellas botas infernales, y cómo su rastro se perdía escaleras arriba. Supo enseguida lo que iba a ocurrir y, a pesar de que no era la primera vez, lloró asustado. De inmediato se obligó a reprimir los sollozos, pues el sonido de nuevos pasos retumbó en la habitación. Con la pequeña mano apretada con fuerza contra su boca, escudriñó entre los tablones y vislumbró varios pares de zapatos levantando una espesa capa de polvo a medida que avanzaban. Contó, dos, tres, cuatro... se perdió y volvió a comenzar, pero el momento había pasado y allí ya no quedaba nadie. Escuchó las risas, susurros que llegaban filtrándose entre la vieja estructura de la vivienda y, después, después llegó el horror. Los gritos, los lamentos...; se puso las manos en los oídos, pero aquel sonido parecía colarse entre su carne, buscando instalarse en el centro mismo de su cerebro. Estaba a punto de gritar cuando otro ruido le hizo detenerse; este sonido le produjo aún más terror que los anteriores, y se intensificó a cada paso. El repiqueteo de las botas había vuelto, pero esta vez era más firme, más decidido, y se encontraba mucho más cerca. Se quitó las manos de los oídos y se las llevó a la boca, presionando con fuerza para que no se le escapara ni un suspiro delator; entonces, el sonido cesó. Él se permitió el lujo de respirar entre los dedos, despacio y de forma pausada, atento a cualquier movimiento. Pasado un minuto, se atrevió a posar las manos en el borde de la madera y mirar a través de la rendija del escalón. Nada, solo un montón de huellas en el polvoriento suelo que antes había formado una manta impecable de suciedad. En ese instante, las sombras se esfumaron, y la claridad inundó su mundo, cegándolo y llenando su alma de un pavor monstruoso, un miedo tan atroz que le impidió respirar. Sintió un dolor inmenso en la base de la nuca, allí donde comenzaba a nacer el pelo; se vio arrastrado por el suelo con una fuerza brutal. Su espalda golpeó contra algo romo y duro y, luego sintió el escalón clavándose contra sus riñones. Un mechón de pelo cedió a la fuerza con la que lo estaban haciendo, y durante unos segundos, la garra perdió sujeción; al instante, la presa se cerró con firmeza, esta vez sobre el cuello, y con una violenta sacudida lo

impulsó contra el marco de la puerta, partiéndole dos costillas.

—Ven aquí, gusano miserable— farfulló aquella voz desgarrada en su oído—. Te voy a enseñar lo que ocurre con los mirones depravados como tú.

Intentó gritar, pedir perdón, jurarle que no había sido su intención estar bajo el descansillo del falso suelo y haber visto... bueno, que no había visto los zapatos.

—¿Te gusta esconderte en la oscuridad, verdad?— farfulló mientras lo arrastraba despiadadamente, golpeando su menudo cuerpo contra los muebles del piso inferior—. Te pone cachondo ocultarte entre mierda y tinieblas ¿verdad?

Vio cómo el suelo —antes cubierto de pisadas—, creaba una estela en el polvo a medida que su espalda barría las baldosas. Escuchó el cerrojo justo en el momento en que dos fuertes manos lo sujetaban por los hombros y lo encaraban con la Bestia.

—Ahora vas a saber de verdad lo que se siente entre desechos y tinieblas —siseó desencajado—. A ver si cuando salgas tienes tantas ganas de husmear.

—Lo... lo siento—balbuceó entre lágrimas—. Lo siento mucho... papá

Aquello fue lo último que dijo antes de ser lanzado escaleras abajo, hacia una negrura insondable. El golpe contra los escalones de madera le fracturó la muñeca y el tobillo del lado derecho, que junto a las costillas rotas le produjeron el dolor más horrible de su vida. Mientras intentaba acurrucarse contra algo para protegerse, se dio cuenta de que estaba sumergido en una especie de líquido que le mojaba el trasero, y que varios insectos habían comenzado a treparle por las piernas. Aterrorizado, buscó refugio en las escaleras, y fue allí donde escuchó el nuevo sonido. Ese desagradable crujido, como de dientes corroyendo, carcomiendo sin descanso. Los gritos y las risas del piso superior se apagaron unas horas después, pero el serrar y morder le acompañó, incansable, durante los tres días que pasó allí abajo.

Verónica se encontraba radiante aquella mañana. La noche pasada con Roberto había sido una delicia, y la sesión de *Spinning* de la que acababa de salir le había sentado de maravilla. El instructor la había sujetado por las caderas para enseñarle cómo se pedaleaba al ritmo de la música, y subrepticamente le había sobado el trasero. En un principio podía parecer un roce fortuito, pero ella sabía que no había sido así, una chica notaba esas cosas. Su melena rojiza y su cuerpo perfectamente moldeado siempre habían sido motivo de miradas lascivas por parte del sexo masculino, pero aquella era una baza de la que siempre se había sentido segura. Conocía de sobra el efecto que producía en los hombres (a pesar de haber pasado ya sus mejores años), y siempre se había movido a gusto entre aquellas aguas.

Tras la sesión, quedó con Olga y Micaela en la cafetería, ya que ellas habían terminado de sus clases de *zumba* antes, y se dirigió a las duchas de contraste. El corazón se le aceleró un poco al recordar su encuentro anterior, pero la sala estaba vacía. Decidió que no le apetecía estar allí más tiempo, y programó su reloj para que activase la alarma en cinco minutos. Ya dentro de la sauna se encontró más calmada y relajada, y se desprendió de la toalla que llevaba anudada en torno a su cabello. No supo si se había quedado dormida, pues se sobresaltó cuando el reloj comenzó a sonar estridente. Forcejeó, pero el sonido no se detenía.

—Vamos maldito trasto—espetó dando un golpe a la esfera—. ¿Qué demonios te pasa?

En ese instante reparó en que algo se movió al otro lado de la sauna, entre los vapores. El olor a eucalipto la invadió, y sin saber por qué, se sintió inquieta. De repente, se fijó en la esquina contraria y soltó un grito sofocado. A menos de tres metros se encontraba él, observándola totalmente inmóvil. Ella quiso decir algo, pero las palabras se negaban a salir del hueco de donde quiera que se hubiesen escondido. El hombre se acercó con rapidez y la arrinconó contra la pared, sin tocarla. A Verónica aquel juego le había parecido una estupidez al principio, pero se había descubierto excitada de una forma inédita cuando lo vio que no recordaba haber experimentado jamás. El hombre la miró con aquellos ojos por un tiempo que a ella se le hizo eterno, y sin decir una sola palabra, la besó. Ella no respondió inmediatamente, pero no tardó en buscar sus labios con la misma premura. Las manos del hombre le

aprisionaron los pechos con fuerza, y Verónica no pudo reprimir un gemido cuando él comenzó a besarlos. Ella le buscó con urgencia la entrepierna, sin dejar de mirar un instante esos ojos acerados. La alarma del reloj no cesaba de sonar, y él se lo arrancó de la estrecha muñeca y lo arrojó con violencia contra la pared de la sauna. Hicieron el amor de pie, buscándose y consumiéndose entre el deseo frenético de la pasión. Cuando terminaron, el tipo se colocó una toalla sobre su cintura y abandonó la sauna, dejando a Verónica con el mejor orgasmo que había experimentado en toda su vida.

El olor del café le despertó el estómago, y decidió pedir también un minúsculo trozo de tarta de queso.

—¿Pero dónde te habías metido?—interrogó Olga—. Ya pensábamos que no ibas a aparecer.

—Sí, me quedé dormida en la sauna—mintió—. Es que se me ha roto el reloj...

—¿Has visto el nuevo monitor de Pilates?—interrumpió Micaela—. ¡Está como un queso!

Olga la secundó, pero Verónica asintió sin escuchar nada de lo que sus amigas parlotaban. Solo podía pensar en el temblor en las piernas que había sentido al salir del gimnasio, como si tuviese de nuevo dieciocho años. Habría querido hablar con él al terminar, pero se había escabullido enseguida; suponía que deseaba mantener el juego de esa manera y, aunque pudiera parecer un poco infantil, eso la ponía aún más cachonda.

—...al parecer, dicen que la golpeó—le dijo Olga—. ¿No te parece muy fuerte?

—Fuerte... claro—contestó ausente—. Fuerte.

Recordó aquellas manos poderosas, estrujándola, acariciándola, y un ardor le inflamó la entrepierna de nuevo.

—Está detenido—continuó Micaela—. Pero jura que él no la tocó.

—Perdonad, he recordado que debo hacer algo muy urgente.

—¿Pero qué dices Vero?, si habíamos planeado pasar por donde Clara, para hacernos las uñas.

—Lo siento, mañana seguro que podemos ir—se levantó—. De verdad que lo siento, pero tengo que irme.

Dejó cinco euros por el café y la tarta sobre el mantel, y abandonó la cafetería a toda prisa.

La iglesia de San Rafael era incluso más pequeña que la de Santo Tomás, en la parte alta del pueblo, y que la principal de San Miguel, pero disfrutaba sin duda de más concurrencia que las otras dos. En parte se debía a su fácil acceso, en la zona sur; ello contribuía a que los ancianos pudieran llegar hasta ella sin sufrir dolorosos ataques en las piernas o la espalda, pero además de aquello, su gran atractivo era el marco en el que estaba situada. San Rafael había sido construida en el año 1901, sensiblemente más tarde que sus homónimas, por lo que aún no había tenido la necesidad de ser restaurada (salvo el sótano, que sufrió los rigores de un invierno especialmente duro y lluvioso unos veinte años atrás), y se encontraba en perfecto estado. Otro de sus alicientes consistía en el enorme parque infantil que la rodeaba, privado de tráfico en tres de sus cuatro costados, por lo que los feligreses podían dejar sueltos a sus niños allí para que correteasen como animales por la estepa. Pero sin duda, lo que más le gustaba a los habitantes de Malón era que San Rafael se encontraba situada justo a los pies de la enorme sierra de España, y era habitual entre los concurrentes, que tras la misa, una caravana de vehículos pusiera rumbo a los numerosos merenderos que había distribuidos por toda la serranía y sus muchos puntos de barbacoas.

Luis Talavera había preparado el sermón para aquel día de forma meticulosa, pues además de ser el último que concedería en Malón, supondría la presentación oficiosa de Sebastián. No estaba nervioso, pues ya había librado unas cuantas de aquellas batallas, pero sí quería hacerlo lo mejor posible y facilitarle la tarea al nuevo párroco. Adela estuvo allí con él, ayudándole en la colecta y con los relicarios, y de hecho se quedó junto a Luis en la puerta de la iglesia una vez terminada la misa para ver desfilar el convoy de coches en dirección a la sierra.

—Ha ido bien, ¿no cree?—preguntó mientras ambos observaban la fila de vehículos—. Nadie se ha dormido.

—¡Pues claro que ha ido bien!—confirmó ella mirándolo de soslayo—. Ya verá cómo le van a echar de menos.

El anciano párroco sopesó las palabras de la mujer, y una nueva sombra que llevaba aleteando por su mente en aquellos últimos días volvió a asomar.

—¿Ha recibido usted alguna llamada del Superior Provincial?—ella negó vehementemente—. ¿Ni del obispo diocesal?

Volvió a negar; el hombre fijó la vista en la cima cercana, donde ya habían desaparecido todos los coches en dirección a las esperadas barbacoas dominicales y asintió, pensativo.

—No querrá decir...

—Nada, no quiero decir nada—atajó firme—. Pero Sebastián ya lleva con nosotros casi una semana y aún no he recibido comunicado alguno por parte del arcipreste ni del obispo que...

Se detuvo y agitó la cabeza, como para evaporar alguna idea que no acababa de gustarle.

—Yo quería comentarle que, por mi parte, a mi Sebastián...

—Seguro que todo está bien—Luis conocía a la mujer, y quería detener suspicacias innecesarias.

Adela quiso responder, pero se llevó una mano a la boca como si quisiese retener allí dentro las palabras, y se refugió dentro de la iglesia. Por algún motivo que no llegaba a comprender, Luis sentía lo mismo que ella, pero no quería comprometer su salida y la entrada de un nuevo párroco para el pueblo.

Cuando todos se hubieron marchado, bajó las escaleras de la iglesia y rodeó el templo. La sacristía estaba situada a la espalda de la capilla y poseía dos entradas. La más rápida era por el interior del edificio, pero no deseaba toparse con Adela, así que caminó a lo largo del sendero que lindaba con el terreno de la parroquia hacia la parte trasera. Desde allí, solo una pequeña verja de alambre dividía el pulcro césped de San Rafael, con las estilizadas encinas y el suelo cubierto de hojas de pino de Espuña. Sebastián se encontraba a gusto en ese lugar, emplazado en el pueblo y a la misma vez tan alejado del núcleo urbano. Había aceptado la responsabilidad de administrar la parroquia solo por el hecho de alejarse de las grandes congregaciones, y de momento no le estaba sirviendo de mucho. Allí, en San Rafael, no debía officiar misas de momento, ni ocuparse de ninguna de las múltiples actividades en las que se enzarzaba Adela, y sentía que podía dejar atrás sus demonios solo observando desde la ventana de la sacristía la cima escarpada de la sierra, respirando el aire puro y recreándose con algún que otro animalillo que osaba acercarse hasta los cubos de la basura que él dejaba deliberadamente abiertos para tal propósito. La pega —o la gran pega—, es que él estaba allí para officiar misas, para encargarse de las colectas, la administración de la parroquia y las diferentes actividades de ayuda humanitaria. No estaba sufriendo un ataque de apostasía, al contrario, su credo había aumentado y sentía dentro de sí una lealtad sin límites hacia su dogma, solo que ya no pensaba que recitando salmos y repartiendo bendiciones cada domingo su alma podría salvarse.

Cuando llegó a la puerta trasera de la sacristía rebuscó en los pantalones que llevaba bajo la sotana, y extrajo el manajo de llaves que Adela le había entregado a su llegada. Ansiaba un trago más que cualquier cosa en este mundo. En ese instante escuchó ruidos en el sendero que avanzaba paralelo a la verja y se internaba en el bosque, y se detuvo, imaginando que quizá alguno de aquellos animalitos se había animado a volver para revisar el contenido de la basura. Se escondió un poco con la esquina del dintel, y observó, esperando ver una ardilla (el ruido era demasiado fuerte para ser una ardilla), o quizá un jabalí. Sin embargo, cuando las ramas se apartaron para dejar paso, un hombre apareció tras ellas y Sebastián sintió que algo en su interior le ardía. Luis Talavera se acercaba por el sendero que llevaba a la

sacristía. Sebastián se escabulló con rapidez en el interior de la pequeña habitación, y rebuscó entre los cajones con las manos temblorosas. Cuando encontró el sobre con el sello de la Superior provincial de la diócesis de Murcia, lo guardó con premura entre los pliegues interiores de su abrigo, y dispuso una enorme sonrisa para recibir la visita del actual —de momento—, párroco en funciones de Malón

Sentado en la sacristía no podía dejar de mirar el enorme reloj de pared con la imagen de “Nuestro Señor” de fondo. Faltaban al menos cuatro horas para la próxima misa, pero deseaba poder largarse. Observaba como las manecillas del gigantesco reloj marcaban los segundos, y sintió que le faltaba el aire. Necesitaba salir de allí, escaparse y ocultarse en cualquier lugar oscuro hasta que hubiese pasado aquel horrible día. No encontraba fuerzas para transmitir la fe a sus feligreses, y menos el día que se suponía que más orgullo debía sentir por ocupar su cargo. Se mojó los labios, resecos (aunque en realidad no le quedaba saliva), y anheló con toda su alma poder tomar un trago.

Adela irrumpió en la sacristía cuando estaba planchando la sotana color blanco que utilizaría durante las fiestas de navidad. La colgó en una de las perchas (junto a la verde, la morada y la roja, que aún no había utilizado), y se volvió hacia ella con tan solo los pantalones y una delgada camiseta interior. Adela desvió la mirada, visiblemente azorada, y le comunicó que el padre Talavera se había marchado, pero que volvería para supervisar la primera misa en solitario de Sebastián. Él no dijo una sola palabra, y volvió a descolgar la sotana. Adela continuó de pie, sin mover un músculo ni despegar los ojos de sus recatados zapatos de charol. Sebastián pensó que parecía una niña esperando a recibir un castigo, por lo que reprimió las intensas ganas que sentía de pagar su ofuscación con ella. Sin embargo, se acercó y le puso las manos en los hombros, que a través de la fina chaqueta de lana se notaban huesudos y desprovistos de carne—como los de un esqueleto—, en contraste con su cuerpo rechoncho.

—Perfecto—la sujetó por la barbilla y le alzó el rostro—. Sin ningún problema. Yo estoy preparado, y contigo a mi lado todo irá bien.

Ella quedó ensimismada, perdida en las lagunas del agradecimiento, y Sebastián temió que se echase a llorar.

—Pero el obispo todavía no ha...—se interrumpió—. No entiendo qué ha podido ocurrir con don Luis, él no...

—No te preocupes más, y ah, buen trabajo—añadió él, que se había dado la vuelta en dirección a donde había dejado colgada la sotana—. Los oficios de Navidad están siendo magníficos.

Adela desapareció por la puerta de la sacristía con la sonrisa más grande que un rostro puede producir, y Sebastián suspiró al mirar el reloj

nuevamente. Aquel día iba a ser muy largo, y no creía que pudiera superarlo sin echar un trago.

El murmullo reverberaba en las paredes de la iglesia, amplificado por los altos techos y devuelto con intensidad triplicada. Al principio, solo unos pocos (las feligresas más ancianas de las primeras filas) cuchicheaban entre susurros, pero cuando se sumaron el resto de asistentes, el templo adquirió un volumen digno de un mercadillo barroco.

Adela se paseaba desencajada entre el altar, la zona de los confesionarios y la sacristía, alternando entre unas y otras pero sin salirse del recorrido. Había entrado en la habitación trasera de la iglesia al menos unas cincuenta veces en los últimos cinco minutos, pero nada había cambiado. En la sacristía no había ni rastro del padre Sebastián, y la sotana blanca que debía vestir se encontraba inmaculadamente estirada sobre el camastro. Sacó de nuevo su móvil, y de nuevo volvió a recordar que el párroco no poseía teléfono al que llamar. Echó un vistazo angustiada al reloj de la pared, y le dieron ganas de vomitar. Ya pasaban veinte minutos desde que la misa—en la que en principio también debía estar el padre Talavera, y que Sebastián conduciría en solitario por primera vez—, debía haber comenzado. Volvió a salir de la sacristía, y advirtió con espanto que la gente comenzaba a abandonar el templo. Un terrible estado de ansiedad y desconsuelo anidaron en lo más hondo de su pecho, y sintió que iba a desmayarse. Necesitaba agua, beber, refrescarse. Entró nuevamente en la sacristía, y casi se cae al suelo del susto. Allí, tranquilamente, estaba Sebastián, quitándose una gruesa chaqueta y poniéndose la fina sotana. Le sonrió dulcemente, y pasó por su lado para salir a la iglesia. Ella quiso gritarle, pegarle y decirle miles de cosas poco cristianas, pero su educación arraigada en el catolicismo más sacramental no le permitiría hacer una cosa así ni en un millón de años. Suspiró, y se acercó a la pila del fregadero para remojarse la nuca y beber un vaso de agua. En aquella ocasión, sí emitió un grito ahogado, que rebotó en las cuatro esquinas de la pequeña sala y se escapó por el vitral abierto. En el fregadero había rastros de hojas de pino, barro seco y un coágulo de sangre del tamaño de un huevo de codorniz. Abandonó la sacristía a la carrera y se instaló entre las últimas filas de la iglesia, y no en el primer banco del presbiterio, como era su costumbre.

Sebastián Melero pidió disculpas y argumentó el retraso por una torpe caída en la sacristía. Todo el mundo lo entendió al instante, y lo atribuyó a los nervios de la primera comparecencia ante su nueva congregación. La misa se desarrolló por los cauces normales. Al principio, el sacerdote parecía un poco distraído, como si su mente no se encontrase allí, pero a medida que avanzaba la misa, y especialmente en la homilía, Sebastián acabó por ganarse a los feligreses. Un sermón intenso y una perfecta conducción de los salmos coronaron al padre como un orador eficaz y contundente. Tras desear un buen día, se retiró de nuevo a la sacristía y dejó que la gente abandonase la iglesia a su ritmo. Aquella era la última misa del día, así que no corría ninguna prisa.

Cuando estaba doblando la sotana cuidadosamente, Adela irrumpió en la salita. Él hizo como si no se hubiera enterado y continuó ordenando su ropa de espaldas a ella, pero Adela no pensaba dejarlo escapar tan fácilmente.

—He estado a punto de suspender la misa—dijo al fin por todo reproche.

Sebastián se volvió y compuso un gesto de sorpresa.

—Pues hubiera sido un error.

—No llegaba usted—toda su furia se había diluido, aunque notaba que se encontraba latente en algún lugar de su alma—. La gente se marchaba, y yo no sabía...

—Ya lo ha escuchado, he tropezado y me he golpeado en la cabeza—parecía estar perdiendo la paciencia—. He pedido disculpas.

Ella estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo y apretó los labios finos con tanta fuerza que se le pusieron blancos. No se movió de la puerta mientras que Sebastián colgaba la sotana y se ponía de nuevo una camisa limpia. Cuando el párroco se volvió y la vio allí, plantada y con los labios fruncidos, sintió cómo un fuego se extendía por todo su cuerpo, consumiendo sus entrañas y haciéndole sudar. Dio una zancada larga—que le bastó para cruzar la mitad de la pequeña habitación—, y durante un instante se detuvo allí, a menos de un metro de la mujer. Ambos se observaron como dos animales a punto de empezar una lucha territorial, sin pestañear siquiera. Al final, Sebastián cubrió el metro hasta la puerta, plantó un beso tierno en la frente de Adela y esbozó una sonrisa más propia de un niño que de un adulto.

—Lo siento—expresó con su voz más melosa—. Me estoy haciendo mayor, y no quería que nadie supiese que me había caído. Salí a la calle hasta

que pude controlar mis nervios. Aunque no lo parezca, quiero que esto salga bien, y me pongo bastante nervioso.

Adela endulzó su rostro, olvidando cualquier rencor que pudiera haber sentido un minuto antes. Había juzgado mal al párroco. Aquel hombre solo quería encajar y conducir bien su parroquia. Lo amó por ello, y por eso lo besó. No fue un beso lascivo, sino uno de verdadero amor fraternal.

Al fin consiguió quedarse solo. Creía que aquel día jamás iba a concluir, pero ahora que ya había pasado lo peor, le embargó un alivio inmenso. Terminó de atrancar la puerta, y recorrió la nave central a toda prisa. Apagó las naves laterales, y tomó nota mental para reparar las luces del pasillo de la epístola. Cubrió el ciborio con una sábana, y desapareció por la puerta adosada al presbiterio, que conducía a la sacristía. El extraordinario silencio del lugar conseguía calmarlo cada noche, y el bálsamo de encontrarse a solas en medio de la quietud le llenaba de paz y fuerzas renovadas para acometer el día siguiente.

La sacristía era pequeña, pero en la vivienda que había alquilado en el pueblo no podía salir y encontrarse cara a cara con la naturaleza. Allí, a menos de diez metros de la falda de la sierra, sentía que podía dejarse llevar y ser él mismo durante unos minutos. Sacó la botella del cajón y rellenó la petaca de plata que llevaba en el bolsillo de la camisa. Cuando abandonó la sacristía por la puerta trasera para encontrarse directamente con la carretera que ascendía a Sierra Espuña, sintió el aire gélido de la noche invernal, y la tensión del largo día se disipó y se marchó con la brisa que buscaba las cumbres heladas. Buscó el paquete de Marlboro y sacó un arrugado cigarro. “*Puestos a pecar...*” se dijo, y le pareció tan gracioso que estalló en una carcajada que retumbó en las lejanas colinas. Secándose las lágrimas buscó el encendedor, pero algo lo detuvo en seco. Había visto moverse una sombra en el camino de acceso, y supuso que debía de tratarse de un muflón o uno de los curiosos jabalís que abarrotaban aquellos montes. Un instante después, una figura humana se recortó contra el farol de la pared, y a Sebastián se le cayó el cigarro de los labios.

Tras vaciar la petaca, Sebastián entró de nuevo en la sacristía y procedió a llenarla de nuevo. Podría haber sacado la botella entera, total, se la iba a terminar de igual manera, pero supuso que era una de esas manías que tiene la gente. Los puristas del café, o del chocolate, también se preocupaban por la molienda del grano o el tanto por ciento del cacao total, algo que a Sebastián le parecían auténticas chorradas. A cada cual su extravagancia.

—¿Sabes que incluso me disgustaba que alguien fumase en la misma casa? — reveló dando una calada al cigarrillo—. Aunque fuese en una habitación en el extremo más alejado.

—Sí—contempló la brasa, y sopló sobre ella para verla arder—. Dicen que a eso se le llama “intransigencia del ex fumador”

—¡Pero yo ni siquiera era ex fumador!

—Pues en tu caso sería intransigencia, a secas— apuntilló apagando su colilla.

—No creo que fuese eso—apagó a su vez el cigarro en el suelo—. Creo más bien que me disgustaba que alguien disfrutase con algo que yo no quería hacer.

—Pues a eso se le llama egoísmo.

—Sí, puede ser.

Cristóbal ya se encontraba un poco más calmado, y Sebastián decidió indagar en el motivo de que hubiese ido hasta allí, en plena noche en un estado notable de alteración.

—¿Qué ha sucedido, Cristóbal?

Le contestó con un graznido que pretendía ser una carcajada, pero que estaba desprovista de cualquier amago de regocijo. El hombre se giró y clavó sus ojos en los del cura.

—Padre, en este pueblo suceden muchas cosas, y mi pecado es que conozco muchas de ellas.

—El pecado se limpia con la confesión—espetó él, solemne.

—En mi caso, no existe salvación alguna—expresó, con la desdicha más profunda que una voz humana puede producir—. Pero sí expiación, y eso es lo que he venido a pedirle a usted esta noche, que me ayude a expiar mis pecados para que al fin me pueda suicidar en paz.

Agustín Guerrero apareció ese día por su casa como si volviera de comprar el pan. Una semana después de haber desaparecido sin dejar rastro, asomó por la cocina y le preguntó a su mujer si necesitaba que fuese a hacer algunas compras para la cena de Nochevieja. Rosa se abalanzó sobre su cuello gimiendo al principio, llorando a lágrima viva después. Agustín permaneció impertérrito a los abrazos y las preguntas, y volvió a preguntarle a su mujer si necesitaba algo del supermercado. Después desoyó los ruegos de su esposa implorando una explicación, y se dirigió al baño, donde se dio una larga ducha antes de marcharse de nuevo, esta vez con la intención de perder el conocimiento en el bar de Antonio

Adela tarareaba alegremente a lo largo de las filas de bancos de madera de San Rafael, mientras que colocaba milimétricamente los folletos con los salmos que el coro interpretaría aquel domingo. Sebastián no había aparecido en toda la mañana, ya que las misas del día estaban programadas en San Miguel por la mañana y en San Rafael por la tarde.

El edificio acaparaba el frío de la noche debido a sus altos techos, y lo conservaba durante las calurosas horas vespertinas del levante español. Aquella era la hora preferida por Adela, en la que podía pasear por el santuario aspirando el aroma de los cirios nuevos, sintiendo los ecos que parecían emitir las entrañas mismas del templo, y que se manifestaban como si se comunicaran directamente con ella y con nadie más.

Cuando hubo colocado correctamente los bancos en su alineación perfecta, procedió a revisar las pilas bautismales, tomando nota mental de rellenarlas en cuanto apareciese Sebastián. Tras quedarse un momento en medio del refectorio admirando el buen estado de “su” iglesia, decidió entrar en la sacristía. Sabía de sobra que al nuevo párroco no le gustaba nada que ella entrara allí sin su permiso, pero Adela consideraba que nadie estaba más autorizado a recorrer cada centímetro de San Rafael que ella misma. *“Además, solo voy a poner un poco de orden, no a fisgonear como una vulgar entrometida”*.

Agarró un paño que utilizaba para sacar brillo a los retablos, y fingió quitar el polvo a los muebles de la pequeña sacristía. En el armario, encontró las sotanas perfectamente alineadas y planchadas —ella misma las había colocado allí—, y también un pantalón vaquero y un suéter limpios. La mesa estaba perfectamente ordenada y limpia, pero aún así, Adela le pasó el paño con énfasis, inspeccionando a su vez cada objeto que había sobre su superficie. Le extrañó una foto enmarcada que no había visto antes y que estaba medio oculta tras un ordenador portátil. En la imagen, una jovencita de apenas veinte años sonreía al objetivo de forma desenfadada y limpia, con la alegría y frescura que confiere la inexperiencia. Algo en aquel rostro hizo que Adela se pusiese en guardia y se apresurase a inspeccionar otros lugares más tentadores. El primer cajón del escritorio estaba abierto, y Adela sacó una pequeña petaca de aluminio del fondo, observándola con repugnancia. *¿Cómo podía un siervo del Señor dedicarse a asuntos tan despreciables*

como la bebida? Pensó en tirarla a la basura, pero no quería meterse en un lío por husmear donde no debía, así que la volvió a dejar donde la había encontrado. Lo intentó con el segundo y el tercer cajón, pero estaban cerrados con llave y optó por continuar en otra parte de la habitación. Agitando el trapo como si estuviese dedicándose a fondo en el polvo de los muebles, accedió a la diminuta terraza que contenía el armario de los productos de limpieza y la rinconera de metal, donde se acumulaban cientos de herramientas desmembradas que habían sido olvidadas por sus anteriores dueños. Allí no había nada de interés, así que Adela se dio la vuelta con la intención de seguir con su “limpieza” del polvo, cuando de repente se fijó en algo que le llamó la atención. En la parte baja de la estantería de metal, en el hueco que se creaba entre las patas retorcidas y el suelo de baldosas, se encontraba medio escondida una bolsa deportiva de color azul oscuro. Adela intentó recordar si la había visto antes, pues entraba a menudo en aquel cuarto para dejar las escobas o coger algún producto, y no le sonaba de nada. Intrigada, se acercó despacio —como si la bolsa pudiese saltar sobre ella con vida propia—, y la golpeó con la punta de su lustroso zapato. Un ruido metálico escapó del fondo y se perdió al instante en el interior de lona. La mujer suspiró y dejó el paño sin percatarse de ello; sintió dolores en las piernas al ponerse de rodillas, pero tampoco reparó en ellos más de lo necesario. Agarró una de las cintas de cuero que sobresalían del aparador y sacó la bolsa al completo. Le sorprendió lo mucho que pesaba y el sonido metálico que se desprendió de nuevo en el interior de la bolsa. Con manos temblorosas tiró de la cremallera —que al principio no cedió—, y dejó al descubierto el contenido. Unas botas sucias y unos pantalones viejos manchados ocupaban la mayor parte de la bolsa, enrollados como un ovillo de forma descuidada. Intentó sacarlos para ver qué más contenía aquella mochila, pero al tirar de ellos, un objeto cayó al suelo con un ruido sordo y metálico. Adela pestañeó varias veces, intentando que su mente procesara aquello que sus ojos tenían delante, pero no podía entender nada. Envuelta entre la ropa sucia y manchada había una pala pequeña, de esas plegables que se doblan por la mitad. Adela creía recordar que se utilizaban para algo relacionado con el cuidado del jardín, pero San Rafael —al contrario que su homónima San Miguel—, no disfrutaba de huerto alguno. Por otra parte, el piso de Sebastián tampoco gozaba de patio ni de balcón donde tener macetas o flores de cualquier tipo, y sin embargo, allí estaba, aquella pala de jardín con terrones de barro seco y envuelta en ropas sucias con rastros de fango y

polvo. Cubrió de nuevo la pala con la ropa y la dejó apartada a un lado, revisando el interior de la bolsa para ver qué más había dentro.

—¿Qué está haciendo?

La voz le llegó desde atrás, grave y poderosa como un trueno en mitad de una tormenta eléctrica. Adela lanzó un grito, y el respingo fue tan fuerte que dejó caer el fardo de ropa sucia mientras se ponía en pie de un salto. Sebastián estaba en la puerta, observándola con una expresión que no delataba cómo se sentía por la flagrante violación de su intimidad. La mujer estalló en sollozos y ostensibles temblores, que sacudieron su cuerpo de forma violenta.

—Eh, don Sebastián, estaba, yo solo... —parecía estar al borde del llanto a cada sílaba—. Estaba buscando ropa para hacer la colada, y... sin querer.

El párroco se acercó hasta ella, con aquella máscara indescifrable que ostentaba por rostro, y sin desviar los ojos de la mujer, le arrebató la bolsa de deporte de las manos. Ella se deshizo del bulto casi con un dolor físico, que se reflejó en su rostro mortificado.

—No hace falta—aseguró—. Ya lo hago yo en casa.

Se dio la vuelta y se marchó de la pequeña habitación de la sacristía. Adela suspiró de forma audible, pero de repente contuvo de nuevo el aliento. El párroco había vuelto a entrar.

—Adela—susurró con su voz de barítono—. A partir de ahora, límitese al recinto de la iglesia y no vuelva a entrar aquí, ¿queda claro?

Ella asintió con vehemencia y rompió a llorar. Él no intentó consolarla y se marchó.

La enorme verja de entrada se mantenía abierta, a pesar de que la norma era bien clara a ese respecto; el guardia se paseó inquieto una vez más, a la espera de que el convoy de camiones atravesara el patio y subieran a la báscula de pesaje. Cuando el último de los grandes tráiler hubo acabado de sacar el ticket del peso, un encargado los condujo a través del extenso espacio, y les indicó el camino hacia el puerto de descarga. Uno tras otro, los vehículos comenzaron las maniobras y se posicionaron en los muelles con una precisión milimétrica, propia del que la ha realizado en miles de ocasiones. En cuanto los pesados vehículos dieron por finalizadas las maniobras y silenciaron los rugientes motores diesel, un ejército de carretilleros comenzó a cargar ordenadamente los remolques. Como si de una perfecta coreografía se tratase, los montacargas entraban y salían cargando enormes paquetes con sus horquillas, mientras que varios operarios se afanaban en proteger la mercancía, fijándola con varias capas de papel transparente y asegurándolos con flejes y carracas a la carcasa interior de madera de los remolques. En menos de una hora, los diez grandes camiones ya estaban cargados y con las hojas de viaje selladas. El inquieto guardia observaba desde la distancia el desfile de camiones, que volvían a encaminarse de vuelta a la verja, y se apresuró en abrir de nuevo el portón.

Justo encima del muelle de carga, en el cuarto nivel y a treinta metros de altura, estaba situada la oficina de Pedro Alcázar, el dueño de la conservera. La habitación no era excesivamente grande ni opulenta, y en veinte años no había sido remodelada —a excepción de los muebles, importados directamente desde Italia—, desde que su padre la reconstruyera tras el incendio que sufrió la fábrica en 1998. Pedro había querido hacerse su propio espacio allí, pero siempre refulaba, pues la idea de destruir el último vestigio de su padre que aún quedaba en la empresa le había parecido un sacrilegio. Observó la vasta superficie que componían los dos kilómetros cuadrados que la Conservera del Mediterráneo poseía frente a la carretera N 312 —y que constituía casi la mitad de la fábrica—, y se sintió orgulloso por lo que había conseguido. Era cierto que aquella empresa la había fundado su abuelo, y que su padre trabajó como una mula para no acabar en la ruina como sus competidoras, pero había sido él quien la había llevado hasta el lugar en el que se encontraba en ese momento. A excepción de los terrenos donde estaba

asentada, y de una vieja y anticuada maquinaria, Pedro solo había heredado deudas y acreedores. Actualmente exportaba a más de treinta países, con una producción bruta de más de doscientos mil kilos de fruta al año entre todas las distintas campañas que se realizaban.

De nuevo apoyó ambas manos en la enorme cristalera de su despacho, y se relamió pensando en las ventas que generarían durante los próximos seis días con el melocotón. Durante unos segundos se olvidó del invitado que esperaba sentado detrás de él en un cómodo sillón de cuero. Cuando se dio la vuelta, el hombre seguía esperando una respuesta.

—Seguiremos adelante—comunicó firmemente—. Esto no es más que un inconveniente, y no existe nada que nos relacione directamente.

El tipo sentado en el sillón se removió y cambió de postura, visiblemente incómodo.

—Créeme, tengo oídos fuera de esta fábrica—se paseó por la habitación y, al fin se dejó caer pesadamente en el sillón idéntico que había tras la ampulosa mesa de cerezo— Ya me he encargado de ese tema, y no quiero volver a escuchar otra vez nada relacionado con el asunto.

Abrió el segundo cajón de su derecha y extrajo un pesado paquete de carpetas que se puso a revisar con detenimiento. Durante cinco minutos se dedicó a firmar documentos y apilarlos en un rincón a su izquierda, sin decir ni una sola palabra, hasta que levantó de nuevo la vista y se fijó en el hombre que estaba sentado delante de él, y que le observaba con interés. Parpadeó unas cuantas veces, como si no recordase qué hacía allí aquel tipo, y después compuso un gesto cansado.

—¿Qué haces aquí todavía?—preguntó de malos modos—. Lo único que necesito es que hagas el trabajo para el que te pago, de lo demás ya me ocupo yo.

El tipo se levantó del sillón como un resorte, y puso pies en polvorosa. Pedro Alcázar se quedó solo en la oficina que había visto crecer a tres generaciones de su familia, y se frotó los nudillos contra la frente. A pesar de que un gran dolor de cabeza estaba comenzando a hacer su aparición, se relajó un poco cuando pensó en los diez grandes camiones que acababan de salir de la fábrica y en la valiosa carga que transportaban. No podía permitirse perder aquella campaña, y estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para que eso no sucediese.

Roberto llevaba más de diez horas sin salir del estudio, y la vista había comenzado a nublársele cada vez que la fijaba en la pantalla del Mac. Alternaba entre la Underwood y el ordenador, según le indicase la novela. Prefería escribir en la descomunal máquina, pero cuando precisaba buscar información en la inextinguible mina de conocimientos de internet, trabajaba con el ordenador. Observó el desastre que tenía organizado en la habitación, y por primera vez en muchos días volvió de nuevo al mundo real.

Al principio de sufrir la agresión y adquirir su enfermedad, las crisis habían sido habituales, pero se limitaban a dejarlo en un estado más próximo al vegetal que a cualquier otra cosa. Aquella sin embargo, le había llevado a volver a escribir y a beber en cantidades industriales. Sintió una opresión en el pecho, y por algún motivo que no supo precisar, se sintió encarcelado. La congoja crecía a cada instante, y casi pudo sentir como su tráquea se cerraba y bloqueaba cualquier resquicio de paso al aire. Abandonó la vivienda a toda prisa y salió al jardín exterior. La noche aún no había llegado, pero estaba próxima. Allí plantado, se encontró algo mejor, y la brisa helada que había comenzado a soplar le supo a gloria.

Desde lejos distinguió los faros del vehículo que se acercaba por el camino de acceso a la propiedad, y sin percatarse de ello, se tensó como una cuerda de guitarra. Cuando reconoció el Audi de Verónica, una enorme sensación de alivio le recorrió el cuerpo.

—Cariño, ¿Qué haces aquí fuera?—se notaba el tono de preocupación en su voz—. Vas a coger frío.

—Te estaba esperando—contestó él.

Aunque Roberto se había mostrado dispuesto, Verónica había escapado con disimulo en dirección a la cocina. Él la había besado con pasión en el porche de la vivienda, pero ella lo había apartado con suaves empujones arguyendo que se encontraba cansada. Roberto —captando la indirecta—, se había vuelto al estudio y se afanaba en poner orden al desastre que reinaba en la habitación. Por su parte, Verónica seguía en la cocina, donde movía las ollas y las sartenes sin orden ni concierto, intentando explicarse de alguna manera cómo mantener lo sucedido en la ducha del gimnasio como algo natural, una situación totalmente cotidiana. Se odiaba por ello, pero por algún motivo que no podía explicar, ansiaba que volviera a suceder, que aquellos encuentros furtivos no se detuvieran. Una hora después, Roberto apareció en el umbral de la cocina con una sonrisa que recordó a Verónica a sus años de noviazgo, y aquello hizo que se preguntase qué le sucedía a su marido en la cabeza.

—¿Qué ocurre cariño?

—Nada, solo admiraba a mi bella esposa—la sonrisa volvió a llenar su rostro—. Pero como veo que estás atareada, creo que saldré un rato a correr.

La mención de que Roberto volviese a salir de la casa, de que volviese a actuar de forma normal, la colmó de un alivio inmenso.

—Muy bien, mi vida, pero ten cuidado—le acarició la mejilla—. Recuerda lo que ocurrió la última vez.

—Descuida, esta vez tengo pensado elegir una nueva ruta.

Intentó besarla, pero ella se apartó hacia atrás de manera casi imperceptible. Roberto captó su desconcierto, se dio la vuelta y conectó una vez más el Ipod con la selección de canciones que había elegido para aquel día, abandonando la propiedad por el camino de grava que conducía al pueblo, en dirección contraria a la que había escogido la última vez que salió a correr.

La primera bofetada apenas la sintió, pero la segunda acabó por cumplir su cometido y consiguió despertarlo. Se inclinó y se dio cuenta de que estaba tumbado boca arriba. Lo primero que invadió su campo de visión fue un rostro —o al menos lo que pudo reconocer como tal—, que le gritaba a escasos centímetros y le salpicaba con gotitas de saliva mientras lo hacía. Intentaba aclararse cuando una nueva bofetada le hizo lagrimear el ojo derecho.

—¡Despierta joder!—bramó de nuevo aquel hombre al cual no reconoció—. ¡Vamos!

—Ya me levanto—balbuceó entrecortado y aturdido aún—. Pero no me pegue más, por Dios.

Roberto se incorporó a medias, y se dio cuenta de que seguía estando dentro de su propiedad; un macizo de lavandas y margaritas había amortiguado su caída, y el hombre se sacudió con fuerza la camiseta deportiva para quitarse de encima la mezcolanza de semillas de color amarillo y violeta. La pérgola de madera en la que se había quedado dormido unos días antes se encontraba a tan solo unos metros, y se dijo que si continuaba sufriendo aquellos desvanecimientos, debería plantearse muy seriamente acudir a un médico.

—¿Te encuentras bien?—preguntó el tipo que estaba arrodillado junto a él—. Pensaba que la habías palmado.

—Pues si me sigue golpeando de esa forma tal vez tenga suerte—reprochó el escritor incorporándose del todo—. ¿Quién es usted?, ¿Qué hace en mi jardín?

—Oficial de policía Javier Moreno—se presentó alargándole la mano—. Nos conocimos en comisaría hace unas semanas, y en mi casa la otra noche—añadió.

Roberto recordó su “excursión” de hace unas noches.

—¿Y qué hace dentro de mi propiedad?—preguntó—. ¿Ha venido a devolverme el favor por aplastarle los rododendros de su patio?

—Había venido para hacerte algunas preguntas—explicó—. Te vi desde la entrada y, supuse que estabas echando una siesta tardía, ya sabes, como no duermes bien por la noche...

—Habrá sido un desmayo—dijo el escritor en voz baja, más para sí mismo

que para el policía—. Solo eso, un desmayo. Bien, y ¿qué quería usted preguntarme?

Javier le relató—omitiendo algunos detalles—la conversación que había mantenido con su amigo Claudio y, parte de sus sospechas.

—Quiero volver a escuchar esa historia que me contó el día de Navidad, pero ¡tutéame por favor!, creía que había quedado claro que éramos amigos—pidió.

Roberto condujo al policía hasta la pérgola de madera, indicándole que tomara asiento. Aunque se encontraba algo incómodo ante aquel rostro que no podía recordar, comenzó de nuevo a contar su historia.

El Nissan acometió la última curva demasiado rápido, y Javier necesitó aplicar los frenos a fondo para no pasarse la entrada de largo. Roberto suspiró junto a él cuando vio la azotea de la antigua mansión. Habían quedado temprano aquella mañana, y apenas habían despuntado los primeros tentáculos de sol sobre las picudas cimas de la sierra, cuando enfilaron por el camino ahuecado por los árboles de la entrada a la residencia.

—Podías haberte quedado en casa—repitió una vez más el policía—. Yo solo voy a realizar una comprobación rutinaria.

—Es que me aburro—esbozó una sonrisa que pretendía ser amigable, pero que no le salió muy bien—. Además, si me desmayo de nuevo, ¿quién me va a despertar a bofetadas?

La bóveda creada por las copas de las encinas ocultó el sol cuando el coche se introdujo en ella.

—Será únicamente una inspección rutinaria— replicó sin hacer caso de la pregunta—.

Javier aparcó el coche policial en la explanada de gravilla, e indicó a Roberto que lo siguiese.

—¿Dónde dices que viste a ese tipo?

El escritor centró su atención todo lo que pudo en la fachada del caserón, y juraría que algo había cambiado allí desde la última vez que había salido huyendo de aquel lugar. Su enfermedad le hacía imposible reconocer o diferenciar unos rostros de otros, pero no le incapacitaba lo más mínimo para recordar cualquier otro tipo de detalles con la más absoluta precisión. Recordó que, anteriormente, la residencia contaba con una puerta —aunque agrietada y resquebrajada—, y que había desaparecido de nuevo. Igualmente, el edificio entero se le antojó más pequeño y destrozado, sin aquel halo de misticismo y amenaza de las veces anteriores.

Comenzó a caminar en dirección a la entrada, sin desviar la mirada del frente, preparado para cualquier movimiento inesperado que pudiera surgir. Javier lo seguía de cerca, dos pasos por detrás sin pronunciar palabra y esperando a ver qué hacía el escritor. Roberto repasó mentalmente sus movimientos de aquella noche en la que había visto cómo el asesino estrangulaba a la muchacha, y se internó en el recibidor de forma maquinal, como si se tratase de un autómatas. Observaba con atención cada detalle,

trasladándolo después a su mente y comparándolo con los de la noche en cuestión. De repente, se giró con los ojos como platos y se encaró con el policía.

—¿Qué broma es esta?—preguntó molesto—. Este no es el lugar donde presencié la agresión.

—Creí que habías declarado que viste a alguien asesinar a una muchacha en La Casa de la Marina—terció desconcertado el policía.

—Así es, y no es este lugar—se dio la vuelta y se marchó hacia la puerta, enfadado—. No sé dónde me has traído, o qué interpretas como un burla, pero esto de gracioso tiene bien poco.

Cuando pasó junto al policía, Roberto pudo comprobar algo que en cierta manera le confundió. Aquel hombre no estaba bromeando. A pesar de no poder reconocer con claridad su rostro, sabía leer las distintas señales corporales, y su expresión indicaba claramente perplejidad.

—No entiendo qué quieres decir, pero no necesito que me hagan perder más el tiempo—indicó el policía—. Vayámonos de aquí.

Javier abandonó el edificio y se dirigió a toda prisa hacia el coche, seguido muy de cerca por Roberto.

—Este no es el lugar—afirmó el escritor ya dentro del Nissan—. El sitio donde yo estuve tiene una especie de torreón en el centro de la fachada. Además, esta casa tiene azotea, y el edificio que yo le digo posee un tejado a dos aguas.

Javier se quedó quieto, con la mano puesta en el contacto del vehículo. Se giró muy despacio hacia el hombre que estaba junto a él, y trató de discernir si se trataba de un loco que se aburría y necesitaba que le prestasen atención, o si por el contrario podía declararse de verdad un testigo fiable.

—Ese sitio—comentó el policía de forma pausada—. ¿Tiene una estatua en el camino de acceso?

Roberto sintió que las palabras se atropellaban en su garganta, y le costó bastante sacarlas al exterior. Al final solo fue capaz de pronunciar una.

—Sí.

El policía arrancó el motor con decisión, y enfiló a toda velocidad por el camino de vuelta a la carretera asfaltada que recorría la sierra.

—Me parece, querido amigo, que nos hemos confundido de lugar—se metió peligrosamente rápido en un cruce de carreteras, y ascendió por una mal asfaltada calzada—. Lo que estamos buscando es el Sanatorio, no las

Casas de la Marina.

—Este lugar me pone los pelos de punta—confesó el policía como si le hubiera leído el pensamiento—. Cada vez que paso por aquí, acuden a mi mente todas esas historias y leyendas...

—¿Qué historias?

—Las casas de la Marina fueron una residencia para los militares navales que se encontraban de maniobras —explicó omitiendo la pregunta del escritor—. Aunque básicamente se utilizó para hospedar a los encargados de la deforestación de la sierra para abastecer a los armadores de barcos del ejército, cuando la sierra pasó a estar controlada por ellos. A lo largo de toda esta barrera de colinas se instalaron carteles indicando la ubicación de Las Casas, para evitar pérdidas de los nuevos destacamentos. Posiblemente alguno de esos carteles y el enorme parecido de los edificios principales fue el que le llevó a la confusión. Por eso cuando vine aquí la noche de su denuncia ni siquiera encontré el rastro de sus propias huellas en el polvo.

Roberto volvió a sentir aquella sensación de alarma recorriendo su cuerpo y deteniéndose en su estómago. Algo en aquel lugar no le gustaba en absoluto. El policía no apartó la mirada de la estrecha bóveda de árboles, que parecía agrandarse con cada metro conforme se acercaban al edificio, como si fuese un organismo vivo y estuviese invitándoles a continuar.

A pesar de que el inmueble se encontraba prácticamente en ruinas, ambos se sintieron insignificantes cuando rebasaron el patio delantero y encararon el camino plagado de hierbajos de la entrada. La estatua de Cristo que miraba hacia la entrada pareció querer enviarles un mensaje silencioso, y los dos hombres se encogieron imperceptiblemente por el aura de misterio que emanaba de aquel lugar.

—Este sanatorio fue un lugar muy popular allá por los años treinta—explicó el policía, apartando de un puntapié una piedra suelta—. Aunque contaba con doscientas camas, según cuentan, llegó a dar asistencia a más de trescientos enfermos a la vez.

—¿Enfermos?

—Sí, de tuberculosis—aclaró—. Este sitio fue uno de los más importantes preventorios de la zona del Levante, a pesar de que su construcción fue un poco... digamos que difícil.

Roberto estuvo tentado de preguntar algo más, pero decidió que ya llegaría

el momento adecuado para eso; en aquel instante, su mente funcionaba al doble de su velocidad normal, y no quería sobrecargarla más de la cuenta.

—No reconozco este sitio—murmuró rodeando la estatua y acercándose aún más a la entrada—. Este tampoco es el lugar.

A unos diez metros de donde se hallaban los dos hombres, seis escalones de piedra repletos de basura ascendían hasta un porche que se extendía a lo largo de toda la fachada principal, y que componía la primera planta del majestuoso edificio abandonado. Roberto negaba con la cabeza, en un claro gesto silencioso de contrariedad. Javier se acercó hasta él y le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro. No había sido su intención hacerlo, pero los años al servicio de una comisaría local le habían implantado ciertos mecanismos de empatía que actuaban por cuenta propia. De cualquier manera, Roberto pareció calmarse con aquella manifestación de respaldo.

—Este complejo tiene el tamaño de una pequeña pedanía—indicó cogiéndolo levemente por el codo para indicarle que le siguiera—. La parte que estamos viendo solo es el ala principal de la construcción antigua. Años después, además de contar con un sótano y dos plantas para los enfermos, se añadieron la casa del conserje, el depósito de cadáveres, los velatorios y hasta un acueducto para recoger las aguas del deshielo.

Ambos caminaron muy juntos por un desolado terreno donde los arbustos silvestres y la basura habían ganado la batalla al cemento y el hormigón. Rodearon el edificio de color salmón, y una imponente estructura de tres plantas pareció acudir a su encuentro. En aquel instante, a Roberto le fallaron las fuerzas y las piernas dejaron de sostener el peso de su complexión. Sintió cómo la energía abandonaba su alma y huía de aquel lugar sin esperar al resto del cuerpo, como si le importara muy poco qué sucediese con él. Se vio arrojado a la negrura de la inconsciencia segundos antes de que el golpe alejase las brumas del desmayo, y un dolor creciente en su mejilla se impusiese al miedo. Cuando abrió los ojos, Javier le sostenía con fuerza por la camisa y le propinó otra dolorosa bofetada.

—¡Déjate ya de desmayos, copón!—ordenó—, y sigamos con lo que hemos venido a hacer.

Tan rápido como aquella fría oleada de terror se había instalado en su interior, se alejó a refugiarse entre las sombras de su alma, y la claridad del sol volvió a tomar las riendas.

—¿Te estás aficionando a partirme la cara, eh?—se quejó, frotándose la mejilla. Acto seguido afirmó de manera contundente—. Es aquí, este es el

lugar donde vi...

Se atragantó, y el policía le indicó que lo había entendido.

—Esta es la parte nueva, la que se construyó cuando ampliaron el proyecto del sanatorio allá por los años cuarenta—continuó el policía—. Se levantaron dos alas nuevas para los enfermos terminales y, junto a ellas, los velatorios y el depósito para los cadáveres. Aunque tiene menos años que la estructura original, se encuentra prácticamente en ruinas, como puedes apreciar.

Roberto observó que el policía tenía razón, y no pudo dejar de preguntarse el motivo.

—Se debe a que esta remodelación la realizaron los mismos vecinos del pueblo—explicó Javier, que había intuido el desconcierto en el rostro del escritor—. Hartos de ver cómo sus familiares eran trasladados amontonados en carros a través de la sierra hasta la capilla del pueblo cercano, se decidieron por construir una sala donde velar a sus fallecidos, y un depósito para acogerlos hasta que estuviesen debidamente amortajados. Supuso un gran esfuerzo para los vecinos, tanto económicamente como por el trabajo, que lo realizaban en días libres o fines de semana, de ahí la calidad de la obra.

Roberto asintió, y comenzó a caminar en dirección a uno de los anexos del edificio, seguido de cerca por el policía. Recordó la última vez que había estado allí como si intentase revivir un sueño nocturno que lucha por escabullirse cuando amanece. Cruzó despacio el solar donde los escombros predominaban diseminados aquí y allá, y se situó ante la puerta, esa puerta que a veces se encontraba encajada en sus goznes y a veces yacía destrozada en el porche. Comenzó a temblar, imperceptiblemente al principio, y profusamente cuando los recuerdos asaltaron su mente. De nuevo ese hombre, los gritos ahogados de la muchacha siendo estrangulada, los insectos y, aquel... rostro.

—¿Qué ocurre?—preguntó alarmado el policía—. ¿Qué ha visto?

—Fue aquí, en esa habitación—contestó señalando una ventana con el marco destrozado—. Allí mataron a esa chica.

Javier le ordenó que se quedase fuera mientras él iba a echar un vistazo. Vio desaparecer al policía en las entrañas del inmueble ruinoso, y su cerebro asoció la imagen con la de un monstruo que se traga a un niño que ha sido malo. Se sintió mareado y buscó un lugar para sentarse, rogando por que el policía volviese pronto

Aquel horrible sonido de serrar y morder ya no le parecía tan estremecedor, y supuso que al final debía de haberse acostumbrado a escucharlo. No sabía el tiempo que llevaba allí abajo, ni tampoco el que le quedaba por pasar, pero el hambre se había terminado imponiendo a cualquier otra emoción y había relegado al miedo y la rabia a un rincón oscuro. Ya hacía tiempo que las voces se habían ido, y más tarde, habían sido sustituidas por otras más estridentes aún, pero él había seguido allí, en medio de una oscuridad insondable, con aquellas... cosas que pululaban a su alrededor y no paraban de... serrar y morder.

El estómago le rugió de nuevo, pero esta vez se encontraba demasiado débil como para buscar a tientas cualquier mendrugo de pan mohoso o cualquier otro alimento que hubiera sido olvidado allí tiempo atrás. Al principio había sido bastante reticente a comer cosas que no podía ver y que olían fatal, seguramente podridas desde hacía mucho tiempo, pero al cabo de las horas y cuando los calambres le atenazaban las entrañas, ni se lo había pensado.

Escuchó los pasos, esos pasos que había aprendido a identificar con una claridad meridiana aunque estuvieran una planta más arriba y se alejasen hacia el bullicio que reinaba en la vivienda. Jamás, por el resto de su vida, olvidaría esas botas que imprimían con toda naturalidad, las pisadas que marcarían el resto de su existencia, aún cuando aquel sonido de serrar y morder hubiera desaparecido.

—¡Despierta coño!—prorrumpió el policía zarandeándolo—. ¡Te pareces a mi abuela, que se duerme en el canto de una moneda! Tenías razón, alguien ha estado aquí hace poco.

Roberto se puso en pie de un salto, y observó la ventana con un temor creciente. Clavó después su mirada en el rostro del policía, y aunque no podía recordar sus facciones, supo que algo había cambiado allí, una sombra que antes no estaba.

—Podría tratarse de alguna de las chiquilladas que suceden en este lugar a menudo— opinó—. Desde que aquel maldito programa de televisión de sucesos paranormales apareció por aquí, esos malditos buscadores de fantasmas no dejan de venir. Algún día alguno de esos idiotas se va a romper la cris...

—¿Programa?—inquirió interesado—. ¿De sucesos paranormales?

—Sí, el de ese tío que habla tan raro.

Javier apretó el paso hasta los límites de la zona nueva, donde las plantas silvestres habían crecido más que en cualquier otro lugar del recinto debido a la cercanía del acueducto. Sin pensarlo, se internó por un sendero que parecía no estar allí, oculto entre las ramas de un pino frondoso. Roberto lo seguía con dificultad.

—He pensado en lo que me contaste aquella noche— musitó el policía, apartando la maleza con mano experta—. En lo de ese tipo estrangulando a la muchacha.

—Ajá—Roberto se afanaba en apartar las ramas que le venían a la cara después de que el policía las dejase caer, y no acertó a decir nada más.

—Pues eso, que a los pocos días aparece ese cadáver en La Perdiz— continuó—; y yo me pregunto, ¿no sería posible que alguien, después de asesinar a una muchacha se la quiera llevar del lugar donde lo han visto estrangulándola?

—Parece lo más lógico—arguyó el escritor.

—Pero claro, nos surge un problema—apartó un tronco muerto de una patada, y siguió por el sendero, ahora ya más despejado de maleza—. Hasta este lugar solo se puede llegar en coche por dos carreteras, una por la que hemos venido, y que supone fichar en el puesto de la guardia forestal si no dispones de un vehículo oficial como el mío, o por la carretera de la Fuente

del Hilo, que actualmente está cortada debido a las riadas de este invierno.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Pues que si fuese yo, y suponiendo que soy de la zona y conozco este lugar, habría aparcado en la Fuente, cerca del barranco de Leyva, y habría tomado este atajo hasta el sanatorio.

Frenó un instante su carrera, y advirtió a Roberto de la pequeña acequia en mitad del camino.

—El problema de este sendero es que no es muy conocido, y por lo tanto la senda no está tan compactada como debería. Hacerlo a pie ya es complicado, pero volver con un cuerpo auestas...

En aquel instante se detuvo en seco y levantó la mano derecha para que Roberto hiciese lo mismo. Con pasos lentos y asegurando bien las botas entre la hojarasca suelta y mojada, bajó por uno de los terraplenes que bordeaban la senda y que se extendían a lo largo de todo el camino. Al poco, desapareció entre unos pinos enanos que agitaban sus agujas como sirenas provocadoras.

—Escritor, ¡eh escritor!—se escuchó desde abajo—. Échame una mano.

Roberto se acercó al borde, y un traicionero resbalón casi acaba con sus huesos diez metros más abajo.

—¡Ten cuidado hombre, no te vayas a partir la crisma!

Un par de metros más abajo, cerca del borde pero incapaz de trepar hasta arriba con el bulto que cargaba, el policía le hacía señas.

—Coja de aquí mientras yo intento subir—le ordenó entrecortado por el esfuerzo—. Así, ¡joder con las agujas de pino!

Roberto agarró algo que parecía ser un saco de lona arrugado y viejo, y tiró de él con todas sus fuerzas, que no eran muchas debido a la hojarasca suelta que le imposibilitaba afianzar bien su peso. Tras llegar arriba, Javier le ayudó a subir el bulto, que dejaron agotados en medio de la senda. El policía desató el nudo del cordel que aseguraba el saco en su extremo, y lo abrió con cuidado. Del interior surgió un murmullo metálico cuando varios instrumentos de jardinería asomaron por el borde. Roberto sintió algo en aquel preciso instante que le hizo necesitar el apoyo del policía para no caer al suelo. Había sido apenas un destello, una flecha lanzada directamente en su subconsciente que había acertado en mitad de la diana con una brutal dureza.

—Venga conmigo—balbuceó, agarrando el brazo de un sorprendido Javier.

Volvieron por el estrecho sendero, retrocediendo sobre sus pasos. Roberto

no parecía sentir las hojas de pino que se le clavaban con crueldad por toda la cara y el pecho. Farfullaba incoherencias que Javier no pudo comprender, y al policía le preocupaba que el hombre se rompiera una pierna o un brazo en su desafortunada carrera al borde de la cañada. Cuando llegaron al claro donde el edificio se alzaba imponente sobre el azul eléctrico del cielo de la sierra, el escritor apresuró su carrera en dirección a uno de los laterales del pabellón principal.

—Oiga, no sé...

Pero Roberto no parecía escucharlo, y Javier se dio cuenta de que ni siquiera se encontraba allí del todo. En un momento dado, detuvo su recorrido, giró el rostro al cielo—como si olisqueara el aire—, y cambió de trayectoria. Al llegar al punto donde el pabellón viejo dejaba paso al edificio achaparrado y en ruinas de lo que había sido la casa del conserje, se detuvo y se lanzó al suelo, de rodillas. Javier observó el trozo de terreno, cubierto de maleza y desperdicios, y se le antojó idéntico a cualquier otro lugar de aquel inmenso recinto. Sin dar explicaciones, el escritor se puso a excavar con ambas manos, fuera de sí mientras continuaba con su murmullo interior. Al cabo de cinco minutos se apartó y dejó paso al policía, indicándole con gestos nerviosos algo que sobresalía de la tierra árida. El hombre dio un paso, y el corazón se le aceleró de tal forma que casi lo sintió ascender por la garganta. Con un respingo dio un salto hacia atrás e impidió que Roberto se acercase. Sacó el móvil y lo guardó rápidamente con una maldición.

—Vamos, tenemos que volver al coche, que allí habrá cobertura—se giró y emprendió el regreso a toda prisa—. Hay que llamar cuanto antes a los de la judicial.

SECRETOS ENTERRADOS

1

Había conseguido que la mañana se esfumase sin aburrirse demasiado; después del gimnasio, había quedado para tomar café con las chicas, y más tarde se sometieron a una sesión de belleza en un salón que parecía una lavandería industrial. A Verónica, en realidad le importaba muy poco qué hacer, pero lo que no quería por nada del mundo era regresar a casa. A pesar de que la mejoría de su marido era evidente desde que se habían trasladado a Malón, en las dos últimas semanas había algo en Roberto que conseguía ponerle los pelos de punta. Siempre había notado en él una ambigüedad capaz de hacer que dudases sobre si bromeaba o se encontraba furioso, pero ahora...; no podía explicarlo, pero en algunas ocasiones se descubría a sí misma deseando cubrirle de besos aquellos ojos de mirada tierna y dulce, y otras veces sentía una furia y dolor en ellos capaz de hacerle temblar hasta el alma misma.

Justo cuando se despedía de Olga y Micaela para volver a casa —ya no podía demorarlo más—, una dotación de al menos cuatro coches de la guardia civil y una furgoneta atravesaron la calle a toda velocidad. Mientras los vehículos se perdían por la principal avenida que cruzaba Malón y lo dividía en dos mitades, su pensamiento volvió a centrarse como una losa en su marido, y aquello le alarmó. No sabía explicar por qué, pero algo le decía que aquellos coches de policía tenían algo que ver con Roberto. Asustada, aceleró el paso hasta la zona baja del pueblo, donde tenía aparcado su Audi.

Nada más llegar se dio cuenta de que algo no funcionaba correctamente allí, pues la puerta de la vivienda se encontraba abierta; Roberto jamás habría dejado la puerta abierta. Con el corazón golpeándole en el pecho, bajó del coche y corrió en dirección a la vivienda, y cuando vio que la madera de la jamba de entrada estaba astillada, se temió lo peor. Gritando el nombre de su marido recorrió la residencia habitación por habitación, pero allí no había nadie. Sintió ganas de llorar, pero se calmó diciéndose a sí misma que Roberto había salido a correr, se había dejado la puerta sin cerrar, y el aire había acabado por destrozar el marco de un golpe. Cuando volvió al patio para coger el Audi y buscar a su marido, escuchó lamentos que procedían del jardín trasero —el que comunicaba con la zona de rosales—, y más allá, con

la sierra. Rodeó una pérgola de madera, y el alma se le cayó a los pies. Arrodillado sobre un montículo de arena, Roberto excavaba con las manos mientras gritaba cosas que ella no llegaba a escuchar. Se acercó, presa de un miedo atroz, y vio cómo Roberto metía dentro del agujero una especie de cadena de oro que refulgía bajo el brillante sol matinal. Farfullaba cosas sin sentido, pero Verónica pudo entender un par de frases que le helaron la sangre: *“te lo dije, te dije que al final nos pillarían”* (llantos) *“nos lo merecemos, oh sí, nos lo merecemos por no ayudarlas, por no contar nada”*.

A pesar de que el terror se había consolidado dentro de su alma y le atenazaba todos y cada uno de los miembros de su cuerpo, se acercó hasta su marido y le puso una mano en el hombro.

—Cariño..., cariño, ¿te encuentras bien?

Él se dio la vuelta con un respingo, asustado. Tenía la cara congestionada y los ojos hinchados. La miró durante largo rato, con una expresión que Verónica nunca había visto en su marido, pero que era la más pura expresión del desconcierto. Sin querer, ella se fijó en el profundo agujero, la chapa de oro dentro, y las herramientas de jardinería dispersas alrededor, y quiso correr. Roberto se acercó, observándola, con la mirada fija en su rostro y el ceño fruncido. Una mirada animal le bailaba en las pupilas dilatadas.

—Pero Clara, ¿qué haces aquí?—siseó aterrado—. Te dije que te marcharas, que va a venir a por nosotros; ¡te va a encontrar, y hará contigo lo mismo que con las demás!

La zarandé por los hombros, espantado y con la mirada desorbitada en algún punto detrás de ellos.

—Por favor, ¡márchate antes de que vuelva!

Ella se liberó de su presa y huyó. Huyó mientras las lágrimas le inundaban los ojos y le producían un escozor que se extendió a su corazón.

Los rescoldos de la Navidad continuaban dejándose ver en una guirnalda olvidada, unas luces que parpadeaban esperando a ser guardadas en una caja de cartón hasta el año siguiente, o en algún que otro muñeco ocasional que yacía abandonado, colgando de un balcón o una cornisa. En la calle se respiraba ese ambiente de nostalgia y alivio, propio del final de unas fiestas, pero aquel año, esas dos sensaciones estaban siendo apabullantemente sustituidas por la intriga y la mentira. El rumor del cuchicheo había reemplazado a los villancicos, y el poder de la murmuración y el chisme habían sumido al pueblo en una incesante fuga de miradas desconfiadas entre los que días antes habían bebido y celebrado juntos, como amigos. La proverbial calma que precedía a la tormenta ya llevaba unos días fraguándose en las calles de Malón, desde que se hiciera público el descubrimiento de los cadáveres.

Ya había transcurrido casi una semana desde que Javier y Roberto encontraran el camposanto oculto en el sanatorio. Tras la llegada de los servicios de la Guardia Civil, los forestales y la policía local, los restos fueron desenterrados y trasladados hasta las dependencias de la científica en la capital, y posteriormente sometidos a diversas pruebas. En principio, desde la Jefatura Provincial solo habían enviado un escueto informe en el que se detallaba que los restos hallados hasta ese momento pertenecían a tres personas diferentes, de edades comprendidas entre los doce y los dieciocho años, y que ostentaban entre diez y quince años de antigüedad, pero que continuaban con la búsqueda, pues habían hallado indicios de que podían existir algunos más.

Javier había estallado en cólera por la forma de actuar de esos imbéciles de la judicial, que habían llegado a bombo y platillo con las sirenas y las luces destellando, se habían hecho cargo de la investigación, y tras dos días de alborotar al pueblo y rastrear la sierra, se habían marchado tan aparatosamente como habían venido, dejando como único representante a un chaval al que apenas le había crecido la barba. Tras aquella pomposa actuación, lo único que había calado entre los vecinos de Malón era que se habían descubierto unos cadáveres ocultos en una especie de cementerio siniestro, y que no se había encontrado culpable alguno. Con esas dos premisas bastaba para encender la maquinaria del chismorreó en un pueblo

pequeño y familiar como Malón, y cuando esa maquinaria se activaba y revolucionaba el motor, aunque solo fuera al mínimo de su capacidad, las cosas se podían torcer muy deprisa. Era algo muy malo cuando las habladurías comenzaban a salpicar a todo el mundo, aunque nadie conociese de verdad los hechos por los que se criticaba. En menos de tres días, Javier había tenido que mediar en más de una docena de discusiones, de las cuales, cinco llegaron a las manos.

En aquel momento, instalado en la salita del café de la comisaría —en su despacho ahora trabajaba conjuntamente con el agente de la judicial, y aprovechaba cualquier ocasión para escabullirse—, mientras intentaba tragarse el amargo mejunje de la máquina de capuchinos, repasaba mentalmente aquella absurda situación. El sanatorio llevaba muchos años con ese halo de misterio que le habían atribuido los fanáticos de lo sobrenatural, y a pesar de que los más ancianos que habían trabajado en el lugar aseguraban que allí no ocurría nada extraño, a los caza fantasmas de lo oculto aquello le había interesado bien poco. Lo peor llegó cuando ese programa de la televisión nacional hizo un capítulo especial sobre la *dama blanca* que podía verse vagando entre sollozos por los pasillos del edificio. Durante muchos meses, fueron multitud los grupos de adolescentes armados con cámaras, linternas y grabadoras que se lanzaron a la caza de espíritus vengativos, y aún fue a peor la cosa cuando en esas grabaciones se podían apreciar esos supuestos entes malignos, furiosos por la invasión de su lugar de descanso. Los grupos de curiosos dieron paso a las sesiones de espiritismo y pantomimas propias, y de ahí la cosa derivó en algo mucho más serio: los rituales. Javier había pedido apoyo de vigilancia cuando empezaron a encontrar animales degollados y rastros de sangre con la que marcaban paredes y techos, pero le fue denegada por el poco presupuesto disponible. Durante unas cuantas semanas, los mismos vecinos crearon una patrulla vecinal que se encargaba de que ningún idiota adorador de Satán se cayera por un agujero y se partiese el cuello, o que simplemente se le viniera una pared encima cuando tratase de pintar un pentáculo en uno de los muros, pero la iniciativa fracasó pronto cuando comenzaron a faltar voluntarios para cubrir los turnos. Él estaba de acuerdo en que el edificio poseía un aire perturbador, que podía poner los pelos de punta cuando la noche comenzaba a caer y los reflejos dorados del atardecer abandonaban la multitud de pasillos y corredores del inmueble, pero él mismo había jugado allí desde que era niño y jamás había escuchado ni visto nada que no ocurriese en cualquier

edificación vieja y abandonada.

Las hipótesis sobre los huesos encontrados en ese osario empezaron a desfilarse por su mente, desde la más contemplada por sus compañeros de la jurídica de que alguien los había colocado allí muchos años atrás para dotar de más misticismo al sanatorio, hasta la más inverosímil que se había barajado sobre un asesino en serie que se ocultaba en los montes de la sierra y atrapaba a los campistas despistados. Luego estaba el hecho de que la persona que realmente los había conducido hasta aquellos huesos era un tipo que padecía una enfermedad mental, y que decía haber visto cómo asesinaban a una chica tan solo unos días antes. Durante toda una semana, tanto los miembros de la Guardia Civil como los de la Policía Local y Nacional habían buscado informes de gente desaparecida por los alrededores, ampliando la búsqueda a todo el noroeste, y no se había obtenido resultado alguno que pudiese encajar en el caso. No se había denunciado la desaparición de ninguna joven en toda la comarca del noroeste en los últimos doce años. Aún así, a Javier todo aquel asunto no le gustaba ni un pelo; ¿Por qué alguien iba a enterrar los huesos de varios cadáveres allí, y luego olvidarlos durante años?, ¿y cuál podía ser el motivo de que volviese a por ellos tanto tiempo después, a riesgo de ser descubierto o de despeñarse por las sendas escarpadas de la sierra en plena noche? Además, antiguos o no, colocados o enterrados, esos huesos eran humanos al fin y al cabo. Lo que no podía imaginar el policía, es que al final de esa misma semana, aquellos huesos iban a ser la menor de sus preocupaciones.

El gimnasio estaba completamente vacío, con la única excepción de un par de ancianos que utilizaban la piscina climatizada y los tres monitores encargados de las instalaciones. Tras las fiestas, la bajada de afluencia era significativa, por lo que algunas instalaciones se cerraban unos días para descanso del personal. La verdad es que ella tampoco había pensado mucho en el gimnasio en los últimos días, pero una vez que había llegado al pueblo sin rumbo, no se le había ocurrido un sitio mejor al que acudir.

Pasó una hora machacándose en silencio, con dureza, como para intentar alejar sus preocupaciones por mediación del dolor físico, pero ni con eso consiguió el resultado que buscaba. El estado de su marido no hacía más que acudir a su mente, y casi se odió por dejarlo volver a recaer. Desde que habían llegado a Malón había observado en Roberto una mejoría más que evidente —al margen de que habían vuelto a hacer el amor y él había retomado su trabajo tras dos años sin escribir una sola palabra—; su vitalidad, la esencia de lo que había sido su marido antes del ataque parecía estar volviendo poco a poco, pero después de la noche de Año Nuevo, el infierno había vuelto con una fuerza devastadora.

Se bajó de la cinta enjugándose el sudor con la toalla, y decidió que ya había tenido de sobra por aquel día. Se relajó en el *jacuzzi*, y con los músculos aún tensos por el esfuerzo, se metió en una de las cabinas de contraste. Accionó el agua fría, y notó la tensión desaparecer a medida que el agua bañaba todos los rincones de su cuerpo. En ese instante, el débil sonido de la puerta de cristal hizo que se volviera. Ante ella estaba de nuevo él, trasasándola con esos ojos. Verónica no hizo gesto alguno, y él tampoco parecía querer moverse. Ambos estaban desnudos, y el agua helada corría entre ellos. Sin pronunciar una sola palabra, él se acercó con la intención de besarla, pero ella se apartó con un leve impulso hacia un lado. Aunque en un principio aquel juego le había encantado, ya no le parecía adecuado continuar con la pantomima. Él respondió de forma suave, intentándolo de nuevo, pero ella respondió de forma más enérgica empujándolo del pecho con fuerza. La mirada impasible del hombre traspasó el vapor como si tuviera un peso físico, y Verónica pudo reconocer en ella la furia contenida, el despecho vigoroso del rechazo anidando con fuerza. Ambos sabían que cualquiera que entrase en los baños en aquel momento podría verlos, ya que las cabinas eran de

cristal, pero eso no impidió que ambos permaneciesen en aquella posición un tiempo que se prolongó en exceso. Cuando Verónica abrió la boca para decir algo, el hombre se dio media vuelta y se marchó. Su esencia a eucalipto perduró mientras Verónica volvía a ducharse de nuevo, con la desagradable sensación de que había dejado marchar algo muy importante en su vida.

Cristóbal Espejo fue el último en dejar el local, y aunque había bebido la misma cantidad de alcohol que una tropa entera de legionarios, su paso era firme y decidido. Susurró unas palabras que no sonaron a nada en dirección al dueño del bar, y Antonio le correspondió con un “*hasta mañana*” lacónico mientras acababa de colocar los cierres en la puerta.

El invierno había ganado la batalla a los valientes que aún se aventuraban a caminar por la calle, y Malón se encontraba desierta en esas horas de la noche, aún tempranas. Las postergadas luces navideñas bañaban las fachadas de las viviendas de colores intermitentes, como si intentasen arañar segundos a una vida que se les acababa hasta el año siguiente, y por algún motivo, a Cristóbal aquello le puso nervioso. No deseaba volver a su casa, pero tampoco tenía a dónde ir, así que vagabundó por el casco urbano del pueblo sin rumbo fijo. Se detenía sin motivo alguno susurrando frases que solo podía escuchar él mismo, y luego continuaba con su errático camino en silencio. Los efectos del alcohol se estaban diluyendo, y Cristóbal comenzaba a pensar con más claridad cuando se detuvo ante la fachada de una casa que se encontraba atestada de adornos navideños. Unos cuantos muñecos de Papá Noel trepaban desde los balcones, y las guirnaldas aleteaban con la suave brisa invernal, coloridas, engarzadas de luces parpadeantes. Cristóbal admiró el espectáculo pestañeando, como si le costase comprender qué estaba sucediendo allí, hasta que se encaminó con pasos vacilantes hasta la entrada de la vivienda. Había pasado la Nochevieja en una celda en el calabozo de la Guardia Civil. Un agente con pinta de Justin Bieber le había trasladado —por falta de espacio en la comisaría— hasta las dependencias de la casa cuartel para que, según él, “*durmiera la mona*”. Cristóbal sabía de sobra que ese no era el motivo por el cual habían decidido encerrarlo, pues llevaba muchos años emborrachándose a diario y jamás le habían hecho pasar la borrachera en un calabozo. Él no era conflictivo, simplemente bebía en silencio y después se marchaba a su solitario piso hasta que se encontraba de nuevo en condiciones para volver a beber. Ese día lo habían encerrado por miedo. Él sabía la verdad, conocía el secreto que Malón guardaba bajo infinitas capas de falsedad, y tenían miedo de que pudiese revelarlo. Pensaban que porque era un borracho nadie lo tomaría en serio, pero estaba a punto de hacer que cambiase aquella opinión. Después de esa noche, nadie volvería a tomarse a

broma lo que Cristóbal tuviera que decir.

Al principio le había costado coger el ritmo debido a los días de inactividad que había pasado encerrado en el despacho de su casa, pero a medida que los músculos comenzaron a calentarse, se sintió mucho mejor. Aceleró el paso e intentó no fijarse en los rostros de las personas que desfilaban ocasionalmente junto a él. Algunos le saludaban alegremente, y aunque no los conocía, él les correspondía maquinalmente, sin mirarlos. Atravesó una zona ajardinada donde el carril bici destacaba en color rojo y un estrecho camino de hormigón impreso discurría en paralelo, destinado para los peatones. Eran unos cuantos los que como él, utilizaban ese recorrido flanqueado de rosales y palmitos para practicar deporte, por lo que decidió alejarse del parque en dirección a una zona más industrial, en la que un sendero se internaba entre grandes naves (de las pocas que aún sobrevivían en Malón), y que escupían humo azulado por sus altas chimeneas. Mientras acortaba la distancia que lo separaba del recinto empresarial, las anchas bocas se le figuraron cigarros que algún vicioso titán consumía despreocupado, y Roberto no pudo dejar de sentirse como Alonso Quijano, el fabuloso hidalgo que veía gigantes en los molinos. Se dijo que al menos una cosa compartía en común con el caballero de la triste figura, y es que ambos podían considerarse mal de la cabeza.

A medida que la idea se desarrollaba en su cabeza, el sendero se fue estrechando y la zona de fábricas quedó atrás. Roberto pensó en dar la vuelta, pero se encontraba mejor de lo que se había sentido en muchos días y no le apetecía volver a casa y enfrentarse al hecho de que su esposa lo evitaba. No conocía el motivo, pero sí que conocía a Verónica, y sabía que algo le estaba ocurriendo.

El sendero dejó paso a una ancha franja de asfalto plagado de socavones y parches mal camuflados, que emprendía una subida hacia algún punto de la cercana sierra. Al fondo, tras la espesura de unos pinos enanos, el pico de La Perdiz resplandecía arropado por el sol del atardecer, rodeado de tenues nubes que parecían resguardarlo de cualquier tipo de peligro. Roberto se sintió de inmediato cautivado por aquel lugar, y se dijo a sí mismo que algún día coronaría la cima que se desvanecía a lo lejos.

Aceleró el suave trote que había mantenido hasta el momento, y rodeó una zona de barbacoas de piedra que colindaban con un espacio de recreo para

niños bastante estropeado. En el momento en que comenzó a subir una leve ascensión del terreno, sintió un dolor lacerante en el gemelo derecho que se elevó rápidamente hasta el abductor y se instaló allí con un latido sordo de tormento. Se dejó caer en la grava e intentó aliviar aquella tortura con un masaje para relajar los músculos contraídos, pero el dolor se agudizó, estallando en llamaradas de aguijonazos que parecían irradiar fuego por toda su pierna. Entre gritos se arrastró hasta un tronco que se había podrido hace mucho tiempo, y apoyó el talón sobre su base carcomida. Estiró la pierna todo lo que pudo y el dolor comenzó a remitir lentamente. Realizó más estiramientos hasta que solo quedó un rumor del calambre infernal y se sintió con fuerzas de colocar de nuevo el pie sobre el suelo. En ese instante, al quitar la zapatilla de la base cercenada del tronco, se fijó en algo que hasta aquel momento le había pasado desapercibido. Una serie de agujeros diminutos recorría en una línea perfecta uno de los anillos del tronco, formando una intersección que cruzaba de una parte a otra del madero. Se acercó con el corazón bombeándole como un tambor, e inspeccionó los agujeros. Por algún motivo que no supo descifrar, los pequeños orificios lo estaban alterando de manera alarmante. De repente, un insignificante insecto apareció por una de las cavidades y quedó inmóvil frente a Roberto, que se encontraba a menos de cinco centímetros de distancia. El bicho frotó unas diminutas pinzas que le brotaban de la boca, a modo de saludo, y se introdujo de nuevo por otro de los orificios de la madera. Roberto solo fue consciente de que estaba a punto de perder el conocimiento cuando se vio caer de bruces al suelo de grava y agujas de pino. Después, la oscuridad.

En el momento en que el coro comenzaba con el canto “*Ten piedad*”, Sebastián ya no pudo resistir más y se desabrochó el primer botón de la sotana. Desde el acto de monición había sentido que le faltaba el aire, y cuando realizó los ritos iniciales, por la espalda le chorreaban gruesos regueros de sudor, a pesar del frío reinante en la iglesia. Observó cómo Adela dirigía con elegancia cristiana los tonos del coro, y una súbita necesidad de salir corriendo se apoderó de él de una forma tan opresiva que casi creyó sentir dolor físico. Últimamente, oficiar los servicios se estaba convirtiendo en una tarea tremendamente dura para él. Acabó el canto y Adela se giró sonriente, con un regocijo solo reservado para los realmente fieles. Fue consciente de que todo el mundo le estaba observando, esperando a que continuara con la misa, pero su mente había abandonado su cuerpo y lo había dejado solo al pie de los caballos, vendido a su suerte; sintió la boca seca y la garganta revestida de plomo. Adela permanecía con la fervorosa impasibilidad de una devota piadosa que siempre cree que Dios proveerá, pero Dios no proveía. Sebastián era incapaz de pronunciar palabra alguna, y los murmullos comenzaron a resonar por el templo, cada vez más crecientes hasta convertirse en uno solo. Adela dio un primer paso, sin mudar la expresión beatífica de su rostro pero con la decisión de no dar por perdida aquella primera ofrenda del año.

—Señor Dios—resonó potente por los altavoces. La multitud guardó silencio de inmediato, y algunos incluso dieron un respingo y un grito sofocado—. Que por la fecunda virginidad de María diste al género humano el don de la salvación eterna...

Tras la oración, se procedió a la colecta y a las lecturas seguidamente. Sebastián recitó con fuerza el salmo 66 y dio paso con energía a las lecturas de los Gálatas. Cuando concluyó la bendición de paz, se dio cuenta por primera vez en su vida, que había perdido la fe.

A pesar de que Marisa le había preguntado de forma incesante por el caso, Javier había permanecido en silencio con un gesto taciturno ante la pantalla de su ordenador portátil. Sus suegros se habían marchado aquella misma tarde, y se habían llevado con ellos a sus dos hijos para que disfrutasen de los regalos del día de Reyes, así que en casa se podía volver a respirar cierto aire de tranquilidad. Su mujer apareció en la puerta del despacho con un sucinto camisón que no dejaba mucho a la imaginación, señal inequívoca de que esperaba que se pusiesen “*juguetones*”, como le gustaba decir a ella medio en broma. Javier apenas le prestó atención cuando ella se acercó caminando hasta él de manera sensual y le acarició la nuca. En la pantalla del portátil desfilaban fechas y datos de los casos que Javier había sacado del ordenador de la comisaría, y su mente volaba de un nombre al siguiente sin apenas reparar en los detalles añadidos. Marisa continuaba con sus insinuantes masajes, tratando de llamar la atención de su marido, pero de momento él parecía ser inmune a los encantos de la mujer con la que se había casado diez años atrás. Su mente estaba centrada en las dos chicas, la que llevaba muerta más de quince años y la de la fotografía (aunque eran la misma persona, él las diferenciaba de forma inconsciente), que estaba más que seguro había visto en alguna parte. Al no contar con huellas ni detalles físicos, la identificación de la joven debía llevarse a cabo a través de la imagen de la fotografía y de los archivos de jóvenes fugadas, pero Javier llevaba las últimas tres horas repasando todos los casos de la región desde veinte años atrás, y no aparecía nadie con esas características. La joven no constaba como desaparecida en ningún archivo. Aquello abría un abanico de posibilidades que Javier se había propuesto reducir al máximo, y es que si no constaba en personas a las que estaban buscando, tal vez tendría que centrar la búsqueda en otros campos. Podría ser que apareciese en alguna esquila antigua, pero era una opción muy cogida por los pelos podía. Luego estaba la siguiente cuestión —y la que más obsesionado tenía al policía—, pues Javier estaba seguro de que había visto alguna vez a la joven. La conocía, de eso estaba seguro.

Marisa decidió pasar al ataque y le agarró la entrepierna con decisión. En ese momento Javier volvió a la realidad y se fijó en su mujer, y en como esta se mordía el labio superior de manera insinuante. Como si aquella parte de su cuerpo actuase por cuenta propia sin tener en consideración lo que Javier

opinase, una furiosa erección alentó a Marisa a continuar con su buen hacer. Hicieron el amor en el sofá del estudio de forma rápida y salvaje, a modo de desahogo, y después continuaron de forma bastante más pausada en el dormitorio. Javier no recordaba cuándo fue la última vez que Marisa y él habían tenido una sesión de sexo tan liberadora y agradable. Su hijo mayor, Jorge, contaba ya con nueve años, y Javier recordaba a la perfección, que ya por entonces, el sexo entre ellos dos podía considerarse “monótono”.

Se recostó de medio lado y observó a su mujer, que dormía —aún desnuda— junto a él de forma plácida. Se fijó entre la velada oscuridad, cómo la curva perfecta de sus prominentes pechos subía y bajaba, acompasada con su respiración pausada. La deseó de nuevo con una pasión que parecía haber despertado de una hibernación aletargada durante muchos años en algún rincón oscuro e inaccesible. Sintió una nueva erección, que se acrecentó cuando introdujo su mano entre los muslos prietos de su mujer. No recordaba haber tenido nunca tantas ganas de tocar a alguien como...

Se incorporó de un salto que sobresaltó a Marisa, que desde hacía un rato estaba despierta dejando que su marido se pusiera a tono.

—¿Qué ocurre cariño?—preguntó sobresaltada—. Me estás asustando.

Javier no contestó.

—Cariño, ¿qué sucede?—se levantó de la cama y se acercó hasta él—. ¿He hecho algo mal?

El hombre se detuvo a medio vestir y contempló a su mujer, allí plantada, desnuda y deliciosamente tierna con aquella expresión de preocupación en su rostro todavía juvenil. Sintió un amor por ella que creía que había desaparecido mucho tiempo atrás.

—No, mi amor, tú no has hecho nada malo—la besó en la frente—. Pero he recordado algo y tengo que irme ahora mismo.

Ella miró el reloj de pared que marcaba silenciosamente la hora detrás de su marido, y torció el gesto en una mueca mil veces compuesta ante los detestables hábitos de su marido. Javier observó el gesto, y lejos de enfurecerle como tantas otras veces, la deseó aún más.

—Marisa, te prometo que volveré en una hora, dos como mucho—se acercó y le plantó un prolongado beso entre los pechos—. Y te aseguré que entonces van a temblar los cimientos de esta casa.

Ella esbozó una sonrisa tímida y se volvió de medio lado. Contempló cómo su marido acababa de ponerse la chaqueta y se recostó sugerente.

—Te estaré esperando.

Javier abandonó su casa con una dirección en mente, y una febril erección en los pantalones.

El antiguo palacete reconvertido continuaba abierto a pesar de las altas horas de la madrugada. En Malón había pocos lugares donde poder tomar una copa después de la hora de cierre, pero uno de los más populares se llamaba “El Sitio”. Debido a una ordenanza municipal, desde hacía unos cuantos años ya no se concedían licencias para que los locales ejerciesen como discotecas dentro del casco urbano, así que sus horas de cierre se ceñían al horario de un bar corriente. En Malón solo los que conservaban las licencias antiguas podían cerrar más tarde, y eso únicamente ocurría con dos locales. El Sitio era uno de esos negocios.

La camarera seguía en la barra, acodada y jugueteando con su móvil de forma tediosa, sin percatarse en exceso de los pocos clientes que aún pululaban por el local. La verdadera acción se desarrollaba detrás de las macizas puertas de roble que ostentaban unos letreros enormes de “salida de emergencia” y “aforo limitado”.

La chica ojeó de nuevo el reloj de la pared con el logotipo de una conocida marca de bebida, y bostezó sin remilgos ante un cliente que esperaba para ser atendido.

—Un ron con coca cola, preciosa—insistió el tipo.

—Vamos a cerrar— indicó la muchacha sin despegar la vista de la pantalla de su móvil—. Ya no servimos copas.

—Anda, enróllate— suplicó perseverante—. ¡Que no son más que las tres!

—Vamos a cerrar— repitió dándole una vuelta al chicle que llevaba en la boca—. Mañana más.

—¡Escucha, zorra!—la muchacha se apartó de la barra y esta vez sí levantó la vista del teléfono—. ¡Ponme esa jodida copa de una maldita vez!

La camarera se apartó del borde acolchado de la barra, y buscó con la mirada la ayuda de alguno de los encargados. Toni ya hacía tiempo que se había esfumado a la parte trasera debido al poco movimiento que había en el bar, y el dueño ni se había dignado a pasar por la puerta delantera esa noche. Estaba ella sola.

—¿No me has oído?—volvió a repetir el tipo, arrastrando las palabras debido a la borrachera—. ¡Que me pongas el maldito cubata!

Cuando parecía estar a punto de saltar sobre la barra para prepararse él mismo la bebida, una mano se posó sobre su escuálido hombro y lo arrojó

hacia atrás, con delicadeza pero de forma firme.

—Chaval, ¿por qué no te vas a tu casa y dejas de tocar un poquito los huevos?.

El chico observó fijamente al tipo que lo acababa de humillar de aquella manera, y tardó algo más de lo que debía en darse cuenta de quién era el hombre. Aunque nunca había hablado con él, sabía que era amigo de su padre, y aunque no llevase el uniforme, no quería meterse en un lío que acabase con una paliza de esas que hacen época por parte de su viejo, así que escurrió el bulto en un “*pies para que os quiero*” sin discutir. La camarera recompuso su expresión de indiferencia y volvió a concentrarse en la pantalla de su móvil, sin mediar palabra con el hombre que ahora la observaba entre disgustado y asombrado.

—¿Dónde está tu jefe?—la chica no contestó y siguió concentrada en la pantalla. El hombre se dirigió al fondo del local sin esperar respuesta—. ¡Eh, que no se puede entrar ahí!

El hombre empujó la puerta repleta de carteles de publicidad y se adentró por un estrecho pasillo mal iluminado, mientras escuchaba las quejas de la muchacha, que se había quedado en el dintel de la puerta como si allí existiese un portal invisible que le fuese imposible traspasar. Esbozó una sonrisa pensando que en cierto modo, así debía de ser.

Llegó hasta el final del pasillo, y de nuevo, unas recias puertas plagadas de anuncios de conciertos desconocidos y rótulos de emergencia le obstruyeron el paso. Llamó con los nudillos tres veces, y un gigantón calvo le abrió con recelo.

—¿Qué hay, Toni?—saludó—. ¿Está en su reservado, como siempre?

El calvo le hizo un gesto afirmativo sin abrir la boca, y se apresuró a cerrar cuando estuvo dentro del local. A diferencia del bar que había al otro lado del pasillo, el establecimiento se encontraba repleto de gente. Una decoración recargada, pero de buen gusto, armonizaba con unas luces exquisitamente disimuladas para crear un ambiente luminoso pero sin caer en lo vulgar. La barra—en forma de U—, que abarcaba una cuarta parte del espacio del salón, se encontraba atendida por dos preciosas chicas que sonreían y servían copas sin descanso. No quiso entretenerse, así que avanzó con grandes zancadas hasta el lugar donde varios biombos de madera separaban unos mullidos sillones de color malva, conjugándose con las sombras para crear espacios a fin de disfrutar de algo de intimidad. En uno de ellos se encontraba un hombre enfrascado con las teclas de un ordenador portátil. Levantó la vista y

tecleó algo más antes de ponerse de pie. No era muy alto, pero sí bastante corpulento. Parecía uno de esos Pit-bull que tan de moda estaban entre los jóvenes.

—Javier—dijo a modo de saludo.

—Diógenes—respondió.

—¿Es una visita oficial?—preguntó mientras continuaba ojeando la pantalla del portátil de reojo.

—¿Acaso ves un uniforme por algún lado? —contestó abriendo los brazos.

—¡Entonces es por placer!—le pasó el brazo por encima de los hombros—. Me alegro de que por fin aceptes mi invitación.

—Tampoco estoy aquí por eso—Javier pareció un poco turbado—. Ya no.

El dueño del local dejó de caminar y se quedó mirándolo fijamente, sin comprender qué podía querer el oficial de policía de Malón de un tipo como él si no era por placer o por cuestiones legales.

—Si es por el horario...

—Diógenes, déjate de gilipollecés—Javier estaba empezando a perder los nervios. Un par de clientes se dieron cuenta de la tensión y se dirigieron en silencio al otro lado de la barra. Javier Moreno sacó una hoja doblada y se la mostró al dueño—. ¿La conoces?

Tras mirar la instantánea que Javier había fotocopiado en la comisaría, el dueño negó con su gruesa y rapada cabeza.

—No me suena. Puede que en algún otro lugar...

El policía sintió cómo la furia se iba abriendo camino hasta su rostro, provocándole una sofocación que se agolpaba en los pómulos y en la frente hasta convertirse en una hoguera ardiente.

—Quizá de esas noches tuyas tan... frenéticas—insistió el dueño, con una sonrisa que le hacía parecer un animal peligroso—. ¿O es que no recuerdas esas noches?

—Eso es pasado—murmuró entre dientes—. Ahora esto es parte de una investigación poli...

—O sea, que sí es un asunto oficial—expresó alegremente—. En ese caso, quizá debas hablar con...

—¡Calla, joder!—explotó. Luego, suplicante, continuó mostrando la fotografía en blanco y negro—. Diógenes por favor, no puedo decirte nada más todavía, pero esta chica está muerta, y si no averiguo que le ocurrió puede que haya alguien más en peligro, y sé que trabajaba aquí.

Bajó sensiblemente el tono de voz al decir las últimas cinco palabras y agachó la cabeza, avergonzado.

—Entiendo—Diógenes volvió al reservado y se dejó caer en el voluminoso sofá—. ¡Siéntate, hombre!

Javier así lo hizo.

—Intentaré hacer memoria si me prometes una cosa—giró la pantalla del portátil, mostrándole una hoja en blanco. Javier se quedó mirando el parpadeante cursor sin comprender—. Aunque creas que soy un tipo sin cultura, un simple matón de pueblo, mi verdadera vocación es otra.

Javier arrugó la frente, dando a entender que no comprendía a dónde quería llegar.

—Lo que quiero decir es que intentó escribir una novela—aquella afirmación pilló al policía por sorpresa—. Y estoy, digamos... en un momento de falta de fluidez. Oh, no te confundas, tengo ideas, muchas, pero ninguna me parece lo suficientemente buena.

—Diógenes, no entiendo que...

—Lo que quiero es que me proporciones la historia—su rostro se había afilado en una mueca depredadora, y en sus ojos había aparecido un brillo voraz—. Si lo que he oído es cierto, este incidente va a traer cola, y quiero los detalles.

Javier prorrumpió en una carcajada desprovista de gracia que atrajo la atención de algunos clientes cercanos.

—¡No me jodas!—contestó escéptico—. ¿Quieres una exclusiva, como si fueras un periodista?

—Digámoslo así, sí.

—¡Venga hombre, debes de estar tomándome el pelo!

Javier se puso en pie e hizo ademán de marcharse, pero antes de dar un paso, volvió a dejarse caer pesadamente en la butaca.

—Sabes que no puedo desvelar detalles de una investigación abierta—confesó abatido.

—No quiero los fragmentos escabrosos—se acercó un palmo, y Javier se sintió como una gacela a punto de ser cazada—. Únicamente necesito un empujón que me oriente.

Tras pensarlo unos segundos, Javier aceptó. Si aquel cabrón no hablaba, no tendría investigación que desvelar.

—La chica se llamaba Clara—a Javier no se le escapó la conjugación en

pasado—. Trabajó unas cuantas veces aquí, pero de eso hace mucho. Yo ni siquiera dirigía este sitio, sino mi padre.

El policía se sonrojó hasta la raíz cuando Diógenes hizo una pausa para mirarlo a los ojos.

—No sé mucho de ella, solo que vivía en el orfanato de la sierra—se rascó la cabeza rapada—. Era muy joven, apenas trece o catorce años, hasta que un buen día dejé de verla por aquí. Me acuerdo de ella porque era muy guapa, y tenía mi edad...

—Vamos, no esperarás que te cuente detalles de un caso policial a cambio de esa mierda.

—Eso es lo que sé—hizo un gesto encogiéndose de hombros, pero en su rostro danzaba una sonrisa traviesa, como la de un niño que conoce un secreto que los adultos ni se imaginan—. Eso, y que era una de las chicas de Ramón.

—¿Del alcalde?

Movió la gorda cabeza con gesto afirmativo, y volvió de nuevo la atención a la pantalla del portátil, dejando claro que la conversación había terminado. Cuando Javier se puso en pie, Diógenes le sujetó de la muñeca con una fuerza descomunal.

—Recuerda nuestro trato—dijo mostrando los incisivos, como buen depredador—. Quiero esa historia.

Javier abandonó el local teniendo la absoluta certeza de que aquel caso estaba empezando a coger tintes sombríos. A su mente acudió una imagen que pensaba que había quedado relegada a su pasado de niño; una lombriz de tierra, tan gorda como uno de esos espárragos blancos que su madre solía poner como aperitivo, había quedado atrapada en el cauce bajo del río. El gelatinoso cuerpo se removía bajo una superficie fangosa, intentando escapar de la zarza que ejercía presión sobre su abultado abdomen. Cuando intentó ayudarla a escapar con una rama de olivera, la lombriz se retorció con más energía y se introdujo en el barro, partiéndose por la mitad. El niño observó asqueado cómo esa porción se hundía cada vez más, tal vez sin darse cuenta de que acababa de mutilarse ella misma.

Turbado por el recuerdo, y por el convencimiento de haber hecho un pacto con el mismísimo diablo, se sintió como aquella lombriz, intentando introducirse en un terreno cenagoso y oscuro, en el que acabaría mutilándose él mismo si escogía el camino incorrecto.

Cuando despertó, sentía la boca como si hubiese pasado la noche masticando polvo de cemento, y le dolían todos los músculos de su cuerpo. Intentó levantarse, pero se hundió todavía más en el deteriorado colchón. Paseó la vista alrededor y se encontró con un caos de botellas vacías y envases de comida prefabricada sobre la mesa. En la encimera de la cocina se amontonaban los platos sucios, y junto a ellos había un vaso volcado, que había derramado su contenido y había formado un charco de una sustancia pegajosa sobre el suelo.

Chasqueó la lengua varias veces —era su mantra de las resacas difíciles—, e intentó ponerse en pie una vez más. Se frotó los ojos y se dio cuenta de que tenía las manos pegajosas —quizá parte de ese líquido misterioso que se estaba secando en el suelo—, y húmedas. Parpadeó enérgicamente varias veces para aclarar la vista, y se llevó las manos frente a los ojos enrojecidos. En aquel instante, la resaca se esfumó con una rapidez que podía hacer pensar que jamás hubiese estado allí. Cristóbal se subió al colchón y comenzó a mirar alterado la habitación donde se encontraba. No era su casa, pero había pasado allí muchas noches, sobre todo cuando empinaba el codo más de la cuenta —que era bastante a menudo—, y conocía el lugar. Volvió a mirarse las manos y comenzó a frotárselas contra los ajados pantalones vaqueros frenéticamente, mientras caminaba hacia uno y otro lado del estrecho salón-comedor-cocina en la que los desperdicios se acumulaban, cubriendo hasta el último milímetro del suelo. Intentó acordarse de lo que había ocurrido la noche anterior, pero un mar de brumas se encontraba donde debían estar situados los recuerdos, pues no podía acordarse de nada. Se volvió a mirar las manos, y de repente cayó en la cuenta de que la sangre que las cubría por completo podía ser suya. Palpó todos y cada uno de los rincones de su cuerpo, pero nada le indicó que podía estar herido. Con una creciente angustia, recogió unas cosas que en algún momento debía haber dejado encima de la mesa, y se dispuso a marcharse de la casa. Entonces lo vio. Un débil gemido se escapó de lo más hondo de su garganta, y los ojos se le agrandaron, dilatadas las pupilas. Dio un paso atrás, pero resbaló y a punto estuvo de caerse. Miró hacia abajo y se dio cuenta, horrorizado, de que estaba descalzo, y sus pies patinaban en la misma sustancia oscura y pegajosa que le bañaba las manos. Quiso gritar, pero de su garganta reseca no brotó más que

un quejido apagado. Fijó de nuevo la mirada en la cama y vomitó, manchándose los pies y creando una mezcla sobre el suelo aún más resbaladiza. Se agarró al borde de la mesa para no caer y se dio la vuelta, trastabillando para mantenerse en pie. Se dio cuenta de que si perdía el equilibrio y llegaba a caer encima de aquel líquido viscoso, perdería la razón por completo, estaba seguro. Dio un nuevo traspie, pero consiguió llegar al pomo de la puerta. Abandonó la vivienda sin mirar atrás, a toda prisa y sin querer saber de quién era el cuerpo de la persona que se encontraba totalmente destrozada junto a él en ese colchón mugriento.

No le tocaba turno hasta el medio día, pero no podía conciliar el sueño y no se le ocurría un sitio en el que pudieran necesitarle más que allí. Javier cruzó la puerta esperando un coro de voces y una multitud de agentes usurpando su comisaría, pero no podía estar más equivocado. En la ventanilla de recepción se encontraba, como siempre, su padre. Detrás de él tecleaba algo en el ordenador Rafa, un chico recién salido de la academia que era el encargado de redactar los informes, pero aparte de eso, nada.

—¿Dónde están los demás?—preguntó extrañado.

—¿A quién necesitas?—farfulló Tomás—. Aquí están los de siempre.

Quizá la culpa fuera de aquellas malditas series a las que estaba enganchado, pero esperaba algún gilipollas tomando el control de la investigación y llenando la comisaría de imberbes policías que se pasarían el día lamiéndole el culo, pero allí no había nadie más que sus compañeros de siempre.

—¿No ha venido nadie de la Nacional?—se interesó.

—Escucha, chaval—Tomás compuso el tono paternalista que a Javier tanto le molestaba—Tú eres joven, por eso quizá no lo sepas, pero no le importamos una mierda a nadie. Somos el culo de una región, que es asimismo el culo de este país.

Javier no deseaba escuchar de nuevo las quejas de su padre, así que se encaminó hacia su oficina.

—Haz como que no sé lo que me digo—continuó Tomás—. Pero te contaré lo que va a ocurrir. Mandarán a alguien a pasearse por aquí unos días, nos tocará un poco los huevos, y se marchará tan rápido que sus zapatos van a dejar marcas en el suelo.

—Calla de una vez, viejo—terció de malos modos Javier—. Jubílate ya, si estás tan desencantado.

—Ya te lo he dicho más de una vez—sacó un chicle de una cajetilla, y le quitó el envoltorio lentamente, sin prisas—. Estoy deseándolo.

Javier se alejó de su padre sin escuchar la parte de alguna de sus frases apocalípticas sobre el final de la policía en este país, y cerró la puerta de su despacho por dentro. En realidad sabía que su padre llevaba razón —al menos en aquella ocasión—, pero no le apetecía escuchar más conclusiones agoreras, al menos durante un día. Era cierto que había esperado más

atención por parte de la jefatura provincial, y que los procedimientos que se habían seguido al encontrar el cadáver no habían sido todo lo correctos que ordenaba el manual, pero también era cierto que se trataba de un cuerpo del pasado, sin expediente ni identidad, por el momento. Supuso que cuando identificasen a aquella chica, activarían un protocolo diferente.

Conectó su anticuado ordenador, y de inmediato la pequeña habitación comenzó a zumbar debido a los ruidosos ventiladores de la voluminosa CPU.

No dejaba de darle vueltas a lo que le había contado Diógenes la noche anterior, pero algo en todo aquel asunto no encajaba. Y por supuesto, el dueño de “El sitio” no era una de las fuentes más fiables que se podían encontrar. Todo aquello de las “*chicas de Ramón*” le había dejado un mal sabor de boca, pues podía meterse en un terreno peligroso.

Un zumbido agudo le devolvió a la realidad, seguido de dos nuevos pitidos. Acercó la silla a la pantalla de su ordenador, y vio cómo el icono de mensajería parpadeaba con el número 3 rojo encima. Abrió el correo y necesitó releerlo varias veces hasta que la idea se hizo un hueco en su cabeza. Los mensajes eran de la Jefatura Provincial notificándole el resultado de la autopsia del cadáver de la joven encontrada en la cima de La Perdiz. Un segundo mensaje hacía referencia a la identidad de la víctima, y el tercer mensaje era una orden firmada por la cual, debía prestar todo el apoyo disponible a la patrulla de Policía Judicial que se personaría en Malón en los próximos días. Aquello justamente era lo que Javier había esperado que ocurriese, pero por algún motivo, no le terminó de gustar el cariz que estaba tomando aquel asunto. Una patrulla de la Judicial pondría el pueblo patas arriba, y muchos trapos sucios escaparían del cesto de la colada. Mandó los tres archivos al puerto de la impresora, y cuando estuvieron listos, los metió en una carpeta pequeña y salió de su despacho. Algo en su interior le decía que debía poner en orden algunos asuntos antes de que su pueblo se convirtiese en una feria de chismes.

A medida que el sol ascendía en lo alto del orbe azul, las brumosas nubes bajas se iban dispersando y filtraban algunos rayos solares entre los huecos de su espeso manto, como si se tratase de una presencia divina que intentase apartar unos tupidos arbustos que no le dejaran observar lo que sucedía debajo.

Sebastián aceleró el paso intuyendo el calor que se avecinaba, y cargándose de nuevo la bolsa sobre el hombro, se internó bajo el pasaje natural que creaban las espigadas encinas. Se maravilló una vez más de la enorme belleza que encerraba aquel rincón del mundo, ubicado en plena sierra.

El cartel se hizo visible en cuanto abandonó el sendero, y resoplando y sudando por todos los poros de su piel, se adentró en el recinto. Un escalofrío —no supo si de temor o de placer—, le recorrió la espalda hasta extinguirse en la parte alta de las nalgas, y sintió la adrenalina correr por todas y cada una de las venas de su cuerpo. Cuando llegó al porche delantero del impresionante edificio, se detuvo para admirar la fachada, y un peso opresivo le golpeó el pecho de forma casi física. Se sacudió aquella sensación moviendo la cabeza enérgicamente, y dejó caer la pesada bolsa contra el suelo polvoriento. Sudaba profusamente, así que se quitó el suéter y se dejó puesta únicamente la camisa, que se le había pegado a la espalda y mostraba las señales de aquel caluroso día de enero. Se enjugó el sudor de la frente con la manga, y de inmediato abrió la bolsa y comenzó a hurgar dentro; a medida que descartaba los objetos que no iba a utilizar, los colocaba cuidadosamente al lado, sobre la superficie porosa de cemento del porche. Cuando encontró el objeto que buscaba, se puso a trabajar con dedicación.

Cuando el círculo ardiente del sol estaba ya alto, hizo una pausa para beber agua y comer un sándwich, y se alejó caminando entre las pistas deportivas. Aunque se encontraba descuidado, aquel recinto debía de haber sido impresionante en sus buenos años. Dejó atrás el sendero de grava que conducía a los dos pabellones anexos al principal, y se internó en la zona que un día debió de albergar unos magníficos jardines. Por un instante pudo imaginarse a los familiares más jóvenes jugando al fútbol, desenfadados, y a sus bonitas madres junto a aquel jardín, cuidando de los rosales y cuchicheando secretillos con la mano sobre la boca, pudorosas a la par que

traviesas. Rodeó el margen de una gigantesca nave que en su día sirvió como garaje, y accedió con un ágil salto a la zona de carga. Había recorrido aquel sitio infinidad de veces, pero con cada una de ellas, acababa descubriendo algún lugar desconocido y fascinante. Intentó abrir una de las puertas que conducían a la parte interior de los sótanos, pero aunque la madera estaba resquebrajada y astillada, el cerrojo se mantenía firme, y el pasador no cedió ni un milímetro. Anotó mentalmente traer una cizalla para la próxima vez. Cuando regresó al porche delantero, el calor ya apretaba de lo lindo —a pesar de encontrarse en pleno invierno—, y decidió ponerse manos a la obra antes de que llegase el medio día. Sacó de la mochila la pala plegable, y alargó el mango telescópico. En pocos segundos, la pequeña herramienta se había convertido en un eficaz utensilio. Eligió con deliberada atención el punto seleccionado, y se empleó a fondo hasta que un zumbido estridente rompió su concentración. La música que escapaba del bolsillo de sus desgastados vaqueros desentonaba en aquel oasis de paz y calma tanto como una escoba en un desierto, por eso necesitó más tiempo del necesario hasta que se dio cuenta de lo que sonaba de aquella manera era su móvil. Descolgó entre jadeos, y se quitó el sudor de los ojos con la empapada manga de la camisa.

—¿Diga?—contestó—. No, ahora mismo estoy en la iglesia. De acuerdo, déjeme veinte minutos para darme una ducha y nos vemos allí. De acuerdo, gracias por el favor.

Cuando guardó de nuevo el teléfono distraídamente en su bolsillo, una sonrisa había aparecido en su rostro bañado por el sudor. Se apresuró a guardar los utensilios en la bolsa, y se aseguró de que en esta ocasión no se quedase adherido a la base de la pala ni un solo terrón de tierra seca. Antes de entrar en el sendero de encinas, se giró y volvió a observar el complejo de pabellones. Volvería por la noche, siempre trabajaba mejor de noche.

Por tercer día consecutivo, mantuvo las persianas cerradas y solo se permitió el lujo de encender la pequeña lamparita que descansaba en la mesa de estudio del salón. Dio un traspié al tropezar con la esquina de un mueble bajo, y sintió un dolor atroz en la espinilla, allí donde se había golpeado. Lanzando improperios, abrió el frigorífico y constató con pesar que se le estaban acabando los suministros. Sabía que algún día tendría que salir de allí, pero había esperado que eso sucediese cuanto más tarde mejor. Agarró un paquete de seis cervezas y se las llevó al salón, donde se dejó caer en el manchado sofá en el que llevaba vegetando las últimas setenta y dos horas. Intentó de nuevo hacer memoria de qué es lo que podía haber sucedido aquella noche, pero una laguna enorme y oscura se cernía allí donde debían hallarse los recuerdos. Lo único que acudía a su mente una y otra vez era ese cuerpo, la sangre y aquellos miembros desmadejados en esa imposible postura...; sintió ganas de vomitar de nuevo, pero en lugar de eso, se tomó una lata de cerveza de dos grandes tragos. Si podía mantenerse ebrio el mayor tiempo posible, tal vez las terribles imágenes desaparecieran. Lloró de nuevo, y una vez más, se extrañó al no haber escuchado golpes en la puerta pronunciando su nombre, golpes que lo llevarían en volandas a la cárcel de donde no volvería a salir. Sus huellas debían de estar por todas partes en ese escenario macabro de locura, y aún así, nadie había venido a buscarlo. Abrió otra lata y la vació en cuatro largos tragos, arrojando después el envase a un rincón de la oscura sala. En aquel instante una idea perforó entre las brumas de su mente, y por más que luchó para expulsarla de allí a base de cerveza, permaneció inamovible, como un faro en medio de un mar neblinoso. Si nadie había acudido aún en su busca, quizá podía ser porque todavía no habían encontrado el cuerpo. Maduró aquella premisa, y dio por elemental aquel supuesto, por lo tanto, todavía no estaba todo perdido; se vistió, y cuando acabó el resto de la cerveza, salió al deslumbrante sol del atardecer invernal.

El edificio era un auténtico vertedero. Cristóbal siempre había estado en aquella zona del pueblo por la noche, y generalmente, borracho, por lo que no se había dado cuenta hasta aquel momento del deprimente estado que presentaba el barrio a plena luz del día. Los desperdicios de comida basura, botellas vacías y prendas de ropa desgarrada se acumulaban en los rincones del parque adyacente, dotándole el aspecto de zona de guerra de yonkis y alcohólicos, más propio de un documental de crítica social, que de un pueblo familiar como Malón.

Se apresuró a meterse en el portal antes de que nadie pudiera verlo, y una vez al amparo protector del bloque, si sintió mucho más relajado. No creía que nadie le hubiera visto, aunque si debía testificar en algún momento ante cualquier juez, podría alegar que había ido hasta allí para hacerse con algo de marihuana.

El apartamento que buscaba no denotaba signos de actividad alguna, ni civil ni policial, y por algún motivo que no supo descifrar, aquello le produjo una sensación incómoda. Recorrió despacio el pequeño pasillo en que se encontraban tres viviendas más —aparentemente deshabitadas—, y cuando estuvo ante la puerta que buscaba, no supo cómo actuar. Hasta aquel momento, siempre que había ido hasta allí se encontraba borracho o drogado, y jamás le había preocupado la cuestión de quién se podía encontrar tras la puerta, simplemente llamaba y esperaba a que alguien le hiciese pasar. Normalmente, siempre era ella, tan borracha o drogada como él mismo, y normalmente apenas intercambiaban saludos o palabra alguna, simplemente ella dejaba abierta la puerta, y él entraba. Hizo el amago de llamar al timbre, pero lo pensó mejor y apoyó la mano sobre la superficie deslustrada y cubierta de arañazos de la puerta de madera. Se abrió sin esfuerzo. Pensó en llamarla, en susurrar su nombre con la esperanza de que todo se hubiera tratado de un mal sueño, de un viaje alucinógeno demasiado duro tras pasarse con las setas, pero aunque le hubiera gustado creerlo, sabía que aquello no era lo que había sucedido. Penetró en la vivienda, despacio, intentando no hacer ruido y con la firme intención de darse la vuelta y salir corriendo a la más mínima señal de sorpresa. Todo estaba tal y como lo recordaba de sus anteriores noches de diversión, donde acudía cuando necesitaba una evasión que lo alejase del mundo. La mesa del comedor seguía estando repleta de

papeles de fumar arrugados, hebras desperdigadas de tabaco, y un par de pipas de agua volcadas. Nada fuera de lo normal. Caminó despacio entre los restos de bolsas de patatas fritas del suelo, y se dirigió hacia el final del pasillo, donde sabía que se encontraba el dormitorio.

Cristóbal conocía poco o nada a Natalia, simplemente porque no había tenido la intención de hacerlo. Únicamente sabía que ese no era su verdadero nombre —ella se lo había confirmado una vez entre las brumas de una cachimba—, y que procedía de Ucrania. También sabía que trabajaba en un pueblo cercano a Malón en un “bar de copas”, donde se encargaba de la barra los fines de semana. En realidad, a Cristóbal todo aquello no le había importado lo más mínimo cuando ella se lo reveló, pues a él lo único que le hacía falta saber era que ella disponía de drogas y alcohol los días que necesitaba verla. Tampoco era imprescindible para él que tuvieran sexo, pero si lo había, bienvenido fuera.

Agarró el pomo pegajoso de la puerta del dormitorio, y se preparó para volver a ver la escena dantesca que había presenciado la última vez que había estado allí, pero cuando entró en la desvencijada alcoba, no encontró nada. A decir verdad, lo encontró todo, y eso era lo extraño en aquella situación. Cristóbal recordaba aquella habitación, y tenía presente qué era lo que no encajaba allí. No había cuerpo, ni sangre, y eso, aunque era lo que él había deseado, no cuadraba con la escena que había visto tres noches atrás. Pero lo que más le llamó la atención fue el orden en que se encontraba la recámara, pues la cama estaba perfectamente alisada, la ropa colocada pulcramente en las perchas del armario, y el suelo, los muebles y la cómoda espléndidamente limpios. Todo en ese lugar parecía haber sido cuidadosamente higienizado, y estaba seguro de que no había sido obra de Natalia. Con pasos cortos avanzó por el dormitorio hasta llegar a la cama, donde pasó la mano con suavidad por encima de las sábanas con olor a lavanda. Parpadeó varias veces con fuerza, seguro de que en algún momento volvería la realidad a su vida y la habitación seguiría repleta de sangre, suciedad y un cuerpo destrozado, pero eso no ocurrió. Sin saber qué debía hacer a continuación, se paseó con la boca abierta por el cuarto, intentando aclarar sus ideas, cuando se percató del sonido. Cuando prestó más atención, le pareció escuchar algo parecido al aleteo de un pájaro, como si hubiera quedado atrapado en algún rincón y luchase frenéticamente para escapar de aquella habitación con efluvios a desinfectante industrial. Buscó bajo la cama, detrás de los muebles, en los armarios y las esquinas, pero allí no había ni rastro del ave o de cualquier otra

cosa que pudiera producir el sonido de batir de alas. Desesperado —encontrar la fuente de ese sonido se había convertido, por algún motivo que no supo definir, en algo tremendamente crucial para él—, rebuscó en los cajones, entre la ropa interior y bajo las sábanas, pero no encontró nada fuera de lo común. A pesar de eso, el aleteo no se detuvo, sino que se hizo aún más intenso y acuciante, como si quisiera desafiarlo. Lanzó un grito, desconcertado y furioso, al mismo tiempo que comenzaba a perder los estribos y golpeaba con fuerza uno de los cajones a medio cerrar de la cómoda. Entonces, cuando ya estaba a punto de darse por vencido, lo vio. Estalló en una risita nerviosa al principio, que poco después se convirtió en una carcajada que no pudo reprimir. Gruesas lágrimas le rodaron por las mejillas, y necesitó de ambas manos para sujetarse el estómago a la altura de las costillas, donde había comenzado a dolerle y a faltarle el aire. Se obligó a dominarse, aunque cuando por fin se acercó hasta la ventana, no pudo evitar que la carcajada volviese a repetirse. Atrapado entre el marco y la contraventana, allí donde la mosquitera no había conseguido llegar a cerrarse del todo, se encontraba un panfleto de publicidad que se agitaba en su mitad libre al ritmo del viento que se colaba por la abertura. Cristóbal tuvo que reconocer que se asemejaba bastante al batir de las alas de un pájaro, por lo que se disculpó a sí mismo por aquel error. Atrapó el papel, que era uno de esos folletos tipo *flyers* publicitarios que se colocaban en los parabrisas de los coches, y la sonrisa se le borró del rostro. De nuevo, toda la realidad de la chica llamada Natalia —que en esencia no se llamaba así, pero no la conocía de otro modo—, volvió a su mente con tanta fuerza que casi le pareció sentir el golpe físico allí dentro. La sangre, el cadáver, el cuerpo retorcido en esa posición tan antinatural. Sintió náuseas y esa sensación tan acuciante de nuevo, esa en la que el aire no le llegaba a los pulmones y necesitaba salir de esa casa si no quería morir asfixiado. Abandonó el dormitorio a toda prisa, y cruzó como una exhalación el pasillo y el comedor, sin detenerse siquiera a cerrar la puerta de entrada. No paró de correr hasta que hubo dejado atrás el parque y se encontró al otro lado del barrio. Sacó el papel encerado que había guardado en el bolsillo trasero de su pantalón, y leyó de nuevo la publicidad en chillones colores rojo y verde.

*Tu lugar de copas “El Sitio”, con
el mejor ambiente, y esta semana,
con actuaciones en directo.*

¡¡¡Ven y conócenos!!!

Cristóbal no entendía qué podía haber ocurrido esa noche con Natalia, ni tampoco dónde estaba el cuerpo que había visto aquella mañana, ni quién podía habérselo llevado, pero de algo sí estaba seguro, y era que si Diógenes Marín estaba mezclado en el asunto, no podía significar nada bueno. De cualquier manera, él estaba decidido a averiguarlo, pero antes necesitaba tomar una copa.

A pesar de encontrarse en unas condiciones deplorables, reunió el ánimo suficiente para salir de la cama, darse una larga ducha caliente, y colocarse los pantalones —al menos de subírselos hasta la cintura—, antes de volver a desmayarse a los pies del perchero. Cuando despertó, bien podrían haber transcurrido apenas unos minutos, o quizá varios días; jamás hubiera puesto la mano en el fuego por ninguna de las dos opciones. Se dijo a sí mismo que debía dejarlo, que existían mejores formas de autodestruirse que la bebida, o por lo menos, más rápidas. Se puso en pie, y sintió los característicos síntomas de las resacas duras, aquellas que su antiguo colega de cogorzas llamaba “las mortíferas”; eso fue antes de que se lo llevase por delante un camión en la N-330 mientras cantaba “*I believe I can fly*” más borracho que una cuba. Probablemente, aquella sí que había sido una buena *mortífera*.

En condiciones normales, ni siquiera habría hecho el intento de moverse de la cama hasta la mañana siguiente, pero tenía un objetivo al cual no podía dar la espalda. Se dirigió de nuevo al baño, y con la maestría que concede la experiencia, vomitó hasta el último resto de cualquier cosa que le quedase en el estómago. Aunque con los ojos enrojecidos y el sabor a bilis inundándole la garganta, se encontró mucho mejor, lleno de energía. Como rezaba la última canción que había entonado su amigo antes de ver sus sesos repartidos por la parrilla del enorme Iveco, creía que podía volar. Con aquella sensación que suponía perdida mucho tiempo atrás, se puso una camisa medio limpia, y se marchó en dirección a “El Sitio”. Debía ver a alguien y empezar a encajar las piezas de aquel maldito rompecabezas.

Sebastián había pasado la mañana encerrado en la sacristía, escribiendo una lista de acciones a seguir en los próximos días. No era que le quedase mucho tiempo que digamos, así que necesitaba aclararse la mente y aprovecharlo al máximo.

En los últimos días se había visto lastrado por la constante vigilancia de Adela, que se paseaba por la iglesia fingiendo trabajar, con el único fin de husmear en la vida del nuevo párroco. Debía quitarse de encima a esa Perry Mason beata antes de que se le escapase todo el tiempo de que disponía, así que optó por una alternativa desesperada pero eficaz; beber. A medio día se había metido entre pecho y espalda dos petacas de whisky escocés y lo había macerado con todo el vino que había podido reunir en la sacristía. Cuando consideró que la “tajada” ya era importante, masticó una docena de sugus rancios que encontró en los bolsillos de una de las sotanas, para eliminar el olor del alcohol. Aguantó las náuseas hasta que estuvo en mitad de presbiterio, y cuando Adela dejó de colocar los cirios y se giró para mirarlo, Sebastián vació el contenido de su estómago sobre uno de los bancos cercanos. Ella acudió de inmediato para asistirlo, y él, volvió a doblarse por la mitad con unas tremendas sacudidas.

—¡Padre, padre!—gritó la mujer poniéndole una mano en la espalda—¿Se encuentra usted bien?

—Pues... —nueva arcada—, creo que la ración de callos de la cena de anoche no debió de sentarme muy bien.

Se dobló de nuevo, pero por más que lo intentó, no pudo volver a vomitar.

—Debí de imaginármelo cuando Antonio me sirvió todos los que le quedaban en el expositor.

—¡Ya le he advertido que no vaya a cenar en el bar de ese hombre!—respondió airada—. ¡Es un paraíso para los gérmenes!

La mujer soltó un pequeño grito, que sofocó al instante con su menuda mano. Ni siquiera ella podía creer que se hubiera atrevido a proferir un comentario semejante.

—Lo, lo... siento, no era mi intención, lo del... paraíso, decirle a usted donde...

Sebastián atajó sus exageradas disculpas y se inclinó. Los ojos se le habían puesto de un rojo encarnado, y un fino hilo de mucosidad le chorreaba hasta

el labio superior. Hizo un gesto, y se llevó la mano a la boca, tratando de contener una arcada que no existía en realidad.

—Si no le importa, me gustaría ir a mi casa a descansar un poco—susurró—. Seguro que esta tarde ya me encuentro mucho mejor.

La mujer agitó la mano de forma vehemente, con tal fuerza que Sebastián sintió la ráfaga de aire como si acabaran de abanicarle con una hoja de palma gigante.

—¡De eso nada!, yo me ocupo, usted descanse y tómese el tiempo que necesite.

—¿Seguro?, es que la misa...

—¡Hasta el domingo, aquí no hace usted falta para nada!

De nuevo se llevó la mano a la boca, y se quedó paralizada ante su enésima grosería. Sebastián le propinó un beso en la frente con la candidez que se le dedica a un niño, y se marchó dando tumbos hasta la puerta. Cuando estuvo fuera, el sol le dañó los ojos, y se preguntó cómo iba a realizar la misión que se había propuesto en el estado en que se encontraba.

Roberto se encontraba tan débil que apenas pudo levantar la copa para llevársela a los labios. Llevaba tres días sin salir de su estudio, y solo cuando la necesidad de ir al baño o de comer algo sólido le acuciaba, se permitía abandonarlo en breves y apresuradas escapadas. Verónica se había marchado al principio de esa semana, aduciendo que necesitaban concederse algo de espacio para “meditar” sobre su relación, pero a Roberto aquello siempre le había parecido una forma suave de insinuar que te estaban dejando. Al principio no le importó, pero cuando las sombras del atardecer llegaron a la enorme vivienda, se sintió más solo que nunca en su vida. A su mente acudió esa frase de: *“no se sabe lo que se tiene hasta que se pierde”*, y en cómo la utilizamos a diario de forma indiscriminada, sin aplicarle el valor que realmente tiene. En ese justo momento, mientras que Roberto buscaba a tientas en el fondo de un armario algo en conserva que no tuviese que cocinar, el significado de la frase le golpeó con todo su peso, un golpe físico que hizo que tuviera que buscar asiento en una silla cercana. Sintió cómo las lágrimas afloraban desde su pecho y escalaban ansiosas por su garganta, pero las reprimió con un esfuerzo titánico, pues sabía que si las dejaba salir, sentado allí en la cocina, en la más absoluta oscuridad, no tendría la fuerza suficiente para poder contenerlas después. Lo peor de todo aquello era que no entendía qué había pasado. Él sabía que no era un marido modelo, que debía de haber sido muy difícil aguantar toda esa situación, y que en ocasiones, se había comportado como un verdadero ingrato, pero desde que vivían en Malón su relación había dado un giro radical. Era cierto que a veces debía esforzarse en ser cariñoso con su mujer y no siempre sabía conseguirlo, y también se imaginaba lo extraño que debía resultar que a veces, la persona con la que vivías te mirase de una forma extraña, como si no te conociese, pero Verónica sabía que no lo hacía a propósito. Habría esperado gritos, reproches y un abandono furioso; llevaba esperándolo desde que saliese del hospital dos años atrás, pero lo que había visto la mañana en la que Verónica salió de la casa, maleta en mano, eso le había pillado por sorpresa. Había visto miedo en sus ojos, y Roberto no podía comprender a qué le temía la mujer que había pasado junto a él media vida.

Se puso en pie cuando se sintió mejor, y agarró distraído una bolsa de pistachos que ni recordaba haber cogido. Se adentró entre las sombras que

dibujaban ángulos imposibles a medida que los últimos rayos de claridad abandonaban el horizonte, y volvió al único lugar donde conseguía aislarse totalmente del resto del mundo: su estudio, entre las teclas articuladas de la Underwood.

Había perdido totalmente la noción del tiempo cuando escuchó los golpes. Le dolían los ojos, y las yemas de los dedos se le habían llenado de callosidades inflamadas que amenazan con reventar en cualquier momento. Cuando pensaba que había sido cosa de su imaginación (o de la cantidad de horas que llevaba frente a la máquina tecleando), lo escuchó de nuevo. Un golpe sordo, apagado, como el que hace un palo al golpear un colchón. Se puso en pie, y casi deja caer el ancho vaso que reposaba al borde del escritorio de teca. Aguzó el oído, y de nuevo, allí estaba, ese sonido ahogado, amortiguado, como si viniese de otra realidad y llegase hasta los tímpanos de Roberto a través de un mar de gasas aldonadas. Buscó a tientas algo contundente con lo que golpear, pero lo único persuasivo en aquella habitación era la pesada Underwood, y no creía que pudiera levantarla aunque contase con un gato hidráulico. Se fijó en el vaso, y se le ocurrió que al menos podía ser hiriente en caso de confrontación.

Abandonó la sala en mitad de la penumbra reinante de la casa, y se dirigió a ciegas, sorteando los muebles—con los que se había familiarizado a base de golpes de espinilla—, hasta el origen de donde provenía el extraño ruido. A medida que se acercaba al salón, el sonido se hizo más nítido y claro, y distinguió algo parecido al tintineo de cristales. Se acercó hasta el extremo de la pared que se encontraba más alejado del lugar de donde provenían los chasquidos, y rozó con suavidad el interruptor de la luz, preparado para lanzarse con toda la violencia que fuese capaz contra el intruso. Pulsó la llave, y una luz azulada bañó la estancia. Inclinado sobre el mueble-bar se encontraba un hombre, rebuscando entre las botellas del estante inferior con otro vaso idéntico al que portaba como arma Roberto.

—¿Se puede saber por qué cojones tienes todas las luces apagadas?—interrogó con un deje de irritación en la voz—. Casi me rompo la rodilla con esa mierda de mesa enana de ahí.

—Es un baúl.

—¿Qué?

—Que es un baúl chino.

Roberto no sabía por qué le parecía tan importante remarcar ese punto, pero supuso que en aquel momento no se le ocurrió nada más que decir. No

se acordaba de haber coincidido con ese hombre jamás, pero no le inquietaba ni lo más mínimo que se hubiera colado en casa como un vulgar ladrón, aunque en lugar de buscar joyas, saqueara su alcohol.

—Pues eso—respondió el cura metiendo la mano en el aparador de las bebidas—. Lo que yo he dicho, un baúl. ¿Es que no tenéis whisky en esta casa o qué?

Roberto se acercó y sacó un cilindro metálico, que entregó de malos modos al tipo, que portaba un alzacuellos de cura.

—Esto ya es otra cosa—se relamió, sacando la botella del envase y sirviéndose una generosa cantidad de licor en el vaso.

—¿Qué demonios está haciendo aquí?—preguntó Roberto en tono neutro—. ¿Cómo ha entrado en mi casa?

Sebastián se dio la vuelta y clavó su acerada mirada en el hombre que tenía delante. Tardó bastante en contestar, y cuando por fin lo hizo, la voz le falló. Parecía un niño asustado al que han sorprendido haciendo alguna travesura.

—Roberto, amigo, necesito tu ayuda—confesó—. Se me acaba el tiempo y creo que estoy metido en un buen lío.

El escritor asintió, como si el hombre en realidad fuese un amigo y no un extraño. Sentía dentro de su pecho que ese tipo no era una amenaza, sino alguien a quien debía escuchar. En parte, porque aquel rostro era el único que había visto en dos años que le resultaba familiar.

Llevaba más de dos días montando guardia ante las puertas dobles, y se dio cuenta de que era el miedo el que le impedía entrar. Se había repetido una y mil veces que ya poseía lo que necesitaba para poner a ese cabrón contra las cuerdas, pero cuando se disponía a dar el paso, algo dentro de él le gritaba —no, clamaba, en realidad—, que se alejara de allí, que huyese de ese maldito pueblo, de ese mal nacido de Diógenes y de cualquiera que tuviera que ver con Malón. Ya llevaba mucho tiempo repitiéndose aquella patraña, pero en su fuero interno sabía que no lo haría. Estaba atrapado en ese condenado pueblo de una forma tan endiablada, que supo con certeza que si algún día traspasaba sus límites con la intención de huir, un rayo caería del cielo y lo fulminaría contra el suelo, reduciéndolo a una masa de escombros humeantes.

A pesar de que las fiestas de Navidad ya habían terminado, y de que solo era un martes corriente, el cartel de neón del local seguía destellando, y las puertas dobles del antiguo palacete continuaban abiertas. Cristóbal echó una ojeada a su viejo reloj y se sorprendió de la hora; no tanto por el hecho de que el local continuase abierto, sino por la circunstancia de que llevaba allí plantado casi tres horas. Avanzó —trastabillando un poco de forma deliberada—, y cruzó la puerta sin que el gorila que había salido a fumar se molestase siquiera en mirarlo. Cristóbal era el borracho más famoso de Malón, y aunque él no era cliente de aquel tugurio desde hacía muchos años, a nadie le iba a extrañar verlo por allí para tomar la penúltima copa. El local estaba desierto, con la única excepción de un camarero que Cristóbal dudaba hubiera cumplido ya la mayoría de edad. El chico observó con una mirada lánguida al nuevo cliente, y esbozó lo que pretendía ser una sonrisa amigable. Cristóbal pasó de él y se dirigió a la puerta de roble del otro extremo.

—¡Eh, caballero!— inquirió el joven—. ¿Dónde cree que va?

Toni entró de inmediato, alertado por el grito del camarero, pero Cristóbal ni se inmutó y continuó caminando con dificultad fingida hacia las puertas. El portero clavó la mirada en el joven de detrás de la barra, bastante molesto por la interrupción de su cigarrillo, y volvió a salir sin explicarle al muchacho que aquel cliente era del todo inofensivo.

El local no estaba tan vacío como el bar de la otra habitación, pero tampoco se encontraba en uno de sus mejores días. Un par de compañeros de borracheras ocasionales de Cristóbal se acodaban adormilados en la barra,

mientras que alguno más intentaba regatear con alguna de las aburridas camareras. Cristóbal echó un rápido vistazo a la sala, y localizó enseguida lo que estaba buscando. Avanzó con paso decidido —ya no fingía estar ebrio—, y se puso delante del hombre que estaba instalado en el reservado. Ninguno dijo nada durante más de un minuto completo, aunque ambos se observaban como dos animales a punto de entrar en una lucha a muerte.

—¿Qué haces tú aquí?—dijo al fin el hombre, cerrando delicadamente la tapa de un portátil—. Ya sabes que no te quiero en mi local.

Cristóbal no abrió la boca.

—¿Estás borracho o qué?— interrogó de malos modos—. ¡Lárgate de aquí antes de que te meta este ordenador por el culo!

Cristóbal continuaba sin mover un solo músculo, con los ojos llenos de furia y el rictus torcido. Diógenes, incómodo ante aquella mirada, se puso en pie y optó por la opción de los cobardes: intimidar.

—Mira, chalado de mierda— gruñó, aunque sin acercarse demasiado al tipo que se había sentado en su reservado—. Si no sales de aquí como un cohete, le diré a Toni que...

—Soy un cobarde—atajó Cristóbal—. Soy un cobarde por haberme callado durante todos estos años.

Diógenes abrió la boca para decir algo, pero durante una fracción de segundo, una debilidad impropia de un tipo como él se apoderó de la situación. Buscó apoyo en el respaldo acolchado del reservado, y pareció buscar reservas de una energía que se le escapaba por todos los poros de su cuerpo.

—Soy un cobarde por aceptar mi pecado—continuó en tono monocorde Cristóbal. No había una sola inflexión en su tono de voz, por lo que Diógenes no sabía si estaba enfadado o solo borracho—. Un grandísimo cobarde por intentar refugiarme en la bebida para acallar mis demonios, esos demonios que parecen crecer con cada bote de cerveza que me trago.

El dueño del local se dejó caer en el acolchado sillón de color malva, y soltó el aire como si hubiera estado reprimiéndolo dentro de sus pulmones.

—Mira tío, yo no quiero historias...

—Y ahora, cuando no estoy borracho, cuando me levanto por la mañana sobrio, allí están, mis pecados de nuevo.

Diógenes se dio cuenta de que ni siquiera le estaba diciendo todas aquellas cosas a él, que aquel tipo tenía la mirada perdida por encima de su hombro.

Casi soltó una carcajada histérica, cuando le vino a la mente una de esas máquinas de tabaco que te daban las gracias con voz metálica. No sabía cómo actuar; normalmente era él el que solía infundir miedo a los demás, pero Cristóbal le crispaba los nervios.

—La veo, siempre está aquí—en aquella ocasión sí enfocó sus ojos en Diógenes. Una ira que no era de este mundo destelló entre las vedadas luces fluorescentes del pub—. Pero eso acabará esta noche. Voy a saldar cuentas con todos nosotros, y por fin enterraré a los muertos.

Sin decir nada más, se puso en pie y se marchó del local.

—¿Y a dónde ha ido?— preguntó.

Ambos se habían acomodado en el espacio que dividía el enorme salón por la mitad, donde dos amplios sofás rodeaban una mesa de cristal templado del tamaño de un automóvil. Unos vasos y una botella reposaban como única decoración sobre la transparente superficie de vidrio tintado.

—No tengo ni idea—admitió afligido—. Lo único que me dijo es que debíamos darnos un tiempo.

—Un tiempo está bien—murmuró—. Quizá hasta te aclare la mente.

—La verdad es que no sé qué me ocurre—inquirió llevándose ambas manos a la frente, a punto de ponerse de nuevo a llorar.

—Es por tu naturaleza, por nuestra naturaleza—aclaró—. El ser humano basa su existencia en la firme creencia de que la vida le debe algo, y por consiguiente, se esfuerza con toda su alma en ser feliz de la manera equivocada. Nos convertimos en auténticas máquinas autodestructivas, perfectamente engrasadas para teñir cualquier situación normal en una apología de autocompasión sin límite y que nos conduce, literalmente, a la más pura y absoluta infelicidad.

—¿Y no tiene solución?

—Sí, el whisky—alzó su copa—. O en su defecto, el Bourbon, pero siempre y cuando sea canadiense.

Ambos bebieron pensativos.

—Pero nunca la ginebra—repitió para sí mismo entre dientes—. Esa mierda se hace con bayas de enebro, ¡de enebro, por Dios!

Como si lo hubieran pactado, cada uno apuró el contenido de su vaso en silencio, y acto seguido, Roberto los volvió a llenar. Ninguno habló hasta mucho más tarde, cuando ambos terminaron de rumiar su propia situación.

—¿Y cuál es ese problema tan grave que te hace colarte en mi casa a beberte mi Laphroaig de 18 años?

El párroco observó el cilindro de color aluminio donde había estado guardada la botella, y esbozó una sonrisa débil.

—Como ya te he contado, me estoy muriendo—Roberto apreció en su tono más decepción que pena—. Y en realidad no estoy en este pueblo por casualidad.

—¿Qué quieres decir?

—En mi obispado no saben que yo estoy aquí—confesó—. Piensan que la sustitución hasta que llegue el nuevo párroco la está cubriendo el señor Talavera.

—¿Pero por qué has hecho eso?

El cura se puso en pie, y tomó asiento al lado del escritor.

—Roberto, voy a confesarte mi verdadera historia—dijo poniéndole un brazo amistoso sobre el hombro—. Pero te lo advierto, en esta fábula no aparecen hadas ni duendes, sino asesinos y fantasmas.

El hombre asintió, y el cura comenzó su relato.

—Glioblastoma multiforme— concretó con la voz pastosa.

—¡Vaya!

—Sí, de grado cuatro—esbozó una sonrisa torcida—. Si no fuese algo que va a acabar matándome, acabaría tatuándomelo en el pecho, como si se tratase de un grupo de música.

Sebastián ojeó la botella vacía de Laphroaig, y se levantó de la silla con esfuerzo. Tambaleante, se acercó hasta uno de los armarios del fondo, y abrió uno de los cajones inferiores. Mostró a Roberto una botella de color dorado más pequeña de lo habitual.

—¿Tenías guardada esta maravilla para una ocasión especial?—Roberto se encogió de hombros, indicándole que ni siquiera sabía que estaba ahí—. Pues supongo que alguien te cuente que un tumor le está devorando el cerebro, se puede considerar un evento exclusivo, ¿no crees?

Admiró la botella con forma de lágrima, y tras un leve titubeó, le quitó el precinto.

—Me la regaló un buen amigo a la vuelta de uno de sus frecuentes viajes, pero hacía tiempo que la había dado por perdida—explicó mientras el párroco luchaba con el tapón de corcho—. ¿Sabes que lleva el nombre de un reverendo?

—¿En serio?

—En serio. Elijah Craig— se la quitó de las manos, y por fin consiguió abrirla; comenzó a rellenar los vasos de nuevo—. El tío decidió reutilizar unos barriles de whisky que no se habían quemado por completo en un incendio, y ¡voilà, bourbon al canto!

—A la salud del reverendo—celebró Roberto alzando su copa—. Supongo que ahora ya sí que la puedo dar por perdida.

Tras un breve silencio, el escritor se inclinó hacia adelante y fijó su mirada en la del cura.

—¿Es incurable?

—Del todo.

—¿Cuánto te queda?

Sebastián apuró el resto de su copa y torció el gesto en una mueca de desagrado. Sin responder, agarró la botella —que ya estaba a la mitad de su

volumen—, y admiró el licor ambarino a la decreciente luz del atardecer.

—¿Sabes algo de ese asesinato?—balbuceó, trabándose un par de veces en la palabra asesinato.

—¿Qué?

—Si hombre, esa chica a la que han encontrado muerta en la cima de La Perdiz.

Roberto se quedó totalmente inmóvil, como si alguien hubiese pulsado la tecla de pausa en un mando gigante. De repente, su mano comenzó a temblar, imperceptiblemente al principio, sufriendo violentas convulsiones después. El bourbon saltó por el borde de la copa y acabó derramado por el suelo impecable del salón.

—¿Cómo dices?—ya no quedaba en su tono ni rastro del efecto etílico—. ¿Qué chica?, ¿asesinato?

—¿Pero en qué mundo vives?—el cura acercó una fregona vieja y se dispuso a limpiar el alcohol que Roberto había derramado por el suelo—. ¡En el pueblo no se habla de otra cosa!

—Yo no salgo mucho—susurró lóbrego—. ¿Cuándo ocurrió?

—El día de Año Nuevo— respondió el cura, que también parecía encontrarse más sereno que hacía un minuto—. ¿Por qué?

—Supongo que creí que lo había soñado. Quiero decir, sé que no fue un sueño, pero esperaba que así hubiese sido.

—Cálmate Roberto—tranquilizó el cura—. Puede que solo sea una coincidencia, que no tenga nada que ver con lo que tú viste aquel día.

—¡No lo comprendes!—explotó—. Pensé que había perdido la cabeza, que mi enfermedad me estaba haciendo ver cosas que no existían en realidad, pero sé lo que vi, ¡lo sé!, y ahora, ahora encuentran a esa chica, ese... cadáver, y yo lo vi, ¡no lo entiendes, vi cómo la asesinaban!

Sebastián decidió que ya estaban lo bastante alterados, y guardó el resto de la botella de bourbon en el segundo cajón de la mesita. Cuando se acercó de nuevo al escritor, se dio cuenta de que Roberto buscaba algo entre las sombras, algo que él no era capaz de imaginar de qué podía tratarse.

—Sea lo que sea, esta noche ya no solucionaremos nada—le puso una mano amistosa en el hombro—. Y necesito que me ayudes, para eso estoy aquí, no para beberme tu whisky.

El escritor pareció tranquilizarse un poco, aunque sus ojos seguían moviéndose alrededor de la zona en tinieblas que se extendía al fondo del

salón, y su boca se abría y cerraba como intentando pronunciar unas palabras que morían en el fondo de su garganta. Un minuto después, clavó su mirada en Sebastián y dejó de temblar.

—Tienes razón—asumió—. Esta noche ya no conseguiré nada alterándome.

—¡Pues claro que tengo razón, soy cura, por Dios!

Una idea cruzó en ese instante por la mente de Roberto, y su rostro, taciturno desde la noticia, pareció iluminarse desde dentro.

—Se me ha ocurrido algo—exclamó—. ¿Por qué no te vienes mañana a cenar? Por algún motivo, tu rostro es el único que puedo reconocer tras una conversación, y eso parece serenarme, así que, ¿Por qué no?

El cura lo pensó unos segundos, y esbozó una sonrisa.

—Estaré encantado.

—¡Perfecto!—se dirigió a la salida exultante—. Oye, ¿y dices que nos conocemos?, no recuerdo...

—Oh, más de lo que crees—salió al porche, y se subió las solapas de su abrigo ante el cortante aire de la sierra—. Lo importante es que ahora debemos ayudarnos, porque si entre los amigos no nos apoyamos, nadie lo hará.

—Eso parece.

El último asesinato que había tenido lugar en el pueblo de Malón en los últimos cincuenta años se había tratado de un asalto a una tienducha del extrarradio que había salido mal. El dueño plantó cara, y el asaltante, un drogadicto con abstinencia perdió los nervios y le disparó. El caso fue rápido, ya que el atracador fue detenido en la carretera, a menos de dos kilómetros de donde había cometido el crimen. Por eso, en Malón no conocían el procedimiento de las fuerzas de seguridad en estos casos, pero todos se habían formado la idea de un gran grupo de tipos de uniforme, dando órdenes a todo el mundo y gritando constantemente. El mundo televisivo había creado demasiadas expectativas en cuanto a cosas tan graves como un asesinato. Por eso mismo, nadie dio crédito cuando un tipo de apenas metro setenta, vestido con unos simples pantalones vaqueros y una camisa roja, se presentó como Miguel Romero, policía judicial de la Guardia Civil. En la modesta comisaría no quedaba nadie, excepto el sempiterno subinspector Tomás Moreno, que le dedicó al joven una mirada recelosa.

—Lo siento, joven, pero mi hi... el oficial Javier Moreno que es quien lleva estos temas no está en este momento.

El muchacho le sostuvo la mirada divertido durante unos segundos que parecieron eternizarse, y después le ofreció la mano como saludo al viejo.

—¡Perfecto!—exclamó mientras que el policía se la estrechaba flácidamente, sorprendido—. No es ningún problema, ya me pongo yo con los archivos mientras que llega.

—¿Cómo dice?

—Que si es tan amable, me gustaría que me indicase cuál es su despacho —frunció el ceño—. ¿Por qué tendrá despacho verdad?

—Emm... sí, pero...

—¡Pues entonces todo arreglado!—cruzó el mostrador y se metió en la pequeña sala—. Me iba a instalar en el cuartel de la Guardia Civil, pero están a tope, y esto me parece más acogedor.

—Joven, le recuerdo...

—Miguel.

—¿Cómo?

—Llámeme Miguel—se dirigió hacia el pasillo que conducía a las entrañas de la comisaría—¿Es por aquí verdad?

A pesar de las quejas de Tomás, el joven se acomodó en la mesa de Javier sin mostrar el más mínimo titubeo, apartando unas carpetas y dejando la superficie despejada.

—¿Tomás, cierto?— apeló cuando el viejo se disponía a marcharse—. ¿Puede usted llamar al cuartel y pedir a cualquier agente que me acerque hasta aquí el archivador que he dejado en la garita de entrada?

El viejo se dio la vuelta y estuvo a punto de soltar algo que más tarde podría haber lamentado, pero en lugar de eso, se mordió el labio inferior y se dominó.

—También me gustaría, si no tiene nada que hacer, que me proporcionase todos los expedientes de los vecinos del pueblo que estén fichados.

El anciano se pellizcó la punta de la lengua entre los dientes y murmuró algo. Se marchó de allí a toda prisa, antes de que aquel niño acabase por sacarlo de sus casillas al final.

Miguel Romero llevaba toda la mañana revisando los informes periciales de la escena donde se había encontrado el cadáver, y husmeando entre cualquier archivo de chicas desaparecidas en la comarca en los últimos treinta años. En realidad, le había tocado el caso por su más que palpable inexperiencia en el cuerpo, ya que aquel asunto se había considerado entre los jueces una mera investigación presencial. La verdad es que no abundaban los recursos entre la sección judicial de la comarca del Noroeste, con la reciente patrulla inaugurada tan solo cinco años atrás, en la que contaban únicamente con diez agentes, y que debía prestar servicio a once municipios. En la oficina se comentaba que el paso por aquella sección era una forma de curtir a los jóvenes para el traslado a la capital, donde verdaderamente se encontraba la acción. En realidad, aquel se trataba del primer caso de asesinato que dirigía el muchacho, pero las órdenes que le habían transmitido desde la oficina judicial habían sido cuando menos, desconcertantes. Le habían “sugerido” que diese carpetazo al asunto sin perder el tiempo, pues no se trataba de un crimen reciente y el departamento del noroeste ya se encontraba suficientemente saturado con los delitos actuales como para perderse en otras antiguas complicaciones.

Cuando estaba a punto de marcharse a por un café —más que nada por respirar algo de aire fresco—, escuchó la voz de un hombre visiblemente irritado. Los gritos airados traspasaban la fina pared laminada de madera y reverberaban por toda la comisaría. Intrigado, se acercó sin hacer ruido por el pasillo que conducía a la salida, y prestó atención a cómo el viejo oficial trataba de calmar al hombre.

—Nada de eso, ¡quiero hablar con tu hijo!—repuso a voz en grito—. ¡Vaya una desfachatez!

—Ramón, te he dicho que te calles de una vez—susurró el policía—. Tenemos... invitados.

Miguel no pudo ver el gesto, pero se imaginó al viejo señalando con la cabeza el pasillo que llevaba hasta las oficinas, y en el que ahora él se encontraba espiando.

—¿Qué quieres decir?—volvió a gruñir—¡Habla claro, coño!

—A ver...

—¡Me da igual!—interrumpió—. Quiero saber qué cojones vais a hacer

con lo de ese comunicado. No quiero a un montón de policías entrometiéndose en las cosas de mi pueblo, y mucho menos...

—Hola, buenos días—se presentó el joven, abandonando el refugio del pasillo—. Me llamo Miguel Romero.

Extendió la mano, pero el hombre se le quedó mirando con cara de pocos amigos, haciendo caso omiso del ofrecimiento.

—¿Y tú quién cojones eres?—espetó cortante.

—Ya se lo he dicho, Miguel Romero.

El joven no sabía quién era aquel tipo ni por qué estaba de tan mal humor, pero se estaba divirtiendo observando la cara de circunstancias que compuso el viejo oficial de policía.

—Tomás—dijo volviéndose hacia el policía y desinteresándose del joven—. Dile a tu hijo que me llame inmediatamente. No quiero a esa patrulla de la policía judicial apoderándose de mi oficina en el ayuntamiento.

—Prefiero quedarme aquí—interpeló divertido Miguel—. Si no le importa, claro.

El hombre se giró, y el color se le escapó del rostro. El fino bigote que ocultaba su casi inexistente labio superior comenzó a temblar imperceptiblemente, y minúsculas gotitas de sudor se le acumularon en las pobladas cejas.

—Usted, ¿usted es...?

—Como le decía, me llamo Miguel Romero, agente judicial de la Guardia Civil.

El intento por esbozar una sonrisa amistosa fracasó por completo cuando sus labios se tensaron con un rictus amargo, que los hizo desaparecer por completo en mitad de un rostro angustiado. Sin saber muy bien cómo reaccionar, bajó la mirada hacia la mano que Miguel aún mantenía frente a él, y la estrechó de la forma en la que un náufrago estrecharía un salvavidas. Aquel gesto pareció devolverle la compostura que había perdido momentáneamente.

—Ah, bien, encantado de conocerle por fin—esgrimió sin soltar la mano del joven, en un apretón que se eternizó—. Yo soy Ramón, Ramón Buendía, el alcalde de Malón.

Miguel se soltó del persistente estrujón, y le colocó la mano en el codo, conduciéndolo suavemente hacia la salida.

—Pues me viene usted de perilla—contestó Miguel—. De hecho, ahora

que ya nos conocemos, sería el momento perfecto para que me mostrase las bondades de este pueblo suyo.

Ramón se quedó mudo, sin parar de mirar al joven con un continuo parpadeo de incompreensión.

—Oh claro—aceptó—. Lo que usted necesite.

Ambos salieron de la comisaría, charlando como si fuesen amigos íntimos que vuelven a encontrarse muchos años después, donde el tibio sol de aquella mañana invernal los acogió delicadamente. Tomás los siguió con la mirada, incrédulo y moviendo la cabeza con gesto negativo.

Después de una larga semana, Miguel Romero se encontraba realmente agotado. A pesar de que vivía a tan solo cuarenta kilómetros de Malón, había decidido registrarse en el único hotel del pueblo, al menos durante unos días. Sus compañeros de la judicial habían llegado unos días antes como solía decir su abuelo: *“como un elefante a una cacharrería”*, y habían puesto su investigación patas arriba. Durante dos días, la patrulla de la policía científica había peinado cada centímetro del sector comprendido entre el barranco de Leyva y La Perdiz. Cada sendero, cañada, o vereda, había sido revisado con la unidad canina de la Guardia Civil y la patrulla forestal, y el viejo sanatorio de tuberculosos, inspeccionado (dentro de lo posible, debido a su estado ruinoso) incluso con lámparas UV para detectar posibles manchas de sangre, pero todo había sido en vano. Aquel edificio era un auténtico caos, y a cualquier equipo del mundo le hubiera costado sacar algo en claro tan solo de una de aquellas salas. Las luces de las lámparas negras no habían hecho más que mostrar un batiburrillo de rastros de fluidos (antiguos y nuevos) que podían abarcar desde orina de animales hasta semen, mezclados con una profusión ingente de basura, desechos y escombros. También se encontraron rastros de sangre reseca, con la que habían pintado varios pentagramas del tamaño de una mano grande de adulto tiempo atrás. Aquel lugar rezumaba abandono, pero también algo más, algo que todos los presentes sintieron en lo más hondo de su alma, pero que cada cual reprimió de un modo u otro. Las historias, (cientos) que se contaban sobre el antiguo hospital siempre le parecían al que las escuchaba una más de tantas leyendas de fantasmas que circulan por la red, pero que cogían consistencia una vez entrabas en el viejo edificio. En una ocasión, todos los miembros de la científica habían sentido la necesidad de salir al exterior a fumar en el mismo momento, cuando se encontraron con una pared repleta de agujeros de bala. Alguien les contó que una patrulla de muchachos del ejército había parado en el sanatorio para hacer noche a cubierto en unas maniobras, y que un cabo había vaciado un cargador entero en mitad de la madrugada, gritando como un loco que una mujer de blanco le llamaba desde las sombras. Después de aquello, se multiplicaron las pausas para fumar en grupo.

Al principio le gustó la idea de que sus compañeros se tomaran en serio aquel caso, y lo de tener ayuda no le venía mal a un novato como él, pero una

semana después, cuando todos se hubieron marchado, sintió un alivio que casi le hizo agradecerse a Dios, a pesar de que no era muy fan suyo. Durante toda aquella semana había sido desplazado y degradado a chico de los cafés (y no literalmente), así que soltó todo el aire retenido en sus pulmones durante aquellos días, y se marchó al hotel. Mañana empezaría de nuevo con su investigación, y rezaba (parecía que solo hacía falta una semana con tus compañeros de trabajo para volverte devoto del todo), por que no volviesen a enviar de nuevo a una patrulla de la capital.

Como no había llevado vehículo a Malón, y la única parada de taxis se encontraba en el otro extremo del pueblo, decidió ir caminando hasta el hotel. En realidad, tan solo estaba a poco más de un kilómetro, y el paseo le sentaría bien. Él había crecido en una gran ciudad, pero sentía cierta debilidad por los pueblos como aquel, en los que el aire actuaba como un bálsamo para los problemas diarios, y andar entre los árboles y no entre edificios y semáforos, revitalizaba el espíritu después de una jornada estresante. Tras recorrer unos metros, dejó atrás la céntrica avenida Mayo, donde estaba ubicada la jefatura de policía, y se adentró en el sinfín de callejuelas que conformaban el casco más antiguo del pueblo. Fue consciente de lo tarde que se le había hecho al no encontrarse con ningún vecino en todo aquel laberinto de viviendas, cosa que agradeció, pues no estaba con ganas de inventar excusas para esquivar una conversación. Atravesó a toda velocidad un oscuro y desolado parque infantil —que parecía más bien el escenario de una batalla en Sarajevo—, y se fijó en la gran fachada de piedra del ayuntamiento. Había pasado gran parte de aquel día entre sus paredes, y rehusó, por instinto, a pasar por delante de la plaza donde estaba ubicado, junto al casino. Cuando estaba a punto de girar hacia la Vía Grande, donde ochocientos metros más adelante estaba su hotel, se fijó en los dos puntos rojos que ascendían por la empinada rampa adyacente al edificio del ayuntamiento. Le llamó la atención que un vehículo como aquel —un Mercedes CLA—, se aventurase a internarse en aquella marabunta de callejones y pasadizos por los que apenas podían caminar dos personas juntas, aunque no le dio mayor importancia. Tenía muchas ganas de darse una ducha caliente e intentar dormir algo, y seguramente, por aquella razón, no fue capaz de fijarse en el hombre que avanzaba a hurtadillas; resguardándose entre las sombras y siguiendo al lujoso vehículo hasta que ambos —coche y rastreador—, fueron tragados por la oscura noche sin estrellas de aquella fría madrugada. Poco podía imaginarse Miguel, que con un poco de suerte, en aquel instante podría haber evitado las dos muertes que

desencadenarían el acontecimiento más macabro del último siglo en la comarca.

La visita del extraño cura, lejos de alarmarle, le había otorgado una nitidez de pensamiento que llevaba muchos días sin experimentar. Por lo general, si un desconocido se introducía subrepticamente en tu casa para beberse hasta el agua de las macetas, como mínimo, te asaltaba un recelo desagradable, pero irónicamente, a Roberto parecía haberle venido muy bien. Además, el tipo juraba conocerlo, y sinceramente, Roberto no era la persona más indicada del planeta como para llevarle la contraria. Luego estaba la cuestión de que el único herido con aquel asalto había sido su Laphroaig de 18 años, y el pobre baúl chino.

Cuando Sebastián se hubo marchado, su mente comenzó a funcionar como un motor bien lubricado, engranando los detalles y entrando en combustión cuando aceleraba el discernimiento. Pasó más de una hora sin moverse del sillón, y solo se levantó para buscar una coca cola de la cocina, pues por algún motivo, el whisky ya no le sabía tan bien como un rato antes le había parecido. Repasó mentalmente todos los inquietantes acontecimientos desde su llegada a Malón; los desvanecimientos, aquellas ridículas visiones, el estado de su enfermedad. A medida que encadenaba un hecho con el siguiente, su cerebro le gritaba algo que no conseguía comprender del todo, como si le estuviese hablando en un idioma extranjero, o por medio de un extravagante lenguaje de signos.

Se puso en pie de forma maquinal, y se llevó el refresco a la sala donde el *Mac* reposaba junto a la formidable Underwood. Conectó el ordenador, e introdujo en el buscador las palabras *sanatorio* y *sierra Espuña*. No esperaba encontrar gran cosa, pero la pantalla se llenó con miles de resultados. Estaba claro que todo giraba alrededor de aquel insólito lugar, como si fuese el gigantesco astro solar en torno al cual orbitan los contratiempos de un sistema solar, formado enteramente por incógnitas. Cuando volvió a despegar la vista de la pantalla, se dio cuenta de que no conseguía enfocarla con claridad, y se preguntó cuánto tiempo llevaría mirando aquellos videos. Aunque se encontraba bastante cansado, decidió que le apetecía tomar un poco el aire antes de irse a la cama, así que se preparó un té Rooibos (bastaba de alcohol y cafeína por un día), y salió al porche, donde el aire cortante enmarcaba un cielo hinchado de estrellas custodiadas por la uña de una luna amarillenta. El sabor dulce del té y la ligera brisa que soplaba de la cima de la

sierra le produjeron una sensación de paz que pensaba jamás volvería a conseguir, y fue en ese instante cuando el mecanismo de su cerebro encajó las piezas con un chasquido que casi pudo escuchar alejarse entre las montañas, aleteando entre los ecos jocosos de las nubes. Una puerta en la trastienda de su cerebro pareció abrirse de par en par, y los recuerdos lo asaltaron de tal forma, que casi pudo verlos atropellándose contra la jamba, en un intento por escapar del sótano donde habían permanecido escondidos tanto tiempo. Sintió un súbito mareo, acompañado de una pléyade de imágenes que desfilaban a toda velocidad, como las fichas de un gigantesco dominó de recuerdos que se espoleaban entre ellas con urgencia por alcanzar una meta que se perdía en el horizonte. Se tambaleó hasta el salón, y se dejó caer pesadamente sobre uno de los sillones. Tras varios minutos (y una serie bastante aceptable de arcadas) se sintió mejor, aunque apenas podía mantener los ojos abiertos. No comprendía cómo con toda aquella violenta descarga de emociones que acababa de sufrir podía tener sueño, pero su cerebro parecía abotagado después de un esfuerzo considerable, y le ordenaba a los miembros del resto del cuerpo que ya era hora de tomárselo con calma por aquel día. Al final, Roberto decidió también hacerle caso, y subió tambaleándose, casi contando los pasos hasta su dormitorio. Se durmió antes de poder quitarse la ropa.

Había escuchado en numerosas ocasiones aquello de “sueño reparador”, pero jamás podía haberse imaginado una frase que resumiera de forma tan precisa lo que le había ocurrido aquella noche. Era como si su mente se hubiera convertido en una estrella de mar y hubiera decidido repararse a sí misma mientras él dormía. Notaba que algo había cambiado, como si una presa se hubiera resquebrajado y estuviera filtrando sus recuerdos. Afloraban uno a uno, sin prisa, y con una calidad que podría avergonzar a la mejor pantalla de alta definición del mundo. Con cada remembranza, una parte de su cerebro parecía desprenderse de algún tipo de costra, un revestimiento áspero y diamantino que por fin se hacía añicos, tantos años después de haber mantenido un férreo hermetismo.

Se preparó un café bien cargado, y decidió tomárselo en el jardín, pues el sol brillaba como si no se hubiese dado cuenta de que para la primavera aún le quedaba esperar unos meses. En la parte trasera de la casa, Verónica había instalado unos preciosos bancos de mimbre bajo un porche de listones de madera. Una pared de forja cubierta de enredaderas separaba aquel magnífico espacio de relajación del jardín propiamente dicho, y unos coloridos setos plagados de margaritas y buganvillas delineaban el perímetro en el extremo contrario. Roberto nunca lo había utilizado, y hasta esa misma mañana, ni siquiera se había dado cuenta de que estaba allí. Sintió una punzada de remordimientos al recordar que si hubiese prestado más atención a esos detalles, quizá Verónica continuaría con él. Se acomodó en uno de los confortables divanes, y se dijo cuan complicada puede ser la vida si nos lo proponemos con fuerza. Intentó evocar alguno de aquellos recuerdos que tan de repente se habían presentado en su memoria, y solo consiguió captar reminiscencias difusas.

La hierba alta le lamía los tobillos, depositando suaves gotas de rocío que le empapaban los calcetines. Se aventuró dentro de la cueva, y de inmediato el frío le caló en los huesos. Miró hacia atrás mientras continuaba corriendo, y vio que aún le seguía. Se le escapó una carcajada seca, abortada a tiempo antes de que los ecos la desdibujasen en alarido. Las entrecortadas risitas nerviosas de ella le llegaban desde no muy lejos, y aquello le supuso un aguijonazo a su autoestima, que le azuzó las piernas con más energía. Trepó, saltó y esquivó, pero aquel carcajeo sofocado le llegó rebotado por mil aristas de piedra húmeda. Cuando enfiló el pasadizo que conducía en línea recta hasta el descampado, aceleró un poco más la carrera. Quería pillarla por sorpresa en el recodo que volvía a sumergir el camino en las profundidades cavernosas de la tierra antes de morir en el patio. Se adelantó unos metros mientras que las resonancias de la risa le llegaban amortiguadas por las miles de toneladas de roca que los envolvían, y entonces, cuando alcanzó el ángulo que emergía sinuoso hasta el exterior, se tumbó en el silíceo arenoso del suelo de la caverna, y reptó hasta una cavidad al pie de un antepecho retorcido que se perdía en la penumbra de las alturas. Escuchó los pasos cerca, creando pequeños deltas en la esponjosa superficie húmeda, y contuvo el aliento. Cuando sintió que ella dejaba atrás la esquina, abandonó su escondrijo con el sigilo de una liebre de campo, y la abordó con un veloz movimiento, sujetándola por los hombros. Ella se volvió dispuesta a presentar batalla, pero estalló en una carcajada que le sepultó el rostro entre el cabello.

—¡Pero bueno!—gritó alborozada—. ¿Se puede saber dónde te has escondido esta vez?

—Ah, ah, un mago no revela jamás sus trucos—la abrazó por la cintura.

Se besaron; se besaron como solo son capaces de besar las personas cuando tienen la pubertad precoz y los sueños incólumes.

—Te quiero Clara—declaró, perdiéndose entre sus ojos de obsidiana.

—Y yo ti—le rodeó el cuello y lo besó de nuevo, fugazmente, apenas un roce—. Prométeme que nunca me vas a dejar.

—¡Jamás!—terció sacando pecho—. ¡Aunque tenga que batirme en duelo con el mismísimo diablo!

Pero cuando el diablo llegó, lo arrolló como una locomotora a una polilla.

Siempre le sorprendía cómo los recuerdos son capaces de elegir un disfraz u otro, dependiendo del estado de ánimo con el que acudas a su búsqueda. Roberto saboreó el último sorbo del café, que se le había quedado frío, y cerró los ojos frente al tibio sol invernal. La noche anterior apenas recordaba trazos de su niñez, bosquejos a carboncillo que se habían mojado y difuminado con el paso de los años creando perfiles borrosos, y de repente algo había cambiado; algunos de ellos habían asumido el papel de una novia primeriza el día de su boda, y se habían engalanado con vaporosos trajes blancos para acudir a su cita immaculados. Roberto era el novio impaciente que esperaba frente al altar, con el pelo alisado y los nervios de punta. Se esforzaba por obtener alguno más de los derechos que su cerebro le había negado durante tantos años, pero como al amor, a los recuerdos no los puedes apremiar, o acaban esfumándose. A pesar de estrujarse las meninges, nada nuevo surgió. Aquel ángel de ojos oscuros de nombre Clara no volvió a hacer acto de presencia, y su pasado como habitante de Malón se le negaba una y otra vez, como una puerta oxidada que se empeña en no ceder. Se levantó de la butaca y fue directo hasta su habitación de estudio. Mientras el *Mac* emitía el rítmico sonido de encendido, decidió que necesitaba atraer esos recuerdos que hasta ahora no había precisado, y para ello debía de alimentar el subconsciente. Pulsó el icono del buscador, y se sumergió de nuevo en un mundo de leyendas y certidumbres inventadas.

La llamada se produjo a las 7.52 de la mañana de aquel martes 9 de enero. La patrulla de servicio de Malón aún se encontraba haciendo la ronda por las calles del pueblo, y en la comisaría, el teléfono tuvo que sonar hasta ocho veces antes de que Javier se diera cuenta de que su padre no llegaría hasta una hora más tarde, y por lo tanto nadie iba a contestar. Se levantó de su mesa con gesto hastiado, y descolgó el aparato de malos modos.

—¿Diga?

Silencio.

—Comisaría de policía de Malón, ¿dígame?—intentó de nuevo.

Una serie de chasquidos le indicó que había alguien al otro lado, pero las palabras no surgían a través del teléfono. Javier comenzó a impacientarse.

—Escuche, si le ocurre algo, debería...

—Ribera de San Juan—graznó la voz—. Fachada verde.

Después de eso, Javier escuchó el inconfundible sonido de la línea desocupada, muerta. Era posible que llamadas como aquella se realizasen a menudo en ciudades más grandes o en la capital, pero en Malón no era habitual. Una sensación de inquietud se apoderó de él, y a su mente acudió la dirección que le habían facilitado. La calle era una de las situadas en la falda de la colina, donde el castillo dominaba el pueblo de Malón como un vigía silencioso desde su atalaya. No era una calle conflictiva (realmente en Malón ninguna lo era, a excepción de edificios puntuales) pero sí que era una de las más antiguas del pueblo. La mayoría de las viviendas de la zona habían sido reconstruidas o reformadas, y alquiladas a gente de paso, como estudiantes o trabajadores eventuales del campo que buscaban una vivienda económica por un breve espacio de tiempo. Por un momento pensó en dejarlo correr, pero esa voz le había activado algún tipo de alarma interna policial. Esbozó una sonrisa cuando pensó que su hijo llamaría a aquello, “su sentido arácnido”.

Descolgó su chaqueta y activó su móvil para que estuviese preparado el desvío de llamadas de comisaría (por si alguien volvía a llamar), y se marchó hacia la salida. Justo cuando estaba apagando las luces, la puerta se abrió y Miguel Romero apareció, risueño y dispuesto para un nuevo día.

—Javier—saludó efusivo—. ¿Qué, a por un café?

Dudó entre contarle lo del aviso o no, pero pensó que aquello era competencia de la policía local, y nada tenía que ver la judicial en eso.

—Emm sí, voy a ver...

—Le acompaño, que aún no he tomado nada—sentenció.

Javier se tuvo que morder la lengua, pero ya no tenía forma de eludir la situación. Le hizo un gesto para que lo siguiese, y le contó lo de la llamada cuando el Nissan ya enfilaba la avenida El Mártir a toda velocidad.

—Supongo que tendremos que dejar el café para después— expresó radiante.

El colorido de las fachadas sin orden ni simetría alguna simulaba el *collage* de un niño que ha mezclado las piezas de dos juegos diferentes, solo por matar el aburrimiento pero sin preocuparse por la homogeneidad. Miguel llevaba la cara pegada al cristal de la ventanilla, y después de un rato apartó la mirada. Aquella variedad de colores no era agradable, aunque pudiera parecerlo, pues los tonos de la pintura deslucida y desconchada junto con la decadencia por el paso del tiempo en las calles descuidadas creaban un efecto desolador.

Javier aparcó el coche patrulla en una rampa que ponía a prueba los frenos del coche, y se apeó sin invitar a Miguel a seguirle. En aquel extremo del barrio, las viviendas estaban más apiñadas que en el resto del barrio, y daban la impresión de un racimo de uvas coloreadas a punto de desmoronarse de maduras. A simple vista, Miguel observó varias fachadas de color verde, pero ninguna de ellas le otorgaba una pista de que sucediese algo extraño en ellas. Javier se acercó hasta el borde de una vaguada que descendía en picado por la loma de la colina sobre la que se asentaba Malón, y oteó el pueblo entre la bruma matinal que el sol perezoso comenzaba a disipar.

—Precioso tu pueblo— indicó Miguel.

Javier permaneció en silencio unos minutos, deleitándose con las sombras que escapaban ante el avance de los rayos dorados, y recorriendo con la mirada las estrechas calles del casco antiguo del pueblo, donde una vez corrió entre risas jugando al escondite o al pillado.

—Precioso, sí—se giró y emprendió el camino hacia una fila de viviendas que permanecían agrupadas en precario equilibrio sobre un promontorio, en el término del barrio—. Y así me gustaría que siguiese.

Miguel siguió al policía, y se abstuvo de soltar alguna de sus mordaces frases. No parecía estar el horno para bollos.

—¿Cómo sabes cuáles?—preguntó poniéndose a su altura—. Hay varias con la fachada de color verde, o bueno... parecido al verde.

—Lo sé—respondió adusto.

Miguel se dio cuenta que el policía no estaba teniendo un buen día, pero se puso en su pellejo y comprendió por qué. Aquel era su pueblo, los barrios donde había trascendido su infancia, las personas con las que había crecido, y de la noche a la mañana se le exigía dudar de todas ellas. Echó un vistazo al

rostro áspero del hombre, y decidió ejercer únicamente de acompañante sin voz, y con voto solo en la remota posibilidad de ser requerido.

La casa en cuestión estaba emparedada entre dos estructuras que en algún período del siglo pasado habían servido de viviendas, pero que en aquel momento eran poco menos que un montón de piedras y mortero. Toda la manzana daba la impresión de estar al borde del derrumbe, y Miguel pensó que si soplabá con fuerza, como el lobo del famoso cuento, toda aquella fila caería como un castillo mal alineado de cartas. El policía se dirigió con paso firme a la estructura de color aceituna, y golpeó la avejentada puerta con los nudillos. Miguel creyó escuchar un gemido ahogado a través de la pared, pero se abstuvo de abrir la boca. Javier llamó de nuevo, esta vez más enérgico.

—Policía de Malón, abran la puerta— vociferó.

Del interior llegaron sonidos apagados, como si alguien estuviera arrastrando algo por el suelo, pero nadie contestó.

—¿Llevas arma?

—¿Eh?

—¿Que si llevas la pistola?

—No—contestó azorado—. Creía que íbamos a tomar café, no a detener al Chapo Guzmán.

—Pues entonces quédatea un lado—ordenó el policía llevándose la mano a la culata de su pistola.

Afianzó los pies y se preparó para llamar de nuevo, dispuesto para actuar si no recibía respuesta, pero en ese instante una rendija se abrió, y dejó escapar un tufo inconfundible a carne y hierro. Javier empujó y la abrió de par en par, filtrando algo de claridad en la inescrutable penumbra. Escucharon sollozos al fondo, pero ninguna respuesta a las repetidas llamadas del policía. A medida que se introducían en la vivienda, el olor a descomposición se hacía más intenso, colmando los sentidos y el estómago. Miguel resbaló y a punto estuvo de caer al suelo, lo que le valió la mirada desaprobadora de Javier, que incluso con aquella oscuridad le llegó meridiana al joven.

—Soy Javier Moreno—informó a las sombras—. Oficial de policía de Malón, ¿hay alguien ahí?

Un lamento desgarrador fue lo único que obtuvo por respuesta. Sin sacar el arma, pero con la mano firmemente apoyada en ella, el oficial se internó a toda prisa entre la negrura plagada de espectros y derribó en su camino una

butaca pequeña que se perdió con estruendo entre los contornos desdibujados de la turbia negrura. Miguel lo siguió de cerca, tenso como una cuerda de guitarra recién afinada. Cruzaron el salón, y enfilaron un pasillo pintado de blanco por el que se colaba la claridad diurna por una claraboya del tamaño de un balón de fútbol. Javier pegó la espalda a la pared, e indicó al joven que hiciese lo propio mientras él cruzaba el umbral de la siguiente puerta y se perdía en una oscuridad líquida, asfixiante y con sabor un sabor metálico. Miguel contó hasta cinco mentalmente, y siguió a su compañero hasta el interior de la siguiente estancia. Aunque era novato, creyó que jamás, por muchos años que pasasen, volvería a encontrarse con una escena parecida a la que se dibujaba en aquella sala. Javier se había detenido a un par de metros, con los brazos laxos, sin fuerza, y el arma apuntando al suelo. Unos débiles tentáculos solares cruzaban la habitación desde la pared opuesta, levantando motas de polvo doradas en suspensión y dotando al contexto más drama, si eso era posible. El hedor era insoportable, y el coro de gemidos y lamentos que se elevaban como aquellas motas de polvo por toda la habitación desgarradores. Miguel avanzó un metro, rompiendo la inmovilidad del cuadro, y observó que Javier tenía la mirada vidriosa y perdida en algún punto del cosmos infinito. Delante de él, aproximadamente a unos tres metros, un hombre lloraba sentado de espaldas contra una pared mugrienta. Sobre sus rodillas yacía un cuerpo desmadejado y cubierto de sangre. El rostro de la chica continuaba vuelto hacia el hombre que la sostenía, en un rictus que parecía relajado, pero que reflejaba la expresión más triste que Miguel había visto (y vería) en su vida. Lentamente, el joven se acercó hasta el oficial de policía y le sujetó el brazo que portaba el arma, pronunciando su nombre casi en un susurro. El hombre se giró de medio lado, y se dejó arrebatar la pistola, aunque continuaba en trance.

—Agustín—balbuceó.

El aludido farfulló unas palabras incomprensibles, y volvió de nuevo el rostro arrasado en lágrimas hacia el cadáver. Javier dio un paso corto, pero se retiró al darse cuenta de que sus zapatos se habían metido de lleno en un charco viscoso que llegaba desde las piernas del hombre tendido.

—Agustín, ¿Qué cojones...?

—Lo... lo siento—el pecho se le inflamó, hasta el punto que Miguel creyó que iba a estallar—. Lo siento Javi, lo siento, lo siento, lo siento...

El policía reaccionó y se olvidó de escenas criminales, alteración de las pruebas o cualquier otra cosa que le hubieran enseñado en la academia. En

aquel momento, era más un amigo que un policía. Con dos grandes zancadas se plantó ante el hombre que gimoteaba como un niño de pecho, y lo sujetó del brazo.

—¿Qué has hecho?—bramó furioso—. ¡Imbécil de mierda!

—¡La he matado!—explotó de nuevo en un llanto incontrolado—. ¡Las he matado a todas, a todas esas chicas! Lo siento, lo siento, lo siento...

Cuando acudieron las patrullas de la Guardia Civil y de la policía, Agustín Guerrero, alias *jefe de la cuadrilla de día*, continuaba repitiendo aquella misma letanía, que serían las únicas palabras que saldrían de su boca en los siguientes dos días.

A pesar de ser un hombre alto, parecía haber encogido al menos treinta centímetros en la última media hora. El oficial de policía Javier Moreno observaba cómo los de la científica recogían muestras y analizaban la supuesta escena del crimen. Se alejó unos metros, y dejó que su mente vagara entre las calles del pueblo que descansaba colina abajo, ajeno por el momento al horror que tenía lugar sobre sus cabezas. Sintió una mano que se posaba consoladora sobre su hombro, y Javier supo de quién se trataba antes de girarse. Miguel se encontraba junto a él, alejado del trasiego de sus compañeros.

—¿Qué te parece si nos largamos de aquí y me llevas a donde pueda tomarme un buen café?—pidió—. Aquí ya no hacemos nada, y el cuerpo me pide algo de cafeína.

Javier asintió, reconociendo interiormente el esfuerzo que estaba realizando aquel joven para intentar distraerle del caso.

—Vamos, que te invito—contestó intentando que la voz no le fallase.

No hablaron durante todo el trayecto hasta la salida norte del pueblo, donde un polígono fantasma delimitaba la salida de Malón en dirección a la capital por la autovía del Noroeste. Javier conducía despacio; un piloto automático interior se había apoderado del control de su mente mientras él se dedicaba a meditar sobre cosas más importantes. Miguel vio desfilar naves industriales polvorientas y abandonadas, como si fuesen los restos de cientos de naufragios que hubiesen emergido a la superficie, y se preguntó dónde demonios le llevaba el policía a tomar ese café. Quiso replicar, pero en ese mismo momento, el Nissan se desvió del camino asfaltado y se internó con un traqueteo por un camino hecho únicamente de baches, y Javier parecía querer pillarlos todos.

—Pero, ¿Dónde...

—¿Sabes?, Agustín y yo solíamos salir juntos—Miguel no detectó emoción alguna en su voz.

El camino derivó en otro, si cabe, aún peor. El joven comenzaba a sentirse mareado con los vaivenes del coche, y notó con una claridad alarmante cómo un nudo de vómito comenzaba a formarse y avanzaba lento, pero sin obstáculo a lo largo de su intestino.

—Cuando éramos chavales apenas nos soportábamos—continuó con el

mismo tono monocorde, de autómata—. Pero en el instituto hicimos una gran amistad.

Una enorme piedra golpeó bajo el Nissan y un sonido metálico les llegó con toda claridad. A la sensación de mareo del joven se sumó la del miedo de quedarse tirados allí, en mitad de la nada.

—Sí, una buena amistad—repitió ausente.

El camino se convirtió en sendero, y las ramas bajas de los pinos laricios arañaron los laterales del vehículo a medida que avanzaban por la empinada ladera. Miguel se apresuró a cerrar su ventanilla, pues las agujas afiladas de los árboles se le clavaban ocasionalmente en el brazo. Buscó los ojos del policía, suplicante, pero el hombre estaba inmerso en un soliloquio interior, y ni siquiera creyó que se diese cuenta de que él estaba allí. El Nissan enfiló una última pendiente con solvencia, y de repente se encontraron en un prado desde el que se oteaba el pináculo esbelto de La Perdiz a lo lejos, rasgando el vientre de las algodonosas nubes con elegancia. El policía aceleró, y el vehículo se escoró peligrosamente hacia uno de los laterales del camino plagado de guijarros, que resonaron como metralla bajo la carrocería del Nissan. Dejaron atrás el serpenteante camino para tomar un desvío a través de una hilera de encinas que se tambaleaban al son de la suave brisa helada, como bailarines silenciosos que los saludaban al pasar, invadidos por la tristeza soportada por los rigores del invierno. Al final de la galería, se alzaba una pequeña cabaña de madera situada al borde de una vereda, flanqueando un suave cañón por el que hacía mucho tiempo que no circulaba río alguno. Javier llevó el vehículo hasta la diminuta explanada de gravilla situada frente a la barraca, y apagó el motor. Miguel sintió un alivio inmenso, seguido rápidamente por una incertidumbre pesarosa.

—Sígueme—indicó escueto el policía.

—No entiendo...

Javier ya había desaparecido en las entrañas de la choza antes de que el joven pudiera decir una palabra más, y Miguel lo siguió, a regañadientes. Dentro, el olor a tronco quemado y hierba silvestre inundaba la estancia, y el estruendo de un generador eléctrico se alzó por encima del silencio reinante. Javier apareció al mismo tiempo que unas luces frías de color blanco inundaban la habitación, y ahuyentaban las sombras hacia rincones más propicios. Para sorpresa de Miguel, en el rostro del hombre había dibujada una sonrisa que le cruzaba de oreja a oreja y le hacía parecer uno de esos payasos de las películas de terror.

—¡Tachán!— mostró abriendo los brazos—. ¿Preparado para ese café?

—Y digo yo, ¿a qué hora abrían la cafetería de enfrente de comisaría?

—¡No digas tonterías!—espetó alegre, indicándole con la mano que lo siguiese—. Este pequeño cobertizo era un refugio de cazadores muy utilizado en temporada de caza, pero se dejó de utilizar por la migración.

—¿La migración?

—Sí—comenzó a revisar los armarios mientras hablaba, hasta que dio con algo que lo hizo sonreír aún más ampliamente—. Este punto era uno de los más concurridos en temporada de caza, pero alrededor de 1970 se introdujo el Muflón de Atlas en la zona alta de la sierra, y rápidamente se convirtió en la estrella de la temporada de montería o la de reclamo. Con la irrupción del Arruí, y la proliferación de jabalís, piquituertos y perdices en el 73, esta parte de la sierra perdió todo el interés para los que buscaban cobrarse unas buenas piezas fáciles y volver a los bares con el cinturón repleto de trofeos. Mi padre me trajo aquí cuando apenas podía caminar yo solo, y desde ese momento, este refugio sirvió como “guarida” para mis amigos y para mí.

—Precioso el nidito de amor, sí señor.

—El caso es, que este lugar sigue en pie gracias a que las cuatro personas que aún sabemos que existe trabajamos para mantenerlo así—explicó, conectando un hornillo y prendiendo una llama azul, que siseó y se apagó—. Pusimos un generador, cambiamos los maderos que se pudren, la mantenemos limpia y la aprovisionamos con lo necesario. Es posible que se trate de simple nostalgia, pero continuamos haciéndolo.

Al fin consiguió que la llama cogiese fuerza, y vació media botella de agua en un cazo metálico. Tras triturar dos puñados de granos de café con un molinillo que parecía haber sido usado en alguna sala de tortura del Medievo por Torquemada, utilizó un cucharón para medir la cantidad justa, que agregó a una cafetera antediluviana. Al cabo de unos minutos, tomaron asiento en dos de las desgastadas sillas del salón, con la cafetera humeante frente a ellos.

—En serio, saboréalo porque vas a tardar en volver a probar un café como este—aseguró el policía dando un pequeño sorbo a su taza—. Es un ritual ¿sabes? Cada vez que uno de nosotros sube hasta aquí, por el motivo que sea, debe traer un paquete de café, pero no de esos que venden en el supermercado.

Dejó la taza sobre la mesa, e hizo una pausa para asegurarse que el joven que estaba sentado frente a él comprendía el significado de lo que le estaba contando.

—En Malón existe un artesano—explicó—. En el polígono por donde hemos pasado al venir; no trabaja con grandes cantidades, solo con algunos bares y comercios de la zona, pero te aseguro que no hay en la región mejor café que el que produce en su pequeña nave.

—Encantador. Nada como el producto artesanal.

—Hay dos paquetes sin empezar en la cocina—concluyó.

—Me alegro que tengáis surtido de sobra, podríamos hacer una quedada para Navidad. Yo pongo las pastas—acabó su taza y se puso en pie—. Pero si hemos acabado con todo este numerito a lo *Paccino*, me gustaría que me devolvieses a la civilización para poder hacer mi trabajo.

—Estuve aquí el día de Nochebuena—reveló—. Agustín había tenido un problema con su mujer y tras dejarlo dormir un poco la *mona*, se peleó en un bar y desapareció. Vine porque ya lo había hecho una vez. A veces se pone un poco... agresivo cuando bebe, y en una ocasión se le fue la mano con su señora. Después de aquello subió aquí, y se pasó tres días llorando a moco tendido.

—Eso es enternecedor, pero como te he dicho...

—Traje un paquete de café—dijo, como si aquello lo explicase todo.

Miguel se sintió incómodo cuando el policía se removió en la silla y se le arrugó el rostro. Pensó que se iba a poner a llorar, pero cuando alzó de nuevo la mirada, sus ojos centelleaban, plagados de una determinación feroz.

—Agustín pasó aquí casi toda la Navidad—persistió—. Se acabó uno de los paquetes que quedaban entre lágrimas y reproches, pero siguen quedando dos.

Tras pasó con la mirada el cuerpo de Miguel, y pareció estar muy lejos de aquella cabaña durante un tiempo que no pudo pasar de unos minutos, pero que al joven se le hicieron eternos. Después, se puso en pie de golpe, como si le hubiera picado una víbora en el culo, y lo condujo a la salida sin decir ni una palabra. Cuando el Nissan emprendió el difícil camino de regreso, Javier volvió del lugar de donde quiera que su mente hubiera volado, y apartó los ojos durante un peligroso segundo del sendero.

—El año que acabamos el primer curso del instituto, quisimos pasar un fin de semana en la cabaña—confesó—. Éramos unos idiotas a los que apenas nos había salido el vello púbico por completo, así que lo nuestro era hacer estupideces.

El Nissan acometió una curva, y Miguel notó que los testículos se le

encogían y emprendían un viaje apresurado hacia su garganta cuando el coche desprendió la tierra suelta al borde del cañón, y una de sus ruedas perdió tracción. Javier ni se inmutó.

—Atrapamos una liebre y nos sentimos como auténticos machotes, ya sabes, esa noche cenaríamos lo que nosotros mismos nos habíamos procurado con nuestra caza de hombres—esquivó un surco del camino que se había agrietado con las lluvias, y se aferró al volante con fuerza—. Por la noche, delante del fuego que habíamos preparado para cocinar al animal surgió el problema; ¿Quién iba a matarla y despellejarla?

—Javier, por favor...

—Yo me ofrecí voluntario. Mi padre me había enseñado el modo, y me sentí con fuerzas para hacerlo, pero cuando tuve al bicho sujeto por las piernas, casi me meo encima.

—Comprensible.

—Agustín me arrebató la liebre de las manos y la mató con dos poderosos golpes en la nuca. Cenamos y nos emborrachamos, pero yo noté que él no se encontraba bien.

En aquel momento las ruedas chirriaron al contacto con el asfalto, y las naves industriales cerradas comenzaron a desfilar ante ellos con una velocidad irreal. Miguel suspiró de alivio por no haber acabado desparramado en alguna cañada del monte *Dios sabe dónde*.

—Lo encontré vomitando de madrugada y con los ojos llenos de lágrimas. Me confesó que jamás volvería a probar la carne, y que no entendía cómo podía haberle hecho eso al animal—tragó saliva—. Lo que quiero decir es que Agustín siempre ha sido un gilipollas como la copa de un pino, esforzándose continuamente para parecer un gallito de corral, pero en realidad yo sé lo que es.

El cartel de Malón cruzó raudo ante la ventanilla de Miguel, y en apenas dos minutos estaban aparcando en la puerta de comisaría.

—No entiendo por qué tiene interés en cargar con la culpa de algo tan horrible—apagó el motor y cogió un paquete de tabaco arrugado de la guantera—. Pero por mis muertos, Romero, que voy a averiguar el motivo.

A medida que navegaba por los cientos de entradas que le había arrojado el buscador, sentía su cerebro colmándose, como si se tratase de una gigantesca dinamo que se alimentase de datos y generase recuerdos, atiborrándose de leyendas y proyectando imágenes de su pasado. En una ocasión casi se desmaya cuando abrió el video de una entrevista a un antiguo conserje del sanatorio; en la imagen, ese presentador de sucesos paranormales de nombre extraño le interrogaba sobre los supuestos espíritus del antiguo edificio, en especial por aquella dama de blanco que al parecer recorría los sinuosos corredores del malogrado hospital para tuberculosos. El anciano esbozaba una sonrisa torcida, símbolo del que ha vivido demasiadas calamidades como para andarse con tonterías, y juraba que durante los trece años que trabajó en el sanatorio nunca ocurrió nada extraño, y que siendo cazador de pura cepa, y moviéndose asiduamente por aquellos lares, lo único que había visto fuera de lo normal en esa sierra eran unos niscalos del tamaño de sandías en una infrecuente época de lluvias, allá por los años noventa. El escritor sintió un vuelco en el estómago cuando escuchó la carcajada hueca del viejo a través de los altavoces del *Mac*, pues le resultó demasiado familiar; sin duda la había escuchado muchas veces con anterioridad. Estaba seguro de que conocía a aquel hombre, que lo conocía de un modo que traspasaba la simple familiaridad de un rostro, pero no podía recordar dónde ni cuando podía haber coincidido con él. Lo único de lo que estaba seguro es que conocía aquella voz.

Se apuntó el nombre —que aparecía en los créditos al final del video—, en una hoja en blanco, y se dispuso a buscar su dirección. A pesar de que en la era informática en la que vivimos todo se halla en internet, todavía eran unos cuantos los que continuaban con las antiguas tradiciones, y Roberto pudo hacerse con los datos de aquel hombre gracias a la guía telefónica. Agarró su abrigo, y salió de casa por primera vez desde que encontrase aquellos huesos con el policía, algo que se le antojaba tan lejano que podría haber sucedido muchos siglos atrás.

Por suerte para Roberto, el anciano seguía viviendo en el casco antiguo de Malón, al cual el progreso y el crecimiento natural del pueblo habían aislado como si se tratase de una villa independiente. Desde el collado por el que había llegado desde su casa, se divisaba claramente la división que el tiempo había creado en el pueblo. Subido a un risco que rasgaba el vacío como el mascarón de proa de un gigantesco buque de piedra, observó el maravilloso paraje que delimitaba la comarca de Malón. Desde aquella altura pudo trazar un mapa mental, donde el castillo dominaba el pueblo que dormía bajo la falda de su emplazamiento en uno de sus flancos, y la sierra se alzaba majestuosa por el costado opuesto. El tridente lo coronaba el imponente embalse que alzaba su presa por el Este, como si un gigante invisible hubiera colocado allí su colosal mano para delimitar la belleza de ese entorno mágico. El escritor no podía verlo desde su atalaya en la colina, pero sabía que tras la inmensa masa de agua se extendía una progresión de campos y trigales que se perdían por el horizonte, dorando los márgenes del término de Malón cuando los rayos solares acariciaban la llanura. Recorrió con la vista nublada por la bruma matinal, que aún avanzaba perezosa buscando el mejor lugar para anidar, la senda por la que había llegado allí desde su propiedad. Serpenteando entre los matorrales de hinojos y alhábegas, varios caminos rurales se internaban entre los distintos accesos a fincas y propiedades, y por los cuales se podía rodear el castillo para cruzar el pueblo sin necesidad de internarse en la marabunta de callejuelas y pasajes que conformaban su núcleo histórico. Aunque deseaba con avidez quedarse allí y continuar embebido de la incalculable sensación de paz, decidió continuar su camino, pues no era un recorrido corto, y tenía una misión que cumplir. Aunque se prometió volver a pasar por aquella ruta en sus próximas salidas.

Cuando llegó hasta la zona alta de Malón, una sucesión de viviendas arracimadas y de color marrón oscuro le recibió entre los sonidos de la mañana. Atisbó a lo lejos una madre que regañaba a toda una prole de vástagos que luchaban entre sí por ocupar el carrito que empujaba su progenitora, y que al parecer no estaba destinado para ninguno de ellos. Avanzó a paso ligero, sin despegar la vista del papel en el que llevaba anotadas las señas del hombre, y temiendo que alguno de aquellos angelitos le pidiera que mediara en la disputa. A medida que los números desfilaban

sobre las fachadas, la pendiente se volvía más empinada y las exteriores comenzaban a mostrar los signos de la dejadez y el inexorable paso del tiempo. Las cifras enmarcadas en azulejos de color blanco y azul habían mutado a simples garabatos trazados con pintura negra, y el pavimento adoquinado había sido sustituido por un camino de asfalto parcheado, en el que los remiendos creaban lunares de diferentes colores, como si se tratase de la piel de un animal muerto dejado al sol que empezaba a perder el pelaje. Localizó la vivienda que buscaba, y sintió cómo los intestinos se le encogían de pura ansiedad. Suspiró tres veces con fuerza, y salvó los dos escalones de acceso al portal de un solo salto. El timbre no funcionaba, por lo que golpeó la resquebrajada superficie de madera de la puerta tres veces con suficiente fuerza como para que le llegasen los ecos que se perdían en el interior de la vivienda. Esperó un par de minutos, y volvió a probar, pero allí dentro no se escuchaba sonido alguno. Le desesperó la idea de haber realizado todo aquel camino para volver con las manos vacías, pero justo cuando comenzaba a darse la vuelta, una rendija se abrió con un chirrido gutural. Por ella apareció una frente surcada de arrugas y unos ojos cubiertos por pliegues de piel que enterraban unos ojos vivaces de un claro azul acuoso, que por supuesto no reconoció.

—¿Quién es?—requirió adusto.

—Perdón, ¿Fulgencio Sánchez?

El anciano lo examinó con detenimiento, y negó de forma imperceptible por toda respuesta. Roberto no acertó a comprender si aquel gesto se debía a que no era el hombre que buscaba, o que el viejo no tenía la más mínima intención de entablar conversación con él.

—Me gustaría hablar con el señor Fulgencio—intentó de nuevo—. Es en referencia al antiguo sanatorio.

Viendo que aquella explicación no cuajaba, y que la puerta continuaba sin ceder ni un milímetro, decidió atacar con todo.

—Mi abuelo estuvo hospitalizado allí, y me gustaría saber más sobre su historia y sobre el lugar donde pasó sus últimos años de vida—tiñó aquellas palabras con un deje apenado que le salió sorprendentemente aceptable.

El anciano dudó unos segundos que se eternizaron, pero al fin abrió la puerta y se alejó en dirección a las tinieblas de la vivienda. Roberto no se hizo esperar y lo siguió, cerrando tras de sí y quedándose prácticamente a oscuras. Al fondo del pasillo distinguió una luz que presumiblemente procedía de alguna lámpara de mesa, debido a los velados reflejos ladeados

de claridad ambarina que flotaban en las paredes. El viejo ya estaba instalado en una mecedora con las piernas cubiertas por la faldilla de una mesa redonda de centro. Le hizo un gesto con la cabeza mientras que introducía también los brazos bajo la cubierta, dejando al descubierto únicamente su grisácea cabeza.

—Siéntese—invitó amablemente—. Métase en el brasero, que estas casas viejas son más frías que el abrazo de una suegra.

Roberto se dejó caer en la mecedora que tenía enfrente, y metió las piernas bajo la colcha. De inmediato sintió un calor reconfortante ascenderle por las piernas.

—¿Y bien, qué quiere saber?

Roberto detectó un tono en el anciano que no supo identificar.

—Pues como le he dicho, me gustaría que me contase algo sobre la historia del sanatorio.

—Léase un libro—no había hostilidad, pero sí un regusto de impaciencia—. O cómprese un ordenador. Al parecer no hay cosa que esos aparatos no sepan.

—Ya he leído muchos libros y visto suficientes documentales.

—Supongo que por eso me conoce—el anciano torció el gesto en una mueca de desagrado.

El calor le estaba produciendo un extraño efecto aletargante, y Roberto comprobó con horror que había dado una cabezada. Apartó un poco el faldón de la mesa camilla para intentar alejar el sopor. Cuando levantó la cabeza, el viejo tenía los ojos clavados en él, con una expresión de diversión reflejada en el rostro. El índigo húmedo de su iris parecía danzar dentro de las cuencas, enmarcadas por aquellas dos finas rayas de piel que le recubrían los ojos, y convertían aquellos dos luceros en meras grietas cavernosas.

—Da gustito ¿verdad?—exclamó jovial—. El brasero. Ya no se utilizan; ahora todo el mundo tiene esos aparatos tan modernos eléctricos o que funcionan con gas, pero nada de eso vale una mierda comparado con un buen brasero.

—Eh, sí claro—Roberto estaba un tanto desorientado, y trató de reconducir la conversación—. Esto, ¿sobre el sanatorio?

—Pues usaba calderas, claro—afirmó, como si aquella pregunta fuese la estupidez más grande que había escuchado nunca.

—Claro, pero no me refería a eso—se preguntó si cabía la posibilidad de

que ya no estuviese en la casa del anciano—. Lo que yo quería saber era algo más de la historia del sanatorio contada por alguien de primera mano.

El viejo cambió su posición, y la mecedora crujió bajo su peso.

—Pues son todo pamplinas.

—¿Cómo?

—Todo eso que se cuenta en los programas—replicó indignado—. ¡Son gilipolleces!

—No sé a qué se refiere.

—Esas tonterías sobre que el sanatorio está embrujado, que se escuchan voces y lamentos por sus pasillos—se detuvo y tragó saliva para recuperar el aliento—. ¿Sabe?, un día vino mi nieto y trajo un ordenador. Me dijo que era famoso, que había salido por la tele.

Roberto sabía que se refería al famoso programa nacional de sucesos paranormales que había visto por internet.

—Me puso unos videos, y allí estaba el chico, todo ilusionado, pero yo me indigné y le grité—sus palabras se tiñeron de un tono agrio que no pudo disimular—. Algunas de las cosas que dije las habían eliminado, y en su lugar escogieron unas palabras que nada tenían que ver con mi historia.

—Entiendo.

—Nunca debería haber aceptado salir en aquel programa.

—Por esa misma razón estoy aquí, para conocer la *verdadera* historia.

Aquellos ojos hechos de carámbanos de hielo traspasaron al escritor, que a pesar del calor que sentía, notó cómo una descarga eléctrica le recorría el estómago para morir en la parte baja de sus testículos.

—Pues en ese caso—continuó el anciano—. Debería usted dejarse de pretextos y contarme de una vez quién es en realidad, y lo que realmente ha venido a buscar.

Su tono, algo en su forma de hablar había cambiado, y eso unido a la imposibilidad de Roberto para asociar aquel rostro al del anciano que había conocido en la puerta, le produjeron una extraña sensación de irrealidad.

Sorbió un poco más del espeso líquido, y de inmediato sus tripas rugieron con apetencia. Había acabado con casi todas las reservas de la casa, y por nada del mundo quería ir hasta el pueblo para hacer la compra.

—¿Quiere unas pastas para acompañar?— se interesó el viejo—. Tengo unos Miguelitos que me trajo mi hija que son mano de santo.

Sin esperar respuesta desapareció por una cortina de tiras de plástico que golpeaban entre ellas con parsimonia, y reapareció casi al instante con una sonrisa que le llenaba el rostro, como si fuese un mago que resurge de un truco especialmente complicado ante su público. Dejó una bandeja llena de dulces sobre la mesa, junto a las dos tazas del café mientras se dejaba caer de nuevo en la mecedora.

—Pues como le iba diciendo, ah sí, la construcción se llevó a cabo gracias a los vecinos de la región—tomó la taza entre sus arrugadas manos, y se bebió el resto de un solo trago—. Algunos pasaban allí la semana entera si no tenían trabajo, y los demás subíamos los fines de semana para ayudar. Cuando se abrió por fin, supuso un enorme orgullo para todos, y una esperanza para nuestros familiares enfermos. Con el tiempo se fueron ampliando las instalaciones; se construyeron la segunda planta, el pozo de la nieve, y los velatorios. Ese sanatorio fue uno de los edificios más modernos y cómodos de la época.

Roberto se fijó en el brillo de satisfacción del hombre.

—Algunos enfermos pasaron entre sus muros más de diez años, otros, se *marcharon* prematuramente, pero entre los médicos, enfermeras, cocineros y enfermos se creó un vínculo muy especial—esbozó una media sonrisa, melancólica—. Éramos una enorme familia.

—¿Y qué ocurrió?

—Que empezaron a morir.

San Rafael se encontraba sumergido en la apacible calma de la que solo pueden presumir las edificaciones eminentes, con mucha historia y solera sobre sus cimientos. El padre Sebastián llevaba varios días sin aparecer por allí, pero por suerte, Adela era perfectamente capaz de ocuparse de todo, menos de officiar las misas. Canturreó entre susurros un versículo de Isaías 25, que se amplificó al rebotar contras los muros del templo y se fundió contra la bóveda de cañón del ábside. Una vez más —como siempre que se encontraba a solas en la iglesia—, se preguntó si su vida habría cambiado de haber formado una familia, de haber aceptado la oferta de matrimonio de Francisco, y de nuevo, se congratuló en silencio por la decisión tomada. Ella era feliz así, consagrando su vida a Dios y a sí misma, y por mucho que le gustase ocuparse de los temas cotidianos que requería mantener en condiciones a San Rafael, no se imaginaba haciendo aquello mismo con un hombre corriente y varios hijos. En repetidas ocasiones sentía algo cercano a la culpa por su pecado de egoísmo, pero rápidamente recitaba cada uno de los siete pecados capitales, y se reconfortaba comprobando que no atesoraba ninguno de ellos. De hecho, un mantra que había desarrollado para las situaciones más difíciles de contrición, era el de nombrar a cada pecado una bondad. Sonrió para sí misma, y recitó: *lujuria-castidad, envidia-caridad, ira-paciencia...*

Absorta en la búsqueda de sus virtudes, no escuchó el sonido del timbre que repicaba en la sacristía hasta que el tercer tono reverberó contra los altos techos, devolviéndole el sonido por triplicado. Soltó la escoba contra el zócalo del retablo, y echó a correr desahogada en dirección a la pequeña sala anexa ubicada en el lateral. Los timbrazos resonaron una vez más, y Adela resbaló sobre el pulido suelo que acababa de encerar, manteniendo la verticalidad de su voluminoso cuerpo de milagro. Cuando alcanzó resoplando el anticuado aparato, se dio cuenta de que la línea estaba muerta, con un ruido de estática por única respuesta.

—¿Diga?—intentó, entrecortada.

Nada.

—Iglesia de San Rafael, ¿dígame?

Cuando estaba a punto de volver a dejar el auricular sobre la horquilla, un chasquido precedió el sonido de una voz grave y parsimoniosa.

—¿Hola?

—¿Sí?—contestó Adela—. Iglesia de San Rafael, ¿en qué puedo ayudarle?

—Ah, buenos días, creía que no había nadie y estaba a punto de colgar— informó la voz.

—Lo siento—dijo, y nada más salir las palabras de su boca, se reprendió por aquella obsesión que tenía de pedir disculpas cuando no debía hacerlo.

—No se preocupe— apuntó condescendiente la voz—. Soy Juan Carlos Sevilla, el delegado episcopal de la zona pastoral del Noroeste.

Adela sintió que el color escapaba de su rostro, y la mano le tembló de forma imperceptible. La llamada de un representante del obispo nunca se debía a nada bueno.

—El caso es que me gustaría hablar con el padre Luis— indicó—. ¿Se encuentra mejor?

—¿Don Luis?—a la mujer no le llegaba el aliento a la garganta.

—Claro, ¿Quién si no?

Pensó en colgar, en desentenderse de aquella llamada. ¿Había dicho ella su nombre?; no, no tenían forma de saber que había sido ella quien había contestado. Dejaría el teléfono, y si le preguntaban, diría que ella no cogió llamada alguna. En cambio, hizo algo que ni ella esperaba, mintió.

—Don Luis... no se encuentra en este momento.

—Oh, qué pena—contestó, aunque no se apreciaba aflicción alguna en su voz—. ¿Puede usted decirle que me llame? Es por el tema del vicario parroquial que me solicitó hace unos días.

—¿Perdón, vicario parroquial?

La voz del otro lado suspiró, como si le pareciese un inconveniente terrible tener que perder su tiempo en explicarle nimiedades a aquella mujer, que bien podía ser la señora de la limpieza, pero su férrea educación eclesiástica le obligó.

—Don Luis me llamó hará unos días para pedirme prorrogar su estancia en Malón debido a unos problemas personales, pero solicitándome un vicario parroquial que él mismo había designado para que le ayudara con las labores rutinarias.

—Ese vicario... ¿no se llamara Sebastián Melero verdad?

—Yo no conozco a ningún Sebastián—argumentó un poco impaciente—. Y que yo sepa no existe ningún vicario, párroco o presbítero que se llame de esa forma en toda mi zona pastoral.

Adela dejó caer el auricular y lo recogió al instante, mientras que un frío glacial le convertía las venas en puñales de escarcha.

—El caso es que necesitaba hablar con Luis sobre esa decisión tan *irregular*. Por norma general, las designaciones las debe hacer el obispo diocesano, pero en su nombre, y debido a la amistad que me une a él, le concederé que elija a un párroco para cumplir la prórroga de unas semanas en San Rafael, aunque debo decirle que los temas “delicados” los debe tratar él mismo en persona, y debe estar dispuesto para cuando designemos al titular.

—Claro—acertó a pronunciar la mujer.

—Pues bien, ¿podría hacerme ese favor, le dirá usted que me llame?

—Sí, claro, en cuanto lo vea se lo comunico.

—Muy agradecido. Buenos días.

Adela escuchó el silencio mecánico de la línea vacía, y solo entonces se permitió sollozar y temblar de verdad. Abandonó el teléfono sintiendo unas ganas tremendas de vomitar.

Los ojos del anciano brillaban mientras se adentraba en los recuerdos de su juventud, y Roberto se sintió cautivado por su forma melosa de relatar una realidad que estaba teñida de dolor y muerte.

—En realidad, aunque yo entré a formar parte de la plantilla de forma oficial en 1950, crecí en aquel lugar—explicó—. Mi padre era el encargado de las cuadras, y yo le ayudaba en las tareas diarias. Todos los días me cruzaba con docenas de enfermos que salían a los balcones a tomar los *baños de sol*, y tres veces por semana me llevaba a unos cuantos de los que se encontraban mejor de salud a dar paseos por los pinares de la sierra. Sobre todo recuerdo los fines de semana, cuando las familias visitaban a sus familiares hospitalizados, y el patio y los pinares del sanatorio se convertían en una miríada de picnics improvisados que salpicaban la hierba recién cortada. En invierno, cuando las nevadas convertían la carretera en un imposible, organizábamos obras de teatro en el salón de actos para paliar la pena, hasta que aquello se convirtió en una tradición que muchos de los enfermos esperaban con más ansia que a sus propios parientes.

Volvió a centrar la mirada en Roberto, y carraspeó de forma ostensible.

—Pero supongo que no has venido a escuchar los delirios relamidos de un viejo—sorbió otro poco de café frío, y observó un *Miguelito* hasta que acabó por descartarlo—. Aunque en realidad todavía no me ha quedado claro del todo qué es lo que has venido a buscar.

—Ya se lo he dicho. Sufrí un accidente que me afectó una parte del cerebro, entre otras cosas. Recuerdo que crecí aquí, en Malón, pero por algún motivo no puedo recordar nada más.

El anciano asintió, y aunque ya había escuchado aquella historia, algo le escamaba en sus viejos y reumáticos huesos. Le hizo un gesto para que continuase.

—Hace unos días comencé a tener unos sueños... o visiones de ese lugar.

—Del sanatorio.

—Sí—corroboró—. Estoy casi seguro que pasé parte de mi infancia allí, pero no puedo acordarme de nada más, y pensaba que si conocía un poco más...

—Que si conocías la historia quizá te acuerdes de tu infancia—completó.

—Exacto.

—¡Qué tontería!

—¿Cómo dice?

—Que me parece una estupidez como la copa de un pino

Roberto, desconcertado, pensó en marcharse de allí, pues a cada minuto que pasaba en aquella casa menos seguro estaba que hubiera sido buena idea acudir.

—Oh, no me malinterpretes—aclaró—. Lo que quiero decir es que ese lugar se cerró como sanatorio en el año 1962. Con la llegada de la estreptomocina muchos mejoraron y el coste de mantener a los internos restantes se hizo insostenible. Al principio solo los enfermos que disponían de familias acaudaladas podían permitírsela, pero cuando yo entré a trabajar, allá por los años cincuenta, los parientes llevaban los frascos por cajas.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Pues que tu no podías haber vivido allí por aquel entonces—le echó una ojeada—. ¿Qué tienes, cuarenta años?

—Treinta y dos.

—Pues chico, deberías comer más verdura.

—Muchas gracias por el análisis dietético, pero si no le importa vamos a centrarnos en lo que nos ocupa—sentenció Roberto.

—Solo sugiero, pero tú verás, yo comenzaría a mirar más marcas de cremas y menos de cervezas—opinó, agitando una de sus manos surcadas de venas.

—Usted tampoco es que esté como para bailar sardanas—contraatacó el escritor, molesto.

El anciano soltó una carcajada hueca que sonó como el graznido de un cuervo, y se puso en pie agitando los hombros. Se perdió entre el bamboleo de tiras de la cortina, y apareció con dos botellines de cerveza, de la que resbalaban gruesas gotas por su helada superficie.

—Al final va a resultar que no tienes sentido del humor—expresó sonriente. Los glaciares que eran sus ojos centellearon divertidos—. Mira chico, solo quiero que entiendas que a pesar de todo el dolor, el sufrimiento y las muertes que se sucedieron en ese sanatorio, nada de todo lo que se cuenta sobre ese lugar es verdad. Es cierto que el mal anida entre las paredes de ese edificio, pero no proviene de su primera etapa como sanatorio.

Saborearon en silencio ambas cervezas, y Roberto sintió un súbito e inesperado respeto por aquel hombre. No debía de haber tenido una vida

fácil, pero aún así, continuaba con fortaleza y jovialidad por la senda de la supervivencia, sin dejar que los males del mundo le golpearan demasiado duro. Brindó a su salud levantando la botella.

—¿Qué quiere decir con eso de su *primera etapa*?

—Pues vaya un trabajo de documentación que te has marcado—bromeó—. Si te hubieras metido a detective ibas a pasar más hambre que un novelista en la posguerra.

Roberto le concedió la victoria en esa batalla, y volvió a levantar la botella para corroborarlo.

—Ese edificio se construyó como hospital para tuberculosos debido a la gran parte de la población que por aquellos tiempos enfermaba presa de sus garras, pero como te he comentado, en el 62 se trasladó a los enfermos al hospital de Albacete debido a que la mayoría habían sido dados de alta, y los que quedaban no generaban ingresos suficientes para mantener el mastodóntico proyecto. Después de aquello, el Ministerio de Gobernación decidió convertirlo en un orfanato.

Roberto sintió una punzada en el pecho al escuchar la palabra *orfanato*. El anciano, que pareció leerle la expresión, asintió levemente y bajó los ojos hasta su botella.

—Yo trabajaba de conserje, así que se decidió que costaba más trabajo y dinero despedirme que dejarme en mi puesto—explicó el viejo, que había bajado una nota el tono de su voz—. Cuando empecé a trabajar en el sanatorio con mi padre, yo contaba ya con mis buenos 17 años, aunque llevaba muchos más ocupándome de los recados y trajinando quehaceres para los médicos y las monjas. Cuando se acordó cerrar el sanatorio yo tenía ya 30 años y llevaba cuatro como conserje, así que desde Gobernación me ofrecieron continuar trabajando para el orfanato.

—¿Y qué ocurrió?—preguntó absorto en las palabras del viejo.

—Al principio nada—sus acerados ojos apuntaron una chispa diferente, que Roberto aproximó más al pesar que a la evocación—. Durante los primeros tres años, mientras que el orfanato fue regentado por las Hermanas de la Caridad, ese lugar adquirió un brillo diferente del que hasta ese momento había tenido. No quiero decir que antes no existiesen momentos buenos, pero lógicamente era un sanatorio dedicado a sanar una enfermedad que no tenía cura. El halo de muerte que impregnaba cada rincón, cada esquina, siempre estaba presente, aún cuando nos desvivíamos por intentar disfrazar esa circunstancia. Pero con la llegada de los chavales, y el buen

hacer de las Hermanas, por primera vez desde que se puso la primera piedra, allá por el 1917, aquel lugar parecía un sitio seguro, un lugar donde la muerte podía pasar de largo sin llamar a la puerta. Se sustituyeron las camas en los patios que se usaban para los baños de sol, por parterres de flores que jamás se habían visto en aquella sierra. Se instalaron unos columpios, y se allanaron las pistas deportivas. Tenías que haber visto el estado del campo de fútbol, ¡las malas hierbas parecían enredaderas!; pero sobre todo, las risas. No se me caen los anillos si te digo que se me escapó una—o varias— lágrimas cuando escuché las risas de cientos de muchachos que corrían tras una bola deshilachada en aquel patio donde antes solo había percibido lamentos.

Se puso en pie—menos vigoroso que antes, y Roberto juraría que lo había visto frotarse los ojos de forma distraída—, y se acercó hasta un aparador del tamaño de un bombardero del ejército. Recorrió con un dedo retorcido por la artritis los diferentes cajones, como sopesando la posibilidad de abrir o no aquella caja de Pandora, hasta que al final se decidió por uno de los tres centrales de la parte baja. Con un quejido por el esfuerzo, se acercó de nuevo a la mesa portando un libro que parecía haber sido impreso por el mismísimo Gutenberg allá por el 1450. Lo dejó caer pesadamente sobre el mantel de plástico de la mesa redonda, y clavó sus ojos en los del escritor, sin decir ni una sola palabra.

—¿Estás seguro de que quieres abrir esta puerta?—inquirió glacial—. Oscar Wilde dijo: El único encanto del pasado consiste en que es eso mismo, el pasado.

—Es usted un mar de conocimientos con un dedo de profundidad— repuso—. ¿Ve?, yo también me conozco frasecitas sacadas de sobres de azúcar.

El viejo compuso una mueca, y un nudo de pliegues le surcó la frente como raíces asomando a través de un suelo resquebrajado.

—Es mejor saber poco o nada sobre muchas cosas, que mucho de ninguna—objetó malhumorado.

—Bien, dejemos el manual de Freud aparcado hasta la hora del té, y explíqueme qué es esto.

El anciano hizo un leve gesto, señalando con el mentón el grueso tomo que había entre ellos, sobre la mesa. Roberto observó con atención la encuadernación en piel de color hueso, que había tornado a un deslucido gris pajizo con el paso de los años que recordaba a la lana sucia. Como único rótulo, unas deslavazadas letras en pan de oro rezaban: **SANATORIO DE SIERRA ESPUÑA.**

—Últimoaviso chico—siseó el viejo.

—Guárdese el melodrama para el teatro.

Una determinación férrea brillaba en los ojos del escritor, y el anciano negó con gesto lúgubre al verlo abrir la gruesa tapa. Lo que Roberto había tomado por un libro, era en realidad un álbum fotográfico. En la contraportada, trazada con una letra inclinada y punteada de filigranas, aparecían varios nombres y una serie numérica junto a cada uno de ellos. Comenzó a leer algunos, pero su visión periférica captó algo que distrajo su atención de inmediato. En la página contigua, dos fotografías de tamaño industrial mostraban la fachada de un edificio, y al lado un hombre armado con una pala de metal y rodeado de personas que aplaudían mientras la hundía en el suelo. Bajo ellas habían superpuesto una especie de regla milimétrica, en la que se había marcado dos puntos en rojo con las medidas anotadas al margen. Con aquella misma caligrafía inclinada, de trazo firme y pulso seguro, habían escrito:

Primera piedra, sanatorio de tuberculosos año del 1913

Roberto se detuvo en aquellas dos imágenes, y demoró más tiempo del necesario en repasar todos los detalles de las fotografías. Cada vez que pasaba a la siguiente cuartilla plastificada y nuevas reproducciones saltaban a su encuentro, se inclinaba casi hasta tocar con la punta de la nariz las instantáneas, y mantenía la vista fija durante largo rato, como si quisiese hacer una fotocopia mental para su propio desván de recuerdos. Repasó las desgastadas páginas dos veces, empapándose de ese halo que desprenden las estampas del pasado, que parecen flotar en la eterna bruma color sepia de los químicos del fijador que se ha deteriorado y se va comiendo poco a poco la imagen de plata. Durante una fracción de segundo, Roberto se vio a sí mismo de niño, rodeado por la luz roja de una minúscula sala donde se positivaban imágenes en cubetas repletas de agua y productos químicos. Sintió el acre olor del fijador, y escuchó una voz familiar que le advertía sobre la conveniencia de realizar el baño de paro de forma meticulosa si no quería que la foto se perdiera con el tiempo. Se esforzó por ahondar más en aquel recuerdo, pero se había marchado sin remisión y con alevosía, sumiéndolo en un profundo estado de consternación. Se dijo a sí mismo que aquella metáfora se podía aplicar perfectamente a su vida; al fin y al cabo, ¿qué es la mente sino un intrincado cuarto oscuro donde revelamos las imágenes de nuestras vivencias? Una infancia en la que atesoras momentos felices, los

cuidas y empleas en ellos el cuidado necesario, quedan grabados a fuego de por vida. En cambio, los que te convierten en una persona desdichada e infeliz, se difuminan con el paso de los años, se sumergen en los vapores del olvido y el fijador que emplea el cerebro las manda al limbo de la memoria, donde se pierden rodeadas en las tinieblas de la inconsciencia.

—¡Despierta pollo, que te me vas por los cerros de Úbeda!

Un chasquido sacó a Roberto de su ensoñación, y cuando consiguió centrar la vista, el anciano se encontraba a escasos centímetros de su rostro, chasqueando los dedos con tanta fuerza que parecían pequeñas explosiones.

—Pero bueno, ¿a ti que te pasa?—terció el viejo, al que le centelleaban los ojos a causa de la curiosidad—. Chaval, tú lo que necesitas no son recuerdos, son unas vacaciones pagadas en el manicomio del Palmar, con una bonita camisa a juego.

—¿Eh?—contestó aturdido—. ¿Qué?

—Pues que estás muy perdido—se volvió a reclinar en la mecedora—. De repente se te han puesto los ojos del revés, como cuando te rascan la espalda en ese sitio donde no puedes llegar solo, y has comenzado a decir gilipolleces sobre un cuarto oscuro, fijadores y recuerdos perdidos.

—No, no sé...

—Yo sí lo sé—atajó el viejo—. Según tú, no recuerdas que fue de tu vida cuando chaval, y yo te digo que Dios es sabio, y si nos creó con la capacidad de borrar esas cosas de un plumazo, ¡Alabado sea pues, y a otra cosa, coño!

—¿Me puedo llevar esto?—pidió Roberto señalando el álbum.

—¿Qué?—tronó el anciano—. ¡No!

—Le pagaré el...

—¿Qué te crees que es esto, un rastrillo?—el acuoso azul de sus ojos parecía haberse oscurecido—. Ese álbum de fotografías es lo único que me queda de ese lugar y los más de cuarenta años que trabajé entre sus muros.

—Lo, lo... siento, es que...

—Chaval, esto no es una película y yo no soy tu abuelito, así que no te lo puedes llevar—relajó el tono brusco, y su expresión se suavizó—. Puedes venir todas las veces que quieras a tomarte unas cervezas. Si quieres ver el álbum y ponerte pajarillo, o hablar en otro idioma y subirte por las paredes, ¡eh, por mí perfecto!

Se levantó de la mecedora con otro crujido de huesos, y se dirigió de nuevo a la cocina.

—De hecho, creo que nos vendría bien tomarnos otra cerveza, a ver si así se te pasan las tonterías. Como decía mi padre, si dos hostias no te quitan la estupidez, lo harán la bebida o las mujeres.

Cuando el viejo desapareció una vez más entre la cortina, Roberto sacó una instantánea casi descolorida y con los bordes destrozados de su funda, donde se veía el sanatorio de fondo y un numeroso grupo de personas posando al frente, y se la guardó bajo el abrigo. Cerró el álbum y esbozó una sonrisa cuando el anciano le plantó la botella helada delante de él y se quedó mirándolo fijamente. Roberto no podría recordar el rostro de aquel tipo cuando saliera de su casa, pero creyó que jamás olvidaría el brillo fugaz con que en aquel momento, esos luceros de hielo le traspasaron el alma.

La bombilla desnuda apenas alejaba la penumbra del reducido cuarto, y cuando el aire se colaba por la estrecha franja que hacía de ventana, un baile fantasmagórico de sombras danzaba por las paredes de ladrillo visto, al son que marcaba la exigua luz. Excavaba con las manos a toda prisa, aterrizado y sin cesar de lanzar furtivas ojeadas en dirección a la puerta que se elevaba unos metros más arriba, al final de los cuatro peldaños de madera destrozada. Escuchó un ligero golpe, y se levantó como una centella, tropezando con una silla volcada y golpeándose la espinilla. Ni siquiera notó el dolor, solo los latidos desbocados de su corazón bombeándole en el pecho como el bombo de un verdugo. Arrancó el endeble mecanismo que había fabricado con una pila de petaca que había sustraído del almacén, y la escondió bajo el montón destrozado de sillas amontonadas en el rincón. Con la velocidad que solamente es capaz de infundir el miedo más profundo, se acuclilló en una esquina, hecho un ovillo, y fingió que lloraba mientras se balanceaba sujetándose las rodillas. El reflejo de claridad que irradió en la parte alta de las escaleras cuando se abrió la puerta, apenas si conseguía horadar la oscuridad más allá de un par de metros, donde las tinieblas ganaban la partida y creaban un vaporoso embudo de puntitos luminosos que danzaban como malévolas luminarias. Se dijo que si realmente existía el infierno, seguro que el camino para llegar hasta allí debía de estar marcado por aquel mismo tipo de fluorescencia, y que el cancerbero llevaría unas botas igualitas que las que habían aparecido en el tercer escalón en aquel momento.

—¿Chico?— murmuró—¿chico?, vamos chaval, sal para que pueda verte.

Emergió de entre las sombras, incorpóreo, como si la piel y los huesos hubieran huido y solo quedase el alma en aquel sótano húmedo.

—¡Eh, ahí estas!—el hombre se adelantó un paso, y apoyó su voluminosa mano sobre el hombro del niño—. Ven conmigo, que he preparado un cocido que tira de espaldas.

Las costillas mal curadas le produjeron un estallido de dolor cuando el hombre le ayudó a subir el primer escalón, pero se mordió el labio inferior tan fuerte que sintió el sabor metálico de la sangre en la punta de su lengua.

—¿Qué pasa, te has hecho daño?

Negó con tal fuerza, que los tendones, rígidos por la humedad, crujieron

como ramas secas. Las marcas de sus anteriores estancias en aquel sótano las llevaba impresas en su cuerpo, y a nivel más íntimo, en el espíritu, pero no era cuestión de tensar la cuerda. Además, el olor del puchero allá arriba, en la cocina, actuó a modo de bálsamo y acicate para “achantar la mui” y relegar los latidos sordos de dolor a un rincón de aquel sótano. Además, siempre era preferible acostarse con el estómago caliente que no con el lomo templado.

Se había pasado los dos últimos días buscando al cura, pero parecía que se hubiera evaporado de la faz de la tierra. Aquella era la quinta vez que llamaba a la puerta del pequeño piso en el que vivía el hombre, obteniendo el mismo silencio que en las ocasiones anteriores. Le beata esa de la iglesia le había confiado de malos modos que *don* Sebastián estaba enfermo, pero estaba seguro de que lo que realmente le pasaba es que había pillado una *turca* de tres pares de narices, y estaba durmiendo las consecuencias envuelto entre los esponjosos y cálidos brazos de Morfeo. No es que le necesitase, pero la inesperada noticia que estaba arrasando en los noticieros de radio patio, y tenía a las marujas del pueblo al borde mismo de un ataque fulminante de lengua viperina sobre lo sucedido con Agustín, cambiaba el panorama de lo que había planeado con el párroco unas cuantas noches antes.

Volvía de nuevo sobre sus pasos, en dirección a la plaza del Ayuntamiento mientras repasaba una y otra vez de forma maquinal los puntos del guion que aún no le terminaban de encajar, cuando recordó algo que le hizo detenerse de golpe. La última vez que había visto a Sebastián fue la noche del domingo, cuando ambos tomaron algunas copas de más en la cafetería Charly, cerca del convento de las monjas clarisas. Cristóbal recordaba cómo tuvo que arrastrar al buen cura durante más de media calle y meterlo en la cama, mientras este mascullaba palabras sin sentido, dentro de frases inconexas. Su mente volvió al punto exacto en que el párroco le comunicaba a carcajadas que había perdido la llave del piso, y cómo había besado con los dientes el suelo adoquinado cuando se arrodilló junto al escalón de la entrada. Triunfante, le mostró un pequeño llavero con la forma de una oblea amarillenta que había extraído de un ladrillo suelto bajo la placa de mármol del portal.

—Lo que no consiga el cuerpo de Cristo—canturreó el cura con la voz nasal del que ha tomado una copa de vino de más.

—Amén—coreó.

Dudó, pero se internó por la calle Valmarino y ascendió la empinada cuesta de la calle de los Sastres. Cuando estaba de nuevo ante la puerta de la casa del cura, se dijo que aquello era un error, una violación de la intimidad en toda regla, y que si el buen párroco osaba alguna vez meterse en su casa de aquella manera, con toda seguridad sería un milagro si conservaba todas sus piezas dentales al finalizar el día. Con la efímera seguridad de los recuerdos

pasados por alcohol, acudieron a su mente unas palabras del buen cura donde le confesaba que poseía una enfermedad terminal; a pesar de ser una de esas ocasiones en las que no sabes si la bebida te ha colado algún momento que no ha existido, o te ha quitado alguno que sí que has vivido, recogió la llave del escondrijo donde la había vuelto a dejar Sebastián, y con la imagen del cura tendido con la boca abierta chorreando baba caliente sobre la colcha de su vieja cama mientras se le escapaba la vida, entró en el apartamento. La quietud que reinaba en la vivienda le produjo una de esas sensaciones que se adhieren al corazón como sanguijuelas, y se quedan allí hasta que se han bebido cualquier rastro de hombría o de sentido común, a partes iguales. Cuando esa incertidumbre invade los huesos, músculos y hasta capilares de nuestro cuerpo, cualquier decisión generada en ese instante se convierte en algo que a buen seguro, lamentaremos hasta el momento de encontrarnos cara a cara con el Altísimo.

Avanzó con tiento entre los muebles de saldo, y se plantó en medio del salón donde unas noches antes se había quedado dormido tras dejar a Sebastián soñando con ángeles y el paraíso eterno. Algo en aquella casa había cambiado, pero no estaba seguro de qué podía tratarse. Silenció hasta su respiración, y trató de interpretar los sonidos cotidianos que le llegaban ahogados, como si procediesen de una región muy lejana. No descifró ninguno que le indujese siquiera una pista sobre el dichoso párroco. Se adelantó unos metros más y se encontró con un estrecho pasillo. Unos débiles rayos solares atravesaban la única ventana, y se filtraban hasta la pared contigua, deteniendo el tiempo y las moléculas de polvo que flotaban en su órbita. Cristóbal hizo gala del valor que no tenía, y dio dos grandes zancadas, cruzando aquel pórtico del terror festoneado por cruces y retratos de familia. Recordaba que la habitación del cura se encontraba al final del pasillo, en la última puerta de la derecha, y cuando llegó hasta allí, el poco sentido común que no se había marchado de vacaciones lo retuvo. “*Seguramente estará durmiendo como un bendito, y tú allanas su casa*” se dijo, pero luego acudió de nuevo aquella imagen del hombre con la cara morada y ahogándose con su propia lengua. La puntilla, como si se tratara de un buen banderillero con el último toro de la tarde, la otorgó un quejido horrible que traspasó la puerta y le transformó los huesos en gelatina líquida. El resto de la vivienda parecía estar preparada para el reportaje de una revista, sin una mota de polvo o indicador cualquiera de que allí viviese alguien más que las pelusas de debajo del sofá, pero aquella habitación se salía de los esquemas de lo que podía

denominarse “dormitorio”. El hedor le asaltó de forma inmediata, provocándole que el estómago se le retorciese en un nudo y le ascendiese por la garganta. Una montaña de ropa sucia se acumulaba en una de las esquinas, sobre la que revoloteaban una miríada de moscas que abochornarían a un establo. Sobre la cama —deshecha—, estaban repartidos una colección de envases de comida enlatada a medio terminar, y un olor a orina rancia se elevaba en el ambiente como una miasma, más propia de las catacumbas del Château d’If que de un dormitorio. El lamento que había escuchado antes le llegó de nuevo, nítido y cercano, abriéndose paso entre la inmundicia de aquel reducto. Rodeó la cama, con cuidado de no pisar ninguno de los múltiples fragmentos de cristal de lo que en otra vida podía haber sido un espejo, y lo encontró. Atado de pies y manos, como un lechón dispuesto para un banquete, se encontraba don Luis Talavera, el que había sido párroco de San Rafael durante los últimos veinte años. El hombre parpadeó varias veces, intentando determinar si Cristóbal era real o se trataba del *Ángel de la Muerte* que había atendido por fin a sus súplicas, y comenzó a llorar como un niño de teta al que le empieza a despuntar su primer incisivo.

—¿Eres tú, Cristóbal?—balbuceó el infeliz con el rostro lleno de lágrimas.

Forcejeó levemente con las bridas que le sujetaban las muñecas al radiador, y que estaban impregnadas de una sustancia pegajosa que Cristóbal prefirió no averiguar de qué se trataba.

—Cristóbal, hijo, ayúdame—sollozó gimoteante y reducido a un guiñapo.

—Don... ¿don Luis?

—Corre, suéltame antes de que llegue ese loco—suplicó—. Por Dios, ¡date prisa!

El hombre, vestido únicamente con unos calzoncillos que acarreaban más lamparones que el expediente de un ministro, abrió las manos señalándole por dónde tenía que empezar la liberación. Durante una eternidad, el anciano se perdió en los ojos del hombre, que daba la impresión de haber abandonado la sala, y rogó en silencio con las últimas reservas de lágrimas que le quedaban en el cuerpo. Cristóbal rompió su parálisis y se acercó al veterano cura titubeante. El prisionero rompió a sollozar de nuevo, esta vez de alivio al notar el final del suplicio, pero cuando su salvador llegó hasta él, agarró la brida que le sujetaba las muñecas y comprobó que siguiera firme. Asqueado y con los dedos salpicados de sangre reseca que las ataduras habían producido en las arrugadas articulaciones, se alejó sin despegar los ojos del sorprendido párroco. Se recordó a sí mismo que más pronto que tarde debería rendir

explicaciones por aquella acción a quien correspondiese, y rogó por que cuando llegase ese momento, su juez mostrase más benevolencia de la que había en los ojos de don Luis en aquel instante. Salió del cuarto y cerró la puerta con una delicadeza obsesiva, como si allí dentro hubiese un bebé en plena cabezadita y temiera despertarlo. Al girarse, el angosto pasillo se le echó encima de forma opresiva, y tropezó con sus propios pies cuando quiso correr. Se le desenfocó la vista, y cuando sus pupilas volvieron a centrarse, una figura le observaba desde el salón, bloqueando la salida. Con la cabeza gacha y los hombros hacia delante, aquel ser parecía estar a punto de embestir, y a Cristóbal se le escapó un gritito femenino cuando la silueta envuelta en las sombras se aproximó.

—¿Preguntas?—interrogó Sebastián cuando estuvo a menos de dos metros de un intimidado Cristóbal.

—Sí, una—corroboró—. ¿Dónde coño has estado metido?

La oficina estaba completamente vacía, y un cosquilleo le recorrió la nuca cuando se dejó caer en el sillón reclinable. En las últimas semanas había pasado en aquella butaca más tiempo que en su propia casa, y a pesar de las incomodidades, se encontraba encantado por primera vez en muchos meses. Había dejado a un lado las lamentaciones, el sentimiento de culpa y todas esas emociones confusas que llevaban atacándole desde que Sofía le echase de casa. Por supuesto, todo acabaría arreglándose, como siempre, pero mientras tanto Juan recorría una especie de purgatorio interior que le provocaba profundas depresiones. A menudo había especulado con la ironía de la vida, y en cómo desperdiciamos la mayor parte de ella buscando metas que nos hagan sentirnos mejores, realizados, y cuando conseguías llegar hasta ellas te dabas cuenta de que realmente nada de aquello importaba. Él había estudiado y trabajado como una mula para convertirse en médico, y en el momento que decidió elegir especialidad, en neurólogo. No solo lo había conseguido, sino que estaba considerado uno de los mejores en su campo. Tenía dinero, fama, y una mujer preciosa que lo adoraba, y por ello la vida le había obsequiado con una preciosa enfermedad degenerativa a la única persona en el mundo por la que daría su vida sin dudar ni un instante. La ironía era aun más dolorosa si se tenía en cuenta que esa enfermedad era neurológica, el área donde se suponía que él era una eminencia.

Abrió la persiana unos centímetros, y la difusa luz anaranjada del amanecer se coló entre la rendija, creando un haz que bañó su mesa de trabajo. Suspiró, y tras prepararse un café en su moderna máquina italiana, se sumergió de nuevo en los expedientes de su esposa. Cada vez que los ojeaba le invadía un abatimiento tan profundo que le costaba no caer en ese mundo plagado de sombras que era la amargura, y su boca se llenaba del sabor amargo de las lágrimas tragadas en silencio. *“Debería haberle realizado el test predictivo”* se decía. *“Era claramente una persona presintomática, tendría que haberla llevado a un genetista aunque fuese a rastras”*. Cuando empezaba con tales ideas, necesitaba recordarse que de haber sabido de la enfermedad a tiempo, el resultado hubiera sido el mismo. Aquel mal ya estaba en los genes de Sofía desde antes de nacer, y poco podía hacer él aunque conociese todas y cada una de las complicadas vertientes de la enfermedad. Aun así, cada vez que ella tenía una de sus recaídas y le convertía en el blanco de las iras y

suspicias propias de su demencia, él desaparecía y pasaba unos días en la clínica, dedicando cada segundo libre a intentar comprender la dolencia de su mujer.

Repasó una y otra vez los marcadores genéticos derivados de las últimas pruebas, las resonancias y las tomografías computerizadas. Comparó las regiones del cerebro que habían degenerado entre la primera y la última imagen, y se echó a llorar de nuevo. Sabía que no había cura posible para el Huntington, pero aún así, se esforzaba por encontrar algo entre la infinidad de aquel expediente. Quizá, lo que realmente buscaba era algo con lo que descargar su conciencia del enorme peso que lastraba, pero había elegido el camino equivocado. Se había repetido una y mil veces que lo que verdaderamente podría ayudar era estar con su mujer, ayudarla a recorrer los últimos metros de la cruel carrera de la vida, pero no soportaba las verdades que ella le lanzaba con brutalidad cuando la enfermedad se apoderaba de su persona. Entendía que ella lo amaba, más que a cualquier otra cosa en el mundo, pero en ocasiones, existen momentos en los que la vida te coloca a la misma distancia entre huir o quedarte para siempre, y él había elegido huir. Por eso se comportaba como el cobarde que era, refugiándose en su clínica donde era considerado el rey, y donde regía entre montañas y montañas de expedientes ajenos con su cetro de *eminencia*.

Cuando hubo ahogado las lágrimas de aquel día, se centró en la hoja de medicación de Sofía. *Tetrabenazina*, para los espasmos; *Haloperidol* como antipsicótico, y la extensa lista de antidepresivos y estabilizadores que habían pasado a ser como de la familia, comenzando por el príncipe de la casa, el *Prozac*. Agarró con desgana la segunda página, y otra lista se desprendió y descendió lentamente, meciéndose hasta terminar posándose con la suavidad de un copo de nieve sobre sus pies. La recogió, y se preguntó cómo había llegado hasta allí la medicación de otro paciente. Meneó la cabeza para aclararse. *Has estado muy despistado estos días, pero no te puedes permitir mezclar medicaciones de pacientes*, se recriminó. Se dio cuenta de que se trataba de una cuidada lista que había confeccionado para su amigo Roberto García, y buscó el expediente para colocarla en su lugar. Al abrir la carpeta, sus ojos se posaron en las tomografías que le había realizado al escritor unas semanas antes, y de repente sus ojos se abrieron como platos. Con las manos temblorosas rebuscó entre la voluminosa carpeta, y extrajo las resonancias. A medida que revisaba de nuevo el historial, en su rostro se formaba una expresión de inquietud que no habría podido disimular ni el mejor jugador de

póker de la historia. Volvió a la carrera de nuevo hasta su mesa, y la despejó del enorme montón de carpetas de color marrón que la ocupaban. Colocó el historial de su mujer abierto a la derecha, y el de Roberto a la izquierda. A la tercera comprobación, quedó patente que sus temores se habían confirmado. ¡Cómo se le había podido pasar algo así! Era cierto que no estaba pasando por su mejor racha, pero aquello...

Levantó el teléfono sin preocuparse por la hora. Al segundo timbrado, una voz—a la que a todas luces había sacado de la cama—, le contestó;

—¿Sí?

—Verónica, soy Juan—informó acelerado—. Necesito que traigas a Roberto a...

—Juan, yo ya no...

—¡No lo entiendes!—exclamó visiblemente alterado—. ¡Estábamos equivocados de medio a medio!

Al otro lado se hizo el silencio, y el médico pensó que se había cortado la comunicación.

—Mañana estaremos allí—corroboró neutra, y colgó.

Dejó con suavidad el móvil sobre la mesa y permaneció inmóvil, perdida entre los difusos contornos que dibujaban los sucintos muebles del salón. Quizá, si se mantenía lo suficientemente rígida y exánime, Dios le concediera el mismo regalo que a Edith y la convertiría en estatua de sal. Posiblemente, de esa manera no tendría que saborear el dolor que le estaba devorando el alma y le transformaba en amargas gotas de hiel aquellas lágrimas envenenadas que su cuerpo se negaba a dejar de derramar. Recorrió con los ojos emborronados el piso de Olga, que se había convertido en su paño de lágrimas en su reclusión voluntaria. A su mente acudió una vez más la cita del libro *La Despedida* de Milan Kundera que tanto le había gustado: “*En este momento en realidad no estoy aquí. Debería haberme ido ayer, y aquí no soy más que mi propio retraso*”. Se maldijo por no tener el valor suficiente como para haber tomado la decisión de marcharse mucho tiempo atrás. En su defensa debía decir que no siempre había sido así, que durante algún tiempo fue feliz, y que esa reminiscencia de felicidad puede embotarte los sentidos como una droga dura que no logras sacarte del organismo; quieres dejarlo, pero al final siempre acabas volviendo a por un poco más, intentando convencerte de que esa vez será la última. Las semanas en casa de su amiga le habían servido para darse cuenta de que se había convertido en una adicta, una afiliada al dolor y la autocompasión. Tanto Olga como Micaela habían hecho todo lo posible porque ella abandonara el estado de eterna mártir, de mujer devota que sigue a su marido como un perrito fiel, por muchas patadas y malos modos que este le profese, pero no había servido para nada. Como buena *yonki*, deseaba escaparse de aquella cárcel de falsedad y meterse en las venas un buen chute de abnegación incondicional, de inmolación de su propio ser y embeberse de la esencia de él. Poco le importaba que la cosa no resultase, que de forma indefectible ambos acabaran destruyéndose de manera mutua, y que lo poco bueno que habían edificado entre ellos se viniera abajo como un castillo de arena con la primera marea alta; *anhelaba* su presencia y eso era lo único que contaba.

Recogió el abrigo del perchero, y por primera vez en más de una semana, abandonó el piso de su amiga en dirección al lugar del que no debería haberse marchado.

Engulló tres aspirinas con el insípido café, y apartó de malos modos a un obeso oficial que taponaba casi por completo el pasillo hasta la planta baja. Continuaba en ese pertinaz estado de irritación que había anidado dentro de él unos días antes, y que parecía dispuesto a instalarse allí hasta la siguiente migración estival.

Arrojó el vaso de plástico medio lleno a una de las papeleras, y tomó el corredor de hormigón que conducía a la única celda de la que disponían en toda la instalación. En los últimos dos días, aquel pasillo semejaba más a la sección de ofertas de un famoso centro comercial que al de una comisaría. Al principio le molestaba que aquella gente estuviese allí, sin hacer nada productivo y paseándose como si estuvieran rodando la secuela de *Starsky & Hutch* o *Canción Triste*, pero al fin comprendió que incluso podía ser una liberación. Ya nadie se fijaba en él, nadie le pedía explicaciones, y a excepción de una patrulla, al día siguiente habrían dejado Malón para llevar el caso desde la número 3 de la capital. Dio su nombre y número a un funcionario con cara de perro Shar Pei, y entró por segunda vez en un día a la sala anexa. Media hora después, un chico uniformado y con los brazos como los mástiles de un barco entró con Agustín sujeto por una de sus axilas. Su amigo de la infancia parecía haber perdido diez kilos desde aquella misma mañana.

—¿Cómo estás?—le preguntó una vez que el policía había tomado la posición de firmes en la esquina.

El hombre continuó con la mirada perdida, como si ya hiciera mucho tiempo que hubiera abandonado la residencia de su cuerpo.

—Traigo noticias de Rosa—Probó.

Un fugaz brillo en aquellos dos pozos de tormento centelleó, para desaparecer igual de rápido que había llegado.

—Tu hijo ha sacado la nota más alta de su clase en ciencias naturales—hizo el amago de sacar algo del bolsillo interior de su chaqueta—. Lo he traído, por si quieres verlo.

El hombre se giró de forma tan lenta que Javier pensó que estaba sedado. Cuando clavó la mirada en su amigo, sintió que el alma se le bajaba a los talones.

—¿En... ciencias?—pronunció, forzando cada sílaba.

—Sí. ¿Te puedes creer que ahora lo estudian en inglés?—agitó la cabeza como si aquello fuese lo más increíble del mundo—. Pero el chico tiene sesera, ¡llegará lejos, seguro!

—Lejos—balbuceó.

—Oye, Agustín, si quieres te lo enseño, pero necesito que hagas algo por mí—el hombre asintió, con el rostro cada vez más animado—. Acabo de pasar por mi oficina y tengo varios resultados que me gustaría consultar contigo.

Agustín arrugó el rostro en señal de que no le estaba gustando aquella manipulación de su amigo, pero aun así, el policía siguió adelante.

—A ver, ¿recuerdas que nos vimos en el refugio por Navidad, verdad?— Agustín asintió—. Y también te llevé un paquete de café y algunas cosas de comer el día antes de Nochevieja. Hablamos, yo te escuché y me contaste lo tuyo con...

—Natalia.

—Sí eso, Natalia... Dutka, creo, aunque con estos apellidos ucranianos échale guindas al pavo. El caso es que volviste al día siguiente a Malón, la tarde de Nochevieja—hizo una breve pausa para situarse cronológicamente—. Te encontramos hace dos días, el 9 de Enero, ¿pasaste esa noche con Natalia?

Agustín no dijo nada, solo observaba el rostro de su antiguo amigo con la expresión bobalicona de un cachorro.

—Lo que me temía. Agustín, no sé lo que pretendes o a qué estásjugando, pero según los primeros análisis de la autopsia Natalia llevaba muerta más de quince días.

Ninguna reacción.

—Además, la sangre que encontramos alrededor del cadáver no es de ella —enfocó la mirada en la del hombre—. Alguien preparó ese escenario ¿lo entiendes?, te drogaron y esperaban que creyeras que lo habías hecho tú.

—Javi—lágrimas como puños le rodaban por las mejillas—. ¿Me enseñas el examen?

—¡Céntrate cojones!

—Llegará lejos, ¿verdad?

Un grito de consternación se le escapó al policía, que se puso en pie y tiró la silla al suelo con el impulso.

—Escúchame, pedazo de imbécil, si continuas con esto tus hijos no

tendrán un padre al que enseñarle los resultados de esos exámenes, a no ser que los lleven en una carpeta y te los muestren en un módulo de la cárcel, ¿lo entiendes?

Agustín parecía no escucharlo, perdido en su propia letanía, que repetía una y otra vez sin cesar. El policía pasó junto a él bufando como un toro de lidia.

—Lo hicimos, nosotros lo hicimos.

Javier se detuvo a medio camino de la puerta, y volvió apresuradamente a la mesa.

—¿De qué estás hablando?

—A todas ellas—afirmó—. Y lo sabíamos, nosotros sabíamos lo que estaba ocurriendo y no dijimos nada, por eso las matamos.

—Agustín, amigo, tú no mataste a Natalia—se apoyó en la mesa y se acercó hasta el rostro abstraído del hombre—. Te lo he dicho, ella ya estaba muerta cuando te encontré en el refugio. No sé qué pasó la noche de...

—El único que no quiso seguir fue Cristóbal, y por eso casi lo matan. Cuando supo lo que estaba pasando lo dejó.

Javier literalmente sudaba humo, y el rostro se le había salpicado de motitas del color de las moras maduras.

—Pero, yo lo sabía, lo sabía y aún así regresaba de nuevo—un torrente de abatimiento se deslizó por sus mejillas en forma de gruesas gotas—. Y después volvía a casa, con una mujer a la que engañaba y unos hijos a los que alimentaba con las manos manchadas.

—¿Pero de qué demonios me está hablando?—el policía había levantado la silla y vuelto a sentarse, pero no podía dejar de estrujarse las manos—. Agustín, tienes que contarme qué está sucediendo.

—Al principio no lo sabía, ninguno lo sabíamos—continuó, aunque hablaba para sí mismo, sospechaba Javier—. Pero no tardamos mucho en descubrirlo. Una cosa así no la puedes ocultar. Fue Cristóbal el que las encontró, al segundo viaje, y me lo contó a mí.

Se llevó las manos al rostro y se hundió de nuevo en un mar de lágrimas que parecía engullirlo con la fuerza devastadora de un huracán. Al cabo de cinco minutos se dio cuenta de que no estaba solo y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—No sé si fui yo el que acabó con la vida de Natalia, no recuerdo apenas nada de esa noche, pero aunque no portase el cuchillo o empuñase la pistola,

ya la habíamos asesinado entre todos hace mucho tiempo. Únicamente uno de nosotros se apiadó de ella y la liberó.

—Agustín, mañana te trasladan a la capital para ponerte a disposición del juez—informó el policía—. ¡Ayúdame! No es lo mismo una condena por violación que por asesinato.

—¿Violación?

—Es eso lo que ocurrió ¿verdad?, la violasteis.

Agustín esgrimió la sonrisa más triste que Javier había visto y vería jamás en los años que le quedaban de vida.

—¿Podrías enseñarme el examen?

—¿Qué?

—El examen, el de ciencias.

Javier resopló de nuevo y sacó con torpeza una hoja de papel doblada en cuatro partes. La extendió y la colocó ante su amigo, que tragó saliva con fuerza, reprimiendo las lágrimas que volvían a acudir a sus ojos.

—No, Javi, no la violamos. A Natalia nadie le tocaba un pelo si ella no quería que lo hicieses—agarró la hoja y el policía de paisano hizo ademán de acercarse. Javier lo fulminó con la mirada, relegándolo de nuevo a su esquina—. Lo que hicimos fue robarle la infancia.

Después de eso, se sumió en el silencio, y Javier supo que la conversación había terminado. Se levantó y apoyó ambas manos en los hombros de su amigo. Se acercó hasta su mejilla y le susurró unas palabras al oído.

—Aguanta, te sacaré de aquí.

Cuando se marchaba, un susurro, apenas unas sílabas, brotaron de los labios del hombre.

—Busca en los camiones—los ojos perdidos en algún mundo paralelo—. Todo está en los camiones.

Aquellas serían las últimas palabras que Javier escucharía decir a su amigo, que sujetaba aferrado contra su cuerpo la hoja que el policía le había entregado.

La chimenea escupía una densa columna de humo que ascendía hasta fundirse con las nubes bajas y compactas del cielo invernal de Malón. A Diógenes le recordó el tallo del cuento *Las habichuelas Mágicas*, que su padre le había leído una y otra vez antes de acostarlo cuando era un niño. Aquel lugar le desagradaba de una forma que no era capaz de expresar de manera lógica, y que simplemente se trataba de una de esas sensaciones incómodas que trepan por el alma hasta arraigar en un sentimiento de incomodidad del que no puedes desprenderte. A pesar de lo que todo el mundo pensaba de él, para Diógenes la vida no había sido nada fácil, y el olor que desprendía aquella fábrica le retrotraía de nuevo a los momentos duros de aquella infancia por la que ningún niño debería pasar.

Atravesó el pasillo que conducía a las oficinas, y cruzó por delante de la chica que atendía en recepción sin dedicarle siquiera una insignificante mirada. En cierto modo, en ocasiones le costaba interpretar el papel que había decidido escoger, pero supuso que su padre tenía razón en al menos una cosa: *“cuando comienzas a mentir, y compruebas que se te da bien, el primer engañado es uno mismo”*. Sí, su padre era un cabrón muy filosófico, cuando no estaba ocupado midiéndote el lomo. Cuando tomó el ascensor que le llevaría hasta el despacho de la planta superior, se dijo a sí mismo que debía acabar con aquello. La situación ya había llegado demasiado lejos, y no estaba dispuesto a arriesgar lo poco que había conseguido para llenarle los bolsillos a cuatro desalmados.

El largo pasillo en el que desembocó al salir del ascensor le trajo un leve aroma de ambientador floral, que no lograba disimular lo más mínimo el hedor a descomposición que emanaba de todos y cada uno de los rincones de aquel edificio. Sintió que se le revolvían las tripas cuando entró en el despacho sin llamar.

—¿Qué haces aquí?—soltó a bocajarro.

Pedro Alcázar estaba sentado tras su enorme mesa, con la ventana desde la que dominaba la explanada de su fábrica a la espalda. Diógenes se dio cuenta de que no lucía el immaculado aspecto que acostumbraba. El pelo revuelto y los ojos enrojecidos evidenciaban la inminente crisis del que se cree por encima de todo, y comienza a entender que tal vez se le está escurriendo el control entre los dedos como un puñado de arena fina.

—Tenemos que tomar medidas.

—No tenemos que hacer una mierda.

—No voy a seguir con esto—sentenció Diógenes—. Nunca quise formar parte.

Pedro Alcázar emitió una leve sonrisa como respuesta, y se puso en pie lentamente, como si le costase articular los músculos para efectuar aquel simple movimiento. Se volvió hacia la gigantesca ventana, y contempló la explanada por donde los operarios se movían enfundados en batas de color verde.

—¿Sabes que mi abuelo fundó esta fábrica únicamente con una prensa de aceite?— manifestó dándole la espalda—. El muy imbécil pagaba a los agricultores en especie. Ellos recogían su cosecha, la trasladaban hasta aquí, y él elaboraba el producto que luego repartía con un burro, ¡con un burro, santo Dios!

—Me da igual...

—Al final, después de partirse la espalda, entregaba a cada cual un 75% del aceite conseguido por sus kilos, o el equivalente en dinero—continuó—. Tras restar los gastos de la elaboración, el trabajo que realizaba y los costes de mantener al dichoso animal, apenas conseguía sacar algo de dinero para pagar la maquinaria en la que había invertido y comprar algo que llevarse a la boca para su pobre familia.

—Parece que no has comprendido lo que he venido a decirte.

—El que parece que no lo ha comprendido eres tú—se dio la vuelta y se acercó parsimoniosamente hasta Diógenes, que se mantenía en el mismo lugar desde que había entrado—. Lo que quiero decir, es que mi abuelo se dejó el alma para subsistir con limosnas durante toda su vida, igual que mi padre, y eso los llevó a la ruina.

Diógenes era más corpulento y varios años más joven, pero se vio intimidado por la expresión en el rostro de aquel hombre. No tenía miedo de una posible confrontación física, pero tenía muy presente la expresión de *no remover un avispero cuando el sol calienta*, que decían los ancianos del lugar.

—Vas a continuar haciendo lo único que sabes hacer, al igual que hacía el fracasado de tu padre—escupió—. Que era básicamente tocarse los cojones y obedecer mis órdenes.

Diógenes tensó los músculos y apretó los puños con fuerza, hasta que se

hizo daño con las uñas en las palmas de las manos.

—No es una decisión tuya, esto se ha acabado.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, esperaba una reacción airada, quizá que se le abalanzara por la espalda y le golpease, o que comenzara a gritar como un loco, pero nada de eso sucedió. Sin embargo, lo que jamás hubiera esperado Diógenes fue lo que ocurrió a continuación. Escuchó el sonido desde la puerta, pero no supo interpretarlo hasta que su cerebro adquirió conciencia de ello. Siempre había imaginado un dolor agudo, insoportable, pero no fue así. Cuando se giró y vio al dueño de la conservera dejar el arma encima de la lustrosa superficie de la mesa y descolgar el auricular del teléfono, fue consciente del frío que comenzaba a treparle por el estómago en oleadas irregulares. Como si estuviera sumergido bajo el agua y le costase coordinar los movimientos, se llevó la mano de forma inconsciente al vientre, y sintió el líquido cálido y pegajoso que se le escurría entre los dedos. Trastabilló un paso, y luego otro más, lo suficiente como apoyarse en el borde tallado de la mesa.

—¿Policía?—escuchó—. Soy... soy Pedro Alcázar, de... la conservera.

Diógenes intentaba comprender algo de lo que estaba sucediendo, pero su cerebro se había dado a la fuga y había abandonado el barco antes de que se hundiera.

—¡Sí, por favor...!—alejó el auricular un segundo para darle esa pausa dramática tan efectiva, y esbozó una sonrisa que a Diógenes le dolió más que la herida por la que se le escapaba la vida—. ¡Me han atacado, por Dios, ayúdenme!

Colgó y arrancó el aparato con fuerza de la clavija. Rodeó la mesa despacio, limpió la culata del arma, y se la puso a Diógenes entre la ensangrentada mano con la que a duras penas se sujetaba de la mesa.

—Jamás volveré a transportar aceite en un burro—siseó.

Volvió a su silla, se dejó caer despacio, y sin apartar la mirada de los ojos horrorizados de Diógenes, expuso a la luz amarillenta de la lamparilla del escritorio un cuchillo de caza con un extremo dentado, que apareció como por arte de magia de uno de los cajones de la señorial mesa. Tras sopesarlo con delicadeza, lo hundió sin vacilar en su pierna derecha, muy alejado de cualquier arteria importante. Observó impávido cómo un chorro de sangre oscura se deslizaba por su pantalón de lana, y observó cómo Diógenes resbalaba hasta el suelo, y se desangraba sobre su alfombra.

Cuando llegó Javier, únicamente quedaban en la enorme fábrica dos agentes de la patrulla de seguridad ciudadana de la Guardia Civil, y un asistente del 112 que recogía apático los restos de la intervención de sus compañeros paramédicos. Uno de los guardias civiles se acercó hasta el policía mientras sacaba un *Chester* y lo encendía con mano experta.

—Buenos días, Javier.

—¿Qué ha pasado aquí?—interrogó.

—Pues para mí que ha sido un asunto de putas—afirmó el guardia, que presentaba una barriga del tamaño de un estadio de fútbol—. Ese tío, el del puticlub de la calle Valcárcel, se ha presentado aquí y ha intentado trinchar el pavo antes de Navidad.

—¿Diógenes?

—El mismo que viste y calza—certificó—. Pero le ha salido el tiro por la culata.

Se dio cuenta del juego de palabras, y soltó una carcajada ante su propia ocurrencia de forma estridente.

—Al parecer, aquí el potentado de la conserva vio venir al *chuloputas* ese del Diófilo y, suponiéndose que no venía a encargarse de una cesta de frutas, se escondió detrás de la puerta. Forcejearon y se repartieron la metralla, uno en forma de puñalada y el otro en versión de 9 m.m. por la espalda.

Javier no daba crédito a lo que estaba sucediendo. En apenas unas semanas, el apacible y aburrido pueblo de Malón había pasado de ser un tranquilo municipio a los pies de la sierra, a encontrarse envuelto en asesinatos que emergían de los estratos del pasado, vecinos que admitían crímenes, y reyertas a navajazo limpio entre un respetable empresario y un proxeneta de extrarradio con ínfulas de novelista. Sintió que una intensa oleada de náuseas le ascendía, dispuesta a dejarlo en evidencia delante de sus colegas de verde y del bobalicón enfermero que le observaba como si fuese un perro con tres rabos. Aspiró una profunda bocanada de aire viciado con los efluvios dulzones del etileno, que emanaba de la fruta que comenzaba a madurar demasiado allí abajo en los tanques. Percibió un nuevo torbellino de espasmos en la boca del estómago, y el vértigo le inundó los sentidos. A trompicones, abandonó la oficina y recorrió con la mirada desenfocada la pasarela metálica que circundaba la zona de carga. Se había enviado a la

mayoría de los trabajadores a sus casas, aunque las máquinas seguían funcionando y los encargados de cada sección las revisaban de forma continua para no cortar la cadena de producción. Javier sabía que en dos horas, a lo sumo, los empleados volverían al trabajo, pero observar desde allí arriba la gigantesca nave sumida en el silencio mecánico de los generadores le recordó a cierta historia sobre un animal marino herido de muerte que se arrastraba a tierra para morir. Vio a los químicos con las batas verdes comprobando los indicadores de los tanques, y más a lo lejos las cintas transportadoras y la campa donde descansaban los camiones con el logotipo de la conservera en los costados. De repente recordó las palabras que había pronunciado Agustín sobre algo de unos camiones, y su mente comenzó a funcionar a una velocidad tan atropellada que casi pudo escuchar los engranajes chirriar ahí arriba. Comenzó a bajar las escaleras en dirección al aparcamiento, donde una docena de camiones se alineaban perfectamente ordenados en espera de ser cargados hacia un nuevo destino. Cuando estaba a medio camino, escuchó su nombre desde lo alto de la plataforma y volvió sobre sus pasos. El agente de la judicial Miguel Romero se balanceaba impaciente, llamándolo desde la barandilla de acero.

—¿Qué ocurre?— interpeló molesto por la interrupción.

—Javier, suba aquí arriba, de prisa—exigió ansioso.

El policía salvó el último tramo de escalones de dos en dos, y se plantó con la boca abierta y la lengua fuera frente al joven, que le observaba curioso sin poder estarse quieto.

—¿Qué demonios quieres, Romero?

—Esta mañana me han llegado los resultados de los huesos que hallaron en ese lugar de la sierra—comunicó.

—¿Esta mañana?—respiró hondo para recuperar el aliento, y se enderezó—. ¿Y has esperado hasta ahora para contármelo?

El joven agitó la mano en señal de que eso no importaba en aquel momento, y agarró a Javier por el codo, conduciéndolo hasta el ángulo donde las escaleras daban paso a la pasarela que rodeaba la planta de almacenaje. Desde aquella posición, la acústica impedía que ni los empleados de la conservera ni los guardias que continuaban en la oficina pudieran escucharlos.

—Me he pasado la mañana cotejando las identidades de las víctimas, lugar de nacimiento, donde trabajaban y hasta la marca de su perfume favorito.

—¿Y qué quieres, una medalla?

—Lo que quiero es que deje de ser tan idiota y me deje ayudarlo.

—*Touché*—admitió—. La verdad es que no me vendría nada mal una manita en todo este enredo.

—Pues entonces venga conmigo, a ver si podemos empezar a proceder como policías de verdad.

Durante la media hora que había tardado en llegar con el coche hasta el centro de la ciudad, se había estado repitiendo que aquello era una mala idea, pero no se le ocurría nada mejor que hacer. Había pasado por su casa con la esperanza de que su marido la estuviese esperando, de que su actitud de los últimos días hubiera cambiado y volviera a ser el mismo que cuando habían llegado a Malón, pero no pudo encontrarlo, y aquello le asustó más que cualquier otra cosa. Desde la agresión, Roberto no ponía un pie en la calle si no era estrictamente necesario, y siempre con ella agarrada de su brazo. Ya en Malón, la había sorprendido con sus salidas a correr por la sierra, pero en aquella ocasión Verónica le había esperado durante más de tres horas sin obtener resultado. Aterrada ante la posibilidad de que pudiera haberle ocurrido algo registró todas las habitaciones de la casa, hasta que localizó la ropa para hacer deporte que Roberto se ponía, pulcramente doblada sobre la cama, junto a su Ipod. Su marido jamás saldría a correr sin su Ipod. Se encontró con una colección de botellas vacías en numerosas estancias de la vivienda, y en la cocina estaban dispuestos dos platos con restos de comida junto a dos copas. Angustiada, salió en su busca por Malón con el coche, y después por los caminos por los que solía salir a hacer deporte, pero no encontró ni rastro de él, así que decidió acudir a la cita con Juan Robelló de todas maneras.

—¿Qué pasa Verónica?—se interesó el médico cuando la vio—. ¿Y Roberto?

Ella le relató detenidamente, con todos los detalles que fue capaz de recordar, el comportamiento de su marido desde su llegada al pueblo, mientras que Robelló asentía con los ojos repletos de interés y fascinación.

—¿Y dices que actuaba como si fuese otra persona?— indagó curioso.

—La primera vez me asusté un poco, pero luego interpreté que se trataba de un juego.

—¿Y fue él solo hasta el gimnasio?

—Sí—corroboró ella ruborizada—. Yo le había comentado algunas... fantasías, y cuando apareció en la sauna supuse que trataba de cumplir mis fantasías. Me extrañó que fuese capaz de haber llegado solo hasta el gimnasio, pero me sentía tan...

—Entiendo. Todos tenemos esa clase de ensueños—sentenció él,

cerciorándose del intenso pudor que atacaba a la mujer.

—El caso es que comencé a tratarle como si fuese otra persona en aquella sauna, un desconocido—explicó—. Y él empezó a comportarse como tal, hasta el punto que *realmente* parecía ser otro.

—¿Y qué sucedió?

—Que experimenté los mejores orgasmos de mi vida—el rostro se le tiñó de un intenso color morado—. Pero cuando se lo comenté después en casa, actuó como si no supiese nada de todo aquello. Después llegó un momento que la broma dejó de ser graciosa.

El médico pareció meditar durante unos segundos, y después se puso en pie. Ella le observaba desde su silla, realmente azorada. Jamás pensó que le contaría una cosa así a alguien.

—Vero cariño, ahora necesito que vengas conmigo y que intentes mantener la calma con lo que voy a explicarte.

Si hasta ese momento su corazón funcionaba al doble de su velocidad normal, con aquellas palabras, Juan Robelló consiguió que Verónica sintiera de verdad lo que era experimentar una taquicardia.

Cristóbal observaba agazapado entre unos coches cómo las dos ambulancias del servicio de emergencias introducían las camillas en su interior. La primera aceleró de forma peligrosa entre el enjambre de guardias y curiosos, y se perdió en el tumulto de la avenida de La Paz con las luces destellantes zumbando sobre el techo. La segunda, donde un paramédico aplicaba una venda compresiva a Pedro Alcázar mientras un guardia civil obeso le interrogaba sin mucha convicción, la siguió cinco minutos después.

Emergió de entre las sombras, y comenzó a caminar despacio en dirección al tumulto que se congregaba en la puerta de la fábrica, donde una vez concluido el espectáculo, el grupo de curiosos se disolvía como un azucarillo en el café de la mañana. Metió ambas manos en los bolsillos, y comenzó a canturrear entre silbidos una canción de *Metallica*, intentando pasar desapercibido y no llamar la atención. Los recientes —y sorprendentes—, acontecimientos le habían obligado a variar el plan original una vez más, pero se mostraba despejado y preparado para desarrollarlo de forma satisfactoria de igual manera. La entrada a la fábrica continuaba perlada de hombres de la guardia civil y oficiales de policía, que conversaban y se gastaban bromas entre ellos como si allí se estuviese celebrando una boda y no la investigación de un posible intento de homicidio. A Cristóbal esa incompetencia le venía que ni pintada, pues ni siquiera se dignaron a mirarlo cuando fingió prestar atención al tráfico desde la acera, pero en un parpadeo se coló por la estrecha puerta de servicio que conducía hasta el patio de las casetas de vestuarios. Cristóbal sabía que la puerta nunca estaba cerrada a la hora del almuerzo por que los empleados salían por allí en los descansos a fumar a escondidas. Hacía ya muchos años que no entraba en la fábrica, pero por suerte para él, nada allí había cambiado lo más mínimo. El reinante silencio, quebrantado únicamente por el incansable sisear de las máquinas trabajando le puso los pelos de punta. Le pareció encontrarse dentro del estómago de un gigantesco animal prehistórico que se hallase en mitad de una digestión complicada. Avanzó con rapidez, parapetándose entre los colosales armazones metálicos repletos de fuelles y compresores de las cintas de envasado, precipitándose entre un hueco formado de palets y envases sin etiquetas cuando un grupo de químicos enfundados en sus impecables batas pasaron junto a él, debatiendo sobre la importancia del fuera de juego en el partido disputado la

noche anterior. Sintió el sudor bajar por su espalda y acumularse en la cinturilla de sus ajados vaqueros, y durante unos segundos interminables, escuchó cómo los latidos de su corazón se acompañaban con la percusión creada por émbolos y ruedas en sinfonía perfecta. Sacudió la cabeza para despejar esa sensación desagradable, y se metió a toda prisa en el siguiente pabellón, donde grandes tanques cilíndricos se alineaban como centinelas silenciosos en espera de recibir órdenes. De inmediato, un olor a sosa y químicos le invadió las fosas nasales, obligándole a contener la respiración hasta que abandonó el lugar. Tras varios pasillos y corredores desiertos, se encontró en la sección de las oficinas de exportación, en la que apenas quedaban media docena de personas que ni siquiera repararon en su presencia, envueltos en su propia vorágine de torres de papel y documentos. Habían previsto esa parte cómo la más complicada de la operación, pues en principio iba a acceder a la fábrica ataviado con su antiguo uniforme de trabajador, que destacaría en la sala como un piojo en un cubo de leche, pero ni había hecho falta el uniforme ni la excusa que habían inventado. Se paseó con tranquilidad entre las mesas vacías, y en cuanto estuvo seguro de que nadie se fijaba en él, subió las escaleras del siguiente tramo a toda velocidad, saltando los escalones de dos en dos. Una vez en la planta superior, se movió con seguridad entre los diferentes despachos. Ya había estado allí muchas veces antes, y sabía exactamente dónde tenía que buscar. La súbita retirada de la mayoría de los trabajadores estaba facilitando la operación hasta el punto de que Cristóbal se mostraba nervioso por la excesiva facilidad. Entró sin mirar siquiera la placa de latón con el nombre identificativo de la puerta, y comenzó a levantar la horrible alfombra redonda que reposaba bajo la mesa y las dos sillas, las cuales volcaron debido al ímpetu del hombre. A pesar del estruendo, no se detuvo. Un diminuto pasador insertado en la tarima dejó al descubierto un hueco entre el entablado de aproximadamente el tamaño de una caja de zapatos. Necesitó tres intentos para accionar el cerrojo, que se le resbalaba entre las yemas de los dedos debido al sudor. Al cuarto, un audible chasquido dejó al descubierto la pequeña oquedad, y Cristóbal no se molestó en revisar el interior; ya sabía de sobra qué contenía, como también sabía que aquel objeto no estaba completo, pues ya hacía muchos años que él mismo poseía una de las piezas de aquel puzzle. Unas voces resonaban cercanas, y por nada del mundo quería que lo pillaran con el contenido de la improvisada caja en las manos. Agarró el paquete envuelto en tela y se lo guardó bajo la sudadera sin dejar de mirar a un lado y otro. Las voces estaban más cerca, y

reconoció con facilidad la de Javier Moreno. Si el policía lo encontraba en semejante situación y con ese paquete en las manos, podía darse por jodido. Resbaló en la huida, y se golpeó la rodilla con fuerza contra el marco de la puerta, sintiendo cómo un latigazo de dolor le recorría por la pantorrilla. Cojeando, se alejó en dirección contraria, donde sabía que se encontraban los laboratorios y, por consiguiente, ninguna salida posible. Aquella sección de la fábrica acababa en el ala este, destinada para la experimentación de los componentes y conservantes añadidos en la conserva, y en dos salas revestidas de aluminio sin escapatoria alguna. La rodilla se había convertido en un motor eléctrico que enviaba descargas sin cesar a su cadera, donde explotaban en llamaradas de un dolor níveo que le obnubilaba los sentidos. Todavía podía escuchar las voces de varios hombres acercándose, rebuscando y removiendo objetos en busca de pistas que aclarasen lo que quiera que hubiese sucedido allí arriba. Se tragó el dolor, y palpó el bulto que ocultaba bajo la holgada sudadera. Allí seguía. La única opción que se le ofrecía era un pasillo interminable sumido en la penumbra, del que emergían media docena de puertas a ambos lados, tan estrechas que semejaban incisiones mal realizadas en un castillo de arena. Fue probando una a una las del lado izquierdo —que eran las más próximas a su posición—, pero estaban cerradas. Las manos le temblaban, y comenzaron a sudarle las palmas a medida que las voces se apreciaban más potentes, casi vigorosas, y sobre todo, cercanas. Frenético, forcejeó con las manivelas de las restantes salidas, pero ninguna cedió. Se precipitó angustiado hacia el borde de la balastrada de metal desconchado que conectaba aquella sección con la de envasado, muchos metros más abajo. La idea fugaz de saltar se le pasó por la mente, pero la descartó casi de inmediato. Desde aquella altura, con toda seguridad se rompería ambas piernas—si no algo más—, y acabarían pillándolo de todas formas. Gimoteó sin darse cuenta de que lo hacía y, por primera vez fue consciente de que habían sido demasiado ingenuos al trazar aquel plan sin pies ni cabeza. Escuchó la carcajada amplificadas que retumbó contra los altos techos de la conservera, y se rindió al fin. Introdujo un poco más el paquete que llevaba oculto por la cinturilla de los pantalones, como si quisiera hacerlo desaparecer, y se encaminó con toda la calma que fue capaz de reunir hacia el comienzo del pasillo. En el ángulo donde se unía el ala este con la pasarela que conducía al procesado de la fruta, se dio de bruces con dos hombres que bromeaban sobre el trasero de una tal Andrea, y que detuvieron su cháchara para soltar sendos tacos que se esfumaron aleteando entre las chapas de

corrugado de la fábrica.

—¿Qué cojones...?—exclamó uno llevándose la mano a la mandíbula, lugar donde había golpeado el huesudo hombro de Cristóbal.

Los tres hombres se quedaron quietos, observándose extrañados, hasta que uno de ellos se frotó el labio superior con el dorso de la mano.

—¿Qué hostias haces aquí, Cristóbal?

Le costó más de lo normal responder, pues su cerebro se negaba a procesar la información que le enviaban sus ojos.

—¡Menudo golpe me has dado!—se quejó—. Casi me partes el labio.

—Eh, sí... lo siento—se disculpó atragantándose con las palabras—. Es que he venido a ver al señor Alcázar, a ver si cobro de una vez el finiquito, y me he perdido.

—Normal, esta fábrica parece el dichoso laberinto del Minotauro—contestó el otro— Pero de todas formas, lo vas a tener crudo chaval.

—Sí—corroboró su compañero—. Al “*Gran Hombre*” lo acaban de trinchar como a un pavo en Navidad.

Ambos estallaron en sonoras carcajadas y codazos, como si aquello fuese el mejor chiste de la historia. Cristóbal reconoció entonces a uno de ellos, un técnico de laboratorio llamado Andrés y borracho ocasional en el bar de Antonio. Coreó sus bromas, aunque en realidad lo que le apetecía era llorar de alivio.

—Los despachos están llenos de *munipas*, así que igual es mejor que lo dejes para otro día campeón.

—¡Pues nada, me vuelvo al bar!—exclamó jubiloso.

De nuevo comenzaron las risas y codazos, seguidos esta vez de un coro de palmadas en el hombro de Cristóbal, suscribiendo la idea como una genialidad de la que estarían encantados en compartir. Se despidió de ellos, y enfiló a toda prisa por la precaria pasarela hasta la zona donde enormes tanques despedían un hedor vaporoso al hervir la fruta para la conserva. No volvió a encontrarse con nadie más hasta la pequeña puerta anexa al aparcamiento, donde unos cuantos trabajadores fumaban en silencio con expresiones ausentes.

Miguel no habló durante el corto trayecto hasta comisaría, a pesar de los intentos de Javier para que le pusiese al corriente. El joven insistía una y otra vez en señalarle con el mentón que mirase a la carretera, que implícitamente contenía el mensaje: *cuando llegemos*.

El siempre despejado lugar de franjas amarillas donde aparcaban los vehículos policiales se encontraba atestado, y Javier profirió una maldición al tener que dejar el Nissan en un vado cercano. Supo que algo no andaba bien nada más entrar, pues su padre no se encontraba en su puesto habitual, tras la ventanilla. El eco de una multitud de voces gritando le llegó velada, como si hubieran colocado un cristal blindado en el hueco de la escalera. Quizá por la falta de costumbre ante la multitud de sucesos que se acumulaban bajo las entrañables faldas maternas de un pueblo como Malón, a Javier le faltó el instinto necesario para reaccionar de inmediato. Miguel lo apartó a un lado con brusquedad y se perdió escaleras abajo, mientras que el policía intentaba aclarar las densas brumas que empezaban a cerrarse en torno a su mente. Como si se tratase de un mal recurso de escritor en una novela de segunda, el mundo adquirió una velocidad anormalmente lenta, casi exasperante, para seguidamente acelerarse hasta hacerle subir el estómago por la garganta. Sintió vértigo al correr por el pasillo repleto de agentes, que se transformó en unas náuseas irrefrenables cuando entró en la sala. Romero se encontraba junto al cuerpo, tratando de apartar a sus compañeros y ganar algo de espacio, pero sin conseguir ni una cosa ni otra. Javier buscó una mirada cómplice de alguien que pudiera ofrecerle cualquier tipo de explicación, o al menos una pizca de consuelo, pero no encontró nada de eso en aquella habitación. Las piernas le fallaron cuando Miguel se agachó y, empujando con el hombro y la espalda intentó elevar el cadáver de Agustín, que colgaba del techo de la celda describiendo pequeños círculos en el aire.

—¡Ayudadme,cojones!—gritó Romero, intentando aflojar la presión que la gravedad ejercía sobre el cuello del hombre.

Todo el mundo allí presente se dio cuenta de que aquello era innecesario, puesto que el cadáver ya no necesitaba que aliviase tensión alguna. Romero actuaba como si cada segundo perdido fuese un suspiro arrancado a la muerte, así que un par de agentes se movilizaron diligentes para ayudarlo. Cuando tomaron el relevo del joven policía con el peso del cadáver, este se

abalanzó sobre un pequeño taburete que alguien había traído, y se subió a toda velocidad para aflojar el nudo alrededor del cuello de Agustín. El hombre había extraído los cables de la luz del fluorescente del techo, y los había pelado para poder destrenzarlos y hacer el lazo que había acabado con su vida. Tras unos segundos de lucha, Miguel consiguió deshacer el enredo del cordón y, entre varios agentes bajaron el cuerpo sin vida al suelo. Una vez allí, Romero observó con atención los rasgos hinchados y deformados del rostro del hombre, las yemas de los dedos sangrantes a causa del forcejeo con el cable de la luz, las expresiones de sus compañeros (en especial la de Javier), y se vino abajo.

Se había quedado dormido de nuevo, esta vez ante las teclas pulidas y brillantadas de la Underwood. Comenzaba a pensar que de verdad podía ocurrirle algo —quizá un exceso de hierro en la sangre o algún problema cardiaco incipiente—, y que debería realizarse un examen médico cuanto antes; aunque también podía tratarse de la colección de botellas vacías que encontraba de forma recurrente en cualquier rincón, y que no recordaba haberse *apretado*.

Se había fijado en que en las últimas semanas llevaban repitiéndose en su vida unos patrones que en un principio achacó al estrés, pero que a cada día que pasaba le sonaban más a alcoholismo puro y duro. Aquella teoría le sorprendía, pues nunca había sido muy afín a las sustancias psicoactivas en grado alguno. Ni siquiera el café le sentaba muy bien cuando se excedía. Recordaba una ocasión en la universidad (allá por la edad de piedra), en la que había mezclado unos ácidos, dos o tres copas de vodka y un Red Bull, y que le había llevado a la mañana siguiente a desear vender su alma por una muerte rápida en vez de aquel infierno en el que agonizaba a fuego lento. Observando las botellas vacías de la esquina se dijo: *eh, supongo que nunca es tarde si el whisky es de malta*.

Se puso en pie, tambaleante, y se fijó en los folios apilados junto a la monstruosa y reluciente superficie de la máquina de escribir. Les echó un vistazo superficial, y se rascó la coronilla preguntándose en qué momento los había escrito. Debía dejar el alcohol de inmediato. “*El rostro de las termitas*” rezaba en el primero de ellos junto a su nombre y, convino que aquel se trataba de un buen título. Se dio cuenta de que iba vestido con su ropa deportiva y que desprendía un olor semejante a la jaula de un tigre —aunque tampoco recordaba haber salido a correr—, por lo que decidió darse una ducha antes de planear el siguiente movimiento de aquella mañana. Aunque utilizó varias veces aquel enjuague bucal —que en los anuncios de la televisión prometía un mundo de frescor sin parangón—, el sabor de almendras amargas que se le había adherido a las paredes de su garganta y al paladar persistía con una obstinada solidez en no marcharse. Preparó un café —descafeinado—, y volvió al estudio, donde guardó el revoltijo de páginas que poblaban el escritorio ordenadamente dentro de una carpeta de color rojo. Conectó el ordenador; el Mac refulgió un instante y, a los pocos segundos la

pantalla se llenó con la fotografía de un colorido paisaje. Había quitado la que aparecían Verónica y él con París de fondo, ambos sonrientes y aún felices por estar juntos. Con un click de ratón, el navegador arrojó cientos de resultados en relación a la búsqueda que Roberto había marcado. Una miríada de blogs que ofrecían videos caseros con “*las grabaciones más espeluznantes*” salpicaron la pantalla, y Roberto los desechó sin apenas detenerse en ellos. Ya había visto la gran mayoría de aquellos sensacionalistas perfiles, y lo que buscaba —aunque no tenía claro qué era lo que buscaba—, no estaba allí. Pasó directamente a la sección de “imágenes”, y el monitor le mostró una colección de fotografías, de las cuales reconoció algunas de su anterior consulta por los insondables mundos de internet. Las diapositivas en color sepia desfilaron ante él como una película de cine mudo y, con cada punteo del cursor nuevos rostros sustituían a los anteriores. Ni que decir tenía que para Roberto no significaban nada todas aquellas caras de personas —probablemente fallecidas mucho tiempo atrás— y sin embargo, un escalofrío le recorría desde la columna hasta la nuca con cada imagen nueva. Se detuvo en una que mostraba el antiguo sanatorio, muy al principio de su andadura como hospital de tuberculosos, con la fachada impecable y los flamantes toldos ondeando con la suave brisa de la sierra. Roberto *siente* que conoce aquel lugar —pese a que jamás estuvo en el sanatorio como tal—, y en su mente comenzó a suceder algo parecido a cuando embragas la marcha en un automóvil. El mecanismo de su cerebro engranó los diferenciales necesarios, y la cremallera del recuerdo acudió de forma tan abrumadora que casi sufrió un desmayo. Pudo escuchar con toda nitidez las transmisiones y dispositivos acelerando hasta un punto crítico allí arriba, y necesitó aferrarse a la mesa con ambas manos para no caerse de la silla. Algo tan simple como pulsar el botón derecho del ratón se convirtió en una tarea titánica, casi dolorosa; las instantáneas se alternaban en distintas épocas, pero para Roberto había dejado de existir el presente o el futuro, y su realidad estaba fijada entre las brumas del pasado, un pasado al que llevaba la mitad de su vida dando la espalda, y que regresaba con ganas de revancha por aquel desaire. Como en un sueño —o más propiamente dicho una pesadilla, una de aquellas empalagosas de las que no consigues desembarazarte—, se vio a sí mismo colocando la fotografía que había tomado prestada (mejor dicho, robado) al viejo, y la colocó junto a la pantalla del portátil, que implacablemente mostraba una ampliación que Roberto había seleccionado. Ambas pertenecían a momentos distintos de la historia de aquel edificio misterioso,

pero contenían un elemento que se repetía invariablemente en una y otra. El escritor inspeccionó la imagen pixelada de la pantalla con la mirada velada por la inconfundible nebulosa del terror más puro, intentando retener los detalles antes de sucumbir al más que posible colapso que le hundiría en la oscuridad de la inconsciencia. Alternó entre el retrato que le mostraba el Mac, y la estampa que descansaba a su lado y que había sustraído del álbum del carcamal que fue el conserje en otro tiempo de aquel lugar. Aunque la calidad, obviamente no era la mejor, puesto que estaba claro que debía de haber sido realizada con alguna cámara de cajón que utilizaba película de 35 m.m, el detalle de los rostros aparecía asombrosamente nítido. En ambas se observaba la fachada desde un lateral, donde la escalinata ascendía por la puerta principal al amparo de la estatua que velaba por los “huéspedes” del monumental edificio. En la primera se agolpaban miembros del personal médico, enfermos y gerifaltes de la época que habían subido una mañana de domingo a la sierra para hacerse la foto de campaña. Todos sonreían, pero a pesar del paso del tiempo y el deterioro de las imágenes, se diferenciaba claramente quién lo hacía de corazón, y quién de posado, seguramente con la promesa de algún postre succulento para la cena. Roberto leyó: *Don Juan Jesús González, miembro de la diputación provincial, (segundo, fila superior); Don Enrique García, arquitecto (cuarto, fila superior)..* y así hasta nombrar a los ilustres que aparecían en la imagen. En la segunda, la disposición era exactamente la misma, en aquellas empinadas escaleras mirando en dirección a la cima de la sierra, solo que esta vez, la mayoría de los que aparecían eran niños. En mitad de las graderías, rodeado de infantes con sonrisas que parecían haber sido trazadas a carboncillo sobre sus rostros circunspectos, se encontraba un hombre de expresión solemne. La corriente proveniente de las montañas agitaba su leonina cabellera canosa, mientras mantenía firme su brazo alrededor de los hombros de un niño escuálido y con el pelo mal cortado.

Para Roberto, reconocer los rostros de la gente desde que había sufrido la horrible agresión se había convertido en una tarea de fe y trabajo constante. Trataba de recordar rasgos característicos de las personas con las que hablaba, y después confiar en que su instinto no le fallase. Todas esas caras de las fotografías no le insinuaban nada en absoluto, con la única excepción de la de ese hombre —y del niño que sujetaba y que no sonreía—. Examinó una vez más las dos imágenes, y corroboró que se trataba sin duda de la misma persona. En una era solo un adolescente que sonreía mientras un tipo

bien vestido le aferraba con afectación por los hombros, y en la otra un tipo esbelto con el cabello blanco como la nieve de la sierra y en la que era él mismo el que aferraba. Leyó, con el corazón en el puño y temblando de pies a cabeza: *Sebastián Melero, párroco y director del orfanato de Sierra Espuña, en la remodelación del ala oeste, 1993*. Roberto sintió que el aire a su alrededor se espesaba y le costaba respirar. Aquel tipo había estado tan solo unos días atrás allí mismo, en su casa, y no parecía haber envejecido ni un solo día desde que le tomasen esa instantánea; pero lo que más le inquietaba era que reconocía a la perfección a ese niño al que pasaba con desenfado el brazo por encima de unos huesudos hombros. Aquella imagen que había robado del álbum del anciano era la primera fotografía que Roberto veía de él mismo en su infancia.

Cuando sonó la campana, Clara ya había abandonado su escondite, para sorpresa del chico. Al principio no supo dónde se encontraba, hasta que la escuchó emitir una risita sofocada apenas con el dorso de su pequeña mano. La siguió a través del sonido, serpenteando por el sistema de pasadizos que habían convertido en su universo particular. Allí no llegaban los gritos, el hambre o los golpes, pues en aquel lugar, únicamente existían ellos dos, sin reglas ni condiciones.

El sol le hirió en los ojos cuando abandonó la penumbra y salió al exterior. Sintió el rocío de los helechos salpicándole en las espinillas desnudas, y entonces la vio. Corrió tras ella, señalándola con un dedo acusador mientras que intentaba contener una carcajada que amenazaba con romper el encanto del juego. Escuchó el repicar de la campana nuevamente, y aunque sabía que debían acudir de inmediato, no le importó. Cuando estaba allí, en aquel claro con ella, nada importaba. Volvió a verla entre los pinos bajos y el corazón le dio un vuelco; estaba abandonando el sendero y se internaba a toda velocidad entre los restos del antiguo pozo de nieve. Una voz interna le gritó, o más bien aulló para que él hiciese algo, para que la detuviese, pero solo pudo correr más rápido. Ella dejó atrás el montón de escombros que era el pozo, y siguió corriendo entre risitas en dirección a la campiña donde se cultivaban los tomates, ajena a todo, volviéndose cada pocos metros para cerciorarse de que él la seguía. Ocurrió de repente, como si hubiera estado allí esperándolos, acechando. Él escuchó cómo ella gritaba enfadada, y cómo la rabia dio paso al llanto desconsolado. Aceleró todo lo que sus piernas dieron de sí, pero el miedo es mal acompañante de viaje, y la vista se le nubló, impidiéndole ver otra cosa que no fueran árboles y tinieblas. Cuando llegó al claro ÉL estaba allí, con aquel semblante que tan bien conocía y que había llegado a odiar como a nada en el mundo.

—¿No has oído la campana?—susurró de forma pausada.

—¿Dónde está ella?—intentó imprimir un tono duro, pero no lo consiguió—. ¿Qué has hecho con Clara?

Los labios del hombre se curvaron y esbozó aquella mueca horrible, esa que parecía la de un depredador sopesando a la que iba a convertirse en su próxima cena.

—Arréglate un poco. Tienes cinco minutos hasta que hagan la condenada

fotografía.

Se volvió y, su pelo, tan gris como debía ser un paseo por el purgatorio, aleteó con la brisa que llegaba del collado de La Perdiz.

—Si no estás para entonces...

No dijo nada más; no hacía falta.

Recuerda el angustioso momento que tardó en llegar a su habitación y ponerse la ropa que le habían preparado para ese domingo. Recuerda que casi vomita cuando escuchó las risas abajo en el patio, cuando el fotógrafo armó el trípode y colocó la enorme cámara. Recuerda el dolor lacerante de su tobillo al torcérselo cuando bajaba los escalones de tres en tres, y recuerda apartar a los demás chicos para llegar a tiempo al centro, junto al cura. Recuerda también como él le susurra al oído y le pasa el brazo por encima de los hombros, sonriente.

—No volverá a verla—le dice.

Recuerda con una amargura que no parece de este mundo y que le desgarrar el alma, que él jamás miente en esas cosas. Y por supuesto, recuerda que ese fue el momento exacto en que decidió asesinar a su padre.

Optó de nuevo por rodear el pueblo para llegar a la casa del anciano. Como si hubiera estado esperándolo, le abrió la puerta sin decir una sola palabra y se perdió en las tinieblas del pasillo de su vivienda.

—Tienes las manos un poco largas, ¿no chaval?—recreminó el viejo una vez estuvieron sentados.

—Lo... lo siento, es que...

—Ya ya, déjate de monsergas—esgrimió agitando su mano nudosa—. Te dije que más te convenía no abrir esa puerta chaval, por eso no te dejé que te llevaras las fotos.

—¿Usted sabía...?

—Supe quién eras nada más verte—atajó el anciano—. Te he cambiado los pañales, prácticamente. Yo nunca olvido una cara.

—Ya me gustaría a mí decir lo mismo—susurró Roberto.

—¿Qué?

—Nada.

—¡Pues entonces no interrumpas a tus mayores!—cloqueó el viejo—. ¿Tu padre nunca te enseñó educación?

Soltó una estridente carcajada ante su mordaz comentario que Roberto no compartió.

—Hijo, que soso eres—reflexionó—. No, supongo que ese cabronazo no podría reconocer la educación aunque se vistiera de Audrey Hepburn y le pidiera un baile.

—¿Quiere usted contarme de una vez qué...?—replicó Roberto impacientándose ante los desvaríos del anciano.

—Tranquilo chico, que te veo muy alterado—esbozó una sonrisa que dejó al descubierto unos dientes perfectos, quizá demasiado para ser auténticos—. Como sigas así te va a dar un *apechusque*.

—¿Un qué? Mire, déjelo y cuénteme cómo sabía quién era yo y qué ocurrió en ese lugar—quiso decir el nombre del orfanato, pero por alguna razón se abstuvo de hacerlo.

El viejo se puso en pie y desapareció tras la sempiterna cortinilla.

—Esta vez no me robes nada mientras no miro—le llegó desde algún lugar tras las tiras de goma.

Cuando volvió portaba una bandeja con dos tazas y un plato de dulces navideños, a todas luces sobrantes de las pasadas festividades.

—Me los trae mi hija—dijo señalando la bandeja—. No me gustan, me parecen excrementos de gato bañados en anís, pero ella me los sigue regalando año tras año. Supongo que eso le evita sentir ciertos remordimientos.

—Enternecedor.

El anciano entrelazó los artríticos dedos de sus manos sobre el regazo, y contempló sin pudor a Roberto durante largo rato. El escritor le sostuvo la mirada cuanto pudo, hasta que al final acabó desviándola.

—Aunque no entiendo para quéquieres saber la historia si luego no te vas a acordar de nada—dijo al fin el viejo.

—Lo que no recuerdo son los rostros—se defendió—. Para el resto de cosas soy un lince.

—Se te nota—exclamó el anciano con una risa irónicaque casi le enterró los ojos entre varios pliegues de piel—. ¿De verdad no recuerdas nada?

Roberto se removió en su silla, incómodo. No pensaba contarle al viejo que los recuerdos estaban volviendo en oleadas cada vez más confusas, y que nada de lo que estaba viendo en ellos le gustaba.

—Muy poco—contestó escueto—. Retazos aquí y allá, pero nada concreto.

El viejo fijó aquellos ojos de mundo corrido en él, y esbozó una mueca que para alguien optimista podría haber parecido una sonrisa.

—El sanatorio de Sierra Espuña se convirtió en algo así como la última esperanza de salvación para mucha gente. Los baños de sol, las hidroterapias y aquellas horrendas sesiones de toracoplaxia y electroshocks se convertían en promesa de un futuro libre de aquella maldición que era la tuberculosis, pero hasta la llegada de la estreptomycin, todo eran palos de ciego; algunos duraban unos pocos meses, otros aguantaban años, pero indefectiblemente, la gran mayoría terminaba tomando el mismo camino. Al cabo de un tiempo, solo las familias adineradas podían permitirse mantener a sus familiares durante un largo periodo debido al alto coste.

—¿Y qué pasaba cuando una familia dejaba de pagar?—se interesó Roberto.

—En teoría se les otorgaban plazos—el anciano bajó la mirada hacia sus nudosas manos, visiblemente avergonzado—. Pero mientras tanto, se los trasladaba a la última planta. Los residentes llamábamos a esa zona la

“Terraza de la Muerte”. Los enfermos de esa zona del hospital no disfrutaban de las esenciales horas de sol, por su ubicación noroeste. Créeme que las corrientes de aire de la sierra en una planta elevada no eran las mejores amigas para los enfermos de la tuberculosis.

El anciano se dio cuenta de la expresión de Roberto, que se había puesto lívido al escuchar el terrible relato del antiguo conserje.

—Pero vayamos al tema, que se me va la cabeza y me pongo a desbarrar— aseveró— El caso es que un buen día, recuerdo que era domingo porque habíamos sacado los toldos al patio para hacer una comida al aire libre después de la misa; llegó aquel lujoso cochazo, un Hispano-Suiza, uno de esos automóviles que tenían las familias de bien que habían sabido coger posiciones tras una guerra que hizo muy ricos a unos y, miserables a otros muchos.

—Que se me desvía—replicó, aunque estaba encantado de escuchar al anciano.

—A los viejos solitarios como yo es soltarles un poco la cuerda y te cuentan El Quijote—replicó con acritud—. El caso es que los chavales dejamos el partidillo a medias y nos acercamos al vehículo, hipnotizados. ¡Compréndelo, algunos habíamos crecido entre aquellas cumbres y jamás nos habíamos topado con semejante portento!

—Me hago cargo—respondió el escritor condescendiente.

—De aquella carroza celestial descendió la mujer más bella que Nuestro Señor había colocado sobre la faz de la tierra. Junto a ella caminaba, más recto que el mástil de *La Pinta*, su esposo, un tipo de esos con el bigote fino y la arrogancia del tamaño de Valladolid. Pasaron allí parte de ese domingo, y parte de muchos otros domingos más. Al niño que llegó con ellos solo se le veía durante aquellas sesiones dominicales de asueto, donde el Hispano-Suiza se llevaba todas las atenciones. Yo sin embargo, cada vez que podía escaquearme del yugo de mi padre para llevar esto o arreglar lo otro, seguía al trío desde la distancia. Mi interés no era otro que el de poder deleitarme con la pálida piel del cuello de aquella mujer que me tenía enloquecido. En el muchacho o en el engominado del marido ni reparaba. Transcurrieron varios meses, en los que el Hispano-Suiza fue sustituido por una elegante monstruosidad de Rolls Royce que no cabía por la puerta principal y, la preciosa mujer que poblaba mis sueños más íntimos por una veinteañera con el cerebro de un gorrión y las piernas de una cabaretera de París. Los paseos por el jardín también se redujeron a meras conversaciones, por lo general, a

monólogos exacerbados por parte del tipo del bigotillo ridículo. Al cabo de un tiempo, aquello también se esfumó, y el chico no volvió a salir los domingos al patio. Mi padre me contó que la señora (Leonor se llamaba), había fallecido debido a unas fiebres que se la llevaron tan repentinamente que ni despedirse de su hijo la habían dejado. El chaval creció y, contra todo pronóstico superó la enfermedad que lo había llevado a pasar aquellos años en el sanatorio, pero nadie acudió nunca en su busca. Puntualmente llegaba un giro cada mes con la totalidad del pago de las facturas, más una asignación para el chico, que siguió viviendo en el recinto. Cuando cumplió la mayoría de edad, recogió sus cosas, una cuenta corriente más abultada que la panza de un fraile, y desapareció.

—De novela—exclamó Roberto—. ¿Pero qué pinto yo en esa historia?

El anciano volvió a buscar una posición en la butaca con la que sentirse más cómodo. El escritor conocía de sobra lo que era alargar aposta una narración para no tener que llegar al inminente final, y aquello era lo que estaba intentando el viejo conserje.

—Por favor—suplicó—. Creo que corro peligro. Algo esta sucediéndome, y si no logró averiguar qué es, muy probablemente *alguien*, o incluso yo mismo acabe sufriendo algún tipo de daño.

El anciano asintió y se aclaró la garganta con el último sorbo de café frío que le quedaba a su taza.

—Años más tarde, cuando el sanatorio se cerró y pasó a convertirse en un orfanato dirigido por las Hermanas de la Caridad, aquel lugar comenzó a perder dinero a chorros—continuó—. Fue entonces cuando regresó. Ya no era aquel niño endeble y abatido que yo conocí; tampoco iba solo.

Se levantó con esfuerzo y, tras otra visita a la cocina regresó con dos cervezas que ninguno de los dos tocó.

—Sebastián Melero, aquel niño de familia adinerada que creció y venció a la tuberculosis entre los muros del sanatorio, regresaba como abanderado de la orden jesuita y salvador del orfanato. Y traía consigo a su propio hijo.

Tras lo sucedido con Agustín, la comisaría quedó prácticamente desierta. Las recurrentes patrullas de la Nacional y la Judicial que habían tomado el edificio como su base temporal se disolvieron como un azucarillo en el té. Una vez muerto el asesino confeso de la víctima, y con la nueva información sobre los cadáveres hallados en La Perdiz, no había caso que los retuviera en Malón. Como era de esperar, dejaron a Romero cual chica de la limpieza, para cerrar cualquier cabo suelto y redactar los informes. A Javier no le importó lo más mínimo que se marcharan.

—¿Cuándo es el entierro?—preguntó Romero cargado con enormes vasos de café humeante.

—Depende de los mandamases de tu sección—comunicó lúgubre Javier.

—Caso sencillo. Autopsia, papeleo y envío al tanatorio—confirmó el joven.

—Muerto el perro se acabó la rabia.

—¿Cómo?

—Nada.

Javier agarró uno de los vasos y vació la mitad del contenido sin pestañear siquiera. Romero se preguntó de qué material habían construido el paladar de aquel hombre. Él se quemó la lengua apenas sorbió su café.

—Supongo que aquí se acaban mis “vacaciones” en Malón—susurró el joven.

—Suerte la tuya—añadió el policía.

Romero sopesó la afirmación y torció el gesto. Por algún motivo íntimo que no quiso confesar, marcharse de aquel pueblo le estaba costando más de lo normal; era como cuando acabas un buen libro o aparecen los créditos finales de tu película favorita. Sentía aquel vacío en el estómago que necesitas apresurarte a llenar con cualquier otra cosa, la que sea, para intentar esquivar esa sensación y alejarla cuanto sea posible. Se alejó por el pasillo con las carpetas que había rescatado de su cubículo, dispuesto a poner punto final a su primera experiencia de campo, cuando se acordó de algo. Volvió al despacho de Javier, y se quedó en el marco de la puerta, como un vampiro que espera a ser invitado para entrar.

—¿Quieres algo?—inquirió el oficial.

—¿Se acuerda que esta mañana le dije que habían llegado los resultados de los huesos?—a pesar de que solo habían transcurrido apenas unas horas desde aquella conversación, a Romero le parecía una eternidad—. Con todo este... jaleo, no he tenido tiempo de contarle algo que me pareció extraño.

Javier asintió lentamente. Grandes semilunas oscuras delataban el profundo cansancio acumulado, y su semblante reflejaba claramente el abatimiento como si fuera un libro abierto. Romero pensó que parecía diez años más viejo que cuando lo conoció semanas atrás.

—Seguramente no sea nada, pero como ya sabíamos, los restos que encontró en ese cementerio pertenecían a tres niñas de entre diez y catorce años—Romero entró en el despacho y tomó asiento en la silla libre, frente a la del policía—. Los cuerpos estaban incompletos, pero además se hallaron restos pertenecientes a otros cadáveres.

—¿Cómo dices?

—Mi teoría es que quien los enterró lo hizo de forma apresurada, quizás de noche.

—Eso querría decir que quizá hay más cuerpos en algún tipo de fosa común en otro lugar—se aventuró Javier.

—Al menos tres más—corroboró—. A juzgar por los restos.

Romero, más animado al ver la expresión de Javier, colocó una de las carpetas sobre la mesa y extendió una hoja en la que aparecía una cuadrícula de imágenes. Golpeó con el índice de forma repetida sobre uno de los puntos.

—¡Y fíjeseen esto!—el policía se acercó por encima de la mesa—. De los huesos no se pudo sacar nada en claro aparte de que eran chicas, que habían sido violadas en repetidas ocasiones debido a la separación en los huesos de sus pelvis, y los años que llevaban muertas, pero esta otra, ¡fíjese bien!

Golpeó de nuevo sobre la imagen de lo que parecía un trozo de carne ampliado hasta mostrar los tendones.

—¿Qué demonios es esto?—objetó el policía, que intentaba contagiarse del entusiasmo del joven agente sin conseguirlo—. Parece jamón en lata.

—Pues muy desencaminado no anda—concedió sonriente—. Esta fotografía es de la autopsia del cadáver que encontraron esos senderistas, ese que llevaba la nota adherida.

—Crees que no te veo, pero te veo. Crees que no te siento, pero te siento. Soy tú, aunque no lo sea—recitó de memoria el policía.

—Todavía no entiendo lo que quería decir ese mensaje, pero denota una

acción—explicó—. Los otros cadáveres seguían enterrados y el terreno no se encontraba removido, por lo que tenía intención de que continuasen de esa forma, al menos por el momento. Sin embargo, este cadáver, colocado en un lugar de paso, donde fuese descubierto y con esa nota escrita indica exactamente lo contrario; en ese caso se demuestra la urgencia de trasladar ese cuerpo en especial y dejar un rastro.

—Eso nos deja al menos dos personas. Una de ellas podría ser el asesino, la otra un cómplice arrepentido, un testigo o alguien que decidió contar lo de esos crímenes.

—Lo que me lleva al siguiente paso, el que quería contarle esta mañana—Romero extrajo otra cuartilla, esta con la sección de *piel*de antes ampliada—. El cadáver encontrado en el sendero por los senderistas alemanes llevaba enterrado exactamente el mismo tiempo que esos otros restos del osario.

—Eso es imposible—aseguró el policía.

—Eso me parecía a mí, pero así es. La autopsia ha revelado que el cuerpo contenía una cantidad elevadísima de sulfito de sodio, ácido ascórbico y prácticamente toda la hemoglobina que le quedaba en el cuerpo repleta de monóxido de carbono y nitritos.

—Deberías saber que los sabelotodo no caen bien a nadie—apuntó el policía con el esbozo de una sonrisa en la comisura de los labios—. En castellano, doctor House.

—Esos productos se utilizan básicamente como conservantes y antioxidantes. Normalmente se inyectan en la carne para inhibir el crecimiento de las bacterias, pero algunos de ellos también se utilizan en las frutas y verduras para mantener el color. En conservas se añaden al proceso de envasado para mitigar la putrefacción y alargar la fecha de consumo.

—No me jodas—silabeó con la boca abierta.

—Efectivamente, esta chica murió estrangulada, pero a juzgar por el estado de conservación del cadáver, fue literalmente sumergida en una piscina de productos químicos en un lapso de tiempo no superior a tres horas.

—En una piscina o en un tanque—añadió Javier pensativo.

—Pero adonde yo quería llegar era a este otro punto—señaló una hoja anexa a la fotografía, donde se entrelazaban series de números interminables—. El buen estado del cadáver nos ha permitido obtener muestras de tejido blando y sangre coagulada. Como bien sabe, en España no existe un archivo igual que el CODIS americano para delincuentes o víctimas, pero sí una base

de datos sobre abusos sexuales que incluye perfiles genéticos del agresor o la víctima.

—Suéltalo ya de una vez—ordenó impaciente—. ¡Y por Dios, tutéame ya de una vez, que parece que estas hablando con tu abuelo!

—He encontrado una coincidencia con una violación que ocurrió aquí en Malón hace dieciséis años.

—Te reconocí en cuanto llamaste a mi puerta—afirmó el anciano—. Ahora eres bastante más feo, y te estás quedando calvo, pero prácticamente te vi crecer.

Roberto no cayó en la trampa del viejo y dejó correr el comentario jocosos; no tenía intención de que el anciano se volviera a desviar del tema.

—Durante algún tiempo la cosa fue bien—continuó el hombre, que se vio obligado a seguir una vez se dio cuenta que su estratagema no había dado resultado—. Y eso en aquel tiempo de hambruna y dictaduras moribundas no era nada fácil. Los huérfanos sin nombre ni pasado se acumulaban en las puertas del recinto día sí y día también, tratando de encontrar un lugar donde conseguir un trozo de tela para taparse en las frías noches, y algo que se pareciera a un plato caliente. Entre el trabajo de las Hermanas y el buen hacer del nuevo director, respaldado por las altas instancias monacales de la época, se llegó a dar albergue y comida a casi doscientos chavales. Yo por aquel entonces aún no había adquirido mi cargo de conserje de propio derecho, y compartía obligaciones con el jardinero y aquella arpía encargada de las cocinas, pero estaba encantado. Allí arriba todos arrimábamos el hombro para que esos chicos tuviesen lo necesario para vivir de forma digna, hasta que las monjas desaparecieron.

—¿Cómo que desaparecieron?

—Franco había muerto, y en España la caridad reclamaba a gritos cualquier ayuda posible; no sé si usted habrá escuchado muchas veces eso de que en la posguerra se pasó hambre, pero el que lo dijo no se acordó de vivir en los años que transcurrieron en un país donde a la Constitución todavía no le habían salido los dientes, y en los que la piel de toro se descosía por los cuatro costados cuando aquellos que habían vivido a la sombra de un régimen carterista, bregaban por huir con lo afanado. Las Hermanas fueron llamadas a *filas* en otro lugar, y el orfanato quedó a merced del patronato episcopal, y más en concreto de Sebastián Melero. Los años que siguieron hasta el cierre de ese lugar, ya en el nuevo milenio, se convirtieron en una obra de H.P Lovecraft.

—¿Qué quiere decir?

Roberto supo que aquella era la pregunta que tocaba en aquel momento, como en un guion malo de cine, aunque en su mente ya sabía la respuesta. Su

cerebro era como una de aquellas casas coloniales cerradas durante muchos años a las que empiezan a quitar las cortinas de las ventanas para poder limpiarlas. Existía un rincón, una especie de sótano, que continuaba cerrado a cal y canto y donde los rayos solares no penetraban, y que de verdad era el que temía. El viejo clavó aquellos ojos que habían visto pasar más de una guerra en él, y arrugó el rostro.

—Me parece que ya lo sabes.

Y en efecto, él lo sabía.

El sonido se bifurcaba antes de sumergirse en las sombras, dejándolo a merced de una siniestra soledad. Al principio odiaba la musiquita que le llegaba desde aquella monstruosidad de gramófono Soundmaster en el que su padre se pasaba horas reproduciendo éxitos de los años veinte, en especial de Helen Kane y su detestable voz aflautada; era como estar viendo esos dibujos animados mudos en blanco y negro que aparecían de vez en cuando en algún documental. Por lo general, solo sacaba la gramola cuando utilizaba la Underwood para escribir su libro, como si se tratase de algún estúpido ritual; parte importante de aquel ritual también consistía en mandarlo a él a ese horrible sótano cada vez que sonaba “I Wanna Be Loved”. La otra circunstancia especial donde las notas afiladas de la Betty Boop de la música restallaban por el papel pintado de la planta baja del orfanato era algo más depravada. En cualquier caso, él acababa dando con sus huesos en el mismo lugar de forma invariable. Desde aquel sótano había aprendido a odiar la música primero, y a desearla más que a cualquier cosa en el mundo después. Hasta el más duro de mollera acaba aprendiendo la lección, rezaba su padre a voz en grito, y por una vez, estaba de acuerdo con él. Aquella aguda voz de niña pequeña que cabalgaba sobre las notas de “He’s So Unusual”, o que resbalaba danzarina sobre “I Owe You”, aplacaba (en cierto modo) las demás voces que no deseaba escuchar en el piso superior.

Aquel día supo que sería diferente. Desde el domingo en que hicieron la dichosa fotografía no había vuelto a ver a Clara, y su padre se había encargado de que él no tuviera ganas de buscarla al final de cada jornada de trabajo. Durante esa semana lo había nombrado encargado de traer el agua desde el caño del Hilo, solo que el carro en el que cargaban las tinajas no estaba disponible por una dichosa torcedura de Benito, el asno. Al final del tercer día de acarrear tinajas, cuando el sol ya iniciaba su descenso lamiendo la cima de La Perdiz, necesitó lanzarse al canal helado por donde discurría el chorro de agua para despertar los músculos de sus brazos y piernas, que durante un terrorífico momento dejaron de responderle.

Él sabía que ella estaba bien, porque aunque no pudiera ir en su busca, Margarita, la encargada de las cocinas y la que servía la cena en el comedor

de las chicas se lo contaba en susurros desde el portal de la entrada, cuando llegaba molido de trabajar.

En ocasiones es difícil describir las emociones, y mucho más difícil aún interpretarlas. Únicamente somos conscientes de estar expuestos a un aluvión de excitaciones de los sentidos, con un abanico tan descomunal como el propio universo. Aquella noche sintió eso mismo nada más cruzar la puerta de la planta baja del orfanato. El gramófono Soundmaster retumbaba a toda potencia con “los grandes éxitos de los 20”, contribuyendo a sofocar las carcajadas maliciosas que llegaban desde el enorme salón. Por norma general, esa era una buena indicación de que debía poner a trabajar las piernas y escabullirse a toda la velocidad que estas le permitieran, pero algo, quizá ese tipo de sensaciones que a veces conducen a un hombre por el sendero de la perdición obraron su milagro.

Avanzó despacio, casi empujado por la suave brisa que llegaba desde las colinas y penetraba por la hendidura de la puerta que había dejado abierta. A pesar de que en aquel edificio convivían más de cien personas, esas noches en la que sonaba la música se extinguían los demás sonidos, como si una gigantesca cúpula de cristal hubiera separado aquella sección del resto del mundo. Con cada paso que lo acercaba hasta ese salón, podía sentir otro que le alejaba de la cordura, como si una trascendental lucha se estuviera desarrollando allí, dentro de su mente. Escuchó más carcajadas sofocadas, todas ellas de voces que no pertenecían a su mundo. Cuando por fin alcanzó el marco de la gran puerta corredera, su alma perdió la conexión con la realidad, arrastrando en su huida a la razón. Aunque quiso apartar la mirada, ya no era dueño de su propio cuerpo, y no pudo más que balbucear con la boca abierta como un vulgar idiota. Tres o cuatro hombres (todos ellos desnudos) correteaban tras unas chicas que fingían huir de ellos, pero que en realidad hacían lo posible por ser atrapadas. Ellas (las conocía, pero no recordaba sus nombres), apenas llevaban puestas unas escasas prendas de ropa interior, y cuando eran apresadas por su perseguidor, se acercaban a la enorme mesa del centro de la sala y recogían cuencos con fruta o comida, que ponían delicadamente en las bocas de sus cazadores, como premio por la audacia demostrada. En uno de los rincones más alejados, donde unas telas de colores colgaban entre varios sofás —normalmente utilizados para ver películas en la sala de cine—, gritaban dos muchachas que se defendían a patadas y zarpazos de tres hombres que resollaban con el rostro convertido en una máscara de placer. Uno de ellos dejó caer la masa

sebosa y blanquecina de su tripa sobre la chica y, aprisionándola, la abofeteó con tal fuerza que gotitas escarlatas salpicaron la pared contigua. La muchacha jadeó y dejó caer los brazos, exánimes a los costados. Una de las muchachas que servía fruta pelada de un cuenco se fijó en él, y aunque sonreía, pudo reconocer el más puro terror bajo aquella falsa apariencia de concubina servil. Escuchó otra bofetada, esta si cabe más espeluznante que la anterior, y cuando el rostro de la chica giró sobre el cuello inerte, reconoció a Clara. Quiso gritar, moverse, hacer algo, pero nada de aquello sucedió, solo un dolor atroz y un instante de oscuridad brillante; otro golpe, esta vez entre los dos ojos que le transporto de la negrura a un mundo de blancos y estrellas. Pudo apreciar la cara de su padre (arrasada por la furia más ciega), entre la lluvia de golpes que lo alejó del salón y lo lanzó por el pasillo. Intentó defenderse, pero los músculos se le habían convertido en plomo, y un fuego terrible ardía en su costado, impidiéndole respirar.

—Te gusta mirar ¿verdad?—resoplaba su padre entre golpes—. Ojalá pudiera dejar que vieras lo que le van a hacer a tu putita esta noche, pero son las normas chico.

Gritó, pero de su garganta solo brotaban lamentos, y el pecho se le incendió con un dolor que se transformó rápidamente en tormento.

Sintió la ingravidad cuando su cuerpo cayó varios metros y se golpeó el trasero con los escalones. Percibió a medias los pasos pesados de las botas de su padre descender, y la lluvia de golpes que siguió a continuación. Cuando se marchó, el dolor casi le parecía una bendición que le mantenía sujeto con un fino hilo de seda al escaso juicio que conservaba. Aquel detestable sonido que había llegado a odiar pareció darle la bienvenida. Serrar y morder, serrar y morder; y él se concentró en los rítmicos movimientos de esos diminutos dientes comiéndose todo a su alrededor. Aquel frágil hilo se partió dos días después, cuando la puerta del sótano se abrió y por ella apareció de nuevo Sebastián, con su flamante sonrisa y el pelo alisado hacia atrás.

—Siento esto, de verdad, chico, pero debes aprender la lección—le dijo desde arriba.

Acto seguido, lanzó escaleras abajo el cadáver de Clara.

—Te he traído un regalo para que no te sientas solo—carraspeó para aclararse la garganta—. Para que veas que no te guardo rencor.

No fue capaz de acercarse al cuerpo, a pesar de que “convivió” con él durante tres días. Únicamente se hizo un ovillo en el rincón más alejado, y se

concentró en seguir el camino de aquellas termitas que estaban devorando el sótano en el que había descendido a los infiernos.

—¿Usted lo sabía?—preguntó áspero.

El anciano volvió a centrar la mirada en sus arrugadas manos sin contestar.

—No me puedo creer que supieran lo que estaba ocurriendo en ese lugar y no dijera nada—exclamó rabioso.

—Roberto... no...

—¿Y por qué?—continuó, poniéndose en pie—. ¿Por un maldito sueldo?

En aquel momento el anciano se puso a llorar. Aquello desarmó a Roberto hasta tal punto que perdió el hilo de lo que estaba a punto de decir. Se dejó caer de nuevo en su asiento y, contempló boquiabierto cómo los huesudos hombros del viejo se contorsionaban al son de sus sollozos.

—Todos los que trabajaban allí se marchaban al caer la tarde—explicó entre jadeos—. Los únicos que pasábamos las noches en el orfanato éramos Margarita, que se encargaba de servir la cena a las chicas y yo, que vivía en un edificio colindante. Yo siempre he sido un hombre bastante simple ¿sabes?; me encargaba de trabajar como un mulo y de volver a casa cuanto antes para poder estar con mi señora. Jamás fui de esos tipos que se gastan el jornal en los bares, o que se van de parranda con la excusa de ver un partido de fútbol. Mi pasión la tenía en casa, con mi esposa y mi niña recién nacida. Lo demás, fuera de mi trabajo, prácticamente no existía para mí.

Las palabras se atragantaron en su garganta y, Roberto comprobó que hacía verdaderos esfuerzos para no volver a ponerse a llorar.

—Cuando mi Rosa murió, yo quedé devastado y con una niña pequeña de la que no sabía hacerme cargo. Las empleadas del orfanato se ocuparon de que no le faltase de nada, y mi obsesión por seguir trabajando como un mulo alcanzó todo objetivo en mi vida. Si no hubiese sido por Margarita, nunca me habría dado cuenta por mí mismo de que allí ocurría algo. Así de majadero era yo.

—¿Por qué no lo denunciaron?—acusóel escritor—. Deberían haber acudido a la policía.

El anciano soltó una carcajada amarga, desprovista de cualquier rastro de humor, que sonó como el graznido de un cuervo.

—Fue lo primero que hicimos cuando estábamos seguros de que algo no marchaba bien, pero descubrimos que en aquel asunto no servía con apuntar la escopeta a media altura.

Roberto le indicó con un gesto que continuase, a pesar de los evidentes gestos de fatiga que mostraba el anciano.

—Después de que se cachondearan de nosotros prácticamente todos los días, comenzamos a investigar nosotros por nuestra cuenta. Margarita había notado que las defunciones de chicas de entre doce y quince años se multiplicaban con respecto a las demás, así que nos hicimos con los expedientes de ingresos. Una semana más tarde tuve que coger a mi niñita y salir de aquel maldito sitio con lo puesto.

—¿Qué ocurrió?—Roberto no era capaz de continuar sentado, por lo que se levantó y comenzó a pasear por el estrecho salón—. ¿Qué averiguaron?

El viejo sofocó una tos seca con el dorso de la mano y clavó la mirada en el hombre que le exigía respuestas. Había empezado a encontrarse mal y le dolía mucho el pecho.

—Lo que pasó es que a mí me amenazaron con llevarse a mi hijita, y a Margarita, la pobre...—se le quebró la voz.

—¿Qué le sucedió a ella?

—Ella desapareció cuando te ayudó a escapar—el pecho se le hinchó y comenzó a llorar amargamente de nuevo—. Justo después de que matases a tu padre.

Cristóbal llevaba varios días sin ver a Sebastián; desde aquel día en su piso en que trazaron un nuevo plan, había vuelto a hacer una de aquellas desapariciones tan típicas suyas. De cualquier modo, Cristóbal tenía trabajo que hacer, y si el cura estaba liado con sus movidas, ¡eh, quién era él para interponerse en los designios del Señor!

El paquete que había tomado *prestado* de la oficina de ese mal nacido de Pedro Alcázar seguía en el lugar donde lo había dejado, a la espera de ser utilizado. Se encontraba un poco inquieto por el tema de Don Luis, y no terminaba de creerse las explicaciones que el nuevo párroco le había proporcionado, pero aquella no era su lucha; por fin había sacado valor para mirar más allá del fondo de una botella, y obrar como debería haber hecho muchos años atrás. Si conseguía desvelar todo aquello, si era capaz de alcanzar una gota de redención dejando al descubierto a los verdaderos culpables, lo que pudiera sucederle después le traía sin cuidado. Anhelaba un trago, ¡Dios cómo lo deseaba!, pero no podía permitirse el lujo de emborracharse en aquel momento, y bien sabía que lo suyo no era la moderación. Acabó de vestirse y metió en la bolsa lo que necesitaba mientras observaba cómo el cielo, de ese azul eléctrico que solo es posible en los días más fríos del invierno, dejaba paso al malva del atardecer. Pronto anochecería, y el sanatorio se encontraba lejos, así que recogió la bolsa y se encaminó hacia la calle. Una violenta ráfaga de viento le dio la bienvenida, apremiándole. Se dio cuenta de que estaba sonriendo y apretó el paso en dirección a las montañas. Tenía una cita con el destino que había postergado durante más de quince años; ya iba siendo hora de acudir.

EL DIABLO Y LAS TERMITAS

*A quien le dices tu secreto
le vendes tu libertad.*

James Howell

Siempre había sido de la idea de que el suicidio no era más que una opción para los cobardes, pero allí subido, con la vista desenfocada sobre el asfalto resquebrajado, la quimera de acabar con todo aquello se le antojaba más que satisfactoria. Siempre había sido honesto consigo mismo (no tanto con el resto del mundo), y sabía que aquel momento podía llegar y, sin embargo, las lágrimas le corrían calientes por sus mejillas heladas. Ese era el precio que debía pagar por haberse asociado con el diablo, por haber recogido su tridente y llevar sacándole brillo durante unos larguísimos veinte años.

Cuando sonó el móvil de nuevo en su bolsillo, a punto estuvo de caer de la cornisa del susto, y supo que no iba a hacerlo. Ya había sido cobarde una vez, nadie le recriminaría que lo fuese una segunda. Bajó del borde con cuidado, y se limpió el polvo de los pantalones del traje, alisando de forma inconsciente la raya del pantalón. Aunque se encontraba en el ayuntamiento, no pensaba acudir al pleno que estaba fijado para aquella misma mañana; no estaba de humor. El teléfono volvió a zumbar en el bolsillo, impertinente, provocándole otro nuevo sobresalto que le aceleró el corazón. Sacó el aparato y lo apagó furiosamente, con la renovada esperanza de no cruzarse con nadie en el camino hasta su coche. La idea que más le atraía en aquel momento (dejando a un lado la de estrellarse contra el cemento), era la de encerrarse en casa, fingir que se encontraba enfermo, y quizá intentar distraerse con un maratón de series de su recién estrenada cuenta de Netflix. Sí, eso era lo que pensaba hacer, una buena sesión en casa sin pensar en nada que no fuese la de enlazar capítulo con capítulo y, quizá, hacerse un nuevo cuenco de palomitas. Se alejó de la cornisa del viejo edificio consistorial, escogiendo la olvidada salida trasera. Pocas personas conocían aquel acceso, puesto que con las obras de remodelación que se habían realizado diez años atrás, se había construido uno nuevo que cumplía con las nuevas normativas de emergencia. La antigua escalera había sido sellada desde dentro del edificio, pero el presupuesto se acabó y decidieron dejar como estaba la sección que transcurría desde la azotea al sótano. De cualquier manera, nadie reparaba en la oxidada puerta que quedaba medio oculta entre las sombras que enlazaban con el aparcamiento subterráneo, y mucho menos de que la única llave existente la guardaba el actual alcalde del pueblo en secreto. En más de una ocasión se le habían saltado las lágrimas con su propia ocurrencia de que al

igual que el presidente de los Estados Unidos tenía un búnker privado, él poseía la llave de una puerta oxidada de un corredor secreto.

Introdujo la llave, que abrió sin el más mínimo sonido; a pesar del óxido que ocupaba casi la total superficie, ya se había encargado de lubricar como es debido las bisagras y las partes móviles para que sus escapadas no se viesen comprometidas. Hizo el recorrido barajando con qué serie debía empezar (por supuesto una sin asesinatos, no, asesinatos ni uno), hasta que llegó a la puerta que accedía al nuevo aparcamiento. *¿Qué pensarán de esta puerta, que es un trastero?* Se preguntaba siempre que llegaba hasta ese punto. La corriente de aire helado le azotó el rostro cuando dejó la cálida protección de las sombras, pero aquella mañana el aire arrastraba algo más, algo que no supo identificar. Nervioso, se olvidó de echar la segunda vuelta a la llave, y se alejó a paso vivo en dirección a su coche. El sonido, eso era lo que el viento se había olvidado. Por norma, aquel aparcamiento era muy escandaloso al ser el único que poseía el centro del pueblo, y que utilizaban prácticamente todos los trabajadores del propio ayuntamiento y los dependientes de las tiendas y comercios circundantes, pero aquella mañana no se escuchaba un solo sonido. Nada de chirridos de neumático sobre el suelo pulido de cemento, o los típicos insultos contra la máquina de los tiquets. Ni siquiera escuchaba algún motor lejano. El corazón se le aceleró y el pulso se le disparó, haciendo que las llaves del coche se le escurrieran entre las manos temblorosas. *¡Tranquilízate de una vez!; aquí no está sucediendo nada extraño. Son las ganas que tienes de marcharte lo que te hace ver (o no ver) cosas que no existen,* se dijo. Se obligó a pensar en los capítulos pendientes de *Las chicas del cable* que aún le quedaban por ver, y en especial en esos que aparecía Blanca Suarez, que tanto le gustaba. Apretó el paso y pulsó el botón de su mando. Cuando los intermitentes respondieron con un pitido, su respiración se normalizó. Al rodear el alargado chasis del Mercedes, se topó de bruces con una figura envuelta entre las sombras del aparcamiento. Dio un respingo y las llaves volvieron a caérsele al suelo.

—Buenos días, Ramón, parece que hoy terminas temprano—exclamó jovial el tipo.

—¿Qué demonios...?—recogió el llavero, y volvió a pulsar el botón que accionaba el cierre centralizado—. ¡Casi me matas del susto!

—Bueno, no creo que llegue la sangre al río—arguyó esbozando una sonrisa ladeada—. Lo que sí van a llegar son las patrullas de policía.

Ramón Buendía, alcalde de Malón dio un paso atrás, sorprendido por

aquella afirmación.

—Eso es, pedazo de imbécil—el tono neutro, casi socarrón, no se había alterado a pesar del insulto—. Al final sabías que algún día salpicaría, que no se podía guardar la mierda bajo la alfombra durante tanto tiempo. Cambiamos la ficha policial para evitar que se supiese que la chica tenía 13 años, ¡era una cría!

El alcalde recuperó un poco de presencia, y dio dos pasos hacia delante, situándose a menos de treinta centímetros del hombre. Sintió algo en el estómago, pero supuso que se debía a los nervios.

—¡Escúchame tú!—aseveró con dureza—. Yo era simplemente un...

—Tenías que *corrertedentro*—continuó, como si hablase consigo mismo—. ¡Puto depravado!

Ramón hizo un nuevo gesto de enojo y avanzó unos centímetros, hasta que la presión en su estómago se acentuó. Distinguió el brillo acerado del cañón de una pistola, y poco faltó para que su vejiga provocase una situación incómoda.

—Pero, ¿Qué estas...

—Siempre tuve que limpiar vuestra mierda—cortó—. Cada vez que os desmadrabais tenía que dejarlo todo y salir cortando para poner las cosas en orden, pero eso se acabó.

—No sé a qué estás jugando, pero recuerda que la mayor parte de todo lo ocurrido es por tu culpa.

La figura se movió, inquieta entre las sombras, y presionó aún más el cañón del arma contra el ombligo del alcalde.

—Siempre encubriendo y tapando—masculló entre dientes.

La detonación fue ensordecedora en aquel espacio cerrado, pero nadie acudió; si alguien lo había escuchado, podría haber pensado que alguien había tenido la mala suerte de reventar una rueda contra los traicioneros bordillos de las plazas de aparcamiento. Ramón Buendía tardó más tiempo del esperado en comprender qué había sucedido, y cuando lo hizo, ya se encontraba en el polvoriento suelo de hormigón. A su espalda, la figura se había hecho con las llaves de la puerta secreta, y se marchaba murmurando algo que al buen alcalde le sonó como: *siempre limpiando*. Aquellas fueron las últimas palabras que escuchó antes de hundirse en una fría oscuridad.

Miguel Romero recogió la carpeta y se resignó, una vez más, a soportar la incompetencia que destilaba la gente que trabajaba en su departamento. Las pruebas que poseía eran circunstanciales, de un caso desestimado que tenía más de dieciséis años y, que encima solo relacionaban a la víctima, una prostituta enjuiciada por un sinnúmero de delitos menores, con un respetable ciudadano sin antecedente alguno. Para cualquiera con dos dedos de frente (o con especial apego a no meterse en líos en su trabajo), allí no había caso alguno; por esa misma razón, Romero no había redactado un informe con sus impresiones ni con las sospechas que le despertaba aquel caso, pero imaginaba que no le pondrían objeción a llevarse el archivo que había solicitado. No fue así. Un muro de impresos y solicitudes se alzó en el mismo instante en que decidió remover algo que ya estaba guardado en una caja. Deseó que todas esas series y películas americanas que se había zampado estando en la academia fuesen ciertas, y que cuando un inspector solicitase un informe, apareciese el típico compañerismo entre polis (guiño incluido) en pos de descubrir la verdad. Desafortunadamente, todo eso era cosa únicamente de la ficción, y si quería conocer los detalles de un caso archivado iba a tener que rellenar mucho papeleo. Se dio por satisfecho sabiendo que con su clave podría acceder al archivo informatizado, solo que al tratarse de un caso de 2001, el archivo estaría limitado a un montón de datos sin interés alguno. Lo que él necesitaba eran opiniones de los compañeros que llevaron la denuncia, y eso no lo iba a obtener del ordenador. En realidad no creía que nada de eso le llevase a ningún tipo de pista mágica capaz de desenmarañar todo aquel embrollo, pero ¡eh, no tenía nada mejor que hacer para matar el tiempo!; habían conseguido identificar el cadáver gracias a que la chica se había sometido a diversas pruebas médicas para verificar el diagnóstico de su denuncia, así que no podían pedirle peras al olmo y pretender que eso les condujese hasta su asesino. Lo que Romero estaba haciendo era lo que su padre llamaba “agarrarse a un clavo ardiendo”, pero por algún lado tenía que empezar. Tecleó su clave y, de inmediato, la pantalla se llenó con el logo de la policía y con las múltiples alternativas que se le ofrecían desde allí. Introdujo el número de expediente (que era lo máximo que había podido conseguir sin zambullirse en el maravilloso mundo de la burocracia), y al instante la pantalla se llenó de cuadrículas de tamaño

DIN A4 con el archivo. La chica se llamaba Clara Tacón, aunque en realidad ese no era su nombre verdadero. Se sospechaba que procedía de algún punto de la República Checa, aunque poseía identificación española. Presentaba lesiones en el interior de los órganos genitales en el momento de la denuncia, pero se trataban de distensiones en los huesos pélvicos más antiguos, lo que hacían pensar en abusos anteriores o dedicación a la prostitución. Se halló semen del denunciado, pero ningún desgarró o abrasión que indicase que había sido forzada, por lo que se dedujo que se trataba de un simple caso de una prostituta enfadada con su cliente, o una oportunista. El caso se cerró, punto final. Pero en realidad, lo que había llamado la atención de Romero (aparte de ser el único cadáver identificado), era la ficha policial de la tal Clara; a pesar de haber sido asesinada cuando apenas era una adolescente, había acumulado media docena de infracciones leves como altercados o escándalo público. En la ocasión en la que acabó fichada se la detuvo por practicar una felación en un parque del centro, junto a otra compañera. La otra chica se llamaba Natalia Dutka, recientemente asesinada por Agustín Guerrero.

—¡Te digo que aquí está sucediendo algo!—aseguró irritado el joven.

—Sí, que eran prostitutas y que se conocían—admitió Javier—. Este es un pueblo pequeño, todos nos conocemos.

—Eso, y que las dos están muertas— contestó Romero frustrado.

Javier se alisó el pelo hacia atrás, y suspiró. En su cara se reflejaba un intenso agotamiento.

—Lo único que tengo son dos chicas, probablemente de Europa del Este, que ejercieron la prostitución cuando eran adolescentes—se dejó caer pesadamente en su silla—. Y que han sido asesinadas con más de quince años de diferencia en casos totalmente diferentes.

—Pero se conocían—insistió.

—¡Yo también conocía a Natalia!—exclamó alterado el policía—. Eso no prueba nada. Miguel, yo también quiero averiguar qué está sucediendo aquí, pero salir a cazar brujas no nos va a acercar a la respuesta.

—No, pero igual si acudimos al nexo de unión...—sacó una carpeta de una mochila y la colocó con nerviosismo en la mesa—. Tenemos dos chicas muertas, ambas fichadas por ejercer...

Javier Moreno se puso en pie y fue a servirse una taza de café frío. Unas profundas ojeras enmarcaban sus ojos azules, acuosos y desvaídos. Le costó enfocar la vista en unos gráficos coloridos que Romero estaba extendiendo a toda prisa.

—Por un lado se encuentran los cuatro cadáveres hallados en La Perdiz— golpeó repetidamente un bolígrafo sobre lo alto de una pirámide que había coronado con los nombres y colores—. Uno de esos cadáveres es Clara Tacón, que se encontraba prácticamente embalsamada de productos que solo se encuentran en un lugar en toda la comarca —trazó una línea hasta otra casilla con la palabra “conservera” rodeada de un círculo—. Por otro está Pedro Alcázar, dueño de la conservera y recientemente agredido por un conocido proxeneta —marcó otra línea hasta la casilla pintada de verde—. Diógenes Marín, dueño de un local de copas, que en la trastienda es en realidad un prostíbulo, donde muy probablemente trabajaron las dos víctimas y que intenta asesinar a Pedro Alcázar, dueño de la fábrica y que aparentemente no tienen relación alguna.

—Frena, frena, que coges velocidad y te embalas— pidió el policía, que

aunque no quería admitirlo, estaba empezando a animarse—. Si quisieras, podrías trazar esa línea con cualquier habitante de este pueblo. Aquí todos estamos relacionados, de una manera u otra.

Miguel Romero esgrimió una sonrisa de suficiencia, que expresaba que ya había pensado en todo eso, pero que aún no había llegado al *quid* de la cuestión.

—En el otro lado de la esquina, se encuentra Agustín Guerrero—se dio cuenta de la expresión de aflicción de Javier, y continuó—. Que supuestamente ha matado a Natalia Dutka, que trabajaba para Diógenes y que también conocía a Clara en otra época—marcó otra línea—. Y que era empleado de...

Rodeó con furia la palabra “conservera”.

—¡Exacto, la conservera!—acabó. Le brillaban los ojos—. No te das cuenta, ¿existe una conexión!

El policía volvió a tomar asiento en su silla, aunque sin apartar los ojos del gráfico de Miguel, en donde las líneas y los círculos rodeaban nombres de gente que conocía; amigos suyos.

—Miguel, yo también he visto algo que no encaja en todo esto, aunque si cuentas que lo he dicho me comeré tu hígado. Lo que tenemos que hacer ahora es encontrar alguna pista sólida que vincule todos esos flecos, porque es lo único que tenemos, suposiciones y corazonadas.

—¿Y qué me dices de ese testigo?—apuntó esperanzado el joven—. Ese escritor. Dice que vio algo; más concretamente, a alguien estrangulando a una chica. Y no olvidemos que fue él quien encontró el osario.

—No es fiable.

—Según me contaste, dijo que había sido en La Perdiz donde vio...

—Te digo que no es fiable—atajó—. Ese hombre está enfermo.

¿Y si no era así?, ¿y si de verdad ese hombre había visto algo? Se quitó aquello de la cabeza, pues no eran más que vanas esperanzas de encontrar cualquier cosa que arrojase un poco de luz en todo aquel caso.

—El caso es que mi intuición me dice que todo gira en torno a estos dos lugares—el joven rodeó varias veces las palabras “conservera” y “sanatorio” de nuevo—. Y a las personas que de algún modo están relacionadas.

Ambos estudiaron en silencio el gráfico, hasta que Romero añadió un nombre más a la lista. Javier prestó atención mientras el joven policía judicial escribía con letra pulcra en la hoja. Cuando vio el nombre, negó varias veces

con la cabeza.

—No creo que tenga nada que ver—apreció el policía—. Ramón Buendía es un buen hombre.

—No lo dudo, pero su nombre figura en la denuncia de Clara Tacón—echó mano de nuevo a su mochila, y extrajo varios documentos—. Encontraron el semen del buen alcalde en la chica, que casualmente fue asesinada poco después de haber realizado esa denuncia.

—No tiene nada que ver—dijo, concienzudo el policía—. Se fue de putas, eso es todo. La denuncia fue desestimada.

Romero encontró entonces el momento justo para soltar la bomba que llevaba preparando desde que había entrado en el despacho del oficial de policía. Rebuscó entre los documentos, y dejó encima de los demás archivos uno con el membrete del ayuntamiento de Malón.

—Trabajar para los jueces a veces resulta un fastidio—explicó sonriente Romero—. Pero a veces tiene sus cosas buenas. Como necesitaba un lazo de conexión que uniera los puntos, estuve varias horas buceando entre los archivos del registro civil, enjuiciamientos y cualquier cosa en la que apareciesen las personas de mi gráfico.

Señaló con el dedo el monograma de la esquina superior derecha, y a continuación las dos firmas que corroboraban la validez del documento en la parte inferior.

—Al principio no encontré nada relacionado con las fechas que buscaba, hasta que me di cuenta de qué podía ser...—levantó los ojos y los fijó, con aquel brillo de inteligencia, en los del policía—. Podía resultar que esas personas todavía no hubiesen ocupado sus cargos, así que me remonté un poco más y, ¡voilà!

Javier observó una de las dos firmas, de trazos inclinados y firmes; ya había visto aquella firma en numerosas ocasiones.

—Resulta que el local “El Sitio” no lo inauguró Diógenes Marín, sino Francisco Marín, su padre—Javier se encogió de hombros, dando a entender que eso no era ningún secreto—. También indagué sobre las licencias para locales de ese estilo, y ya no se conceden dentro del casco urbano, pero al bueno de Francisco sí que se la otorgaron.

—Miguel, buscas conexiones donde solo existen...

El móvil del policía sonó estridente en el pantalón de su bolsillo. Contrariado lo silenció y lo dejó sobre la mesa. Odiaba aquellos aparatos del

demonio.

—Pero resulta que la licencia la concedió un jovencísimo alcalde llamado Ramón Buendía—lo dijo en tono lastimero, como si necesitase que Javier le diese la aprobación—. ¿Y no te parece extraño que la primera cosa que haga un alcalde tras su llegada a la administración sea conceder una licencia para un club de alterne clandestino en el mismo centro del pueblo?

—Le preguntaré a Ramón sobre ese tema, pero ya te digo que él no está conectado con los asesinatos.

El móvil volvió a zumbiar, emitiendo pequeños silbidos mientras rebotaba en la pulida superficie de madera de la mesa. El policía lo cogió como la misma expresión que si hubiera atrapado un insecto gigante.

—Javier Moreno, ¿dígame?

Tras asentir un par de veces en silencio, pulsó un botón y dejó el aparato con la lentitud de un autómatas.

—Parece que vamos a tener que repasar ese gráfico tuyo—admitió sobrecogido—. Aunque va a ser difícil preguntarle algo a Ramón. Lo han encontrado muerto con una bala en las tripas.

Aunque en realidad Javier no gozaba de lo que puede denominarse amistad con el alcalde —en un pueblo como Malón, en el que en una u otra ocasión has sido compañero de juegos, coincidido en la cola del súper, o coreado los goles del equipo de fútbol local en butacas contiguas—, sentía una bola caliente en el estómago que le ardía con intensidad, cada vez que miraba el cuerpo cubierto por la sábana de los sanitarios. Tampoco iba a ser el encargado de investigar este caso (los compañeros de Romero ya estaban de camino), y por una vez se encontraba aliviado por ese pequeño regalo de Dios. Para un tipo como él, lo que estaba sucediendo en su pueblo en los últimos meses había terminado por sobrepasarlo, y aunque Miguel se empeñaba en ver conspiraciones y meterle intrigas en la cabeza, las personas que estaban muriendo eran vecinos suyos; el joven no podía entender eso, pues no se había pelado las rodillas de niño con esas personas, pero él...

—¡Oficial Moreno!— reclamó alguien a su espalda.

Pero el policía ya no escuchaba nada que no fuese su propia maquinaria interna. El cerebro le funcionaba a una velocidad vertiginosa, y casi se desmaya cuando comenzó a caminar en dirección a la salida del aparcamiento. Hasta aquel mismo momento, no había mirado las cosas en perspectiva, sino como un vecino más, y aquello había terminado por nublarle el instinto, pero eso se había acabado. Sintió una mano posarse en su hombro, y se giró tan rápido que el mundo se desdibujó en un caleidoscopio de niebla y grises que le hizo ascender el estómago a la garganta. Romero se encontraba a menos de treinta centímetros, hablando sin voz. Se dio cuenta de que el chico, sin apenas experiencia, había hecho más por su pueblo que él mismo, y eso hizo que la bola del estómago se convirtiera en plomo fundido.

—Vamos a resolver esto de una maldita vez—fue lo único que acertó a decir antes de abandonar la escena del crimen.

Llevaba prácticamente desde que sufrió la agresión sin tocar el móvil, puesto que apenas salía de casa; por aquel motivo no escuchó la melodía que inundó el salón una vez más, y tampoco la numerosa lista de llamadas perdidas que se acumulaban en la pantalla. Cuando llegó a la solitaria vivienda tampoco comprobó el buzón de voz. ¿Por qué iba a hacerlo?, a él nunca le llamaba nadie; si alguna vez necesitaba hablar con los de la editorial (y llevaba sin hacerlo más de un año), utilizaba el teléfono fijo.

Debido a la conmoción de su encuentro con el viejo, tampoco se fijó en la luz que llegaba velada desde la cocina, cuando subió al piso superior a darse una reconfortante y merecida ducha. Lo pensó mejor y acabó llenando la bañera; sumergido hasta el cuello, los músculos de su cuerpo se destensaron, y su mente fluyó hasta otro lugar, otra época. En este rincón de su memoria en concreto, tenía doce años y gozaba de esa bendita felicidad del que aún no se ha tropezado con la piedra de la vida dos veces seguidas. Disfrutaba de uno de esos días que a veces se le concedían a los “mayores” del centro (cuando no había trabajo o misa); había preparado con esmero la bolsa de lona con los productos afanados de la cocina —bajo la mirada reprobadora pero condescendiente de Margarita—, y había salido a toda velocidad por el túnel hasta llegar a los Pozos de la Nieve. Apenas cuatro o cinco personas conocían aquel paso subterráneo —que ya no se utilizaba desde los tiempos en los que el orfanato era un sanatorio para enfermos de tuberculosis—, y él era el único que podía cruzarlo a toda velocidad sin romperse una pierna (o la cabeza), contra las escarpadas paredes de esquisto. El sol era un espléndido óvalo de luz blanca que extendía sus tentáculos refulgentes por todo el valle, y necesitó entornar los ojos al abandonar la relativa oscuridad de la galería. Exprimió sus jóvenes piernas como si fueran pistones de un coche de carreras, acelerando, acelerando... ansioso. Su cuerpo (que había tomado el control absoluto), lanzaba carcajadas y risitas al electrizante cielo azul mientras esquivaba una rama, saltaba un poste o escalaba un lindero. Supuso que aquello era la definición auténtica de felicidad, algo de lo que él no disfrutaba muy a menudo.

Llegó a la depresión natural de piedra que cuarteaba el Valle de Leyva, donde un magnífico encinar demarcaba el claro de la Fuente del Sol. En otro tiempo, varios grupos de bancos y mesas de piedra habían estado

diseminados por todo el paraje, siguiendo el desfiladero hasta Fuente Bermeja y cruzando el cauce del río (cuando llevaba suficiente agua como para considerarse río), pero ya no quedaban más que restos destrozados y cubiertos de maleza, semejando guerreros que han perdido una batalla.

La vio incluso desde la distancia, y parecía (o al menos a él se lo parecía), que los rayos de sol incidían mucho más en aquel punto que en cualquier otro lugar del valle. Ella alzó uno de sus brazos, llamándolo, y pudo ver, literalmente, cómo sus piernas adquirían la velocidad de la luz.

Almorzaron encima de la tela que Clara había dispuesto con exquisito gusto entre unos macizos de amapolas. Rieron, corrieron descalzos por la hierba fresca, escalaron árboles y salpicaron entre gritos con el agua helada del riachuelo. En definitiva, durante unas horas dejaron atrás el infierno del orfanato y solo existieron ellos. Ellos y el magnífico Valle.

Despertó sobresaltado, con el agua jabonosa colándose por entre sus labios separados. Se palpó el rostro y notó que estaba húmedo, salado. Volvió a llorar. Lloró por Clara, y por aquel día maravilloso en el Valle de Leyva. Lloró simplemente porque le apetecía. Y, sobre todo, lloró por su infancia, por todos aquellos años robados de su memoria y que habían comenzado a salir a la superficie. Lloró porque no sabía si quería recordar.

—No coge tampoco el fijo—exclamó Verónica alterada.

—No te preocupes—tranquilizó Robelló—. Posiblemente haya salido.

—Él nunca *sale*—respondió frenética.

—Vero, cariño, necesitamos estar tranquilos—la condujo hasta un sofá que parecía más caro que cómodo—. Ya sabíamos que él no iba a venir; solo te he pedido que lo llamas para acordar una cita.

—Tú no lo entiendes—espetó—. A mi marido le pasa algo.

Robelló era neurólogo, pero en la facultad había tonteado con varias disciplinas menos... “convencionales”; una de esas cosas que tan graciosas le parecieron en su día fue la del reconocimiento facial y, aunque se le pasó pronto, a día de hoy sabía reconocer algunos síntomas gracias a determinadas expresiones. La mandíbula apretada y los labios fruncidos de la mujer que tenía delante indicaban que estaba bajo una fuerte tensión. Debía proceder con cuidado si no quería enfrentarse a una grave crisis nerviosa, aunque no podía eludir el problema por más tiempo. Colocó las dos hojas en las pantallas luminosas, y tomó asiento al lado de su amiga.

—Ante todo, no debes tomarte lo que te voy a contar como...

—¡Dímeloya!—siseó ella.

—Estos son los test que realizó Roberto la últimavez que estuvisteis aquí —señaló la pantalla. Se levantó con parsimonia y colocó junto a cada una de las hojas una especie de radiografía color—. En aquella prueba en concreto quise llevar su nivel de estrés al máximo, pero no fue hasta algo después cuando me di cuenta de que no estaba buscando en el lugar correcto.

Extendió su sempiterna varilla, y Verónica deseó arrebatarla y golpearle con ella. Estimaba a Juan Robelló, pero no sabía ejercer de amigo; aunque como médico era muy profesional.

—Juan, por favor, explícamede una vez qué le sucede a Roberto—suplicó agotada de tecnicismos y escáneres.

—Bien, de acuerdo. Este es el cerebro de Roberto bajo un estrés mínimo—señaló la primera hoja y la radiografíaque estaba al lado—. Y este es el cerebro de Roberto con un nivel de fatiga extremo.

Verónica se fijó en que las zonas rojas y verdes habían cambiado por completo.

—Ahora fíjate en las respuestas que dio tu marido en una y otra prueba— ella entrecerró los ojos y se dio cuenta de lo que el médico estaba tratando de decirle.

—¡Son diferentes!—exclamó asombrada.

—¡Exacto!— expresó triunfal—. Fíjate, las grafías son totalmente distintas, sus ondas cerebrales diferentes, incluso su nivel de estrés casi inexistente.

La mujer comenzó a temblar perceptiblemente. *Oh, oh, ya llega la temida crisis*, se dijo Juan; sin embargo, la expresión de su rostro se endureció y se rodeó los brazos con determinación.

—¿Todo esto qué quiere decir? Y, sobre todo, ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué sabes de la infancia de Roberto?

—Que trabajó en una gasolinera y lo dejó para estudiar en...

—No, no, me refiero a cuando era niño.

Ella lo pensó durante unos segundos y contestó resuelta.

—Nada. Dice que no recuerda nada de cuando vivía en Malón, y de lo poco que recuerda no quiere hablar.

—Tal como me imaginaba— indicó el médico—. Casi cualquier cosa que nos ocurre de pequeños queda grabado en nuestra memoria, como un disco duro interno. En la mayoría de los casos, accedemos solo a recuerdos bonitos o alegres, y si un estímulo es lo bastante fuerte, también a esas evocaciones negativas que no nos apetece tanto recordar, pero que acabaron de forma inocua; en otros casos cuando los recuerdos son especialmente dolorosos o traumáticos, nuestro subconsciente actúa de forma intuitiva, almacenándolos, incluso tapiándolos tras una inexpugnable pared de ladrillos mentales. En ese caso, se crea un estado emocional que no somos capaces de asumir, un sentimiento de culpa que aceptará que todo aquello que ocurrió en el pasado lo creamos nosotros, que somos los causantes de que *alguien* o *algo* nos trataran mal. Cuando la causa de ese trauma tiene la raíz en un abuso continuado, tanto físico como emocional, puede surgir un desdoblamiento de personalidad que ayude al sujeto a superar la situación, a huir del dolor.

—¿Me estás diciendo que mi marido tiene un trastorno de identidad?— cuestionó, incrédula.

—Lo que quiero decir es que debió suceder algo horrible en la infancia de Roberto que le llevó a arrancar esos *hechos reales*, esos abusos y humillaciones de su memoria y arrojarlos en algún rincón de su cerebro, que

permanecieron allí hasta que sufrió la agresión. La imposibilidad de reconocer los rostros de las personas que le rodean, junto con su regreso a Malón, al lugar donde sufrió esos abusos, han creado una situación de tensión extrema en la cual la mente de Roberto ha decidido buscar sus propias soluciones.

—Juan, conozco el trastorno de identidad disociativa—aunque en realidad solo lo había escuchado de pasada, en un seminario al que acudí después del ataque a su marido—, y no creo que sea eso lo que le ocurre a Roberto.

—No estoy hablando del TID, propiamente dicho; yo tampoco creo que Roberto lo padezca—aseguró—. Lo que creo es que la mente de tu marido se ve forzada debido al estrés, la prosopagnosia, y a ese trauma infantil que no consigue superar; ha creado un *alter ego* que le ayude a controlar una situación de la que no es capaz de salir por sí mismo.

Verónica miró a Robelló con los labios fruncidos, notando la presión de las lágrimas que pugnaban por romper la barrera de las pestañas y desbordarse por sus mejillas. Quería gritar, golpear algo y decirle al hombre que tenía delante que era un vulgar matasanos, que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. En cambio, su voz surgió mucho más firme de lo que jamás hubiera imaginado.

—¿Y qué sugieres que hagamos?

—En los casos de personalidad múltiple, cada una de las identidades se mueve, habla y se *siente* como un individuo único—explicó el médico—. En el caso de Roberto, estamos hablando de un alter ego. Esa personalidad latente, ese guardián dormido ha sido creado debido a un trauma profundo y a la imposibilidad de resolverlo, así que si cerramos la herida, la identidad implantada desaparecerá.

—¿Cómo hacemos eso?—la mujer parecía haber recobrado la vitalidad con esta última afirmación.

—Existen múltiples alternativas—indicó Robelló llevándose la mano al mentón—. Por ejemplo el *mindfulness* o meditación, poco invasivo pero de tiempo prolongado; o incluso la técnica de estimulación bilateral EMDR, en mi opinión, poco efectiva a corto plazo. Tenemos que llegar a la raíz cuanto antes, y solo se me ocurre la hipnosis para ello.

—¿Puedes hacerlo tú mismo?—preguntó esperanzada Verónica.

—¡Oh no, yo no!—negó sonriente agitando la mano—. Yo me dedico más a hurgar en los cráneos que en el subconsciente.

Viendo que de nuevo su rostro mutaba de esperanza a desilusión, se apresuró a añadir:

—Pero conozco a la persona perfecta para el trabajo—se fue a toda prisa hacia su mesa, y se hizo con un móvil del tamaño de una televisión de plasma. Marcó un número mientras posaba en Verónica aquella sonrisa cálida, destinada a tranquilizar a los pacientes más desahuciados—. No te preocupes, sacaremos a ese parásito de tu marido.

Los ojos de Sebastián brillaban de seguridad mientras que rodeaba la silla en la que había atado a la mujer. A pesar de encontrarse en pleno invierno, hacía un día especialmente caluroso, por lo que el párroco decidió despojarse de la camisa (que ya estaba empapada antes de empezar), y arrojarla a un rincón junto con su abrigo.

—¿No lo entiendes verdad?—susurró a escasos centímetros de ella.

La mujer negó vigorosamente, aterrorizada, mientras que las lágrimas resbalaban por sus mejillas y dejaban amplios surcos en la capa de maquillaje. El cura se inclinó y apoyó las manos en sus rodillas, situándose a la misma altura que el rostro de la mujer. Esbozó una sonrisa ladeada y negó a su vez.

—Adela, ya te lo he dicho, me estoy muriendo.

La mujer prorrumpió en un llanto, que se tornó silencioso cuando sofocó los lamentos que brotaban de su garganta apretando los labios.

—Seguro... que tampoco es... —volvió a fruncir los labios hasta que se convirtieron en dos rayas de color blanco.

—*Fui* siervo del Señor—contestó sosegado, tal y como se le hablaría a un niño con una rabieta—. Hasta no hace mucho era todo lo que tenía, pero entonces Él me envió este cáncer como premio.

—Los caminos del Señor son...

—Sí, sí, inescrutablesy todo ese rollo—agitó la mano y se alejó de nuevo en dirección a la cocina. Volvió con un vaso de agua, que puso en los labios apretados de la mujer—. Lo que necesito que entiendas, querida Adela, es que estoy recorriendo mi camino. Él me ha mostrado mi misión antes de irme de este mundo de mierda, y pienso cumplirla.

Ella bebió, y el líquido fresco se le antojo un regalo precioso al bajar por su garganta irritada.

—Pero yo... ¿Qué...?—se le quebró la voz—. Yo no soy más que...

—Tú eres es una pieza clave en ese “Plan” que Él tiene para mí—le ofreció agua de nuevo, y ella vació el vaso en dos grandes tragos—. Necesito que me ayudes a realizar mi cometido.

La mujer clavó sus ojos vidriosos en los del párroco, y Sebastián observó en ellos una determinación que no había visto en ellos desde su llegada a

Malón.

—¿Qué necesita que haga?— manifestó resuelta.

Sebastián le dedicó una candorosa sonrisa y, le plantó un casto beso en la frente. Acto seguido, rodeó la silla y desató la cuerda que había anudado en torno a las manos de la mujer. Cuando ella se puso en pie, masajeándose las muñecas, el párroco la sujetó por los hombros y la abrazó. Fue apenas un roce, un gesto paternal por parte de él, pero Adela encajó la cara entre el hombro y la clavícula del hombre, y dejó que lágrimas calientes fluyeran y mojasen la piel del cura. Sebastián se mantuvo firme, acariciándole el sedoso pelo y dejando que se desahogara. Cuando hubo vaciado todo lo que llevaba dentro y se le pasaron los temblores, parecía una mujer nueva.

—Lo que necesito es que me consigas algo de tiempo—informó el cura—. Volverán a llamar del episcopado; diles que todo está en orden y que Don Luis llamará la semana que viene cuando se recupere de una gripe.

—Don Luis está...

—Y ahí llega la segunda parte—hizo un mohín—. Siento decirte que no me he comportado con el bueno de Don Luis como hubiera debido, pero compréndelo, necesito realizar la tarea de Dios antes de marcharme, y no me ha quedado más remedio.

Un asomo de inseguridad regresó al semblante de la mujer, que Sebastián se encargó de espantar de inmediato.

—Se encuentra bien, pero confinado. Él no lo entiende, no entiende que debo seguir “el camino”—volvió a posarle las manos en los hombros y notó el ligero temblor de ella—. Pero ahora tú te encargarás de que se encuentre cómodo. Esa es tu misión, encargarte de Don Luis y coger esa llamada, ¿podrás hacerlo?

Ella asintió enérgicamente.

—Muchas gracias—volvió a besarla suavemente en la frente—. Gracias por hacer posible la voluntad de Él.

Se marchó sin volver la vista atrás, y ella se sintió feliz de que lo hiciera.

Los casi cuarenta kilómetros que separaban Malón del hospital general habían contribuido a relajar la tensión y favorecer la exposición de sus impresiones. Romero estaba empeñado en que existía una conexión que unía los recientes asesinatos con al menos dos de los señalados en su gráfico, y Javier (muy a su pesar), estaba empezando a creerlo también. El reciente asesinato del alcalde colocaba fichas en el tablero que antes ni siquiera se habría dignado a contemplar, pero aún no imaginaba en qué asunto podrían estar mezcladas esas piezas para inclinarse por la opción de matar.

Contempló la idea de mostrar la placa para saltarse las barreras que impedían acceder al camino destinado para las ambulancias y las urgencias, y que recorría el complejo de edificios al completo, pero justo cuando iba a echar mano de la cartera, un coche se marchó y dejó un hueco prácticamente delante de la puerta principal; guardaría la opción de la placa para más adelante, cuando realmente fuese necesario.

Los tres pabellones más grandes se alzaban entre la característica bruma medioambiental, que parecía recubrir cualquier gran ciudad como una membrana invisible, tiñendo el cielo invernal de un turbio gris-azulado que despojaba a los visitantes de su derecho al optimismo. Romero condujo a Javier por una pasarela que levitaba entre una galería comercial, y el bloque de ladrillo visto de color rojo con un cartel del tamaño de un autobús que rezaba: POLICLÍNICO BLOQ. 1; desde allí cruzaron al Hospital General, donde una enfermera igual de gris que la miasma de polución, les indicó que ninguno de los dos enfermos se encontraban en aquella planta, que era la de cuidados intensivos. Les dijo que debían seguir las flechitas de color verde hasta las plantas de hospitalización (que abarcaban desde la segunda a la séptima), y preguntar en el puesto de enfermeras el número de las habitaciones en las que se encontraban. Tras una interminable red de pasillos laberínticos y claustrofóbicos, llegaron al puesto de control.

—Eso no es posible—exclamó Romero—. ¡Debían de notificar cualquier situación!

La mujer, dos veces más grande que el oficial y con el pelo del color de las palomitas quemadas, levantó las manos en señal de tregua.

—Eh, yo no sé nada—de nuevo un vistazo a la tablilla que reposaba encima del mostrador—. Lo único que le estoy diciendo es lo que pone aquí.

Diógenes Marín se encuentra en la habitación 217 y se necesita autorización para hablar con él.

Romero se mordió el labio inferior, y rebuscó con las manos temblorosas por la furia entre sus bolsillos; cuando consiguió sacar el móvil, necesitó dos intentos para desbloquear el patrón de seguridad.

—Soy Romero—ladró al aparato en cuanto tuvo comunicación—. Estoy en el hospital... espera, un momento...

Durante un tiempo que a Javier se le antojó un mundo, Romero se quedó en silencio, asintiendo de vez en cuando a un interlocutor que se hallaba a muchos kilómetros de allí.

—No lo entiendo—fue su escueta respuesta antes de volver a quedarse en silencio—. Eso es imposible, no creo... ¡pero es que es una completa gilipollez!—volvió a morderse el labio de tal forma que se arrancó un trozo de piel—. De acuerdo, al menos podré hablar con Diógenes, sí, tendré cuidado. Oye, envíame ese informe ¿quieres?

Colgó sin despedirse, y Javier se dio cuenta de la enorme frustración que sentía el chico. Le hizo un gesto interrogativo, y este le respondió con una negación; bueno, ya se acostumbraría a ese tipo de decepciones cuando se diera cuenta de que la mayoría de los compañeros que tendría en su vida, se pasaban su carrera completa esperando la jubilación.

Recorrieron el largo pasillo bajo la mirada reprobadora de la enfermera del mostrador tras serle concedido el permiso necesario, y llegaron a la puerta de la habitación 217, que permanecía entreabierta. Dentro, sonaba la musiquilla alegre de una serie infantil que llegaba desde la televisión de la pared; Diógenes se encontraba en una de esas camas con ruedas, cubierto por una sábana hasta la barbilla. Al verlos intentó dibujar una sonrisa que se quedó en eso, en un proyecto.

—Siempre es agradable que vengan amigos a visitarte al hospital—susurró con la voz rota—. ¿Me podéis hacer un favor?, cambiad el canal o apagad la dichosa televisión.

Javier volvió la vista y reconoció unos dibujos animados que su hijo adoraba. La dejó tal y como estaba.

—Estas hecho una mierda—manifestó el policía.

—Es lo que pasa cuando te meten una bala en las tripas—contestó de forma amarga—. Pero la buena noticia es que puedo contarlo.

—Bicho malo nunca muere.

El enfermo soltó una carcajada hueca, y curvó el labio en una mueca.

—Supongo que tienes razón—dijo en voz queda, más para sí mismo que para responder al policía.

—¿Qué pasó?—interrogó Javier—. ¿En qué demonios pensabas para ir hasta la fábrica a intentar matar a Pedro Alcázar?

—Oye, acabo de salir del quirófano. Me han sacado un trozo de plomo del estómago y me han metido unos tres litros de sangre—se giró en un gesto de incomodidad sobre la exigua cama de hospital—. Y ya he contestado cuatro o cinco veces esa misma pregunta a tus compañeros de brillantes placas.

—Ya, pero a mí aún no me la has respondido—continuó terco el policía.

—Como les he dicho a ellos, Pedro me debía dinero y fui a cobrar.

—Desde luego se te da mejor extorsionar que mentir—terció Javier—. Eso es mentira, y lo sabes.

—Cree lo que quieras.

—¿Intentas convencerme de que el tío más rico del pueblo, figura de la honestidad y el trabajo duro, y ya puestos, veinte años más viejo que tú, te debía dinero, te quitó la pistola, y te pegó un tiro?

—Calcado.

El policía se dio la vuelta, conteniéndose a duras penas.

—Bueno, vale, sin problema—expresó Romero, que había recogido el testigo—. Concuerta con la versión que ha dado el señor Alcázar.

Diógenes levantó la mirada y la clavó en los ojos del joven. La pena y el desánimo habían sido sustituidos por la vieja chispa del que está acostumbrado a sembrar miedo, no a sentirlo.

—¿Cómo?

—Pues eso, que el señor Alcázarsalió de aquí anoche—explicó—. No tenía más que un corte en la pierna sin importancia; unos cuantos puntos y a correr. Una hora después, se presentó en la comisaría de policía de Malón, y realizó una declaración completa.

—Eso es mentira—Romero reconoció los rasgos gestuales típicos del que estáconteniendo un ataque de furia a duras penas.

—No, que va, me lo acaban de confirmar desde la comandancia de la Unidad Especial de Intervención—respondió resuelto. Rebuscó durante unos segundos en su móvil, y mostró la pantalla al hombre de la cama—. Mira, aquí lo tienes.

Tanto Diógenes como Javier se abalanzaron hacia la pantalla, donde

Miguel había ampliado la declaración que Pedro Alcázar había hecho horas antes para que pudiera leerse bien el nombre. Al cabo de un minuto y, cuando los dos hombres leían con atención los primeros puntos del documento, Romero apartó el móvil y se lo guardó en el bolsillo.

—Te lo voy a resumir—añadió—. El bueno del señor Alcázar ha reconocido que mantuvo... “relaciones” hace años con la señorita Dutka, cuando era joven y estúpido, según sus propias palabras. También ha confesado que Agustín Guerrero le relató, en una noche de copas, que estaba enamorado de Natalia Dutka desde que era un adolescente, y que por mediación tuya, se conocieron hace más de dieciséis años, fecha en la que ella dejó de trabajar para ti de forma activa, para convertirse en... “asesora”, ¿se dice así?

Como Diógenes no contestó de inmediato, Romero continuó.

—Tú te enfadaste, y obligaste a Natalia a seguir viéndose con Alcázar, que pagaba más—alzó la mano deteniendo a Diógenes, que estaba poniéndose de color morado—. Pero seguiste suministrando chicas para Agustín. Ninguna volvió al club, y supusiste que Agustín te estaba boicoteando y pagando a las chicas para que dejaran de trabajar para ti, en represalia por obligar a Natalia a seguir viendo al señor Alcázar.

Remarcó mucho la palabra “señor”, comprobando que aquello le dolía más que la herida de bala de su vientre.

—Mis compañeros han comprobado que había rastros de ADN de Agustín en los cadáveres hallados, y está más que demostrado que fue el verdugo de Natalia—se alejó un paso hacia la salida—. Así que resuelto el tema de los asesinatos, solo quedaba el de la disputa entre tú y el señor Alcázar. Él ha declarado que quisiste que pagara más como compensación por haber perdido a tus otras chicas por su culpa, él se negó durante todos estos años, hasta que apareciste con aquella pistola en su oficina; el resto ya lo conoces.

—Eso es una basura— bufó, preso de una rabia que a duras penas conseguía contener—; ¡Una sarta de mentiras!

Romero se encogió de hombros y levantó las manos con las palmas hacia afuera en señal de capitulación.

—¡Eh, yo no quiero saber nada!—se apartó un poco más, y Javier, que por fin había comprendido a qué jugaba el joven, lo siguió—. A mí me han apartado de todo esto; el caso está cerrado, a falta de que se te curen los puntos y te acusen de tentativa de homicidio, extorsión y proxenetismo.

Salieron al pasillo y el hospital cobró vida. En la habitación los sonidos se apaciguaban, pero allí fuera era como encontrarse en una jungla en la que hubieran cambiado los aullidos de animales por susurros de personas y olor a desinfectante. Romero se giró para agarrar el pomo y cerrar la puerta, pero antes dedicó una empática mirada a Diógenes.

—Yo de ti no me preocuparía—esbozó una sonrisa apenada—. Seguro que un tipo como tú tiene muchos amigos en la cárcel.

Cerró y volvió junto a Javier.

—¿Te apetece un café?—preguntó el joven—. Dicen que en la cafetería del hospital es lo único que sabe bien.

—¿Qué es eso de la declaración de Alcázar?—inquirió interrogativo—. ¿Es mentira?

—No, eso es cierto.

—¿Y todo lo demás?

—Parafraseando al proxeneta, una sarta de mentiras.

—Deberías haber sido novelista.

—Era mi primera opción—reveló posándole una mano en el hombro—. Pero mi padre decía que con eso se pasaba mucha hambre.

Ambos comenzaron a reír, y abandonaron el pasillo de post-operatorio en dirección a la cafetería de la planta baja.

—Cuéntamelo de esa declaración—pidió Javier, soplando por el borde de la taza en dirección al líquido oscuro—. ¿Qué ha ocurrido de verdad?

—Parece ser que el gran hombre, motivado por su encomiable sentido del deber, se ha presentado a primera hora para declarar sobre el asunto de su agresión. Ha confesado que Diógenes le debía dinero en relación al bajo comercial en el que tiene montado el club; tras exigiéndolo en multitud de ocasiones, amenazó con denunciarlo a la policía, y este se presentó, pistola en mano en su oficina.

—Y desarmó a un tipo más joven y más fuerte, y casi lo mata de un disparo.

—Sí. También dice que está horrorizado por lo de Agustín, y que conocía de su afición a las “chicas” del club, por eso lo despidió hace un mes.

—Qué oportuno.

—Bastante, pero ha proporcionado a mis compañeros lo que necesitaban—mostró una mueca de desagrado—. Agustín se encontraba en la escena del crimen, mantenía una relación secreta con Natalia, y muchos serán los que declaren que también conocía a las otras víctimas, entre ellos el señor Alcázar; para mis compañeros eso será néctar caído del cielo, y archivarán el caso con Agustín como asesino múltiple, y con Diógenes procesado por inducción, y una retahíla más de cargos que se les antoje.

—Agustín no lo hizo—afirmó con severidad.

—Yo tampoco lo creo—aseguró el joven—. Pero este es un caso peliagudo, y los de arriba estarán deseando colgar el muerto y ponerse las medallitas.

—¿Y Ramón?, lo han matado de un disparo. Si balística...

—No guarda relación—explicó—. Un robo que salió mal. Las llaves de su coche y la cartera han desaparecido.

Guardaron silencio, y el murmullo de voces y bandejas arrullaron el pensamiento de ambos durante varios minutos. Al fin, Romero rompió el silencio.

—Aquí ocurre algo, algo mucho más gordo de lo que mis compañeros quieren creer, pero no vamos a encontrar nada si se cierra la investigación y nos bloquean el paso.

Javier apuró su café—ya frío—, y se puso en pie.

—Pues nada, vamos a seguir apretando las tuercas un rato.

—Yo no quería el club—confesó cabizbajo—. Mi padre lo montó y me hizo el lío para que me quedase con él cuando ya no podía moverse de aquella dichosa silla.

Diógenes —con los ojos enrojecidos—, se había venido abajo nada más verlos aparecer de nuevo. En realidad, él no temía ir a la cárcel (era una posibilidad que le había acompañado desde su más tierna infancia), pero sentía una presión en su interior que le oprimía el alma hasta dejarle sin aliento. A pesar de la fama que ostentaba (ganada a pulso, eso sí), jamás había querido elegir aquel lado del precipicio. A menudo se acordaba de una canción que escuchaba en su juventud, y con la que siempre se había identificado: *“malas ideas iluminan mi camino, cuando viajo a las estrellas siempre acabo en el infierno”*. Los tipos como él, siempre acababan en el infierno, de una manera u otra.

—El problema es que nunca he sabido decirle que no a mi viejo—se le quebró la voz con la última palabra, pero se rehízo con entereza—. ¡Pero os juro que nunca obligué a Natalia a hacer nada!

—No deberías intentar proteger a Alcázar—apuntó Javier—. En este momento no lo tienes muy bien, y créeme, él no te está ayudando.

Diógenes esgrimió una mueca triste que pretendía convertirse en sonrisa.

—Yo no intento proteger a ese... —se contuvo.

—Pues si tienes algo que decir, ahora es el momento.

El hombre agachó la cabeza y se concentró en un punto de sus sábanas; aquello parecía estar costándole horrores.

—¿Hasta qué edad se puede enviar a alguien a la cárcel?—preguntó de repente.

La pregunta cogió tan desprevenidos a los agentes que no contestaron de inmediato.

—No existe una edad máxima para poder ingresar en prisión—explicó Javier—. Aunque sí que hay atenuantes, como por ejemplo padecer una enfermedad incurable o incapacitación.

Aquello pareció dejar satisfecho a Diógenes, que se acomodó en la cama con las piernas cruzadas y fijó en ellos una mirada que reflejaba una profunda tristeza.

—Todo empezó con ese hombre, ese cura del orfanato—dijo escupiendo las palabras—. Mi padre, por aquel entonces, era un simple peón de fábrica; no diré que honrado, no quiero que penséis que trato de restarle culpa, pero es necesario que entendáis que nunca fue un lumbreras.

Tanto Romero como Javier asintieron, dando a entender que habían comprendido lo que quería decir.

—El caso es que un día, mientras trabajaba en la conservera, Pedro Alcázar se le acercó y le ofreció dinero por un trabajo. Era una época difícil, mi viejo ya contaba con cincuenta y seis años y ninguna habilidad especial, así que aceptó el encargo del emergente y joven dueño del imperio Alcázar. Era algo tan sencillo como subir al orfanato con un camión pequeño, y cargar una mercancía hasta la fábrica. Ni Alcázar dio más explicaciones, ni mi padre las pidió. El muy idiota incluso se llevó un joven mozo para ayudar a cargar el camión.

—¿Qué tiene que ver el orfanato con este asunto?—interrogó Javier.

—Aquel lugar fue el origen donde empezó el infierno y, como todo infierno que se precie, allí residía el Diablo.

Javier hizo un gesto negativo con la cabeza, pero Romero le indicó que tuviese paciencia. Diógenes se encontraba inmerso en una diatriba que parecía estar más destinada a soltar un peso del alma que para intentar convencerlos a ellos.

—La mercancía que mi padre llevó a Malón aquella noche no necesitaba ser cargada, es más, ni siquiera necesitó bajarse del camión. Cuando llegó a la explanada del edificio, con esa horrible estatua de la Virgen observando la operación, aquel cura apareció de la oscuridad y abrió la portezuela. Cristóbal, que era el mozo que mi padre había contratado para ayudar, se apeó para echar una mano, pero volvió de inmediato con la orden de partir. Durante todo el camino de vuelta, el joven no volvió a abrir la boca, más pálido que un cirio de catequesis.

—¿Qué transportó tu padre aquella noche?

—Para celebrar su reciente adquisición de la conservera, Pedro Alcázar había montado una “fiestecita” privada con algunos amigos en su despacho.

—¿No me digas que el cura traficaba con droga?— inquirió Javier, al que brillaban los ojos de curiosidad.

—Ojalá hubiera sido eso; no, los intereses de aquellos hombres derivaban más hacia la perversión que al exceso. Todos esos tipos comenzaban a

despuntar en sus vidas y, como podían pagarlo, se creían con el derecho de poder comprar la dignidad del resto del mundo.

Alternó la mirada entre Javier y Miguel Romero, y se dio cuenta de que ni siquiera pestañeaban. No había contado nada de todo aquello jamás, pero ahora que había comenzado, el dique emocional se había resquebrajado y no era capaz de asegurar que acabaría con el relato sin sufrir cualquier crisis nerviosa, o cuando menos, llorar como un niño destetado.

—Por aquel entonces mi madre ya llevaba muerta bastantes años, así que mi padre comenzó a verse con una mujer—continuó Diógenes con visible esfuerzo—. Lo llevaban bastante en secreto, según dijeron, por ella más que por él. El caso es que cuando mi padre se hizo cargo del club, comenzaron a verse allí. Con el tiempo supe que todo eso solo había sido una estrategia muy bien urdida por ella, pues lo que menos le interesaba era visitar a mi viejo en un local como ese.

—¿Y entonces por qué iba allí?—se interesó Romero.

—Por la escapatoria que le ofrecía—confesó abatido—. Como ya os he dicho, yo apenas era un crío, pero recuerdo muy bien a Clara. Cuando comenzaron a ser frecuentes los envíos de chicas del orfanato a “fiestas privadas”, Margarita recogía tres o cuatro chicas el día señalado y las llevaba a El Sitio con la excusa de ponerlas a trabajar allí, solo que aquellas niñas nunca ejercieron. De esa forma evitaba que algunas de las muchachas pasaran por aquel infierno.

—En pocas palabras—puntualizó Javier—. Esa Margarita utilizaba la relación con tu padre para intentar escabullir de la prostitución a unas niñas... ¡llevándolas a un prostíbulo!

Diógenes asintió.

—Sé que suena a locura, pero eso no es más que la punta de un iceberg negro como la brea. Yo recuerdo aquellas noches, y por supuesto me acuerdo de que con Margarita siempre venían dos chicas de forma invariable; Clara y Natalia. Yo me enamoré de Clara el primer día que cruzó la puerta, pero ella jamás me hizo caso alguno, en cambio Natalia..., eso era harina de otro costal.

—¿Y qué ocurrió, Diógenes?—Javier intuía que el hombre comenzaba a divagar.

—Uno de esos días Clara no vino con Margarita—lágrimas silenciosas afloraron a su rostro—. La mujer dejó a Natalia conmigo y fue en busca de la muchacha.

—¡Por Dios Diógenes, me estas matando!—bufó Javier con urgencia—. ¿Qué le pasó?

—Margarita nunca volvió—explicó entre sollozos—. Y Clara tampoco. Cristóbal fue el encargado de conducir a las chicas hasta el despacho aquella noche, ya que mi padre sufría por aquel entonces los terribles achaques de la artritis, y se había quedado clavado al asiento del camión. Lo que vio esa noche el muchacho acabó por freírle las pocas neuronas que conservaba.

—¿Cristóbal?—preguntó Javier—. ¿Cristóbal Espejo?

—Ese mismo. Aquella noche ocurrió algo horrible (más de lo normal), y tras un accidente originado por un “jueguito”, una de aquellas chicas acabó cayendo a un tanque de productos químicos conservantes. Cristóbal fue el encargado de sacarla de allí y llevársela.

—¡Clara Tacón!—gritaron los dos al unísono.

—Así es. Durante aquella semana la muchacha había sido víctima de numerosas palizas y...—se detuvo, incapaz de describir lo que Natalia le había contado—. El caso es que esa noche, medio muerta, Cristóbal la trasladó a la conservera, y allí...

Dijo aquella última palabra con un dolor físico, como si al pasar por su garganta se tratase de cristales y no de sílabas. Se le veía cansado y muy pálido; grandes círculos violáceos despuntaban bajo los ojos, que le conferían el aspecto del mapache más triste del mundo.

—Margarita fue al orfanato esa noche con la idea de llevarse a Clara para siempre, pero lo que ella no podía saber era que la muchacha no estaría allí, ni tampoco lo que acabaría encontrando en ese infierno. Después del suceso del tanque ya no volvieron más a la conservera, produciéndose los *encuentros* en el orfanato. Aquellos degenerados habían probado las mieles de sus más retorcidas fantasías, y no pensaban abandonarlas por un incidente desafortunado.

—¿Todas las chicas procedían del orfanato?—se interesó Romero.

—Al principio sí. En aquel edificio gestionado por la Iglesia y dirigido por el mismísimo Demonio hecho carne, eran más de cincuenta o sesenta niñas las que llegaban al año sin nombre ni raíces. Nadie se preocupaba de ellas ni de lo que les ocurriese una vez que cruzasen las puertas del orfanato. Nadie sabía que enviaban a aquellas pobres desgraciadas a un purgatorio en la tierra, con un pase directo para el infierno.

—¿Sabes lo que pudo pasarle a la mujer?—inquirió Romero.

Diógenes negó.

—Solo sé que llamó a mi padre y le dijo que se había marchado, que algo horrible había sucedido y que necesitaba que cuidara a Natalia hasta que ella pudiese regresar a por ella.

—¿Y por qué tu padre se iba a hacer cargo de esa chica?

El hombre parecía haber envejecido diez años en apenas unos minutos. Levantó la cabeza, y sus ojos inundados de lágrimas expresaron sin palabras un dolor tan profundo como el alma misma.

—Porque Natalia era la hija de Margarita—confesó—. Y mi padre amaba a esa mujer. Siempre creímos que había huido con Clara y abandonado a su propia hija y a mi padre, hasta que Natalia (cegada desde aquel día por el rencor), averiguó por parte de Cristóbal que Clara había muerto esa noche.

—Pobre muchacha—adujo Romero.

Diógenes esbozó una sonrisa torcida, que era el reflejo puro de la desolación.

—Si en esta historia existe un Diablo, debo añadir que no era el único—un nuevo acceso de llanto, apenas reprimido surgió de su garganta—. Natalia era la hija de Margarita, pero llevaba los genes de su progenitor y heredado su maldad. Era la digna hija de Sebastián Melero, el director del orfanato.

Con el primer golpe apenas saltaron unas cuantas esquirlas, que produjeron chispas azuladas en la densa oscuridad. Al segundo envite, el lado afilado de la cuchilla abrió un agujero del que emanaba un aire viciado y rancio. No por ello dejó de golpear; al contrario, redobló sus esfuerzos hasta sumirse en un éxtasis frenético en el que solo contemplaba aquella abertura al averno como única escapatoria de la locura. A su mente acudió la historia de Orfeo y su descenso al tártaro en busca de su amada Eurídice, solo que en aquella historia la cosa no acababa bien, y no estaba dispuesto a que eso le sucediese a él. Aplicó el mazo con fuerza para apartar los cascotes que había desprendido con el pico, y el hedor se multiplicó hasta hacerle vomitar. Se inclinó y decidió sentarse a descansar en una de las rocas cercanas. Al fin y al cabo, no había prisa. En los últimos dos días apenas había visto a Sebastián, y sus apariciones eran cada vez más fugaces, y sus órdenes más sucintas. No parecía encontrarse en plena forma, pero más allá del plano físico, lo que más se había deteriorado desde el día en que Cristóbal lo conoció, había sido sin duda su lucidez. Olvidaba conversaciones, trazaba una y otra vez el mismo plan, como si no recordase haberlo hecho antes, y sobre todo, lo que más asombraba a Cristóbal, eran aquellos momentos en los que parecía quedarse sin batería; literalmente. En las ocasiones en las que el párroco se ponía a recitar con efusividad pasajes o historias bíblicas y, de repente, se quedaba congelado, como a una marioneta a la que acababan de cortar los hilos, Cristóbal realmente sentía pavor. En una ocasión, tras gritarle y propinarle un par de bofetadas (más que aceptables), acercó su rostro a la boca del hombre para sentir su aliento, y se encontró con aquellos ojos. Esos ojos en los que no había absolutamente nada, en los que no quedaba ni rastro de la *sustancia* vital del párroco. Aquello era lo que su padre siempre había llamado “abandonar la casa”, cuando de niño dejaba de prestar atención. A menudo, tan repentinamente como se había marchado, volvía, pero algo de él se había esfumado, como si perdiese algo más de sí mismo con cada “*viaje a lo desconocido*”.

Lanzó un rápido vistazo al paquete envuelto que llevaba ocultando los últimos días, y le tranquilizó verlo en el mismo lugar. En realidad, no comprendía muy bien aquel plan, pero estaba dispuesto a seguir las directrices trazadas por el párroco hasta el desenlace final. No en vano, él

había estado casi la mitad de su vida inmerso en una espiral de culpabilidad y autoengaño de la que solo había sido capaz de liberarse cuando Sebastián le colocó en el camino correcto, y le propinó el impulso necesario.

Cuando se sintió mejor, recogió el mazo y se acercó de nuevo al muro — que presentaba ya un agujero por el que podría caber una persona enjuta—, y se aplicó con energías renovadas. El hedor a podredumbre flotaba como una masa vaporosa, que abarcaba la estancia como un velo de efluvios casi líquidos que dificultaba la simple tarea de respirar. Cristóbal se puso un pañuelo anudado alrededor de la cabeza, que le cubría la nariz y la boca, y empleó toda la fuerza que le quedaba en los brazos para acabar de una vez por todas aquella maldita tarea. En el momento en que los últimos cantos rodaron hacía el otro lado de la abertura (perdiéndose en la insondable negrura), y el agujero quedó del tamaño necesario, contuvo la respiración todo lo que sus pulmones le permitieron, y colocó el paquete dentro. Cuando ya se alejaba del caserón —y aunque jamás lo diría en voz alta—, recordó la extraña sensación que había experimentado al pasar el brazo por aquella brecha, como si hubiera hundido una parte de su espíritu en una maldad gelatinosa.

El tableteo rítmico de la máquina de escribir acabó por sumirlo en un estado de duermevela del que le estaba costando desembarazarse. No recordaba haber llegado a su estudio desde el baño de la planta superior, y mucho menos haber sacado la Underwood de su funda y haber comenzado a escribir. Notó el regusto amargo y fuerte del alcohol en sus labios, y un escozor en su garganta cuando reparó en el vaso con un dedo de licor a su derecha; lo acercó lentamente a su nariz, y corroboró que se trataba del bourbon añejo que guardaba en el aparador. Con la vista enturbiada, se fijó en el manuscrito que reposaba pulcramente alineado a la izquierda (de forma simétrica al vaso de bourbon), y soltó una exclamación a la habitación vacía. Allí apiladas había al menos unas trescientas hojas mecanografiadas a doble espacio. Sobre el amplio montón destacaba una que no podía haber sido escrita con la Underwood, debido a la tipografía de grandes letras, y supuso que en algún momento había conectado el Mac para hacerla. Le extrañó que no hubiera usado su habitual tipografía (Trajan 45 puntos), para escribir el título, pero todo aquello pasó a un segundo plano cuando leyó la frase que, en letra más pequeña, se encontraba alineada a la derecha, como si se tratase de un subtítulo:

EL ROSTRO
DE
LAS TERMITAS

***“Crees que no te veo, pero te veo.
Crees que no te siento, pero te siento.
Soy tú, aunque no lo sea.”***

Roberto García

Leyó aquello al menos una docena de veces, mientras sentía que la sangre de su cuerpo se transformaba en vapor y, se le esfumaba por todos y cada uno de los poros de su cuerpo. Había leído antes aquella frase, de eso estaba seguro, pero no podía recordar dónde, ni por qué motivo le causaba tal desazón. Además ¿Cuándo había escrito él aquella cantidad desorbitada de páginas? Era cierto que ya había comenzado antes aquella novela —le

parecía que había pasado una vida entera desde aquello—, pero no recordaba que hubiera avanzado tanto. Sintió la boca seca y, se puso en pie para coger algo de la cocina. No reparó en la luz; tampoco recordó que no había pasado por allí al llegar a casa, y desde luego, no percibió el olor. Rodeó la isla de acero situada en el centro de la cocina, y sintió que las piernas le flojeaban y el calor se le escapaba del cuerpo; allí en el suelo, abierto y mostrando el contenido como un regalo de Navidad debajo del árbol, había un saco de arpillera descosido por infinidad de lugares. Por el borde sobresalían algo parecido a ramas chamuscadas (solo que Roberto sabía que no se trataba de ramas, ni mucho menos), y prendido a uno de aquellos huesos descarnados y ennegrecidos, de forma precaria, aleteaba una nota como la bandera de un colono. Agarrado con fuerza al borde metálico de la isleta —estaba seguro de que si se soltaba caería al suelo sin remedio—, se acercó despacio.

—Pareces un niño aprendiendo a caminar.

Antes de poder gritar (lo hubiera hecho si hubiera sido capaz), sintió que el suelo se abría bajo sus pies, y la negrura le taponaba por completo la visión. Era consciente de que estaba al borde del desmayo, y se concentró en los latidos de su corazón, que golpeaban en su cabeza como una banda desafinada de tambores. Tragó saliva, y ese simple gesto le provocó un dolor punzante en ambas sienes.

—Vamos, ¿dónde está tu educación?—retumbó la voz por detrás de él, grave y risueña—. ¿Esa es manera de dar las gracias por el regalo de un amigo?

Cuando por fin recuperó algo de control sobre su cuerpo —horrorizado, se fijó en que no podía apartar la mirada del saco—, se giró y lo vio. Sentado en una de las sillas blancas de teca, con un vaso de bourbon en la mano, se encontraba aquel hombre, ese cura al que extrañamente era la única persona a la que era capaz de reconocer.

—Venga, ¡siéntate!—exclamó jovial. Señaló el saco del suelo, y esbozó una sonrisa conciliadora—. ¡Eh, yo me bebo tu Laphroaig, así que he pensado en traer algo para compensar!

—¿Qué cojones haces en mi casa?

El viejo arrugó la frente, contrariado. Su blanca melena y los ojos acerados se convirtieron en una máscara ruda de desaprobación.

—Siéntate—ordenó, remarcando las sílabas con crudeza.

Roberto dudó, pero cuando leyó la nota clavada en aquellos espeluznantes huesos, deseó alejarse de ellos lo más posible.

—No entiendo que seas tan duro con alguien a quien consideras amigo tuyo—reprendió el cura.

—No somos amigos.

El hombre volvió a fruncir el ceño, visiblemente dolido.

—Por favor, siéntate.

Roberto avanzó con pasos vacilantes y se aferró al respaldo recto y robusto de la silla. Sin desviar la mirada de aquellos ojos escrutadores, señaló en dirección a la macabra representación que el párroco le había dejado en el suelo de su cocina.

—¿Qué es eso?

—Un regalo.

—Voy a llamar a la policía.

—El ser humano es dueño de lo que calla y esclavo de lo que habla—recitó con voz profunda—. Creo que fue Freud el que lo dijo, pero en este caso nos viene como anillo al dedo.

—Quiero que te marches de mi casa.

—Si te sientas conmigo y me concedes cinco minutos me marcharé encantado—bebió un sorbo de su vaso—. Cinco minutos, te lo prometo.

Roberto apartó la silla y se sentó frente a aquel hombre. Si se hubiera sentido capaz lo habría echado, pero apenas podía mover las piernas. Además, aquel tipo era, al menos, diez centímetros y veinte kilos más grande.

—Tú dirás.

—Antes que nada, ¿recuerdas nuestra anterior conversación?

—Sufro prosopagnosia, no senilidad.

El viejo echó la cabeza hacia atrás y soltó una estentórea carcajada.

—*Touché*—replicó—. Pues bien, como te dije antes, me muero, y necesito que hagas algo por mí.

—Como te dije antes, no eres amigo mío, no tengo que hacer nada por ti.

—¡Ah, ahí te equivocas!—colocó un vaso que había surgido de la nada, y tras rellenarlo, lo empujó hacia Roberto.

—No bebo.

—Otro error, pero tú sabrás, ya eres mayorcito.

—Te quedan tres minutos—informó—. Luego, te echaré de mi casa a patadas.

Otro gesto contrariado del viejo, que parecía verdaderamente dolido por la actitud de Roberto.

—Necesito, aunque no lo entiendas, que me prestes atención—apuró el contenido de su vaso, rellenándolo hasta el borde después—, y llegado el momento, actúes exactamente como te voy a indicar.

El escritor estuvo a punto de replicar, pero el enérgico gesto de Sebastián lo hizo abstenerse.

—Te conozco, sé que tienes brumas en tu cabeza que no te permiten observar en perspectiva la situación, pero eso va a cambiar—se inclinó sobre la mesa, acercando su rostro al de Roberto—. Pero cuando llegue ese momento, yo ya me habré marchado.

Desvió la mirada hacia la copa sin tocar del escritor, y ladeó la boca en una mueca de desagrado. Sin apenas respirar, apuró la suya de un solo trago.

—Así que, ¡escúchame con atención!—dijo con extrema severidad, sujetando a Roberto por los hombros—. Vivimos en un mundo donde siempre estamos culpándonos por haber, o no haber hecho algo en concreto, pero el único encanto del pasado reside en eso mismo, en que es pasado.

—Aprobado en filosofía—trató de bromear Roberto, aunque sintió la presa en sus hombros con más firmeza al hacerlo.

—Quiero que entiendas que somos nuestra memoria—continuó, impasible—, la que nos hace únicos, la que determina qué tipo de personas seremos, y cuál querríamos ser; al fin y al cabo, uno está hecho de las cosas que recuerda.

Roberto se sintió incómodo al observar la desesperación en los ojos de aquel tipo, aquellos ojos profundos en los que podías perderte si te olvidabas de parpadear. No supo explicar el motivo, pero por un breve instante, se sintió más cerca de aquel hombre de lo que había estado jamás de nadie.

—En realidad, sí sé quién eres—expresó con frialdad—. Lo que trato de entender es cómo puedes estar aquí.

El cura apartó las manos de los hombros del escritor, y se alejó unos centímetros, como si aquellas palabras le hubieran sido escupidas a la cara.

—Crees que no te veo, pero te veo. Crees que no te siento, pero te siento. Soy tú, aunque no lo sea—recitó Sebastián sin apartar ni un instante sus ojos de los de Roberto—. El destino es inteligente, pero extremadamente cruel; es un adversario difícil, que siempre pide revancha y se vale de los trucos más sucios que pueda utilizar. Yo surgí de uno de esos caprichosos trucos, pero combato cada día por llevar a cabo mi misión antes de que finalice mi tiempo.

—Yo te maté—susurró Roberto, que parecía estar en trance—. Recuerdo aquellos días del orfanato; recuerdo aquel dichoso sótano y, por supuesto, recuerdo a Clara.

—No me queda tiem...

—¡Yo te maté!—explotó—. ¡Me acuerdo de eso!

Se puso en pie, lanzando la silla hacia atrás. Por su rostro enrojecido rodaban gruesas lágrimas, a pesar de que tenía los ojos brillantes de excitación y una sonrisa histérica que le curvaba las comisuras hacia arriba.

—No recuerdo mucho más, pero de eso estoy seguro—desafiante, alzó un dedo acusador—. Estás muerto.

Sebastián se miró el reloj de pulsera, y levantó las manos en señal de paz.

—Todavía me queda un minuto, y puede que sea el último minuto que volvamos a estar juntos. Si me lo concedes, te explicaré con mucho gusto quién soy en realidad, y qué estoy haciendo aquí.

A regañadientes (y siempre sin perderlo de vista ni un segundo), Roberto recogió la silla y volvió a sentarse. Cuando ambos estuvieron de nuevo frente a frente, Sebastián se movió con tal velocidad, que Roberto no fue capaz ni de sobresaltarse. El viejo atrapó las dos manos del escritor, y las sujetó con una fuerza descomunal contra la superficie lustrosa de la mesa. Roberto trató de liberarse, pero el anciano poseía una fuerza que no parecía proceder de este mundo. De repente, el párroco se inclinó y lo besó con fuerza en la frente, quedándose después a escasos centímetros del rostro de Roberto.

—Yo soy tu guardián.

Media hora después —tras haber llamado al timbre y no obtener respuesta—, Verónica entró en la cocina y se llevó la mano a los labios al ver a su marido sentado en la mesa, con los ojos en blanco y un vaso de bourbon en la mano. En el suelo, junto a sus pies, se encontraba abierto un saco que desprendía un olor nauseabundo a descomposición y tierra húmeda. Cuando se acercó para comprobar qué era aquello que sobresalía por uno de los bordes desgarrados de la tela, estalló en un grito desgarrador que hizo que Juan Robelló entrase a la carrera. El médico la apartó con un suave pero firme empujón, mientras que observaba los huesos cubiertos con una pátina de mugre marrón; la nota (como si los gritos la hubiesen dotado de vida propia), se despegó y cayó flotando suavemente hasta el suelo de baldosas. Robelló necesitó leerla hasta tres veces, presa de una irresistible curiosidad morbosa, antes de apartar la mirada y llevarse a su amiga de allí.

“Cuando deajo ir lo que soy, me convierto en lo que podría ser.
Cuando deajo ir lo que tengo, recibo lo que necesito.”

Lao Tsu

La conservera había recuperado la plena actividad un par de horas después del suceso que había mandado al jefe al hospital; en realidad, él no era necesario en el día a día para que la cadena instaurada en la fábrica saliese adelante. Cada encargado de sección se ocupaba de su trabajo de forma efectiva, y nadie allí necesitaba que el director anduviese metiendo las narices para que aquello funcionase. Pedro Alcázar no había vuelto a su despacho horas después de que suturasen la pierna con veinte puntos para controlar a sus empleados; nada más lejos de su intención en aquel momento.

Aunque llevaba muchos años sin fumar ni probar el alcohol, se sirvió una generosa copa de coñac del aparador, y sacó un Marlboro del paquete que había comprado escasamente minutos antes. Se encontraba extrañamente sereno (sabiendo lo que podía avecinarse si no se le ocurría qué hacer), pero supuso que eso se debía a que llevaba esperando ese día durante muchos años. Desde el mismo momento en que había puesto un pie en aquel endiablado orfanato, había sabido que más tarde o más temprano, este día habría de llegar; en realidad había sido más tarde que temprano, y eso era de agradecer.

Degustó con deleite el estupendo coñac, y aspiró con calma el humo azulado del cigarro. Desde su silla ergonómica de cuero contempló el hueco en el entarimado, allí donde debería estar el *paquete*. No recordaba con exactitud las ocasiones en las que había decidido que se desharía de aquel estuche, pero allí lo había mantenido; ahora no estaba, y no podía dejar de preguntarse si aquello le había sucedido por su propia vanidad. ¿Vanidad?, no lo creía (aunque en realidad le sobra). Mientras observaba las volutas de humo chocando contra el techo de madera y desapareciendo en ondas alargadas, se dijo a sí mismo que había mantenido aquel estuche por afinidad. Por mucho que fuese el dueño de medio pueblo y en su cuenta corriente se movieran cifras superiores a siete ceros, no quería perder su identidad, su yo auténtico, y aquel paquete, siempre cerca de su asiento en el despacho, acababa recordándosele cada vez que decidía tomar una decisión que no era consistente con su propia naturaleza.

Acabó el licor y aplastó la colilla del cigarro en un cenicero del tamaño de un casco de motorista que jamás había sido utilizado, y observó desde la ventana el pueblo que se extendía a lo lejos. El sol ya estaba empezando a

descender por el costado del castillo, fundiéndose con el perfil de las almenas y acariciando el margen de la colina, que destellaba en ribetes dorados sobre el manto de vegetación. Pedro Alcázar se alejó lentamente de la ventana, y con la diminuta llave que reposaba tras el marco de la fotografía de su padre, abrió el tercer cajón de su escritorio. Con una serenidad rayana en lo obsesivo, desenvolvió el pañuelo de seda con las iniciales grabadas en uno de sus laterales, y acarició el pesado revolver que había iniciado todo aquello.

Mientras la enfermera repasaba la medicación y colocaba una nueva bolsa de suero salino, Javier y Romero desaparecieron sigilosamente en busca de un café de la máquina del pasillo. Les habían advertido en numerosas ocasiones que Diógenes se encontraba en un proceso de recuperación muy delicado (no en vano le habían operado de una herida de bala menos de veinticuatro horas antes), pero ninguno de los dos pensaba marcharse de allí hasta haber escuchado la historia completa. Cuando regresaron, la enfermera ya se había marchado y el paciente dormitaba cubierto hasta la barbilla por las exiguas sábanas del hospital. Volvió la mirada hacia ellos, y ambos se dieron cuenta de que había estado llorando.

—Ya pensaba que me habíais abandonado—susurró, arrastrando las palabras.

—No tardaremos—apuntó Romero—. Esa enfermera parece una *Aufseherin*.

—¿Una qué?

—Una guardiana Nazi—apostilló—. Y nos tiene echado el ojo, así que no creo que tarde mucho en sacarnos de aquí a patadas.

Diógenes esbozó una débil sonrisa, pero desistió de hablar. Parecía que emitir una sola sílaba le costaba una barbaridad.

—Aquellas fiestas se prolongaron—empezó Diógenes, que sentía que el sueño se apoderaba de sus párpados—. El cura proporcionaba a las niñas del orfanato, y Pedro Alcázar y sus amigos le pagaban por ello.

—Entre sus amigos, ¿se encontraba el alcalde?—intervino Javier.

—Sí, Ramón era uno de los “asiduos”—tragó saliva con esfuerzo—. Pero cada vez comenzaron a venir más amigos de Alcázar; ya sabéis, hombres de negocios a los que todas esas monstruosidades les parecen la mar de graciosas.

—¿Tienes sus nombres?—preguntó Javier. Diógenes hizo un gesto con la mano, restándole importancia a ese aspecto en aquel momento.

—Pronto comprendieron que allí tenían un negocio entre manos del que podían beneficiarse todos, menos las niñas, claro está. Ramón, que acababa de salir elegido para la alcaldía, concedió una licencia para un local que había comprado Alcázar, y en el que había puesto al frente a un pardillo de paja, a mi padre.

—El Sitio—confirmó Romero.

Diógenes asintió mientras intentaba mantener la cabeza erguida. Allí, envuelto en aquellas sábanas de hospital, y con esa expresión de tristeza en los ojos, aquel hombre parecía de todo menos un peligroso criminal.

—Ese inhumano cura proporcionaba a las chicas, que eran trasladadas a la parte trasera del local para trabajar—se detuvo un instante, en el que parecía luchar consigo mismo y con los demonios con los que debería batallar el resto de su vida—. Yo creo que mi padre jamás supo qué era realmente lo que ocurría en la *trastienda*, o si lo sospechó, decidió apostar por la cobardía y manejar el bar que tan generosamente le habían regalado.

—Eso no es una excusa.

—Ni lo intento. Mi padre aceptó aquello, a sabiendas o no, pero lo aceptó sin importarle qué clase de barbaridades se desarrollaban a sus espaldas.

—Tú tampoco es que tengas justificación—acusó Romero, que recibió la mirada reprobadora de Javier.

—Cuando yo recibí el local, ninguna de aquellas niñas del orfanato cruzaron jamás las puertas de mi negocio—se defendió, aunque sin mucha determinación.

—Sigue, por favor— invitó Javier.

—Él necesitaba disfrutar de sus *juerguecitas*, pero no proporcionaba dinero; no es que se pueda publicitar un servicio de esa clase, ya me entendéis, y surgió una nueva idea. Como siempre, por parte de Pedro Alcázar para llegar a un acuerdo.

En aquel momento irrumpió como un ciclón la enfermera, que se detuvo de golpe al verlos.

—¡Pero bueno!, ¿qué hacen ustedes dos aquí?—su cara abandonó cualquier rastro de amabilidad que pudiera poseer, y agarró a Romero por el codo—. ¡Márchense de aquí ahora mismo o llamo a seguridad!

—Oiga, que somos de la policía...

—¡Por mí como si vienen de parte del presidente!—atajó empujándolos airada—. ¡Fuera de aquí!

—Me permite solo cinco minutos más—se escuchó a su espalda—. Necesito contarles algo.

La enfermera se dio la vuelta y se quedó muda durante unos instantes, observando con seriedad el rostro demacrado de Diógenes.

—Está usted muy débil, necesita descansar—opinó tercamente, aunque ya

sin aquel tono iracundo—. Pueden volver mañana y...

—Por favor—suplicó.

La mujer suspiró y se dio la vuelta en dirección a la salida. Antes de marcharse tuvo tiempo de dedicar una mirada a Javier y Romero que los hubiera dejado fritos en el acto, si hubiese poseído tal poder.

—Cinco minutos, ni uno más.

Ambos asintieron dócilmente.

—Rápido, sigue antes de que vuelva la señorita *Rottenmeier*— apremió Romero.

—Alcázar necesitaba satisfacer sus sucias perversiones, pero también es un hombre de negocios. A través de unos contactos comenzó a traer chicas de Europa del Este, que tras pasar por sus manos y una vez satisfecho, vendía a diferentes clubs de alterne.

—Trata de blancas—dijo para sí mismo Javier—. ¿Y cómo lo hacía?

—A través de sus camiones. Nunca supe bien cómo conseguía pasarlas por las fronteras, pero así es como lo hacía. Cristóbal lo dejó en cuanto se enteró de qué era lo que transportaba en realidad, pero Agustín continuó haciéndolo por esa chica, Natalia.

—Tu socia.

Diógenes soltó una carcajada hueca, desprovista de todo humor.

—Esa chica solo era socia de ella misma—aclaró—. Como ya os he contado, Natalia encarnaba todas esas cosas que convierten a una persona en un monstruo, pero además era inteligente. Controlaba a Agustín, manejaba a Cristóbal, chantajeaba a un sinnúmero de personas de las que conocía secretos, y cuando el cura desapareció, se hizo cargo de los contactos y del negocio de las chicas. No sé si Margarita desapareció de verdad, o intuía en lo que su hija llegaría a convertirse y por eso no volvió.

—¿Y por qué acudiste a la fábrica si no tenías negocios en común con Alcázar?—atacó Romero.

—Cuando Natalia apareció muerta, pensé que Alcázar se había cansado de sus extorsiones y la había asesinado—confesó—. Quería cortar cualquier relación y averiguar si era cierto.

Al pronunciar la última palabra, se quedó dormido.

Ya había oscurecido cuando Romero y Javier llegaron a la comisaría de Malón. Las puertas estaban cerradas, pero una luz en el interior aventuraba que todavía quedaba alguien dentro. Javier apostaba a que esa persona sería su padre. El viejo conservaba la extraña manía de aguantar tras su ventanilla hasta tarde, aún cuando la única patrulla de servicio estaba fuera, en la calle. Ambos estaban agotados tras el intenso día que habían vivido, y estaban ansiosos por marcharse y descansar, pero habían acordado pasar antes por el despacho de Javier para dejar constancia por escrito de la declaración de Diógenes. Por la mañana volverían al hospital para que este la firmase.

Tal y como había imaginado Javier, su padre dormitaba ante la ventanilla de la entrada, como un guarda en el turno de noche. Cuando entraron, se sobresaltó tanto que casi se cae de la silla.

—¿Qué haces aquí viejo?—increduló cariñosamente el policía—. ¿Es que no tienes casa?

—Cada día me cuesta más terminar las hojas de turnos, y si no las dejo preparadas para primera hora, esos zoquetes que trabajan aquí, seguro que ni siquiera se acuerdan con qué compañero deben salir a patrullar.

—Anda, márchate de una vez.

Javier se dio cuenta de que su padre había envejecido de forma alarmante en el último mes, y se dijo que tal vez le estaba afectando aquel asunto de los asesinatos más que al resto. Al fin y al cabo, llevaba de policía en Malón desde antes de que él naciera.

—Sí, creo que voy a largarme ya—espetó el anciano—. Y ya mañana, que cada cual salga con quien le dé la gana.

Con paso vacilante, Tomás Moreno se puso en pie y abandonó la posición en la que Javier lo recordaba de toda la vida. Al salir, el policía se fijó en que su padre no portaba el arma reglamentaria.

—¿Dónde está tu arma?

Tomás se llevó la mano a la cadera, y levantó las pobladas cejas en claro gesto de sorpresa.

—Ya debo de habérmela dejado en casa otra vez—se excusó—. Debo de haberme puesto a limpiarla después de comer y la habré olvidado. Parece que vas a tener razón, y sí que me estoy haciendo viejo de verdad.

Javier se quedó mirando a su padre, sintiendo cómo la nube de la

preocupación se instalaba en su cabeza. No le había prestado demasiada atención al viejo últimamente, y comenzó a sentirse culpable por ello.

—Venga, vete—le ordenó cariñosamente—. Ya cerraré yo cuando acabe.

—¿Y tú qué haces aquí?—contraatacó—. No me digas que al fin Marisa ha entrado en razón y te ha largado de casa.

—Romero y yo hemos venido a redactar una confesión y ya nos vamos.

—¿Una confesión?—preguntó inquisitivo—. ¿De quién?

—No te lo vas a creer—Javier tuvo que contener su entusiasmo, o su padre insistiría en quedarse con ellos—. Mañana te lo explicaré, pero te adelanto que va a ser sonado.

—Otro ladrón de casas de campo—aventuró con desdén.

—Diógenes ha confesado que Pedro Alcázar estaba metido en un asunto de trata de blancas—soltó Javier picado por su padre—. También está relacionado con el asesinato de las chicas del orfanato. ¡Pero anda y lárgate ya viejo!

Tomás Moreno se quedó plantado como un árbol de Navidad un tiempo que a su hijo se le antojó excesivo. Ya estaba a punto de acercarse a ver si se encontraba bien, cuando escuchó que Romero lo llamaba desde su despacho.

—¿Vas a ayudarme o no?

—Ya voy—contestó irritado—. Anda papá, vete a casa y mañana te lo cuento mejor.

El anciano obedeció, y se marchó sin decir una palabra, casi arrastrando los pies.

Cristóbal tenía órdenes de lo que debía hacer si Sebastián no aparecía, pero por primera vez desde que había comenzado, se encontraba nervioso por todo aquel asunto. Sus ganas y, su terrible sentimiento de culpa (macerado durante tantos años por ingentes cantidades de alcohol), le habían llevado a seguir a ciegas a un individuo al que apenas conocía. No temía ir a la cárcel —según su moralidad, ya debería haberlo hecho hacía muchos años—, sino el hecho de que estuviera siguiendo el plan de un loco y que todo aquello no sirviese para nada. Él estaba dispuesto a cargar con las consecuencias de sus propios actos, pero no en vano. Aún así, por algún motivo que no sabía identificar con claridad, confiaba en aquel cura; ese hombre era la única persona que conocía en el mundo que estaba todavía más hecho polvo que él mismo.

Se calzó las botas, el abrigo impermeable y agarró la bolsa de lona mientras esperaba que el reloj indicase la hora marcada. Deseó poder tomar una copa, solo una cerveza bien fría, pero Sebastián se lo había dejado bien claro: nada de alcohol, por lo menos esa noche. Decidió salir antes, pues estaba comenzando a notar cierta ansiedad, como si se sintiese atrapado dentro de aquella casa. Escuchó los lamentos ahogados del antiguo párroco y, también los susurros tranquilizadores de Adela. No estaba muy de acuerdo con aquel punto de la ecuación, pero respetaba al cura y sabía que existiría alguna razón —por mucho que a él se le escapase cuál podía ser—, para retener a Don Luis y haber introducido en toda aquella locura a la beata esa. Escuchó el reloj del campanario de la plaza del ayuntamiento, y sintió un cosquilleo que le recorría la piel como hormigas furiosas. Pensó en pasar por la última habitación para cerciorarse de que allí estaba todo correcto, pero renunció en cuanto le llegó un nuevo lamento del viejo. Deseaba marcharse, y eso hizo.

Ya en la calle, oculto bajo un alero del bar de Antonio —donde tantas horas había desperdiciado—, decidió otorgarle a Sebastián unos minutos más. Buscó un cigarro (su nuevo vicio adquirido), y se lo fumó con tranquilidad, absorbiendo el aire frío que arrastraba los olores de la sierra cercana. Cuando apagó la colilla—y en vista de que el párroco seguía sin aparecer—, se ajustó la bolsa de lona contra el costado y se puso en movimiento. ¿Quizá en busca de su última noche?; eso no podía saberlo, pero de lo que sí estaba seguro era de que había efectuado el último movimiento de una partida, en la que como

mínimo, obtendría la redención que tanto anhelaba.

Pedro Alcázar continuaba admirando embelesado el arma, cuando el estridente sonido de su Blackberry lo expulsó de su ensoñación. Se encontraba bastante ebrio debido al coñac —del cual había vaciado dos cuartas partes de la botella—, y le costó apretar el botón verde para responder.

—¿Qué?—contestó adusto.

—¿Estás borracho?

—¿Desde cuándo eres mi madre?

La voz al otro lado emitió un prolongado suspiro, y Alcázar pudo verlo, literalmente, mordiendo el labio superior. Lo conocía de sobra como para saber que aquella contestación lo sacaría de quicio, y eso le gustó.

—Tenemos que darnos prisa—urgió—. Esta noche.

—¿Qué quieres...?—sintió una arcada ascender de prisa y, se tapó la boca con el dorso de la mano—. ¿De qué demonios estás hablando?

—¡Que dejes lo que estás metiéndote por el gaznate y vengas a recogerme! —tronó la voz—. Si no quieres acabar con tus huesos en la cárcel mañana a primera hora.

La mención de ingresar en presidio le acabó despejando levemente las brumas etílicas que se habían apoderado de su mente, y se acercó al ventanal desde el cual llegaban las veladas luces anaranjadas del pueblo.

—¿Dónde estás?

—En la antigua fábrica de tejas—anunció sombrío.

—Llegaré en cinco minutos.

No hubo respuesta por la otra parte, puesto que ya había colgado. Pedro Alcázar guardó lo que restaba de la botella de coñac, y cerró los ojos. El susurro quedo de las máquinas le llegó amortiguado, junto con las resonancias de los motores y el murmullo de las cintas transportadoras. Embebido por aquellos ecos que tan bien conocía y que tanto había llegado a respetar, acarició una vez más el revólver y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Jamás volveré a transportar aceite en un burro—susurró a la nada antes de salir de su despacho.

Mientras Juan examinaba con diligencia a Roberto, Verónica continuaba sin decir una sola palabra, sentada y con los brazos cruzados alrededor de su torso, como si quisiera abrazarse a ella misma para infundirse algún tipo de valor que no poseía. Robelló volvió a coger una vez más el brazo derecho de su amigo, e intentó flexionarlo a la altura del codo. Negó con la cabeza y se puso en pie. De forma inconsciente, desvió la mirada hacia el lugar donde minutos antes se encontraba el saco con su macabro contenido, y que él mismo había retirado y guardado en el armario hasta que decidiesen qué hacer con aquella cosa.

—Se encuentra en un estado profundo de catalepsia—informó.

—Parece... no respira.

El médico esbozó una débil sonrisa y tomó asiento junto a ella.

—Sí lo hace, aunque ese es uno de los síntomas de la catalepsia—la obligó con suavidad a descruzar los brazos, y le cogió las manos entre las suyas—. Respiración lenta, rigidez de los miembros, estímulo visual...

—¿Por qué está así?—cortó ella casi con un lamento.

—Puede ser por varios motivos, pero me inclino por un ataque de histeria o pánico agudo.

Ambos permanecieron en silencio, observando a Roberto, que cada vez más pálido parecía encontrarse en su propio velatorio. Desde otra habitación les llegó una exclamación de júbilo que se perdió escaleras arriba. Unos segundos después apareció por la puerta una mujer de unos cincuenta años con el pelo tintado de un rosa dorado. En sus diminutas manos portaba un grueso fajo de cuartillas del tamaño de un folio.

—¡Esto es increíble!— alabó eufórica—. ¡Verdaderamente apasionante!

Ambos la miraron sin comprender, mientras que la menuda mujer se paseaba por la cocina exultante sin para de mover las manos.

—¡Una maravilla, sí señor, una auténtica maravilla!—repetía sin cesar—. Al final va a merecer la pena el viaje.

—¿Nos explicas a qué viene tanta excitación?—preguntó un tanto molesto Robelló.

Sonia Almeida era un puro torbellino. Aunque pasaba de largo los cincuenta años, vestía como una adolescente gótica que acabase de salir del

instituto. Sus manos eran como las aspas de un ventilador que nunca se detenía, y su enjuto cuerpo de apenas metro cincuenta, parecía estar electrificado de forma constante.

—Mientras vosotros desperdiciabais el tiempo diagnosticando lo que sin duda es un estado cataléptico por una fuerte psicosis, yo me he dedicado a realizar el trabajo de verdad—mostró el paquete de hojas como si fuera más que evidente que allí se encontraba la respuesta—. Cuando me contasteis la historia de este caballero—señaló a Roberto mientras volvía con pasos rápidos y elásticos a la mesa—, supe enseguida que debía de tratarse de un bloqueo de recuerdos por uno o varios traumas sufridos en la infancia.

Apartó los objetos que se encontraban diseminados en medio de la encimera, y soltó el paquete de folios, creando un sonoro golpe.

—El que sufriese prosopagnosia lo hacía, si cabe, más interesante—continuó sonriente—. Pero lo que me decidió a dejar mi confortable estudio para venir hasta el culo del mundo fue ese tema del *alter ego*. ¡Por Dios, es digno de un estudio!

—Sonia, te agradecería que dejases a un lado tu “efusividad” y te limitases a ir al grano—pidió Robelló.

—¡Es que está claro!—contestó la mujer señalando el manuscrito. Como vio que no acababan de comprender, prosiguió—. Volver al lugar donde sufrió el trauma inició una reacción en cadena. Los recuerdos embotellados en algún rincón de su mente comenzaron a surgir y, ante la imposibilidad de abordarlos, su cerebro creó a alguien que sí pudiera hacerlo. Alguien que conociese la raíz del problema, alguien que pudiese pasearse por el pueblo para investigar, sin el obstáculo de la enfermedad que acuciaba a la personalidad original, alguien, posiblemente de su pasado, encargado de revelarles la verdad oculta tras un muro de recuerdos dolorosos.

—¿Y qué tiene eso que ver con el fajo de papeles de ahí?—interrogó Robelló.

—¿Tu marido es novelista verdad?—no esperó a que Verónica contestase—. Me llamó la atención al ver que tenía un Mac nuevecito junto a la reliquia de la Underwood; pues resulta que encontré esta novela junto a la máquina de escribir, y el ordenador conectado. ¿Para qué iba alguien a escribir una novela con dos artilugios tan distintos?, pues bien, busqué en el ordenador y fui leyendo la historia que estaba escribiendo, y he de decir que no era muy buena.

Atajó los comentarios de ambos levantando las palmas de las manos.

Hablaba sin apenas respirar, y no quería que la interrumpiesen.

—El caso es que la comparé con esta otra, y en lo único que se parecen es en el título—se detuvo y se quedó mirándolos. Emitió un sonoro suspiro y continuó—. ¡Porque no está escrita por la misma persona!. Roberto, el escritor, utiliza el Mac; el alter ego de Roberto utiliza la Underwood. Esta novela está escrita por la personalidad que conoce todo lo que le ocurrió a Roberto en su infancia y, ¡nos la cuenta en estas páginas!

—¿Y eso cómo nos ayuda?—preguntó Verónica, que intervino por primera vez.

—¡En todo! A ver, gracias a lo que he leído, podemos saber dónde se encuentra la raíz del problema, dónde surgieron los traumas de tu marido y por qué, y aunque no he llegado ni a la mitad, vaya tela.

Cogió aire y se acercó a Roberto, que continuaba inmóvil.

—Y que se encuentre en este estado en realidad es una bendición.

—Sonia, sé que eres la psicóloga...

—Psicoanalista—puntualizó.

—Eso. Pero no creo que...

—Normalmente, a los sujetos con este grado de psicosis me resulta tremendamente difícil inducirlos a un estado de confianza tal, que me permita llegar hasta sus problemas más profundos a través de la hipnosis—explicó—. Son personas tremendamente retraídas y por tanto, inaccesibles, pero cuando un sujeto se encuentra en estado de catalepsia profunda, me permite iniciar lo que llamamos un “brazo cataléptico”.

—¿Brazo cataléptico?

—Exacto. Así denominamos a la hipnosis más profunda, la que permite ahondar hasta la misma raíz. Hace poco más de un mes viajé a Estados Unidos para estudiar un programa que se está llevando a cabo con los soldados que regresan del frente y sufren de estrés post-traumático mediante la realidad virtual, y he de decir que los resultados son de lo más asombroso. Me gustaría probar con él.

—Aunque sé que eres la mejor en tu campo, no disponemos de una máquina para recrear una realidad virtual que...

—Eh, disponemos de la mejor realidad virtual que existe—golpeó con un dedo sobre el manuscrito de forma repetida—. ¡La vida real!

—Estás sugiriendo que...

—Sugiero que cojamos esto—señaló el manuscrito, y luego a Roberto—.

Y a ese, y nos metamos de lleno en el lugar donde surgió todo esto.

—Sonia, me parece que...

—Hagámoslo—interrumpió Verónica tajante.

—Esa es mi chica—coreó Sonia dando palmaditas.

No recordaba haberse encontrado tan cansado en toda su vida, y rellenar todo aquel papeleo no estaba contribuyendo a mantenerlo alerta. Mientras Javier volvía a poner otra cafetera, él se concentraba en intentar redactar la confesión sin omitir ningún detalle. Como no lo estaba consiguiendo, buscó en su móvil el archivo de audio que había grabado en el hospital sin que nadie lo supiese, y volvió a escuchar de nuevo la revelación de Diógenes Marín. Al desfilarse por el altavoz del aparato, las palabras le parecieron a Romero todavía más tristes. Javier soltó un improperio en la habitación contigua, y Romero subió el volumen de la grabación; en un momento dado, la detuvo y retrocedió unos segundos. Volvió a escuchar de nuevo las palabras ralentizadas por el efecto de los calmantes, y un escalofrío le recorrió el cuerpo, erizándole el vello de la nuca y los brazos. Repitió de nuevo la operación y, esta vez las sílabas surgieron con mayor claridad.

—Moreno—llamó agitado—. ¡Javier!

El policía apareció apresuradamente, con una interrogación pintada en el rostro.

—Escucha esto—volvió a retroceder el archivo, y pulsó reproducir. La voz de Diógenes llenó la habitación.

—¿Has grabado...?

—¡Calla y escucha!—exigió.

Hizo lo que el joven le pedía, y una vez que el chasquido le indicó que Romero había detenido la grabación, se quedó mirando al chico asombrado.

—Reprodúcelo de nuevo—ordenó.

Así lo hizo, y cuando acabó, repitió la operación.

—¿Cómo cojones se nos ha pasado eso en el hospital?—inquirió asombrado Javier.

—Supongo que estábamos más pendientes de que Diógenes no se nos durmiera que de lo que de verdad nos estaba contando—se justificó—. Por eso pensé en grabarlo.

Javier agarró la cabeza de Romero y le plantó un sonoro beso en la coronilla. Le salió de forma espontánea, pero se encontraba tan excitado que apenas se dio cuenta de lo que había hecho.

—¡Y menos mal que lo has hecho!—cogió su chaqueta y se fue a toda

velocidad hacia la puerta—. ¡Vamos, coge tu abrigo que ya estamos tardando!

Romero se contagió del entusiasmo del policía y fue tras él. Ya no quedaba ni rastro del cansancio que había sentido apenas unos minutos atrás. La euforia lo había desterrado.

La robótica voz del GPS volvió a indicarles que la carretera se hallaba cortada por un tramo de obras, pero Robelló decidió no prestarle atención. El médico conducía su lujoso Porsche Cayenne con los ojos entrecerrados, pendiente de las pronunciadas curvas ascendentes de la sierra. Ninguno de ellos (a excepción de Roberto), había estado nunca en el sanatorio, y ya hacía rato que el sistema de navegación era inservible en aquel lugar plagado de picos y sendas no señalizadas. Tomaron el camino que indicaban los carteles, y de nuevo volvieron a pasar por la zona más turística de la Fuente del Hilo, donde un merendero mantenía las luces parcialmente encendidas para los escasos cazadores que acudían por alguna batida de jabalís, una vez acabada la temporada de las perdices. Robelló aparcó el pesado todoterreno junto al margen de una zona de gravilla destinada para tal efecto, y atravesó la zona cubierta de píceas donde se ubicaban las barbacoas. Con aquellos zapatos caros y encorvado para capear el viento, a Verónica le pareció el insecto más grande del planeta. Al poco volvió al coche con cuatro bocadillos envueltos en papel de aluminio y, salió del aparcamiento bufando.

—Resulta que está aquí mismo, en la misma dirección—respondió a la pregunta que nadie había formulado—. ¡Nos hemos pasado de largo todas las veces!

—¿Y los bocadillos?—inquirió divertida Sonia, que viajaba en la parte trasera con Roberto.

—Me he visto en la obligación de comprarlos ante la insistencia del dueño —bufó de nuevo—. Lomo de Orza ¡buenísimos!

Ante la ofuscación del médico, ambas mujeres explotaron a la vez en carcajadas. Robelló —pese a su reticencia inicial—, se sumó a ellas, lo que contribuyó a diluir el ambiente de tensión dentro del coche.

—¡Ahí está!—atronó Robelló mientras soltaba ligeramente el volante—. Con razón no lo habíamos visto.

La entrada de un camino sin asfaltar se hizo visible cuando el coche orientó los faros en su dirección y, cuando las potentes luces de xenón lo alcanzaron de lleno, el cartel apareció de repente, como si antes no hubiera estado allí y fuese producto del efecto de un truco de magia.

—¡Por allí, por allí!—señaló con insistencia Sonia, que le plantó un dedo larguísimo y estilizado a Robelló en la punta de la nariz.

El médico tomó el desvío demasiado deprisa, y la suspensión del vehículo emitió una serie de quejidos en protesta por la cantidad de baches. Una vez que adecuaron la velocidad, y el firme en mal estado fue sustituido por un camino compacto, el murmullo tranquilizador de la grava bajo las ruedas les infundió un leve estado aletargante. Unos metros más adelante, el sendero atravesaba una bóveda natural creada por gigantescos árboles que apenas dejaban traslucir los débiles rayos del atardecer, creando reflejos dorados en las copas altas. Los tres aguantaron la respiración cuando el sendero desembocó en una amplia explanada de grava sucia, y el impresionante edificio se alzó ante ellos como un gigante dormido. Durante unos minutos, nadie dijo una sola palabra, concentrados como estaban en asimilar la enorme belleza que trasmitía la historia de aquella construcción. Fiel a su inquietud natural, Sonia rompió el encanto.

—Bien, vamos allá.

La antigua fábrica de tejas estaba situada en mitad del flamante polígono industrial de Malón, en el que una infinidad de naves deshabitadas se esparcían como hongos entre un entramado laberinto de callejuelas sin señalizar. La única actividad destacable consistía en la gigantesca chimenea de una envasadora de tomate frito que escupía una densa nube blanca, que horadaba el cielo oscuro como un puñal en el costado de una bestia descomunal. A pesar de que la noche aún no había llegado por completo, las sombras ya buscaban sus rincones preferidos para ocultarse hasta la llegada de un nuevo día. Entre la marabunta de propiedades desangeladas y los restos olvidados de lo que en otra época significaron la fuente del sustento del pueblo, dos figuras envueltas hasta los ojos en sus abrigo conversaban histriónicas. El eco de sus voces se perdía rápidamente por el desfiladero del costado, donde un río que ya no llevaba agua acumulaba la inmundicia de toda una generación completa.

—¿Cómo lo sabes?

—Como siempre me he enterado de todas las cosas en este pueblo—respondió con acritud.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Yo limpiarme mi mierda—la brasa del cigarro refulgió un instante para volver a oscurecerse de nuevo—. Tú preocúpate de la tuya.

—Eso no fue lo que acordamos—replicó el otro apretando la mandíbula.

—Hace ya mucho tiempo que nuestro trato dejó de ser válido; más concretamente cuando decidiste dejarme a un lado.

—¡Sabes que eso no es cierto!—rugió a la noche, que ya empezaba a lanzar sus tentáculos en forma de rachas heladas.

De repente, el cañón de un arma apareció de la nada, y apuntó directamente al rostro de una de las figuras, que retrocedió un paso instintivamente.

—No vuelvas a gritarme—ordenó extendiendo un poco más el cañón de forma amenazadora—. Estoy cansado de limpiar vuestros trapos sucios mientras que yo aclaro los míos propios como buenamente puedo. Esta noche acaba nuestro secreto; voy a ocuparme de “mi asunto”. Te sugiero que hagas lo mismo con el tuyo.

—¡No existe un “tuyo o mío”!—berreó exaltado, sin apartar los ojos del

agujero negro que tenía apuntándole entre los ojos—. ¡Ambos estamos metidos hasta el cuello!

—No te equivoques—respondió burlón—. Llevo un tiempo aseando mi patio; nada me relaciona con todo este asunto. Tú sin embargo...

—Diógenes no hablará— masculló tenso.

—Algo me dice que ya lo ha hecho. Mira, solo te he llamado para acabar con esto—el hombre tembló de forma ostensible—. ¡No, no voy a matarte, por Dios!—soltó una estridente carcajada que se perdió por los aleros de la vieja fábrica—. Quería decirte que hoy voy a terminar lo que empezamos hace tiempo, y que después de esta noche, si me llamas o sale mi nombre de tu boca, sí volveré para utilizarla.

Movió el cañón, para apuntalar sus palabras.

—Si me aceptas un consejo, ocúpate de tus camiones y de ese asqueroso álbum de recuerdos que guardas—ante aquellas palabras, los músculos del hombre se agarrotaron—. Acaba de una vez con ese idiota putero de Diógenes, y retírate a vivir la vida en algún paraíso repleto de mulatas y cócteles. Yo por mi parte, es lo que voy a intentar.

Dicho aquello, el arma desapareció igual de rápido que había surgido; se metió en su coche, y desapareció a toda velocidad, serpenteando entre las estrechas callejuelas.

Suponían que había sido la excitación del momento, quizá la falta de sueño o una combinación de ambas, pero los dos se miraron con la misma expresión dibujada en el rostro, delatando con ello que no había sido una buena idea acudir allí. Fausto Marín seguía delante de ellos, con aquella sonrisa desdentada de bobalicón que solo poseen aquellos a los que ya no les llega el agua a la “caldera”.

—¿Y dicen que son amigos de mi chaval?—preguntó por tercera vez.

El sonido de la conservera llegaba de forma rítmica hasta el salón de la vivienda, impregnándolo todo con un zumbido pulsátil; durante un instante de fugaz locura, Javier se imaginó un corazón bombeando en el sótano para mantener en funcionamiento los electrodomésticos de la casa.

—Así es—contestó una vez más Romero—. Ha tenido un pequeño accidente, y nos ha pedido que le avisemos.

El viejo los observó alternativamente desde su silla de ruedas, sin decir una sola palabra. En un momento dado, soltó una enorme ventosidad, y su sonrisa se ensanchó aún más.

—Es por la silla—se excusó sin dejar de sonreír. En sus ojos azules se entreveía la vacuidad de su mente—. La mitad de mi cuerpo ya no me obedece, hace lo que le parece mejor, y la otra mitad está “pidiendo tierra”.

Javier suspiró, y decidió dejar de una vez aquella estupidez. Habían seguido una pista que no conducía a nada, punto final.

—Su hijo nos ha contado que usted trabajó en la conservera—lo intentó de nuevo Romero—. ¿Hace mucho de eso?

El viejo lo miró fijamente y, se rascó una pierna que probablemente no sentía.

—Ese chico siempre ha sido bastante...—hizo un gesto con la mano—, “rarito”, no sé si me entiende. Siempre andaba con sus cuadernos de aquí para allá. Decía que quería ser novelista.

—También nos dijo que hizo usted el primer viaje internacional que realizó la empresa con un camión hasta Ucrania—el joven estaba dispuesto a conseguir algo, así que apostó por ir directo al grano—. Y que le robaron.

—Le gustaban los chicos, ya me entiende—un hilillo de baba espesa se le descolgó del labio y fue a parar al pecho—. Siempre trataba muy bien a las muchachas, pero no de la forma que se debería de tratar a las mujeres.

La sonrisa bobalicona se transformó en la expresión máxima de la lujuria, y Romero decidió que ya no podía continuar con aquello. Se puso en pie, y dio las gracias al anciano. Javier lanzó un suspiro de alivio y se apresuró a dirigirse hacia la puerta.

—Por eso, cuando le dejé el puticlub no quiso ni oír hablar del tema— siguió el viejo, que había desviado la mirada hacia algún punto del techo mohoso—. Don Alcázar se enfadó mucho, pero yo le expliqué que ese chaval es “amanerado”, y con los de la “otra acera” es necesario tener más paciencia.

Romero se detuvo a mitad de camino y se dio cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—¿Y qué hizo el señor Alcázar?—probó de nuevo.

—Me obligó a hacer ese viaje—el viejo definitivamente se había marchado a otro lugar, pues sus ojos parecían traspasar al policía y fijarse en otra época—. Yo no quería ¿saben?; yo estaba muy a gusto con mi puesto en la cinta de la fábrica, pero todo aquel asunto de las chicas... yo no quería.

—¿Y Alcázar le obligó?—instigó.

—Me dijo que cuando regresara no volvería a la cinta, que me iba a regalar un bar—soltó una nueva ventosidad que casi igualó al sonido de compresores y turbinas de la fábrica que trabajaba a pocos metros—. Yo tampoco quería el bar, pero a don Alcázar no se le dice que no.

—¿Y qué ocurrió?—Romero susurraba, y se le estaban empezando a agarrotar los músculos de la tensión—. ¿En Ucrania?

—Esos tipos, aquellos hombres... me llevaron a un local de putas y me invitaron—esbozó una ensoñadora sonrisa—. Cuando volví, el remolque estaba vacío y varios hombres trabajaban dentro. Me dijeron que volviese al club y que ya me avisarían.

—¿Trabajaban?, ¿cómo que trabajaban dentro?—inquirió Javier.

—Yo no quería un bar—balbuceó. Parecía que estaba quedándose dormido.

Javier perdió los nervios y se acercó hasta el viejo con la cara desencajada; necesitó reunir de toda su paciencia para no darle una bofetada. En su lugar, lo zarandeó suavemente.

—¿En qué trabajaban esos hombres?

—¿Dónde?

—En Ucrania, en su camión.

—Le estaban enseñando a don Alcázar cómo modificar sus remolques—

contestó como si aquello fuese lo más evidente y Javier fuese tonto—. Eso me dijeron : enséñale a tu jefe cómo debe hacerlo.

—¿Y qué ocurrió después?

—Pues que volví.

Javier lanzó un gruñido desesperado.

—Cuando llegó a la fábrica, ¿qué ocurrió?

—Pues que le conté a don Alcázar lo que esos hombres me habían enseñado, y él me regaló el bar—le hizo un gesto burlón a Javier con la lengua, como un niño con una rabieta—. Le prometí que no diría nada, pero mi chaval... es que es “amanerado” ¿sabe?

Cuando abandonaban la casa escucharon otra ventosidad (que sonó como un petardo), y una risita infantil coreándolo.

Los escombros que se encontraban diseminados por todo el suelo no restaban un ápice de la fantasmal presencia que el edificio irradiaba; si acaso, lo amplificaba. En cuanto pusieron un pie en el entarimado arqueado por la humedad de la entrada, los tres pudieron sentir una atmósfera opresiva que emanaba de la misma estructura del edificio.

—Se puede oler el desconsuelo en estas paredes— murmuró Sonia—. ¡Me encanta!

Tanto Verónica como Robelló le dedicaron una reprobadora mirada, que la psicóloga captó a la perfección.

Condujeron a Roberto (que se dejaba guiar) a través del amplio vestíbulo, intentando no torcerse un tobillo con los cascotes que abarrotaban el suelo embaldosado.

—¿Dónde lo llevamos?—preguntó Robelló a Sonia. Verónica también la miró, a la espera de una respuesta.

—Y yo que sé, nunca he estado aquí—contestó la mujer risueña—. Vamos a movernos y ya vamos viendo.

—Una respuesta muy profesional, sí señor— replicó el médico.

—Perdone don “Jiménez del Oso”— protestó sacándole la lengua—. Pero me he dejado el manual de parapsicología en casa.

Robelló bufó, pero tuvo que reprimir una carcajada. Dejaron atrás el recibidor, y se internaron por un corredor que indicaba que hacia la derecha se accedía a la parte nueva de lo que un día fue sanatorio, después orfanato, y ahora una masa de escombros plagados de pintadas. Sonia se detuvo, miró en una y otra dirección, y decidió continuar a la izquierda, donde un cartel rezaba: ANTIGUA ALA SANAT. CLAUSURADA.

—No influye para nada el lugar donde lo llevemos, pero es que me *ponen* más las zonas viejas—confesó mientras tomaba la delantera—. No sé, será una manía que tengo.

Robelló estuvo a punto de soltarle una lindeza, pero eso encendería más la mecha, y no estaba dispuesto a darle más cuerda de la necesaria a aquella mujer; ella sola se bastaba para eso.

Cuando abandonaron el largo pasillo, no pudieron evitar soltar una exclamación que retumbó contra los altos techos, y se esfumó como una bandada de pájaros que escapan por una ventana. Una enorme puerta

(destrozada) por la que se colaban las rachas heladas de viento procedentes de la sierra, daba acceso desde el patio a un salón rematado en una escalinata que parecía sacado de una de esas películas antiguas. Incluso con toda aquella devastación, el lugar desprendía un magnetismo lujoso que hacía que cualquiera se pudiera imaginar vistiendo galas propias de un noble en un baile de otra época. Sonia giraba el cuello con tanta fuerza que Verónica temió que pudiera partírselo; la psicóloga tenía la boca abierta y no paraba de abrir y cerrar las manos.

—Esta debía ser la entrada principal—concluyó el médico—. No la hemos visto porque hemos aparcado en el lado contrario del patio.

—Sin duda este es el lugar—exclamó eufórica—. Tenemos que buscar una silla, o en su defecto, cualquier cosa que nos sirva para que esté sentado y no se nos vaya al suelo como un poste.

Mientras Verónica sujetaba a su marido, Robelló y Sonia buscaron algo que les sirviese como asiento. Al cabo de un rato, el médico volvió con algo que en tiempos mejores había sido un taburete pequeño.

—No es mucho, pero servirá—sentenció la psicóloga.

Sentaron a Roberto en mitad del amplio salón; Verónica le sujetaba la espalda para que no se desplomase, y Sonia se arrodilló frente a él.

—¿Podrás hacerlo?—dudó Robelló—. No está consciente, ni siquiera es capaz de escucharte.

La mujer agitó su flequillo color chicle, y esbozó una sonrisa pícara.

—Ese es el error que comete todo el mundo a la hora de pensar en la hipnosis—explicó—. Inducir a alguien para que entre en trance no depende del hipnotizador, sino del paciente. Este debe estar abierto y receptivo a seguir el camino que se le muestra, y en contra de lo que podáis pensar cuando lo veis en este estado—señaló al hombre que continuaba sentado en el taburete, como un muñeco a la espera de que el titiritero le haga hablar—, Roberto es consciente de todo cuanto le rodea.

—¿Qué dices?—exclamó Verónica—. ¡Míralo!

—Querida, la catalepsia es un bloqueo ante una psicosis o estado emocional potente—repitió suavemente—. Tu marido sigue ahí dentro, escuchándote, solo que está perdido en sus recuerdos y no sabe volver. Yo voy a mostrarle cómo asimilar su trauma para seguir avanzando.

—¿Puede escucharnos?— cuestionó incrédula.

—¡Pues claro! Es como si le hubiese dado un chute de *Haloperidol*; de

hecho, no se me ocurre un estado en el que una persona pueda estar más receptiva y dispuesta a mostrar sus recovecos como lo está tu marido ahora.

Por algún motivo, a Verónica no le gustó cómo sonaba aquello de *recovecos*, pero asintió dando su conformidad, y colocó las palmas de las manos en la espalda recta y tensionada de su marido. Durante un breve instante, el sonido del viento colándose en la multitud de huecos del fastuoso edificio se hizo palpable cuando guardaron silencio y, aunque nadie dijo nada, a todos se les puso la carne de gallina.

—Normalmente una sesión de este tipo conlleva al menos una hora de preparación, pero visto que Roberto ya ha superado esa fase, me lo voy a saltar—posó su delgada mano sobre la frente del escritor—. Solo necesito que oiga mi voz, allá donde se encuentre.

Durante más de quince minutos —en los que solo se escuchó el murmullo de la voz de la psicóloga y el viento que azotaba sin piedad las ventanas y los aleros del orfanato—, la tensión y el convencimiento de que aquello no serviría para nada inundó a Verónica y Robelló, hasta que Roberto emitió dos únicas palabras que parecieron congelar el momento y colmarlos de un vértigo amenazador.

—Está aquí—susurró con voz ronca.

La Conservera del Mediterráneo funcionaba al ralentí por las noches, aunque no por ello había menos trasiego de personal que en la hora punta del día. Los equipos de limpieza cubrían las zonas que no funcionaban en el turno nocturno, mientras las que sí trabajaban eran dejadas para el final de la madrugada. El ruido de los compresores de las turbinas de limpieza y el ácido de los productos se entremezclaba con el de los conservantes y estabilizantes utilizados para la conserva, creando una crisálida de bisbiseos ronroneos hipnóticos.

Romero y Javier accedieron al recinto por la planta de residuos, donde una piscina de gran tamaño despedía un olor nauseabundo. Javier conocía aquel patio desde que era un niño y trepaba hasta la higuera del muro con sus amigos. En infinidad de ocasiones aquel juego le valió un buen tirón de orejas por parte de su viejo, pero merecía la pena correr el riesgo. Desde el diminuto muro de contención (y ayudándose de la eterna higuera), saltaron hasta el patio atestado de cajas de cartón y palets de madera. Un enorme depósito flotaba en medio de las brumas hediondas, y Romero desvió la mirada hacia allí.

—Es el tanque por donde los camiones descargan la sacarosa—explicó Javier—. La puerta principal solo es para los transportes de mercancías, esta trasera para los de material.

—No entiendo porque estamos haciendo esto—repitió una vez más Romero—. Somos policías y aquí se ha cometido una agresión, podríamos haber entrado por la puerta principal.

—Sí, sí, es verdad, pero tendríamos que dar explicaciones y esperar a mañana—respondió andando hacia el muelle de carga—. Y no quiero fiarme de lo que ha contado ese viejo loco para luego llevarme un chasco y ser el hazmerreir de la comisaría; quiero saber si de verdad existe algo en esos camiones.

Romero no contestó, y se dedicó a seguirlo medio oculto entre la multitud de cajas apiladas. La brisa que soplab a rachas los envolvía de olores fétidos y diesel quemado, y ambos se sintieron mejor cuando entraron por uno de los muelles al interior del almacén.

—No es que sea una cárcel de máxima seguridad ¿verdad?—bromeó Romero.

—Lo que la gente quiere hacer aquí es salir no entrar.

Continuaron agachados por la inmensa factoría, dejando atrás filas y filas de estanterías repletas de cajas hasta el techo. Cuando al fin llegaron al aparcamiento interno, donde varios camiones de la flota aguardaban a ser cargados para sus siguientes destinos, se encontraron con un problema. De la multitud de plazas delimitadas con rayas amarillas, solo algo menos de un tercio estaban ocupadas, y varios operarios se afanaban alrededor.

—¡Joder!—murmuró con voz queda Romero—. Parece que al final sí tendremos que dejarlo para mañana.

Javier, con la mandíbula apretada de la tensión, se lanzó a la carrera en cuclillas hasta la parte trasera del primero de los cinco camiones del muelle. Escuchó voces que bromeaban mientras envolvían los botes de conservas con flejes y papel de plástico sobre unos palets de madera. Tragó saliva, y rezó por que los goznes de la cerradura estuviesen bien engrasados. Cualquier chirrido repicaría en aquel espacio de techos altos como una campana el día de misa. Escuchó una respiración junto a él, y vio que Romero se encontraba a menos de cinco centímetros de su hombro, con los ojos clavados en el cierre.

—¡Vamos, ábrelo de una vez!

Javier tiró de la anilla, que no profirió sonido alguno. Otra cosa serían las bisagras de las anchas puertas. No podían permitirse que los trabajadores las escuchasen abrirse.

—No podemos abrir las puertas sin que esos trabajadores las oigan—terció Javier.

Romero tragó saliva y se acercó un poco más a Javier.

—Luego nos vemos.

Antes de que el policía pudiera replicar, Romero ya corría agachado tras los demás remolques. Dio un amplio rodeo y apareció por el lado contrario, como si viniese de la fábrica.

—Buenas noches, caballeros—dijo con la cartera abierta al modo de las películas. Eso siempre impresionaba—. Policía judicial de la Guardia Civil; necesito hablar un momento con ustedes.

Aunque no podía verlo, Javier sabía que los operarios estarían mirándose con sorpresa y preguntándose qué hacía a esas horas un policía en el almacén de una factoría.

—Vengo por el asunto relacionado con la agresión al señor Pedro Alcázar

—explicó con voz firme—. Necesito que me llevéis a la zona donde trabajaba Agustín Guerrero.

—¿Qué tiene que ver Agustín con lo de la pelea?—preguntó una voz.

—Eso es asunto de la Guardia Civil—Romero sonaba más firme de lo que Javier sabía que estaba en realidad—. ¿Acaso quieres interponerte en una investigación?

—Agustín trabajaba casi siempre en el envasado, aunque a veces también estaba aquí con nosotros, cargando los camiones—tras una pausa—. Sígame.

—Todos—ordenó Romero.

—Pero señor, puedo enseñárselo yo—entonó la voz suplicante—. Mis compañeros pueden seguir trabajando; estos camiones deben estar cargados a primera hora...

—He dicho todos—atajó—. Quiero hablar con cada uno en privado.

Tras un murmullo, Javier escuchó pasos que se alejaban. Cuando estuvo seguro, decidió aprovechar el tiempo que Romero le había conseguido.

—¿Quién está aquí?—susurró—. Puedes contármelo, conmigo estás seguro.

—El Diablo—tragó saliva, y añadió—. Y las termitas.

—¿El Diablo es una persona?

—A veces es mi padre.

Roberto pronunciaba las palabras muy despacio, como si estuviese dentro de un sueño y le costase articular; en cierto modo, así era.

—¿Y qué hace?—continuó Sonia—. Tu padre digo.

—Él, él está...

Comenzó a removerse en el taburete, y Robelló se acercó para ayudar a Verónica. Durante un minuto solo fue audible el murmullo del viento, que seguía enviando con violencia sus acometidas desde la cima de la sierra.

—Él me ha escuchado—confesó con un terror creciente—. Sabe que estoy mirando, y... sus botas... ¡viene a por mí!

La psicóloga se acercó un poco más y, agarró con sus largas manos las de Roberto, que no cesaban de moverse y estrujarse.

—No puede hacerte daño—reveló entre susurros arrulladores, que eran silenciados inmediatamente por el golpeteo de los tablones de madera azotados por el viento—. Ahora estás conmigo, en el presente, y aquí no puede alcanzarte.

Roberto no dio señal alguna de haber escuchado las palabras de la mujer, pues continuó retorciéndose como si quisiera escapar de algo.

—¡No, al sótano no!—suplicó sollozando. El registro de voz había bajado una nota, como si el que hablase fuera un niño—. ¡Por favor, papá, no me lleses al sótano!

Robelló (con la cara demudada por el miedo), se afanó en retener a su amigo por las rodillas, mientras que Verónica luchaba por mantener erguido a su marido.

—Roberto, ¡escúchame!—vociferó Sonia, que había dejado aparcada la delicadeza—. ¡No estás en el sótano!, te encuentras conmigo, y con Verónica, tu mujer, ¿te acuerdas de ella?

La expresión del hombre se relajó un poco.

—Verónica—susurró—. Mi... mi mujer.

Roberto esbozó una sonrisa dulce, como si estuviera recordando algún momento bonito.

—Ella, ella va conmigo, en el coche—ya no quedaba ni rastro del terror que reflejaba unos segundos atrás—. Vamos por la costa, y ella, ella se ríe, y un mechón de pelo le cuelga entre los ojos, esos ojos preciosos... y yo siento, sé que la amo, la amo más que a nada del mundo.

La mujer emitió un sollozo que a duras penas consiguió retener. Gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas encendidas.

—Pero ella no me ama—su voz cambió de nuevo, y el ceño volvió a fruncirse en una mueca—. No *puede* amarme; por lo que hice, por lo que jamás le he contado. No, ella no *debe* amarme.

—Pero te ama—insistió Sonia—. Está aquí, y te quiere.

Roberto lloró en silencio, pero era evidente que trataba por todos los medios de contenerse. Algo, o *alguien*, no dejaba que pudiera sentir felicidad, o en su defecto, alivio.

—Él nos encontrará... y le hará a mi preciosa Verónica lo que hizo con...

Volvió a removerse inquieto. Sonia decidió profundizar más, visto que la raíz del trauma se hallaba a un nivel profundo del subconsciente.

—Ahora vamos a probar con un juego, ¿de acuerdo?—él asintió—. Quiero que vuelvas a la época cuando vivías en el orfanato, pero tu padre no está; se ha marchado unos días muy lejos y no puede volver, ¿lo has entendido?

Él asintió de nuevo.

—¿Puedes llevarme a conocerlo?—sugirió—. ¿Hacerme de guía y presentarme a tus amigos?

Asintió de nuevo, y la relajación fue palpable, no solo en su rostro, sino en el resto del cuerpo también. Durante varios minutos, relató con voz cantarina —de niño—, cómo era el orfanato, los extensos patios y las colinas; en un momento dado, le presentó algunas personas (sobre todo trabajadores que se ocupaban del mantenimiento), pero cuando llegó al gran salón situado en la planta en la que se encontraban en aquel mismo momento, su rostro se ensombreció.

—Están de obras—murmuró—. Pero yo sé que es mentira. Sé lo que oculta dentro.

—¿Dentro de qué?, ¿dónde estás Roberto?

—Es el sótano—manifestó asustado—. Dice que hay termitas, y eso es cierto, las escucho morder, pero también dice que ha cerrado el sótano para

eliminarlas, y eso es mentira.

—¿Para qué ha cerrado el sótano?—profundizó. Sonia se había dado cuenta de que todos sus terrores se concentraban en la figura paterna y en aquel sótano, y pretendía extirpar esos miedos—. ¿Qué hay allí?

—Las chicas—su tono se había convertido en un falsete que imitaba la de un niño—. Los... cuerpos.

—Llévame hasta allí.

Roberto se puso en pie, y tanto Robelló como Verónica trataron de sujetarlo sin éxito hasta que vieron cómo la psicóloga les hacía señas para que se apartasen.

—Estoy contigo, ¿me llevas de la mano?—pidió con voz cantarina.

Así lo hizo Roberto, que avanzó con decisión por el salón, y condujo a la mujer por un corredor con las paredes llenas de grafitis. Robelló y Verónica los seguían de cerca.

—¿Por qué sabes lo que hay en ese sótano?—preguntó mientras avanzaban cogidos de la mano.

—Él me encerraba allí, cuando venían esos hombres, me dejaba allí solo—tembló, y Sonia sintió el miedo a través de su mano—. Solo, con aquellas... termitas, que devoraban...

Llegaron hasta una sala con una tarima carcomida a doble altura (que debió ser un salón de actos), y Roberto le explicó que a veces veía películas allí con Clara. En aquel corredor, entre el salón de actos y otra habitación destrozada, se encontraba una puerta que hasta hacía poco había estado tapiada. Los restos de bloques y ladrillos se amontonaban en un lateral, junto con el cemento y el yeso desperdigado a base de martillazos. Roberto se plantó delante de aquel agujero en la pared, y se encogió como un niño.

—Aquí está—confirmó, señalando la brecha—.La morada del Diablo y las termitas.

Sonia se llevó la mano libre a la boca para reprimir un grito. Verónica no lo consiguió, y su lamento pareció ser absorbido inmediatamente por la corriente que se adentraba en la oscuridad viciada de la abertura, como si se estuviera alimentando del sufrimiento de la mujer.

Después de buscar concienzudamente en tres de los cinco camiones aparcados, no había encontrado el más mínimo rastro de cualquier cosa que resultase ínfimamente sospechoso. Se encontraba en la caja del cuarto camión (y con unas ganas irreprimibles de marcharse a casa), cuando pisó una tabla suelta. Todos los remolques tenían entarimado el suelo para colocar los grandes palets, y la mayoría tenía tablas rotas o levantadas, pero en esta ocasión Javier había escuchado además un sonido metálico. Golpeó con fuerza alrededor, y aquel sonido como de metal volvió a resonar. Conectó la opción linterna de su móvil, e iluminó con atención las juntas de las tablas. El corazón le dio un vuelco al ver un agujero del tamaño de un dedo. Enfocó la luz directamente a través del orificio, y metió el dedo; lo retiró de forma instintiva al sentir el frío del metal. La segunda vez que lo hizo, pulsó un pasador que dejaba libre la traba de una falleba. Con el corazón golpeándole en el pecho, se puso de rodillas y asió la pequeña aldaba, propinándole un enérgico tirón. Sin apenas esfuerzo, se abrió una trampilla que dejaba a la vista un doble fondo de apenas medio metro de altura por dos de anchura. Se había disimulado de tal forma que parecía parte de la caja que va dispuesta entre los dos ejes traseros. Alargó el móvil hacia el fondo, y lo que vio le heló la sangre en las venas. Una especie de jergón raído, junto con algunas mantas, descansaban en uno de los rincones, hechos un ovillo. El olor que despedía aquel compartimento era disimulado en el remolque por el de la fruta en conserva, pero cuando Javier metió la cabeza, una arcada le subió con rapidez a la garganta. Cerró la compuerta, y decidió ir en busca de Romero. Regresarían por la mañana con una patrulla.

—¿No podías dejarlo verdad?—siseó con rabia una voz a su espalda. Se giró a toda velocidad, pero volvió a quedarse congelado al ver el cañón del arma—. Cobrar tu sueldo y dedicarte a poner multas, ¿es eso tan difícil?

Pedro Alcázar se encontraba a menos de un metro de él, y en sus manos portaba un revólver que parecía sacado del *atrezo* de una película. Parecía sereno, pero la mano con la que sostenía el arma temblaba de forma evidente. Durante varios minutos, el sonido de la fábrica que nunca dormía habló por ellos, como un pulmón invisible.

—No lo entiendo—dijo al fin el policía—. ¿Para qué todo esto? Tienes más dinero del que jamás vas a gastar, así que, contéstame, ¿Por qué?

El hombre esbozó una media sonrisa, que a pesar de la oscuridad que envolvía su rostro, fue claramente visible.

—Tú solo eres capaz de ver la capa superficial de todo—respondió con desprecio—. El dinero, el sexo, el trabajo... como la mayoría de las personas.

Se movió un paso a la derecha, sin dejar de encañonar al policía. Lo que Javier vio en su rostro le inquietó, pues aquella era la expresión de un hombre que ha dado rienda suelta a sus instintos, sin importarle las consecuencias que puedan derivar de ellos.

—Mi padre era un perdedor que me dejó un imperio en la ruina—escupió.

—Y por eso te dedicas a traficar con niñas.

Javier sabía que en su actual situación no debía alterar a Alcázar, pero no podía evitarlo. El cañón volvió a temblar de forma ostensible, y el policía se fijó en la crispación con la que sujetaba la cache de madera.

—¡Tú no sabes nada!— rugió. A pesar del frío invernal que reinaba en aquella nave enorme, Alcázar sudaba profusamente—. ¡Era un juego, todo era un juego!

Javier soltó una carcajada que rebotó en el techo de chapa y regresó amplificada. Alcázar dio dos enérgicas zancadas y se plantó delante del policía, golpeándolo con fuerza en la sien derecha con el cuerpo del arma. A Javier le fallaron las piernas y quedó de rodillas en el polvoriento suelo. Un líquido espeso y caliente le resbaló por la cara y se le metió en el ojo. De inmediato, sintió la presión del arma contra la sien lastimada.

—Éramos jóvenes, y aquel cura...—le temblaba la voz—. ¡La culpa fue suya!

Apretó el cañón un poco más, y Javier sintió un dolor punzante atravesándole la cabeza de lado a lado.

—Yo, yo... jamás les toqué un pelo—gimoteó—. Yo solo.. miraba.

—¿De qué estás hablando?—una náusea le ascendió por la garganta al hablar—. Las metías en un doble fondo en tus camiones y las transportabas hasta la otra punta del continente para venderlas.

Otro nuevo golpe acabó por tumbarlo, haciendo que se le nublara la vista. Alcázar comenzó a pasearse de un lado a otro, como un león enjaulado.

—¡Eso es mentira!—gritó con voz aflautada por la histeria—. ¡Yo las salvé, las salvé a todas ellas!

Se llevó las manos al rostro y comenzó a sollozar.

—¿Qué podía hacer?—dijo más para sí mismo que para justificarse.

Hablaba muy rápido y se entrecortaba, presa de un creciente nerviosismo—. No podía evitarlo. Y yo no les hacía... solo miraba, y hacía las fotos.

—¿Fotos?—Javier intentó ponerse en pie, pero le bailaba el mundo en los ojos—. ¿Pero de qué estás hablando?

—Mientras Ramón les... yo miraba como las tocaba, eso era lo que me excitaba, mirar esos rostros, y fotografiarlos.

—Eres un puto degenerado.

Alcázar amartilló el revólver y se acercó a toda prisa hasta el policía, que bregaba con sus propias fuerzas para no desmayarse. El viejo le metió el cañón hasta la campanilla, y Javier no pudo aguantarlo más. Vomitó con la boca llena del sabor aceitoso de la muerte.

—Eran mis niñas—balbuceó entre lágrimas—. Y las amaba, las amaba a todas ellas.

Aquellas fueron las últimas palabras que escuchó Javier antes de que la detonación reverberase impetuosa, como una paloma fugada de su jaula que, tras golpear contra paredes y techo, se esfumase aleteando hacia la gélida noche.

—Vamos a entrar—repitió una vez más.

Roberto no se negó, pero tampoco hizo movimiento alguno. En una ocasión Sonia había intentado tirar de él, pero parecía que lo habían clavado al suelo por los zapatos. Verónica le suplicó que lo dejase estar, que podían continuar la sesión en cualquier otro lugar, pero la psicóloga rechazaba con terquedad; insistía en que aquel lugar era de donde provenía el trauma que provocaba el bloqueo de su marido, y que si quería erradicar las barreras, era allí donde debían hacerlo.

—Roberto, tenemos que entrar—insistió—. Los dos, tú y yo.

El hombre continuó sin moverse, rígido, con la mirada perdida en algún punto de la oscuridad que emanaba de la oquedad en la pared. Contrariamente a la creencia popular, un hipnotizador no podía obligar a un sujeto a que este hiciese algo que no quería hacer, aunque en aquel momento, Sonia hubiese deseado poder someterlo. Decidió intentarlo de otra manera.

—Roberto, ¿me escuchas?—él asintió—. Cuéntame qué ocurrió la última vez que estuviste en ese sótano.

Transcurrido un minuto, el hombre continuaba de pie, perdido en las tinieblas sin decir una sola palabra. Sonia estaba a punto de repetir la petición cuando Roberto se dejó caer contra la pared y quedó sentado con las piernas recogidas. Algo en su expresión había cambiado, pero ninguno de ellos supo qué podía ser hasta que se puso a hablar.

El espantoso sonido del Soundmaster impregnaba cada rincón del orfanato y, supo nada más llegar, que como el toque de corneta antes de la inminente ejecución, aquello no deparaba nada bueno. Como cada vez que la horrorosa voz atiplada de Helen Kane resonaba con su “I Wanna Be Loved” por las distintas estancias del edificio, cada cual se retiraba a su habitación y esperaba dentro a que llegara la mañana. En una ocasión, su padre les relató la historia de la décima plaga recogida en el Éxodo; durante muchas noches no pudo pegar ojo debido a la historia sobre “El Destructor”, que recorrería las casas y mataría al primogénito de aquellas en las que no hubiesen marcado el dintel con sangre. Esas noches, cuando el gramófono reproducía la horrible música y todos corríamos a escondernos, rezábamos por que “Nuestro Destructor” viese la marca de sangre y pasase de largo, que por Dios bendito no escogiera a nadie para llevárselo. En la mayoría de esas ocasiones —hubiera marca en mi puerta o no—, yo salía elegido para una visita de larga estancia a ese espantoso sótano, con los repulsivos insectos que me acompañaban en mi destierro.

Esa noche, sin embargo, no corrí; decidí no manchar la puerta con sangre para evitar al Ángel Vengador —pues de todas formas siempre volvía a por mí—, sino que decidí enfrentarme a él. Si debía sucumbir, que fuese luchando, no en ese maldito sótano infecto.

Me refugié donde sabía que no buscarían y, escuché poco después las ya conocidas charlas insustanciales de esos hombres a los que sin conocer, había llegado a odiar con todo mi corazón. Cuando el Soundmaster cambió a registros más “actuales”—aunque igual de espantosos—, avancé a tientas, en medio de la velada luz que se derramaba por las rendijas de las puertas dobles del pequeño salón anexo a las cocinas, poniendo especial atención a no delatarme con mis pasos. No sabía en ese momento qué esperaba conseguir, y creo que aunque transcurran muchos años, seguiré sin saberlo a ciencia cierta, pero desde la muerte de Clara a manos de aquel Demonio que se hacía llamar mi padre, yo ya era un alma que había perdido el propósito de intentar mejorar. Recuerdo con la claridad meridiana que otorga la desesperación, las notas empalagosas borboteando del gramófono mientras las risas y las exclamaciones subían de tono. Había ido hasta allí con mucha estupidez infantil y sin ningún plan definido, y empecé a pensar que había

sido una mala idea cuando el olor que emanaba de la sala me alcanzó y me hizo vomitar. Antes de conseguir vaciar el estómago del todo, me vi arrastrado con la fuerza de la maldad y, arrojado dentro de aquel círculo de vergüenza.

—Saludad todos a mi chico—bufó una voz que conocía sobradamente, aunque esa noche contenía un ligero matiz—. El pequeño vicioso ha estado espiándonos.

Noté varios rostros fijándose en mí, clavándose tan adentro que sentí (literalmente) cómo me desnudaban. Los hombres habían dejado de reír, y las chicas (algunas de ellas compañeras mías de juegos), me observaban con un horror desmedido.

—¿Le invitamos a unirse a nuestra pequeña fiesta?—vociferó entre los vapores del alcohol—. Vamos chico, elige una.

Sentí esas botas a las que tanto había temido, clavarse en mi espalda, y, acto seguido, una explosión de dolor me recorrió hasta la nuca, haciéndome casi perder el sentido. Mientras, la dichosa melodía continuaba saliendo del Soundmaster.

—Vamos pequeño mirón, sé un hombre por una vez y elige una—canturreó.

Todos esos rostros continuaban mirándome, esperando. En ese instante, un coro de gemidos se levantó por encima de la odiosa música, y todos (hombres desnudos y chicas avergonzadas) se dispersaron como una gota de aceite en un balde de agua. Me vi arrastrado de nuevo, golpeado sin piedad contra muebles y taburetes, hasta que fui colocado de rodillas delante de alguien.

—Sé un hombre—gruñó la voz de mi padre en mi oído, tan cerca que pude sentir su aliento.

Me volví, dispuesto a morir matando, pero me encontré con el ojo hueco y metálico del cañón de un arma. Mi padre, desnudo, bailoteaba con un vaso en una mano y un revolver en la otra. Me clavó la punta roma entre los omoplatos, y apuntaló la presa con las botas (lo único que llevaba puesto). De nuevo sentí aquella explosión, solo que esta vez el dolor estaba macerado con una furia tan ciega, tan brillante, que sentí que ardía por dentro. En tan solo un instante (o eso me pareció a mí), mis ojos pasaron por todos y cada uno de los que estaban allí presentes, observando la escena de mi más honda humillación, y cuando quise darme cuenta, estaba de pie.

—¿Qué cojones haces, chaval?—balbuceó, con el arma bailando de un

solo dedo y la voz pastosa—. Esta noche te voy a...

Me abalancé sobre él, música y corazón acompasados en una partitura atronadora en mis tímpanos. El primer golpe lo fallé por mucho, pero con la ventaja que me otorgaba la sobriedad y el orgullo herido, acabé acertando. El trueno llegó sin aviso, sin prevenirme de que aquel único segundo de enajenación cambiaría el resto de mi vida. Apenas supe qué empuñaba hasta que el olor a pólvora y el calor del cañón me quemaron la piel y la infancia. Después, todo se perdió.

Cuando abrió los ojos, se encontró con la turbia respuesta del mundo velado por las lágrimas. Verónica estaba allí, y lloraba con él. A las dos personas que trataban de ponerlo en pie no pudo reconocerlos, pero a Verónica sí, a ella siempre.

—¿Roberto?—escuchó.

Creyó reconocer la voz de su amigo Juan Robelló, pero debía estar equivocado y su maldita enfermedad volvía a jugarle una mala pasada ¿Qué iba a hacer el bueno de su médico allí?

—Cariño, lo siento tanto—repetía una y otra vez su mujer, y por más que lo intentó, no supo a qué se refería.

—Roberto, soy Sonia—informó una mujer de la que no se acordaba—. Estamos en...

En ese momento, interrumpiendo lo que para Roberto se había convertido en una escena irreal pero inestimable, una voz ronca se alzó por encima de todas con autoridad.

—Todos quietos, no mováis ni un músculo—ordenó, y el arma que portaba le otorgó el dominio.

El sabor a bilis le golpeaba una y otra vez con cada nueva acometida, y se dijo que la muerte no podía ser tan horrible. Siempre había pensado que cuando llegaba el momento de correr junto a San Pedro, lo hacías sin dolor y envuelto en un manto de luz celestial, pero en aquel instante solo vislumbraba pequeños destellos rojos en medio de una negrura opaca; y aquel sabor, Dios qué mal le sabía la boca. Oyó voces, pero no pudo identificar lo que decían, ni mucho menos de dónde procedían. Con la siguiente arcada llegó la luz, y rezó en silencio para que aquella fuese la última, para que muriese de una vez y su estómago lo dejase en paz.

—¡Señor Moreno, señor Moreno!—gritaba un rostro—. ¿Se encuentra bien?

A pesar de las náuseas y el dolor que sentía en el cráneo, se puso en pie con la ayuda de aquel hombre enfundado en una bata verde, y fue recuperando la visión poco a poco.

—Señor Moreno, ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Llamad a una ambulancia—acertó a decir, aunque más por deformación profesional que por evaluación.

Lo primero que vio cuando el mundo volvió a recuperar la forma fue a Pedro Alcázar en el suelo, junto a él. Un charco de líquido espeso y de color escarlata bañaba el suelo en torno a su espalda, y se iba extendiendo hacia su nuca. Se acercó, tambaleante mientras el operario le sujetaba por el codo. Alcázar tosió una única vez, y una burbuja sanguinolenta explotó cuando lo hizo. Para sorpresa de Javier, movió los ojos y se quedó mirándolo.

—Yo...—un nuevo borbotón de sangre tan roja que parecía falsa salpicó su barbilla—. Las... amaba..., el... orfanato.

Murió tan rápido que Javier siguió unos instantes esperando a que continuara la frase. A lo lejos le llegaron los gritos de los trabajadores que habían acudido para ver de qué se trataba todo aquel embrollo, y entonces lo vio. Romero yacía unos metros más atrás, tendido en la misma posición en la que había muerto Alcázar. Desde donde se encontraba no podía ver su estado, pero presintió que algo no iba bien. La postura desmadejada del cuerpo no invitaba al optimismo.

—¡Llamad de una maldita vez a esa ambulancia!—aulló.

Para cuando el servicio de emergencias llegó, ya no había nada que

pudieran hacer.

Casi todos los edificios abandonados poseen esa cualidad especial de sugestión inapreciable que crea situaciones según el escenario; si está encantada, si ocurrió algo horrible dentro, o si por el contrario, vivimos una infancia feliz allí, o nos evoca recuerdos pasados que nos llenan de alegría. Lo único común en todos y cada uno de esos lugares, mágicos o tenebrosos, es que los percibimos como un organismo vivo; un pulmón que insufla el aire a través de los ventanales, un corazón que bombea a través de las paredes, una articulación que hace que suenen las tablas del suelo o unas claraboyas por donde el caserón puede verte. En ese instante, aquel mítico edificio que había visto infinidad de muertes (pero también muchas alegrías), pareció cobrar vida como un gigantesco ser dormido, que despierta de su letargo y no le gusta lo que ha sucedido en su jardín. Los vientos racheados procedentes de las cercanas colinas arreciaron su acometida contra la estructura, y de cientos de rincones se levantaron los ecos de las quejas airadas del inmueble. Impasible ante el rugido amenazador permanecía aquella figura encorvada, revolver en mano y la mirada fija.

—He dicho, que no os mováis—repitió, acortando la distancia entre ellos un paso más.

—Tú eres el hombre insecto—declaró para sí mismo Roberto, aunque todos pudieron escucharlo. El aludido torció el gesto en una mueca de desagrado.

—No deberías haber vuelto—otro paso—. Te ayudamos a marcharte para que jamás regresases.

—¿Quién demonios es usted?—exigió saber Robelló, adelantándose un paso a los demás.

El hombre apenas si desvió la mirada de los ojos de Roberto cuando apretó el gatillo, y la detonación se sumó a los crecientes quejidos en aumento de la desapacible noche. El médico salió despedido hacia atrás sin emitir sonido alguno. Tanto Sonia como Verónica gritaron aterradas y se abalanzaron sobre él. Roberto no cedió ni un solo milímetro.

—Todos vimos cómo lo mataste—continuó el tipo con una voz desprovista de matices—. Pagamos a esa estúpida cocinera para que te llevara lejos y no volvieses jamás, pero ¡aquí estas!, y después de tantos años, jodiéndome de nuevo.

—Yo te vi asesinar a esa chica—Roberto apretaba la mandíbula, furioso—. No me lo inventé; vine aquí y te vi estrangular a esa chica, eres el hombre insecto.

—¡Deja de llamarme así!—levantó el revólver y se acercó un paso más.

—No podía reconocerte, pero sabía que te había visto antes—dijo sin parpadear—. En algún momento de mi pasado que guardaba en mente.

—Si hubiese sabido que estabas como una puta regadera esto, ¡todo esto!—expresó señalando a Robelló, que continuaba en el suelo desangrándose—. No habría sucedido. Cuando llegaste, supe quién eras de inmediato; me asusté, y quise sacar de aquí... mi pequeño “secreto”. Pensaba que te acordabas y habías vuelto para delatarme, ¡después de lo que hice por ti!

—Estabas allí la noche que lo maté, y todas aquellas noches. Cuando te vi aquí hace unos meses no pude recordar dónde había visto ese rostro, aquella máscara, pero ya me acuerdo.

—¡Cállate de una vez!—rugió—. ¡Es todo culpa tuya!; maté a Natalia para que nos dejase en paz a todos. Cuando llegaste y empezaste a pasearte por el pueblo fingiendo ser ese maldito cura, nos entró miedo. Natalia me amenazó con contarle todo si te daba por hablar. Tuve que acabar con ella, y después de que vinieras a la comisaría diciendo que habías visto el asesinato la dejé en esa casa donde iba a encontrarse con ese idiota de Agustín y volví para deshacerme de..., pero resulta que no recordabas nada, solo estás loco.

—Te vi, hace dieciséis años—siseó Roberto—. Yo estaba en ese sótano cuando entraste, oculto entre las sombras donde me había dejado mi padre y volviste para acabar con ella.

—Pensaba que estaba muerta—por un breve instante, bajó el arma, y pareció perderse en un mar de recuerdos—. Cuando *acabamos* con ella, tu padre se la llevó y la dejó en el sótano. Yo solo... pensaba que estaba muerta, pero cuando bajé allí...

—¡Te la llevaste!—bramó—. ¡Te la llevaste para terminar de matarla!

—Yo no la maté, solo me encargué..., acabemos con esto de una vez.

El primer paso lo colocó a menos de diez metros, y mientras levantaba el arma, Tomás Moreno, subinspector de policía de Malón, sintió cómo la casa encogía de rabia y aullaba con toda la fuerza de sus pulmones.

Aquella era la oportunidad que había estado esperando. Tenía los músculos ateridos por el frío y la cabeza le pesaba una tonelada, pero no podía dejar que eso lo detuviera; no ahora que estaba tan cerca del final. Desde su improvisada atalaya tras el macizo descarnado por los rigores del invierno, observó a Sebastián y a las tres personas con las que había llegado. No conocía a ninguna de las dos mujeres, y tampoco al hombre que ahora se encontraba en el suelo con una bala en el cuerpo, pero sí que conocía al tipo que había llegado después. Cuando el viejo policía levantó el arma, sintió que el corazón le daba un vuelco, y descolgó la bolsa de lona que llevaba al hombro. Lo primero que hizo fue llamar a emergencias para solicitar una ambulancia, como le había pedido el propio Sebastián que hiciese si se torcían las cosas. En principio, él solo estaba allí en calidad de observador, por si Sebastián necesitaba ayuda, pero las instrucciones habían sido bien claras. Tras abandonar el móvil, vació el resto de la bolsa en la tierra húmeda y fue descartando los objetos que no le servían. Al final, convino que lo único útil que portaba y que podría ayudarle era el grueso martillo de goma, así que aferrándolo con fuerza, caminó con sigilo en dirección a la entrada.

Ya no podían hacer nada por Alcázar, así que centraron todos sus esfuerzos en el joven que continuaba tendido a unos metros. Los sanitarios le palparon la herida del estómago con especial delicadeza, y le tomaron el pulso. Aunque irregular, allí estaba. Inmovilizaron el cuerpo y lo subieron a la camilla, mientras que Javier no paraba de preguntar cómo se encontraba.

—Javi, apártate por favor—pidió un paramédico que tenía la misma edad que el policía—. Está vivo, pero debemos estabilizarlo, ¿Qué demonios ha pasado aquí?

Antes de que el policía pudiera contestar, el teléfono del paramédico comenzó a sonar con insistencia. Irritado, se puso el aparato en la oreja mientras lidiaba con las cintas de las muñecas de Romero.

—¿Cómo?—contestó asombrado—. ¡Pero esto no es posible!, ¡pues despiértalo coño!

Tras un par de frases más, colgó y se volvió a meter el móvil en el bolsillo del uniforme.

—Yo no sé qué cojones pasa hoy en este pueblo—se quejó moviendo la cabeza—. Parece que todos habéis elegido el mismo día y la misma hora para intentar mataros.

—¿Qué quieres decir?—a pesar del dolor y las náuseas, la mente de Javier volaba a toda velocidad.

—Otro aviso de emergencias—corroboró el sanitario—. Al parecer hoy vuelan las pistolas. Un aviso en el antiguo sanatorio de Sierra Espuña.

Tras echar un último vistazo al rostro pálido y sin expresión de Romero, Javier abandonó la Conservera a toda velocidad.

Quizá fuese la casa, que le avisó con alguno de sus crujidos, o quizá el instinto que no se pierde a pesar de envejecer, pero el caso es que Tomás Moreno se giró justo en el momento en que su dedo se tensaba sobre el gatillo. El golpe no fue ni mucho menos certero, pero alcanzó su objetivo. Cristóbal había puesto todo el cuidado en no pisar nada para no delatarse, pero aun así, cuando tuvo el martillo levantado y de su garganta brotaba un aullido animal, el viejo se giró y disparó. El proyectil se perdió en las insondables tinieblas de los pasillos adyacentes del ala nueva, pero el viejo policía estaba acostumbrado a moverse con rapidez, y descargó el cañón con fuerza sobre la frente de Cristóbal. Un chorro de sangre espesa salpicó el rostro del anciano, pero aquel borracho no se rendía tan fácil. Sin espacio para colocar el arma y disparar, decidió golpear de nuevo con la culata, una y otra vez hasta que la presa de Cristóbal sobre su cuello se aflojó. Observó el rostro bañado en sangre del maldito borracho, y se dispuso a darle el tiro de gracia. Entonces, por el rabillo del ojo cruzó una sombra y volvió a girarse con tanta velocidad que durante un segundo creyó que iba a desmayarse. El condenado escritor había desaparecido por la abertura del sótano. Como buen policía, poseía una mente analítica, así que evaluó la situación. La amenaza más cercana consistía en aquel alcohólico que había surgido de la nada, pero lo había tranquilizado a base de golpes y se encontraba inconsciente en el suelo. Las mujeres trataban de salvarle la vida al tipo al que había disparado, así que de momento, su objetivo era que aquel maldito escritor no descubriese lo que había en el sótano y escapase. Optó por meterse tras él por aquella rendija en la pared. Ya se encargaría de los demás después.

Todo seguía tal y como lo recordaba, y no por ello sintió menos aprensión. Necesitaba una salida, pero había estado en aquel sótano muchas veces y no recordaba ninguna. Desesperado, comenzó a buscar a ciegas hasta que se dio cuenta de la figura que se encontraba a unos metros de él. Con el corazón galopándole en el pecho, buscó algo con lo que defenderse, pero se quedó petrificado cuando la figura abandonó las sombras y se acercó. Sebastián, su padre, estaba allí de pie.

—Cálmate—pidió entre susurros—. Este es el momento para el que de verdad has regresado—un paso más—; aquí debes dejar atrás el pasado y comenzar a recorrer el camino del futuro.

—Ya dejé atrás el pasado cuando te metí una bala en la cabeza—esgrimió con odio.

—*Yo no hablo de venganza ni perdones, el olvido es la única venganza y el único perdón*—recitó—. ¿Recuerdas?, es de Borges, uno de tus favoritos, así que hazle caso al corazón. Yo solo he vuelto dentro de ti para ayudarte a desterrar el olvido y aceptarlo. No debes preocuparte por mí, pues como ya te dije, yo moriría cuando alcanzases a tus recuerdos y pudieras servirte por ti mismo: “Crees que no te veo, pero te veo. Crees que no te siento, pero te siento. Soy tú, aunque no lo sea.”

—Tú colocaste esa nota en el cadáver.

—Sí, y la fotografía de Clara también. Trataba de despertar aquello que continuaba envenenado dentro de ti—confesó afligido—. Yo era esa parte que podía reconocer los rostros, caminar entre los demás sin sentir pánico, pero también la que albergaba ese veneno; el veneno del pasado y el que tú te negabas a aceptar, condenándolo a seguir pudriéndose dentro de ti.

—¡Pero estás muerto!—sollozó.

—Sí, y aquí me quedaré.

Señaló un rincón, y el sótano adquirió una nueva dimensión. Todo parecía haber envejecido diez años en apenas unos segundos, y donde antes había visto muebles, ahora solo quedaban jergones deshilachados. El hombre que había sido su padre (o un recuerdo), señalaba uno de esos rincones, donde un montón de huesos yacían esparcidos.

—Aquí está mi cuerpo, y aquí me quedaré para siempre. Yo no voy a abandonar este lugar ahora que ya no me necesitas, pero tú debes darte prisa.

Roberto paseó la mirada por aquel lugar de pesadilla, y por primera vez vio las cadenas con argollas clavadas en la pared junto a cada jergón. Había al menos ocho o diez de ellas. En varios de los camastros aparecían diseminados huesos de todos los tamaños, cubiertos de la misma pátina verdosa que ya había visto en aquellos de su cocina.

—Tapiamos aquella salida cuando yo me quedé al mando del orfanato, por eso nunca la habías visto, aunque en tu subconsciente sí que la conocías, si no yo no sabría de ella—le señaló la pared opuesta—. Es el túnel que utilizaban en el antiguo sanatorio para sacar a los muertos hasta el carro que los trasladaría al cementerio. Tú ya has usado ese túnel en muchas ocasiones, solo que accedías desde otro lugar.

Arriba, en el comienzo de las escaleras se escuchó de forma audible el peso de alguien que bajaba.

—Rápido, sal de aquí y deja atrás todo esto de una maldita vez.

Dicho aquello, se situó encima de sus restos y se tumbó. Roberto lo escuchó rezar cuando alcanzó la puerta (al igual que la de arriba, un montón de escombros se encontraban dispersos alrededor de un agujero del tamaño de una puerta de coche); *Si el malvado se arrepiente de todos los pecados que ha cometido, y obedece todos mis decretos y practica el derecho y la justicia, no morirá.*

Roberto reconoció el salmo de Ezequiel que su padre recitaba algunos domingos en la misa. Por primera vez en su vida, se sintió en paz con él.

El Nissan enfiló a toda velocidad la última curva antes de adentrarse en el camino que serpenteaba hasta la arboleda. Javier sentía náuseas cada vez que el coche acometía una nueva curva, pero se esforzaba en reprimirlas una y otra vez. No sabía el motivo por el que se encontraba en aquel maldito coche, corriendo hacia una llamada al servicio de emergencias en lugar de ir al hospital con Romero, pero algo dentro de él le decía que era allí donde debía estar. No aminoró la marcha a pesar de los golpes que sentía bajo el suelo, y tampoco la disminuyó al entrar en la explanada de gravilla hasta llegar al lugar donde vio aparcado un lujoso todoterreno. Sintió el viento cortante en el rostro al bajarse del Nissan, pero no se detuvo. Le dolían los pulmones al correr, pero desterró el dolor y se internó sin pensar en ello por la puerta del viejo sanatorio. Una gran sala vacía salió a su encuentro, y la semilla de la duda comenzó a germinar en su corazón, extendiéndose rápidamente hacia el resto del cuerpo. Recorrió al galope las salas adyacentes, sin encontrar nada aparte de escombros y pintadas, hasta que el rumor de un grito le llegó transportado por una de aquellas ráfagas gélidas que parecían estar adueñándose del caserón. Se precipitó a toda velocidad por el estrecho y sofocante pasillo que conducía al pabellón antiguo, y casi tropieza con Cristóbal al llegar al recibidor. El joven estaba tendido, y de su cabeza manaba la sangre en abundancia. Se quitó la chaqueta policial, y trató de contener la hemorragia cuando los gemidos de más personas acudieron hasta él. Arrodillado, pudo ver a las dos mujeres junto a un hombre tendido. Quitó el cierre a su pistolera, y avanzó hacia allí con la mano en la culata, alerta y preparado. Al verlo, Verónica comenzó a llorar con más intensidad, rogándole que las ayudase. Javier se acuclilló en el suelo, y constató que el hombre había recibido un disparo en un lateral del estómago, entre el ombligo y las costillas.

—Ayúdalo por favor—suplicó.

—La ambulancia ya está de camino—observó la herida, que aparte de escandalosa, no revestía demasiada gravedad—. ¿Qué ha ocurrido?

—Mi marido... ese hombre ha ido detrás de él—la mujer era un manojo de nervios, y las lágrimas le bañaban las mejillas—. Por allí.

Javier se puso en pie, y cuando estaba delante de la puerta de aquel sótano, vio algo que hizo que el alma se le cayese a los pies. Delante de la puerta de

entrada, aparcado de forma transversal, se encontraba el coche de su padre. Sacó el arma de su funda y, se internó a ciegas en aquella escalera de penumbra y muerte.

Al principio le costó acostumbrarse a caminar por aquella caverna en medio de la más absoluta oscuridad, pero a medida que sus ojos se adaptaban y sus recuerdos volvían a asentarse como la marea tras un tsunami, fue encontrándose más cómodo. Reconoció algunos de los rincones en los que solía esconderse cuando jugaba con Clara, y sabía que a pocos metros se encontraba la salida a la explanada de los Pozos de Nieve. Escuchaba los pasos de su perseguidor detrás de él, y en varias ocasiones estuvo tentado de esconderse y esperarlo; tenderle una emboscada, como solían decir en las películas, pero recordó que aquel tipo era un asesino y, lo más importante, llevaba un arma y él no. Avanzó a toda velocidad por la húmeda superficie arenosa de la gruta, y esquivó con agilidad los pronunciados salientes que la roca había creado con los años. Varios gemidos y maldiciones llegaron amplificadas, y Roberto sintió una satisfacción infantil al escucharlos. Cuando estaba a punto de llegar al recodo en el que la caverna se combaba en un ángulo de noventa grados para luego lanzarse en una suave pendiente hasta la llanura, le asaltó una nueva duda; ¿Qué iba a hacer cuando alcanzara el valle? Él era más rápido y estaba en mejor forma física que el viejo (además conocía bien el terreno), pero la boca de la cueva desembocaba en una yerma planicie en la que quedaría totalmente expuesto. Además, aquel invierno no había nevado en exceso, pero el hielo a medio fundir sobre la hierba crearía una pista en la que difícilmente podría correr como deseaba. En el último giro, enfiló a toda velocidad, salvando de un salto la gran roca (que seguía en el mismo lugar que recordaba de niño), y se acuclilló en aquella cavidad en la que tantas veces se había escondido de su amiga. Sintió cómo los latidos se le agolpaban en los tímpanos, y trató de calmarse. Había hecho aquello mil veces de niño. Escuchó los jadeos del viejo a pocos metros, gruñendo y resoplando, como el lobo del cuento. Lo vio pasar a escasos centímetros de su rostro, hundido en el esquisto del suelo como si quisiese hacerse invisible, y lo vio cuando su silueta se recortó contra la salida. Se agachó para tomar aire, poniéndose las manos sobre las rodillas, momento que aprovechó Roberto para salir de su escondrijo y lanzarse en una alocada carrera para cubrir los metros que los separaban sin comerse una bala por el camino. El anciano se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, pero ya fue demasiado tarde. El escritor se abalanzó con todas sus fuerzas sobre Tomás, y

el peso y la velocidad del hombre hicieron el resto. Un bufido se escapó de los pulmones del viejo policía cuando Roberto le clavó las rodillas en el pecho y le inmovilizó las manos, golpeándole en el rostro una y otra vez. En su frenesí no reparó en la pistola, y tampoco le importó; Tomás no podía moverse, y los repetidos golpes estaban a punto de dejarlo inconsciente. Respirando con dificultad, se puso en pie y vio el resplandor del revólver a solo un metro. Sin perder de vista al anciano lo recogió, y su tacto se le antojó demasiado pesado para ser solo una pistola. Apenas podía sostenerla. Tambaleante, se acercó al hombre que tosía sangre junto a él, y le puso el cañón en la boca. Por toda respuesta, el anciano esbozó una horrible sonrisa que hizo que a Roberto se le helase el alma.

—Adelante, dispara—gruñó con esfuerzo—. Ya tienes experiencia en estas cosas, ¡dispara!

Roberto tensó el percutor, y a su mente acudió el cuerpo desmadejado y destrozado de Clara en el sótano. Revivió con nitidez el momento en que se acercó hasta ella, y sin atreverse a tocarla, se recluyó en las sombras, como un niño asustado. También recordó cuando aquel hombre apareció a tientas, bufando y resoplando como estaba haciendo en ese preciso instante; horrorizado se dio cuenta de que no hizo nada cuando aquel degenerado abusaba del cuerpo inerte, casi sin vida de su amiga, para después de acabar, estrangularla. Tensó el dedo sobre el gatillo, y concentró sus pensamientos en los ojos del asesino.

—¡Suéltala!—gritó una voz sofocada tras él.

Oprimió un poco más el gatillo, y sintió cómo el percutor avanzaba hasta el límite.

—¡Roberto, he dicho que la sueltes!—lejos de ser amenazante, la voz parecía suplicar—. He tenido un día muy duro, no desearía para nada tener que pegarte un tiro.

El hombre se giró de medio lado, y aunque no reconoció al hombre que lo apuntaba, sintió que de alguna forma, podía confiar en él.

—El olvido es la única venganza y el único perdón—murmuró, sacando el arma de la boca del viejo y lanzándola lejos.

Epílogo

El juicio había levantado tanto revuelo que Javier había decidido no acudir aquel día. Era cierto que no podría eludir sus obligaciones mucho más tiempo, pero Romero, perfectamente recuperado de sus heridas se estaba encargando de todo por él; una nueva deuda que debería de pagar en algún momento al chico. Aunque ya habían transcurrido dos meses desde la fatídica noche del tiroteo en la Conservera y la detención de su padre en el orfanato, Javier no se encontraba con la fuerza mental suficiente como para volver al trabajo, por eso había optado por el camino de la excedencia. Marisa se había convertido en su mayor apoyo, y le había mandado mensajes velados durante todo aquel episodio sobre un posible traslado, que a decir verdad, él había contemplado seriamente con todas sus fuerzas.

Aquellos dos meses habían sido un verdadero infierno, ya que lo habían sometido a mil y un interrogatorios, y había tenido que lidiar con la posibilidad (más que evidente), de que su padre fuese un asesino violador. Los cadáveres hallados en el sótano del orfanato confirmaron las muertes de seis chicas, todas ellas de entre ocho y trece años; también había sido encontrado el cadáver de un hombre adulto—que no había sido posible identificar—, asesinado de un disparo. Las confesiones de Diógenes y del propio Roberto, habían sido el detonante para que su padre, finalmente se viniera abajo y admitiese su culpabilidad.

—¿Qué pasa colega?—saludó jovialmente Romero, que pasaba todas las tardes por su casa para charlar y tomar un café—. ¿Cómo lo llevas?

Javier sospechaba que el joven—aunque era el que realmente llevó la peor parte del caso físicamente—, había superado aquello con una entereza admirable, y la verdadera razón por la que se presentaba allí todos los días era para controlar si a Javier no le habían entrado las ganas de saltar desde la azotea o ponerse juguetón con las cuchillas de afeitar.

—Estoy pensando en un traslado—confesó—. A Marisa le parece la mejor opción, y cada día que pasa a mí también. Al final sí que voy a hacerle caso a mi viejo y a intentar aprobar ese examen a suboficial.

—Pues no es mala idea, no—se dio cuenta de que aún portaba unas carpetas bajo el brazo, y se apresuró a guardarlas en el maletín—. Yo me pediría algún sitio de playa.

—Enséñamelo—pidió Javier.

El joven negó repetidamente, y para constatarlo, afianzó su presa sobre el maletín.

—Miguel, por favor.

—Mira tío, no te hagas más sangre con todo esto.

—Mañana tengo que ir al juzgado a declarar contra mi padre—expresó—. ¿Qué daño me puede hacer saber la verdad antes?

—También es cierto—concedió el joven, sacando la carpeta de color marrón claro y poniéndola encima de la mesita de café—. Nos ahorraremos los detalles escabrosos e intrascendentes, pero en esencia, parece ser que el buen cura que dirigía el orfanato utilizaba a chicas para montar fiestas privadas con hombres adinerados. Cuando el cura murió (presuntamente asesinado de un disparo), Pedro Alcázar y varios más sacaron de allí a las huérfanas sin nombre ni ficha antes de que se encargaran las autoridades. Aquellas niñas nunca existieron, así que no se las buscó. Utilizaron el local de Fausto Marín para ocultarlas hasta que pasara el temporal, y luego, Alcázar se dedicaba a venderlas.

—Mandaba drogas y volvía con chicas que después distribuía Natalia—repasó Javier—. Un negocio bien retribuido.

—Sí—convino Javier—. Y mi padre ¿Qué papel jugaba?

—Al principio el de ver y callar—Romero se sentía incómodo, pero Javier lo espoleó de nuevo—. Velaba por la seguridad de los clientes, y de que nadie se iba de la lengua, pero desarrolló un gusto por aquellas jovencitas. Cuando sacaron de allí a las huérfanas, se reservó unas cuantas para él, a las que encerró en el sótano. Después de... —se contuvo, pero por muy poco—, tapió la puerta y se olvidó del caso. Natalia Dutka era la única de todas aquellas chicas que sabía todo lo sucedido, y se ocupaba del tema de la prostitución a espaldas de Diógenes.

—¿Quieres decir que no sabía nada?

—Sí, sí que sabía que entre Natalia y Alcázar existía un negocio, pero imaginaba que era un tema corriente de prostitución. No tenía ni idea de las niñas encerradas en aquel sótano ni del papel de tu padre en todo esto.

—No hay más ciego que el que no quiere ver—dijo el policía—. ¿Y Roberto?

—Es más complicado. No se ha podido demostrar su implicación con el asesinato de su padre, y después de conocer el caso, el bueno de don Luis no ha querido presentar cargos. Debe someterse a evaluación psiquiátrica

periódica durante un largo periodo, si no quiere acabar en arresto domiciliario, pero de momento, ahí se acaba su papel.

—Me alegro—afirmó—. Ese hombre ya ha debido de cumplir con su propio purgatorio en esta vida.

Aunque habían pasado unos meses difíciles, se encontraba mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo, quizá mejor que nunca. Verónica entró de nuevo, y una vez más le preguntó si estaba preparado, a lo que él le respondió de forma afirmativa, sonriente. La relación entre ambos avanzaba de forma lenta, pero sin duda esta vez era sincera. Soltó el aire contenido tres veces (como tenía por norma), y salió al enorme salón de actos. La multitud congregada aplaudió, respondió a sus bromas con risas genuinas, y se comportaron en la rueda de preguntas. Aquella era la primera vez que Roberto comparecía en público tras su agresión (a no ser por las concurrencias al juzgado, y en ellas no habían ni cinco personas), pero el estreno de su nueva novela “EL ROSTRO DE LAS TERMITAS” bien merecía el esfuerzo. Para su sorpresa, se encontró a gusto, desenvuelto y sin temblores, eso era importante. En los últimos dos meses había aprendido a sobrellevar las relaciones personales sin ceder al miedo de no poder reconocerlos; y había que decir, que ante aquello también estaba mejorando.

Al llegar a casa, Verónica le felicitó una vez más, y le dijo que iba a darse una ducha. Él por su parte, pensaba sentarse a comenzar una nueva novela. Cuando entró en el estudio y se aseguró de haber cerrado la puerta, se dirigió a toda prisa al mueble donde guardaba sus libros, y sacó con cuidado una botella de bourbon y un vaso que aguardaban escondidos detrás. Después de servirse una generosa copa, se fue al escritorio y observó el Mac, que lanzaba destellos plateados bajo el sol matinal que se colaba por la ventana. Lo hizo a un lado y, tras colocar una nueva hoja, comenzó a teclear en la Underwwod.

Agradecimientos

Aunque para un autor, todos y cada uno de los libros que escribe son una pequeña parte de él mismo, el rostro de las termitas se convirtió para mí en un reto (mejor escrito o no), pues intenté plasmar los recorridos que de pequeño coparon mi infancia. El nombre de Malón (aunque ficticio, pero se acerca bastante al real), se lo debo a mi hijo Álvaro, que con solo 8 años tiene una imaginación que ni yo mismo soy capaz de asimilar en ocasiones. Muchos de los nombres o situaciones me los ha proporcionado él. Por otra parte, la mayoría de lugares que aparecen en la novela son reales (aunque algunos de ellos han sido “retocados”, por aquello de la privacidad y tal), y por cada uno de ellos me surgen anécdotas que podría pasar horas relatando. Especial agradecimiento merece Diógenes Gómez, un gran amigo que leyó el primer borrador, y que para nada tiene que ver con mi personaje (aparte del nombre, pues el de verdad tiene un corazón que no le cabe en el pecho), y que me aportó grandes detalles a la historia. Otra persona en la que pienso inmediatamente después de poner la última palabra en cualquiera de mis escritos es Raquel Moreno, sin duda la más capacitada para rebatirme cuestiones que he omitido o en las que no he llegado a dar lo mejor. Sus opiniones continuamente son acertadas, y suman de forma invariable. Eternamente agradecido por estar ahí, a pesar de que no siempre soy capaz de darme cuenta de lo pesado que me pongo. También dar las gracias a Irene Mcebrián, que sin conocerme prácticamente de nada, ha hecho un esfuerzo ingente en leer el primer borrador y ofrecermme su genial interpretación de la historia. Y sin duda, a mi más fiel apoyo, a la persona que día tras día aguanta las complicaciones de vivir con alguien que se vuelve insoportable hasta que no “desembucha” la historia que necesita contar; por todas esas veces que estaba ausente (aún estando presente), gracias Cristina.

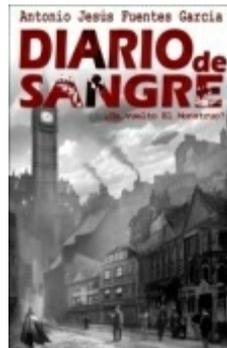
OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

[El Secreto del Wadi Rum](#)



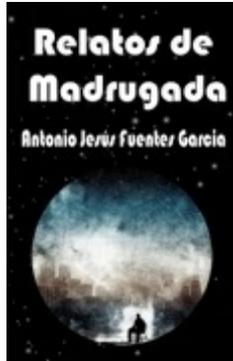
Una emocionante aventura que nos sumergirá en un viaje fantástico para intentar desvelar uno de los secretos más antiguos de la cristiandad, que se esconde bajo las finas arenas del desierto Jordano

[Diario de Sangre](#)



Un apasionante viaje por el Londres victoriano que te sumergirá en la frenética caza de un brutal asesino, mientras nos muestra la decadencia del siglo XIX

[Relatos de Madrugada](#)



Una recopilación de relatos cortos con una personalidad propia

[Huellas de Tinta](#)



Una imprenta abandonada y la extraña carta de su abuelo, situará a Jonás en medio de una trama de secretos y conspiraciones que podría alterar el curso de la historia

Para saber más sobre el autor, visita su página en:

Facebook:
[ref=bookmarks](#)

<https://www.facebook.com/relatosdemadrugada/>

Table of Contents

Prólogo

VUELTA A CASA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

SECRETOS ENTERRADOS

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

EL DIABLO Y LAS TERMITAS

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Epílogo

Agradecimientos

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR